



Aviso Legal

Revista

Título de la obra:

Cuadernos Americanos

Director:

Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar:

Cuadernos Americanos.
Primera época
(1942-1985). México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

Datos de la revista:

Año I, Vol. II, Núm. 2 (marzo-abril de 1942).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

M E X I C O

2

CUADERNOS
AMERICANOS
(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Palma Norte 308 - Desp. 509-510
Apartado Postal 965
Teléfono 12-31-46

DIRECTOR-GERENTE:
JESUS SILVA HERZOG

SECRETARIO:
JUAN LARREA

2

MARZO - ABRIL

1 9 4 2

SUMARIO
Pág. III



O A X A C A

AL REFERIRNOS nuevamente a Oaxaca, el bastión indio, descubierto en 1521 por Diego de Ordaz, tenemos que poner especial énfasis en su fisonomía, que constituye un munificente legado de la Colonia. Posee Oaxaca verdaderas joyas de arquitectura, entre las que son dignas de mencionarse la Iglesia y Monasterio de Santo Domingo, este último el más grande del país, fundado en 1575, al cual se atribuye un costo de trece millones de pesos. Notables son también las iglesias de La Soledad, Las Nieves, Dolores, el Carmen Alto y el Bajo y La Compañía, todas ellas ejemplares de verdadero mérito y exponentes de una época que se distinguió por sus notables obras arquitectónicas.

El grabado que mostramos reproduce un alto relieve del Templo de La Soledad, en el que pueden admirarse las filigranas realizadas por la habilidad del artesano.

La Biblioteca americana de obras latinas

presenta:

Una obra inédita de Fr. Bartolomé de las Casas

Del Unico Modo de Atraer a Todos los Pueblos a la Verdadera Religión

Advertencia preliminar y edición y anotación del texto latino

por

AGUSTIN MILLARES CARLO

Introducción

por

LEWIS HANKE

Versión española

por

ATENOGENES SANTAMARIA

En esta obra encontramos la plenitud del
pensamiento de Las Casas

Pocos funcionarios, colonos o eclesiásticos habían disfrutado de una experiencia más amplia en las nuevas tierras que Las Casas, cuando en 1536 comenzó a escribir este tratado. Para quienes hayan leído las vigorosas fulminaciones y los tremendos epítetos de Las Casas en su *Brevísima Relación de la Destrucción de los Indios* o en la *Historia de las Indias*, el moderado lenguaje y las exhortaciones elocuentes del presente tratado serán una sorpresa agradable. La doctrina enunciada por Las Casas en esta obra, la primera de una larga serie de sus escritos polémicos, era bien sencilla. En nombre de Cristo, "id y predicad a todas las criaturas", condena como injusta y tiránica la guerra contra los infieles, frente a la terrible interrogación de Fernández de Oviedo: "¿quién puede dudar que la pólvora contra los infieles es incienso para el Señor?".

Un volumen de XLIV - 596 páginas: \$25.00 - Dls. 5.25

Fondo de Cultura Económica
PÁNUCO, 63 MÉXICO, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 2

Marzo - Abril de 1942

Vol. II

SUMARIO

	Págs.
NUESTRO TIEMPO.	
ALFONSO REYES. América y los «CUADERNOS AMERICANOS»	7
MARIANO RUIZ-FUNES. Dos guerras y un armisticio	11
PIERRE MABILLE. Afloramiento del alba	33
<i>La Conferencia de Río de Janeiro</i> , por MANUEL J. SIERRA	46
<i>El destino del "Homo Sapiens"</i> , por EUGENIO IMAZ	50
<i>La "cultura" como desafuero</i> , por JOSÉ IGNACIO MANTECÓN	54
 AVENTURA DEL PENSAMIENTO.	
MANUEL MARTÍNEZ BÁEZ. El mal del pinto	63
EUGENIO IMAZ. Itinerario de la Psicología	81
<i>La sabiduría del cuerpo</i> , por JOSÉ PUCHE	96
<i>En busca de la ciencia del hombre</i> , por JOSÉ GAOS y JOSÉ MEDINA ECHAVARRÍA	103
<i>Aventura de la "Metahistoria"</i> , por LEOPOLDO ZEA	114
 PRESENCIA DEL PASADO.	
JORGE R. ACOSTA. La ciudad de Quetzalcoatl	121
SAMUEL RAMOS. ¿Hubo filosofía entre los antiguos mexicanos?	132
SILVIO ZAVALA. Letras de Utopía	146

	Págs.
<i>Utopías del Renacimiento y renacimiento de las Utopías,</i> por PEDRO GRINGOIRE	153
<i>Historia vieja y actual,</i> por AGUSTÍN YAÑEZ	159
<i>La ética del industrialismo naciente,</i> por GUSTAVO MARTÍ- NEZ CABAÑAS	163
<i>Hurgando en Archivos,</i> por JOSÉ MIGUEL QUINTANA	169

DIMENSION IMAGINARIA.

PABLO NERUDA. El corazón magallánico	171
RODOLFO USIGLI. El gran teatro del mundo	175
ANDRÉS IDUARTE. Entre palenquinos	184
JOSÉ MORENO VILLA. Los Gigantes	194
<i>Poética de la llama,</i> por LEÓN-FELIPE	207
<i>Conmemoración de César Vallejo,</i> por JUAN LARREA	209
<i>Poesía Americana,</i> por ANTONIO CASTRO LEAL	215
<i>Literatura y Fantasía,</i> por ENRIQUE DIEZ CANEDO	219
<i>Una novela fantástica de Hispanoamérica,</i> por JOSÉ LUIS MARTÍNEZ	223

LAZOS CONTINENTALES

Acaba de forjarse en Río de Janeiro la solidaridad continental sobre bases nuevas y más firmes. De modo que la validez de las fronteras ha dejado de regir en el interior del continente para todo lo que sean funciones esenciales. Perú y Ecuador han podido, en tan favorable atmósfera, ventilar definitivamente su añejo conflicto.

En el aspecto de la solidaridad, México se ha adelantado a los demás países enunciando con la autoridad que le confiere su primogenitura, la doctrina que comienza a ser un hecho en el campo fecundo del trabajo. Las industrias, adaptadas a las nuevas circunstancias, empiezan ya a elaborar aquellos productos que de él el continente necesita.

Paralelamente ha impulsado el incremento de su red de comunicaciones proyectando y poniendo en servicio aquellos caminos que al tiempo que facilitan el mayor rendimiento industrial, hacen accesibles para todos los más bellos paisajes del continente, las joyas artísticas más preciadas que, procedentes tanto de la época precolombina como de la Colonia, constituyen la galanura de América.

Signo inequívoco de los tiempos es que las antiguas fronteras hayan sido en cierto modo suplantadas por las vías de comunicación, las cuales, en vez de estructurar la enemistad de los pueblos, los hermanan en una gran familia. No existen más eficaces vínculos. Ni nadie sabe esto mejor que el viajero cuyas andanzas tanto contribuyen a estrecharlos.

F. L. S.

Para informes sobre cuanto se refiere al turismo nacional y extranjero dirigirse a:



ACADEMIA HISPANO MEXICANA



SECUNDARIA, PREPARA-
TORIA Y COMERCIO

Internado - Medio Internado
Externos

PASEO DE LA REFORMA 80
TELS. 13-03-52 L-51-95

KINDER - PRIMARIA

Internado - Medio Internado
Externos

REFORMA 835 (LOMAS)
TEL. 15-82-97

MEXICO, D. F.

REVISTA DE ECONOMIA

PUBLICACION MENSUAL

PALMA 308 - DESPACHO 509 - MÉXICO, D. F.

Director: *Gustavo Martínez Cabañas*

Número suelto	\$ 0.50
Suscripción anual (12 números) en México	5.00
en el Extranjero	Dls. 1.50

EDITORIAL LOSADA, S. A.

SOLICITASE GRATIS
NUESTRO ULTIMO
CATALOGO

*

ALSINA 1131 BUENOS AIRES

Nacional Financiera,
S. A.

•

VALORES

•

FIDEICOMISO

•

PROMOCION
INDUSTRIAL

•

Venustiano Carranza, No. 45

Eric. 13-13-89

Mex. J-49-07

México, D. F.

LETRAS DE MEXICO

GACETA LITERARIA Y ARTISTICA
MENSUAL

EDITADA POR:
OCTAVIO G. BARREDA

Avenida Sierra Nevada, N° 425
Lomas de Chapultepec.
Apartado Postal 1004.
MEXICO, D. F.

Revista Hispánica Moderna

Publicación trimestral dedicada al estudio y difusión de la cultura hispánica. Contiene artículos literarios, reseñas de libros; una bibliografía hispanoamericana; noticias acerca del hispanismo en América; y una sección escolar dedicada a los estudiantes de español.

DIRECTOR: FEDERICO DE ONIS.

Casa de las Españas, Columbia University
435 West 117th Street, NEW YORK City.

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

DIRECTOR:
JOAQUIN GARCIA MONGE

Apartado letra X
San José de Costa Rica.

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO I VOL. II

2

MARZO - ABRIL

1 9 4 2

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

Alfonso Reyes América y los CUADERNOS AMERICANOS.

Mariano Ruiz-Funes Dos guerras y un armisticio.

Pierre Mabille Afloramiento del alba.

Notas por Manuel J. Sierra, Eugenio Imaz
y José Ignacio Mantecón.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

Manuel Martínez Báez El mal del pinto.

Eugenio Imaz Itinerario de la psicología.

Notas por José Puche, José Gaos, José Medina
Echavarría y Leopoldo Zea.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

Jorge R. Acosta La ciudad de Quetzalcoatl.

Samuel Ramos ¿Hubo filosofía entre los antiguos
mexicanos?

Silvio Zavala Letras de Utopía.

Notas por Pedro Gringoire, Agustín Yáñez, Gustavo
Martínez Cabañas y José Manuel Quintana.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

Pablo Neruda El corazón magallánico.

Rodolfo Usigli El gran teatro del mundo.

Andrés Iduarte Entre palenquinos.

José Moreno Villa Los Gigantes.

Notas por León-Felipe, Juan Larrea, Antonio Castro Leal,
Enrique Díez-Canedo y José Luis Martínez.

INDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
<i>Aquí paz y después gloria.</i> (Foto Life)	16
SOLANA: <i>La procesión de la muerte.</i> Oleo	17
RENÉ BOYVIN D'ANGERS: <i>Rapto de Europa.</i> Aguafuerte	42
<i>Adiós a Europa.</i> (Travesía del SINAI) (Foto Chim)	43
AUBRAN: Dibujo del Laoconte	102
<i>Composición.</i> (Fortune)	103
<i>Excavaciones de Tula, Hgo.</i> (cuatro páginas)	128 y 129
<i>Libros que pertenecieron al Obispo Fray Juan de Zumárraga y documentos comparativos</i> (diez páginas)	152 y 153
<i>El personaje de espaldas es Adolfo Hitler</i> (Foto Fotomontaje J. L.)	174
MORENO VILLA: Dibujo 1942	206
MORENO VILLA: Dibujo acuarelado 1938	207
PICASSO: <i>César Vallejo muerto.</i> Dibujo sobre stencil. Inédito	210

Nuestro Tiempo

AMERICA Y LOS CUADERNOS AMERICANOS¹

Por Alfonso REYES

HARÉ ALGUNAS consideraciones para mejor destacar el hecho de que la empresa que hoy se inaugura no es una empresa literaria más, sino que ha sido determinada por un sentimiento de deber continental y humano. La mayoría de los que a este fin nos hemos reunido ha pasado ya la feliz edad en que el solo acto de escribir y publicar son por sí mismos un placer suficiente. Ahora obedecemos ya a otras voces más imperiosas. Entendemos nuestra tarea como un imperativo moral, como uno de tantos esfuerzos por la salvación de la cultura, es decir, la salvación del hombre.

La cultura no es, en efecto, un mero adorno o cosa adjetiva, un ingrediente, sino un elemento consustancial del hombre, y acaso su misma sustancia. Es el acarreo de conquistas a través de las cuales el hombre puede ser lo que es, y mejor aún lo que ha de llegar a ser, luchando milenariamente contra el primitivo esquema zoológico en que vino al mundo como enjaulado. La cultura es el repertorio del hombre. Conservarla y continuarla es conservar y continuar al hombre.

Ahora bien, los pueblos magistrales abandonan ahora este empeño fundamental; los unos porque, fascinados satánicamente por la sangre, vuelven con frenesí a los estímulos de la bestia; los otros porque, heridos en su ser mismo, no pueden filosofar. Y he aquí que ha caído en nuestras manos la grave incumbencia de preservar y ade-

¹ Palabras pronunciadas por don Alfonso Reyes ante un selecto grupo de personalidades mexicanas y españolas en el acto de presentación del primer número de CUADERNOS AMERICANOS, el 30 de diciembre de 1941.

lantar la religión, la filosofía, la ciencia, la ética, la política, la urbanidad, la cortesía, la poesía, la música, las artes, las industrias y los oficios: cuanto es lenguaje que guarda y trasmite las conquistas de la especie, cuanto es cultura en suma.

América es llamada algo prematuramente a tal incumbencia. Pero ni es tiempo ya de preguntarnos si estamos prontos para el llamado del destino, ni la historia nos ofrece un solo ejemplo de pueblos que no hayan sido forzados y llamados antes de tiempo para hacerse cargo de una herencia. El bien ha sido imprevisor: sólo para el mal, sólo para deshacer los patrimonios han tomado algunas imperiosas precauciones previas. En nuestro caso, tenemos que hacer de tripas corazón, tenemos que mostrarnos capaces del destino. Después de todo, sin un sentimiento de responsabilidad, sin un propósito definido de maduración, ni los pueblos ni los hombres maduran: el solo persistir y aun el solo crecer no son madurar.

Pero América tiene que desenvolver esta obra de cultura en forma y manera de diálogo. América no está organizada según una sola concepción del mundo. Tiene que haber un cambio y una nivelación axiológica. ¿Cuál es la parte del diálogo que toca a nuestras Repúblicas? Sin duda la elaboración de un sentido internacional, de un sentido ibérico y de un sentido autóctono.

Para la herencia internacional estamos dichosamente preparados. El hecho mismo de haber sido convidados algo tarde al simposio de la cultura, de haber sido un orbe colonial y de haber nacido a la autonomía al tiempo mismo en que ya se ponía el sol en los dominios de la lengua ibérica, nos ha adiestrado en la operación de asomarnos a otras lenguas, a otras tradiciones, a otras ventanas. Para llegar a Roma tuvimos que ir por muchos caminos. No así el que vive en Roma. Buscamos nuestras direcciones fundamentales a través de toda la herencia de la cultura, y no nos resulta violento el seguirlo haciendo. No así los pueblos magistrales que, por bastarse a sí propios, han vivido amurallados como la antigua China, y mil veces nos han dado ejemplo de la dificultad con que salen de sus murallas. Es entre nosotros un secreto profesional que el europeo medio se equivoca frecuentemente en las referencias

a nuestra geografía, a nuestra historia o a nuestra lengua. Además, en un orden más técnico, América ha vivido por un siglo en régimen de confrontaciones y cambios, mucho antes de que Europa soñara en crear organismos jurídicos para un objeto semejante, y esto con mayor continuidad y perseverancia que la misma Europa. Finalmente, la formación misma de nuestras poblaciones ha eliminado entre nosotros los prejuicios de abolengo y de raza, al punto que nuestra intuición no percibe otro abolengo que el abolengo humano, ni otra raza que la raza humana, cuyas monedas todas, altas y bajas, van troqueladas con el mismo sello de su dignidad trascendente. Estamos aptos para la vida internacional.

En cuanto a la herencia ibérica que nos fué otorgada como un don de la historia, mucho habría que decir. Podría en rigor prescindirse de algunos orbes culturales de Europa que no han hecho más que prolongar las grandes líneas de la sensibilidad o del pensamiento. De lo ibérico no podría prescindirse sin una espantosa mutilación. De suerte que lo ibérico tiene en sí un valor universal. No se lo confunda con tal o cual Estado institucional, con tal o cual régimen o gobierno que, como todos, ha gozado apogeos y ha padecido decadencias políticas. Lo ibérico es una representación del mundo y del hombre, una estimación de la vida y de la muerte fatigosamente elaboradas por el pueblo más fecundo de que queda noticia. Tal es nuestra magna herencia ibérica.

Por lo que hace a las tradiciones autóctonas, nos corresponde el incorporar a inmensas masas humanas en el repertorio del hombre, y distinguir finamente lo que en tales tradiciones hay de vivo y de percedero, de útil y hermoso y de feo e inútil. Pues no todo lo que ha existido funda verdadera tradición, y los errores, tanteos, y azares de la naturaleza y de la historia no merecen necesariamente el acatamiento del espíritu. Tal es la fase más delicada de nuestra misión terrestre.

Esto es lo que representamos, esto es lo que aportamos al diálogo de América. Penétrese el interlocutor de que no somos, pues, una mera curiosidad turística. El conocimiento de nuestro sistema del mundo ni siquiera es una mera conveniencia política del momento, para llegar a la

loable e imprescindible amistad de las Américas y al frente único de la cultura. Somos una parte integrante y necesaria en la representación del hombre por el hombre. Quien nos desconoce es un hombre a medias.

Así, penetrados de este sentimiento de solidaridad, penetrados del pleno sentido humano que representamos, estamos prontos a entablar el diálogo entre iguales. Y para este fin, y en la medida de nuestras fuerzas, salen hoy, en México, los CUADERNOS AMERICANOS, mediante la cooperación de un puñado de hombres de buena voluntad. No pretendemos llevar la voz: igual honor correspondería a cualquiera de nuestras repúblicas. Sólo deseamos fijar un sitio en que se congreguen las voces dispersas. Tal empeño nos ha parecido un deber. Nos negamos a admitir que el mundo de mañana, el que nazca del conflicto, pueda ser únicamente el fruto de la exasperación, de la violencia, del escepticismo. No: tenemos que legar a nuestros hijos una tierra más maternal, más justa y más dulce para la planta humana.

México, 30 de diciembre de 1941.

DOS GUERRAS Y UN ARMISTICIO

(De Sarajevo a Singapur)

Por Mariano RUIZ-FUNES

INTRODUCCION PARADOJICA

EL LARGO CAMINO recorrido desde la pequeña ciudad servia hasta la isla inglesa, ofrece una evidente solución de continuidad. La explicación de ella es a la vez obra del intelectual y del político, entendiendo por intelectual al hombre de estudio dedicado al libre juego de las ideas y por político al estudioso de las realidades, que, por extrañas o anormales que parezcan, son siempre ideas en acción.

Cuando se desenlace la lucha actual, que comenzó en Sarajevo un día del mes de junio de 1914, será el momento de considerarla desde la serena perspectiva de la historia.

Los que nos hemos visto forzosamente precipitados en este viaje casi infinito, a través de lo mejor de nuestra vida, y estamos prendidos en sus dramáticos incidentes, carecemos de aquella serenidad que presta al comentario una autoridad indiscutible. No hay nadie capaz de situarse en esta hora *au dessus de la mêlée*. Dichoso, entre todos, Romain Rolland, que pudo o intentó hacerlo en los albores de la catástrofe. Hoy es ya imposible: la palabra neutralidad, en este trance crítico de la historia humana, es un sinónimo de traición. Están en juego sólidos valores morales para permitirse el lujo de ser neutral. Puede todavía subsistir la neutralidad de los gobiernos, una especie de neutralidad política. La neutralidad individual es imposible.

Los intelectuales lo han comprendido así en la reunión de La Habana del Comité de Cooperación Intelectual. Pa-

ra no merecer los dicitos de Julien Benda, se han proclamado, con acentos encendidos de generosidad y de indignación, auténticos beligerantes. Algunos neutrales rezagados han intentado manejar con éxito argumentos detraídos de la abstracción. Sus voces se han ahogado, por fortuna, en el tumulto de pasiones, que pasa como un huracán sobre el mundo. Los oídos agudos perciben, a través de los ecos horriblos de ese tumulto, voces de esperanza.

Esas voces tienen un acento distinto de las que sonaron al comienzo de la guerra que ahora aspira a desenlazarse. Lo peor de las dos guerras ha sido el armisticio—como ingeniosamente le ha llamado el general De Gaulle—, que va desde noviembre de 1918, en que se firma el tratado de Versalles, hasta la independencia del Manchukuo, por presiones del Japón. Es el primer acto de bandolerismo internacional que abre el camino de la nueva guerra.

Una de las ventajas, naturalmente que de segundo término, que aportará a la humanidad el triunfo de los aliados será la de librarnos de la lectura de MEIN KAMPF. Es injusto subestimar la importancia de este libro abrumador, donde un paranoico ha esparcido sus ideas delirantes, que un pueblo pasivo ha ido luego haciendo realidad.

En la obra del sargento austríaco, que lloró de indignación, perdido en la masa anónima de un hospital de guerra alemán, cuando conoció la firma del *diktat* de Versalles, hay un error de bulto. Consiste este error en calificar como un epigrama la frase de Clemenceau de que la paz era solamente una continuación de la guerra. Supone Hitler que ese concepto, más o menos ingenioso y desde luego frívolo, del gran político francés, ha determinado a su país a seguir trabajando en la sombra. Nada más inexacto. Francia, que generalmente ha dispuesto en cada momento difícil de su historia del hombre adecuado para salvar la situación, ha tenido, a partir de Clemenceau, una crisis de hombres. Hitler es, por el contrario, como expresión de una voluntad colectiva de revancha y como creador y conductor de esta voluntad, el que ha comprendido claramente, desde las páginas de MEIN KAMPF hasta la campaña de Rusia, que la paz no era otra cosa que una continuación de la guerra.

PRETEXTO Y REALIDAD DE LA GUERRA DE 1914

La guerra de 1914 tiene un pretexto oficial: el atentado de Sarajevo. Acto inicial de una ficción que, durante el armisticio de 1918-1939, llega a adquirir poderosa trascendencia. El 28 de junio de 1914 son asesinados en la pequeña ciudad servia el archiduque de Austria Francisco Fernando y su esposa. Se trata de un magnicidio, cometido por unos patriotas campesinos, cuyo designio no es asumir un gesto bélico contra el decadente imperio austro-húngaro. Las declaraciones de los magnicidas son reveladoras, a este respecto. Uno de ellos, Prinzip, dice en el Pretorio: *"Veía cómo nuestro pueblo se agotaba por instantes. Por eso me he vengado. No me arrepiento"*. Otro, Cabrinovic, más prolijo en la expresión, declara que no odia a Austria, pero que a pesar de que su dominación ha durado treinta y cinco años no ha mejorado la situación de la agricultura ni resuelto el problema agrario. *"Amamos a nuestro pueblo —agrega—, que gime bajo una pesada carga, que vive en la tristeza y la miseria, que no posee escuelas y que está privado de toda cultura. Los campesinos constituyen las nueve décimas partes de este pueblo. Tenemos piedad de su triste destino y compartimos su sufrimiento"*. Fué una preocupación de Cabrinovic, durante todo el curso del proceso, la de que no se les considerara como delincuentes comunes.

Un delito de esta clase no ha determinado nunca en los tiempos modernos una declaración de guerra. La causa sería demasiado fútil, aun admitiendo el sentido feudal del decadente imperio de Francisco José y el apetito sádico de tortura que abrigaba en relación con sus antiguos vasallos.

La realidad de las causas de la guerra es muy otra y está anclada mucho más hondo que en esta anécdota de Sarajevo. En 1909, Moltke en una carta escrita a Conrad von Hötzendorf, había lanzado estas palabras proféticas: *"Creo que sólo la invasión de Servia por Austria podría provocar una intervención activa de Rusia. Esto haría jugar el CASUS FOEDERIS por Alemania"*. La profecía del general alemán se cumplió. Para anticipar su pronóstico,

cinco años antes de la guerra, Moltke contaba con unos datos psicológicos que importa destacar.

Rivaud, en un libro pro-alemán, ha señalado sagazmente algunos de esos factores. Para encontrarles una ascendencia ilustre habría que pensar en Lutero. No en vano ha afirmado Nietzsche que Lutero es siempre el acontecimiento alemán más reciente. En el Coral hay una estrofa que es la expresión más justa de una eterna e indomable voluntad de poder: "*Que nos lo quiten todo: cuerpo, bienes, honor, mujer e hijos, y que les haga un gran bien. Nunca obtendrán provecho de ello. EL IMPERIO quedará para nosotros*". Los factores que Rivaud señala como expresión de esa voluntad de poder pueden resumirse en los siguientes: una *élite*, donde se conjugaban las dos castas que habían de abatir después la república de Weimar: la militar y la de los *junkers*, sintetizadas felizmente en Hindenburg; unas multitudes inertes, blanda cera sobre la que modelar todas las convulsiones; un pasado legendario; un deseo de expansión; una pedagogía del engrandecimiento; una unanimidad.

Sobre este terreno afectivo prendió el huracán de las pasiones. A los hombres de Alemania se dirigía Clausewitz con estas palabras: "*Hombres de las pasiones enérgicas, profundas y ocultas; hombres de los movimientos raros y las emociones intensas; más semejantes, en contraste con otros fácilmente agitables, a la brasa incandescente que a la llama. Son los más aptos para mover, con su potencia de titanes, las masas inmensas que implican para nosotros las dificultades de la acción guerrera*".

Ignoraba estos conceptos, verdaderas ideas-fuerzas, la conciencia europea, desapasionada e ingenua. Los ignoraba entonces y los ha seguido ignorando después. Desencantados y un poco escépticos, nos preguntamos todavía si los ignora aún. . .

Una vez desencadenada la guerra, hay en ella un episodio, no suficientemente destacado, que cobra a la luz de los acontecimientos actuales una significación nueva. El plan del Kaiser era demasiado simple en sus líneas generales. Una ofensiva irresistible que pusiera a Francia fuera de combate, para volverse entonces contra Inglaterra, que no

tardaría en capitular. Error que se ha repetido en 1940. Se contaba con descartar a Rusia. Esta maniobra tuvo éxito. El soldado ruso, como dijo Lenin, votó por la paz con sus piernas, como ahora el italiano. Próxima a hundirse Rusia, Hindenburg y Ludendorff condujeron a ella a Lenin en el histórico vagón blindado, y se hizo la revolución y la paz de Brest-Litovsk. Un propósito animaba a los generales alemanes, traído del miserable concepto que tenían de la política. Para Hindenburg no era otra cosa que "*el arte de perjudicar al adversario por todos los medios*". Con esta precaria doctrina creyeron abatir a Rusia y decidir la suerte de la contienda. No contaron con la revolución, ni con la famosa alocución de Trotzky a todos, dirigida a los proletarios del mundo entero, ni con la resonancia universal que iba a adquirir el famoso lema leniniano: "*No es socialista quien no sacrifica la tierra de sus padres por el triunfo de la revolución social*". El episodio ruso fué el primer golpe infligido al poderío alemán. Desde las trincheras, los soldados alemanes oyeron, fatigados, famélicos y abatidos por la desesperación, estas voces de revuelta. La derrota de Alemania se empezaba a incubar.

LOS TRATADOS

Quizá tenga razón Rossier al afirmar que fué un grave error del tratado de Versalles la declaración, nueva en esta clase de pactos, de la culpabilidad de los vencidos. Esta declaración reviste un aspecto de singular gravedad: su carácter meramente lírico. No hay culpabilidad política sin sanciones inmediatas que la anulen. Pronunciarla sólo, es crear un mito fecundo. Toda la propaganda se ha hecho luego a base de esta culpabilidad y "*de los criminales de septiembre*", los políticos alemanes que suscribieron el tratado. La confusión en este punto induce a desconfiar de la inteligencia humana. La república de Weimar cede en un momento en que no tenía más elegible que la sumisión incondicional; se libra inerte a la ignominia de un pueblo entero y se encuentra cohibida luego entre dos fuerzas: el odio de sus nacionales y el desprecio del extranjero, que la

ve morir, después de agotarse en luchas estériles, no ya con indiferencia sino con placer. Mientras, crece el nazismo, hosco, áspero y hostil, entre el concierto de adulaciones de los pueblos que ha de oprimir más tarde.

Otro de los mitos de la propaganda alemana ha sido el *diktat* de Versalles. La voz rota de Hitler ha dado siempre a esta palabra una entonación llena a la vez de desprecio y de furor. La sensibilidad de los alemanes en este punto es singular cuando serenamente se piensa en los tratados que ellos tenían dispuestos para imponerlos a sus vencidos. Cuando se hace la paz de Bucarest en 7 de mayo de 1918 se obliga a Rumania a ceder a Hungría la línea de los Cárpatos. Se divide la Dobruja entre Bulgaria, Alemania y Austria-Hungría. Se priva a la nación vencida de todos sus puertos, con la sola excepción de Constanza. Esos puertos se reparten entre Alemania y Austria. Se traspa a Alemania el control del Danubio. Se obliga a los rumanos a trabajar, durante un cierto número de años, a base de un salario fijo, cuya cuantía es inalterable. Se establece el arrendamiento obligatorio a Alemania de los yacimientos petrolíferos rumanos por término de 99 años. Se deja en el territorio derrotado un ejército de ocupación, en garantía del cumplimiento de estas obligaciones.

El tratado de Brest-Litovsk, de agosto de 1918, no es mucho más flexible. Se impone a Rusia la renuncia de su soberanía sobre la Polonia rusa, Lituania, Curlandia, Letonia, Estonia y las islas Dago y Osel. Se ceden a Turquía Ardahan, Kars y Batum. Se reconoce la independencia de Finlandia, Ucrania y Georgia. Se grava a los vencidos con una deuda de guerra de seis mil millones de marcos. Se aíslan el mar Negro, totalmente, y parcialmente el Báltico. Las pérdidas experimentadas por Rusia en virtud del tratado se calcularon en los siguientes porcentajes:

Población	34%
Tierras laborables	32%
Cultivos de remolacha	85%
Instalaciones industriales	54%
Minas de carbón	89%

Se cuenta que un diplomático rumano se quejó a un oficial alemán de las vejatorias condiciones de la paz de

LOS DESASTRES DE LA GUERRA



A London boy sells the Biggest News in the World

Aquí paz y después gloria.
(Londres, 1^o de octubre de 1938.—Capitulación de Mních).)

GLORIA PARA TODOS



SOLANA: La procesión de la muerte. Oleo.

Bucarest, y que el oficial le respondió: "*¿La llama una paz dura? Espérese, hasta que vea la que estamos preparando para Francia e Inglaterra*".

Como la propaganda alemana ha carecido siempre de réplica, nadie se cuidó de subrayar el contraste entre el pacto que impusieron los triunfadores y los que trataron de dictar los vencidos, en las horas propicias de su triunfo fugaz. Esa consideración hubiera asumido entonces dos finalidades importantes: una, hacer ver que la injusticia de Versalles era pálida en relación con los propósitos abrigados por la justicia alemana; y otra, ofrecer la visión anticipada de los daños que, en un futuro próximo, podría acarrear a los pueblos oprimidos un éxito bélico de Alemania. De este modo se hubiera evitado en ciertas almas púdicas y sensibles el inevitable escalofrío que les producía el oír sonar en la pobre Alemania oprimida los toques de clarín de la revancha. Todo ello no era más que propaganda falaz e histerismo colectivo.

LA GUERRA EN LA POST-GUERRA

Walter Lippmann ha observado con razón que las naciones totalitarias viven en estado de guerra. Se refiere al régimen interior de los países. En efecto, es muy difícil hacer el tránsito de la guerra a la paz. Hay una economía de guerra, normas jurídicas y administrativas de guerra y una moral de guerra. Interrumpirlas, en un momento dado, para llegar, en un tránsito brusco, a una política, una psicología y una moral de paz, es muy difícil.

Por la ley de la inercia es más fácil continuarlas. Por el mecanismo activado del instinto se crea en el hombre una predilección por la lucha, que para cesar obliga a una actividad excepcional de las funciones de la inteligencia y del uso de los poderes críticos. Un régimen de guerra es una dictadura. Es conocida la proximidad, e incluso la infiltración de la demagogia, con respecto al régimen dictatorial. La reacción interior contra las potestades tiránicas se sintentiza en el odio a todo poder y, como consecuencia, en su negación. Se llega a engendrar una situación espiritual de anarquía. Cohibida por el mando, esa disposición

interior, una vez que el poder absoluto es abatido, triunfa y se traduce al exterior por una gama variada de acciones demagógicas. Algo así como una protesta convulsiva contra las angustias de la sofocación.

A la creación de este clima moral contribuyen durante la guerra del 14 varios factores. Para reforzar la disciplina de las trincheras se prometía a los combatientes toda suerte de beneficios, que se les otorgarían al día siguiente de la victoria. Era el *chantage* de la ilusión. Terminada la lucha, las esperanzas se vieron frustradas, e impulsados por la misma moral de la lucha, se alzaron irritados, reclamando airadamente el cumplimiento de unas promesas que eran irrealizables.

La primera de estas explosiones, en un orden cronológico, es el fascismo italiano, que tiene la originalidad de ser la reclamación airada de una nación triunfante en la contienda. La revolución rusa fué un producto de la derrota. El fascismo lo engendra la victoria. Encuentra sus masas predilectas entre los *arditti* que regresaban de los frentes exaltados por la gloria del triunfo. Esos hombres no se liberaron jamás de la moral del campo de batalla. La gravedad del movimiento se menospreció. Todavía en 1924 decía el rey Víctor Manuel a Briand a propósito del fascismo: "*Esto no es serio; esto no durará*". Briand, a pesar de saber que el rey, por un acto constitucional, había dado el poder a estas gentes sin seriedad, prestó eco a sus palabras, y con Briand el pueblo francés. Francia cometió siempre el error de considerar el fascismo italiano como un fenómeno aislado, y lo utilizó como un tema propicio para todas las facecias, sobrestimando en él la innegable vis cómica de los gestos, los desfiles, el estilo barroco; en una palabra, lo grotesco.

Esos *condottieri* eran una materia flexible, susceptible de ser modelada por otros países más fuertes, que supieran manejarlos a su antojo o inocuizarlos en caso necesario. Los nazis, con mucha más inteligencia y con mayor peligrosidad, se libraron a este manejo y, explotando la crueldad larvada que representaba el *manganello* o el uso del ricino, los asociaron a ellos para las más altas empresas del asesinato y del pillaje. En la guerra española se ha podido observar que los aviadores italianos bombardeaban por el

sueldo y los alemanes por un deber monstruoso de crueldad. Unos y otros, cualquiera que fuese el móvil de sus siniestras hazañas, diezmaron por igual las frágiles vidas, henchidas de ilusión, de los niños de España.

Las promesas de los políticos aliados a las masas que se batían, crearon inconscientemente el clima bélico de la paz. Lloyd George se fatigó afirmando que el mundo de la postguerra sería un mundo nuevo, e invitó a los trabajadores a que, una vez terminada la lucha, fueran audaces en sus reivindicaciones. Orlando marcó la ambivalencia de la lucha al asegurar, con su evidente autoridad de primer ministro italiano, que la guerra era también la mayor revolución político-social registrada por la historia y que sobrepasaría incluso a la Revolución Francesa. Otro primer ministro italiano, Salandra, llegó a decir estas palabras: "*Sí, la guerra es una revolución, una revolución grande, grandísima. Es la hora de los jóvenes. Que nadie piense ya en que es posible después de esta tempestad una vuelta al pasado*". Se autorizaron todos los excesos, como condición del ímpetu bélico. No es extraño que estas palabras hallaran eco en Mussolini, que en la prensa y en el frente, con los medios de opulencia verbal que han sido siempre de su predilección, estaba dando cumplimiento a las cláusulas de un contrato bilateral y conmutativo.

Sturzo afirma con justicia que Mussolini no ha practicado nunca las fidelidades de la convicción. Era un demagogo cuando andaba como extranjero indeseable por las prisiones de la Europa occidental y lo es ahora, cuando dirige un imperio en bancarrota. Contaba Vandervelde una pintoresca anécdota ocurrida en una conferencia que pronunció en la Casa del Pueblo de Laussane sobre el tema *Religión y marxismo*. El gran político belga, una de las personalidades de más alta calidad humana que yo he conocido, defendía su tesis de la compatibilidad de las doctrinas de Marx con todas las creencias religiosas. De pronto se puso en pie en el fondo de la sala un extraño personaje. Avanzó una mandíbula, que hubiera estremecido a Lombroso, y esgrimiendo un hongo marrón a modo de cuerpo contundente, lanzó con voz destemplada improperios a Vandervelde, llamándole burgués, y afirmando que los socialistas belgas eran unos reaccionarios, al servicio del capi-

talismo y del alto clero, que tenían un crucifijo en la Casa del Pueblo de Bruselas. Vandervelde, que era un gran señor, ignoró a su interruptor y desde luego no experimentó sorpresa alguna el día que fué concluido el Tratado de Letrán.

El demagogo italiano, buen orador y mejor periodista, que había lanzado a Italia a la contienda haciendo honor a sus compromisos secretos, estaba en el deber de secundar las propagandas revolucionarias de los políticos liberales. *"Si los soldados proletarios—decía— tienen necesidad, para aplastar a los austríacos, de tratar a la burguesía de podrida y de traidora, no hay mal alguno en ello, A CONDICIÓN DE QUE SE BATAN"*.

El papel del proletariado durante la guerra fué señalado por él. Su consigna fué esta: *"La guerra ha colocado en el primer plano a las masas proletarias. Ha roto sus cadenas. Las ha valorizado hasta el exceso. Una guerra de masas se concluye por el triunfo de las masas. . . Si la revolución de 1789—que fué al mismo tiempo revolución y guerra—abrió las puertas y los caminos del mundo a la burguesía, que había hecho su largo y secular noviciado, la revolución actual, que es también una guerra, parece que debe abrir las puertas del porvenir a las masas, que han hecho en las trincheras un duro noviciado de sangre y de muerte"*.

El día de la victoria de los aliados puso como colofón a sus predicaciones estos conceptos: *"Mayo de 1915 ha sido el primer episodio de la revolución, su comienzo. La revolución ha proseguido, bajo el nombre de guerra, durante cuarenta meses. No ha terminado aún. Puede o no tener el desarrollo dramático que impresiona la imaginación. Puede asumir un ritmo más o menos acelerado; pero continúa. . . En cuanto a los medios NO TENEMOS PREJUICIOS; aceptaremos los que resulten necesarios, los legales y los que se LLAMAN ILEGALES. Se abre un período en la historia que puede ser definido como el de la POLÍTICA DE LAS MASAS o el de LA HIPERTROFIA DEMOCRÁTICA. No podemos permanecer al margen de este movimiento. Debemos canalizarlo hacia la democracia política y hacia la democracia económica"*. (Los subrayados son míos).

Mussolini encuentra una cooperación esencial en la doble crisis que trabaja Italia el día de la paz: una crisis económica y una crisis de Estado. No le faltan colaboradores inconscientes. André Rossi, en su obra *LA NAISSANCE DU FASCISME*, una de las mejores contribuciones al tema, entre la abundante bibliografía a él dedicada, ha señalado el hecho singular de que en los momentos decisivos de la crisis italiana los comunistas fueron los feroces adversarios del *frente único*, que jamás quisieron con seriedad ni con lealtad. Para ellos, y para los socialistas maximalistas, la política no era, según Rossi, más que una mezcla de demagogia y de pasividad.

Los comunistas italianos proclamaban en 1921, siempre según el autorizado testimonio de Rossi, que el fascismo, en el fondo, realizaba un progreso, al destruir las ilusiones democráticas. "*Es cierto que la reacción blanca —decían— registra victorias pasajeras sobre un adversario que paga la culpa de su falta de preparación, pero mata la ilusión democrática y liberal y demuele la influencia sobre las masas de la social-democracia*".

El general von Metzsch ha acertado a señalar la característica más lograda del nacional-socialismo. Para él la guerra es un instrumento de política. Instrumento que no se puede tocar sin el acompañamiento de repercusiones revolucionarias. Fué un error psicológico de Alemania, en 1914, de acuerdo con las ideas del militar prusiano, no colocar a sus súbditos una *máscara de gas moral*, para protegerlos contra la disgregación de la inteligencia. Sería necesario que los soldados temieran más a sus oficiales que a sus enemigos, como ocurría en los tiempos de Federico el Grande. Una educación rigurosa debería hacer de todos los alemanes unos hombres que obedecieran a cualquier clase de órdenes sin tener el derecho de pensar; lo que se llama en la terminología germánica la *obediencia del cadáver*. Militarmente, la nación entera debe estar de tal modo constituida que la pregunta *por qué* sea formulada durante la guerra lo más raramente posible. El eufemismo y las expresiones tropológicas no atraen ciertamente la predilección del general von Metzsch. Define en sus claras palabras las líneas generales de sus sistemas de guerra. Sus principios, a pesar del carácter de excepción que les asig-

na, parecen la base política y moral del nazismo alemán y lo caracterizan con completa justeza. Es otro estado de guerra, con su congruente moral, practicado por una nación que ha alcanzado la paz. Sobre la masa inerte, preparada para la obediencia cadavérica, actúa como elemento catalítico la propaganda, dotándola de una mentalidad nueva. Los más vigorosos conceptos de MEIN KAMPF son los que dedica Hitler a este factor de agitación, que ha sido toda el alma de Alemania desde el advenimiento del nacional-socialismo. *"La propaganda no tiene por qué considerar los derechos de cada uno. Ha de insistir exclusivamente sobre aquellos que le interesa defender. No tiene por qué buscar objetivamente la verdad, en la medida en que sea favorable a los demás, para presentarla a la masa con una sinceridad de doctrinario; le basta con servir sin tregua la propia causa". "La gran masa de un pueblo —agrega— está compuesta de gentes indecisas, fáciles a la duda y a la incertidumbre. Desde que nuestra propaganda reconozca a la parte adversa, aunque sólo sea la sombra de un derecho, proyectará una duda sobre nuestro propio derecho, preferentemente en un pueblo, como el nuestro, que tiene una excesiva manía de objetividad"*.

La manía de objetividad y la de honestidad, virtudes evidentes de la mentalidad alemana, han sido curadas por Hitler, mediante brutales métodos quirúrgicos. Desde Versalles, contra los *"criminales de septiembre"*, ejecutados por los nazis, y a través de las debilidades de la república de Weimar, Hitler era el hombre que encarnaba la pasión alemana. Hindenburg, símbolo de las castas germánicas, lo alumbró en su inconsciente para después darle forma corpórea, adhiriéndolo como un símbolo al disfrute del poder. Hindenburg era algo más que un general derrotado; sintetizaba al junker-militar, toda el alma de la Alemania de la revancha. Vió en Hitler el delirante sin escrúpulos, encendido por el furor, que podía llevar al país a la gloria o a la muerte.

También en este caso hubo ayudas inconscientes. Los comunistas alemanes lanzaron en 1932, en vísperas del triunfo de Hitler, la consigna de la lucha contra el *doble frente*, contra Weimar y contra Potsdam, para acabar por no batirse ni contra el Estado ni contra el nazismo, como

justamente señala Rossi. Un año después del triunfo de Hitler, en enero de 1934, el *Presidium* de la Internacional Comunista votaba una resolución sobre el estado interior de Alemania, concebida en estos términos: "*La instauración de la dictadura fascista abierta, al disipar las ilusiones democráticas de las masas y al librar a éstas de la influencia de la social-democracia, acelera la marcha hacia la revolución proletaria*".

El fascismo y el nazismo han sido en sus respectivos países una unanimidad, lograda por métodos de terror; y una pedagogía, actuada sobre la infancia y la juventud, mediante sistemas de deformación, semejantes a los empleados sobre los organismos incipientes con el fin de hacerlos aptos para ciertos ejercicios peligrosos. La juventud así formada ha dado frutos distintos. En Italia, al someterse a la dura prueba de la guerra, no se bate. En Alemania va al sacrificio con impresionante pasividad. Algunos soldados franceses han manifestado, en interesantes testimonios privados, que durante los fugaces triunfos de las armas francesas desertaban los soldados alemanes de una edad madura. Aprovechaban toda ocasión propicia para librarse de la dura carga de la guerra. En cambio, la masa de adolescentes, sacrificada por Alemania como material bélico de predilección, sólo se movía en la lucha impulsada por un invencible instinto de matar, que alcanzaba cumbres heroicas. Matar muriendo, si era necesario, pero destruir siempre, con un desdén absoluto por la vida propia, que es el fruto amargo de la pedagogía totalitaria. Toda exaltación literaria de esta heroica sumisión nos parece monstruosa. Brown, en un artículo de *THE EVENING NEWS* ha dicho que para Mussolini el fascismo era una orgullosa pasión de la juventud italiana. Interpretación estética excesiva de un designio mucho más inferior. Mussolini ha hablado reiteradamente, revelando su pensamiento, del material humano para la guerra. No otra cosa que este concepto veterinario ha existido en su mente de parálitico general, en relación con la juventud de su país. Lo que ocurre es que en el fondo del alma italiana hay un poder de creación inextinto, que en vano ha tratado de destruir la banda de Mussolini. El fascismo ha conducido a los jóvenes a la pasividad, a la inercia, a esa indiferencia amorosa que

recoge, en un documento de gran valor literario, la conocida novela de Moravia. El *che fare* ha sido toda la moral del italiano, que se sentía impotente para traducir su protesta interior contra la fatalidad del régimen, pero que la cultivaba cuidadosamente. Algún día estallará, con formas convulsivas, que permitirán apreciarla en todas sus dimensiones. Ha tenido, además, aun en las circunstancias más trágicas, la válvula de expansión del humor. Un aviador italiano cae durante la guerra en la zona ocupada por los republicanos, y al tocar tierra exclama: "¡Viva la República o Arriba España!... como gustéis". Un general hecho prisionero en el imperio italiano de Africa por las tropas inglesas lanza este trémolo divertido: "*Me molestaba batirme por el desierto. IO SONNO UN POETA*".

Toda ilusión ha quedado destruída en el alma de la juventud alemana. Brown, en el trabajo antes aludido, destaca como cualidades predominantes de la juventud la energía y el idealismo. Desde el día siguiente a la pérdida de la guerra del 14 hace crisis la energía de la juventud alemana. Hay una serie de documentos literarios de una rara calidad que lo ponen bien de relieve. Nos bastaría citar, como característica, la novela de Remarque: *DESPUÉS*. Los jóvenes que vuelven de la guerra con una extraña mezcla de exaltación y depresión encuentran un ambiente sórdido, pegado a lo cotidiano, que ignora sus sacrificios y sus dolores. Los deprimidos sienten ahondarse más en ellos esta fase de su ciclotimia. Los exaltados asumen, hasta llegar al furor, las más airadas actitudes de protesta. Todas ellas desembocan en el crimen. Esta desesperación asténica ha sido sagazmente aprovechada por el nacional-socialismo, con una táctica neutralizadora, que ha ido confinando en ella a los jóvenes e inhibiéndolos de la vida, para que fueran absorbidos por el sentimiento de lo heroico, hasta lograr convertirlos en ciegas máquinas de guerra.

Tales son los resultados, en un país y en otro, de aquel *vivir peligroso* que exaltaba Mussolini o del conocido lema nazi "*captar la desesperación*". Un intérprete justo y objetivo recordaría aquí a un comentarista de Nietzsche, que define la filosofía del pensador alemán como "*una negación heroica del miedo de vivir*". Negación heroica del miedo de vivir es esta deformación moral de la juventud

perpetrada por las dictaduras, que quita a la existencia su valor como tarea para convertirla en una carga irracional. La observación de Jung cobra ante estos hechos un carácter casi dogmático. Está formulada durante los momentos más duros de la lucha anterior. Para Jung el racionalismo de la vida moderna desprecia lo irracional. Lo irracional inhibido se hunde en lo inconsciente. Actúa desde allí, con poder devastador e irresistible, a modo de una enfermedad incurable, cuyo foco no puede ser extirpado. Tanto los individuos como los pueblos han de vivir lo irracional a la fuerza, y no tienen más remedio que aplicar su más alto ideal y su mejor ingenio para dar la forma más perfecta posible a la extravagancia de lo irracional. La guerra liberó lo irracional reprimido. Todo el armisticio ha sido la obra de lo irracional triunfante. Basta considerar la actitud de las llamadas clases conservadoras, destinadas a una función social de evidente importancia y apartadas inconscientemente de ella por este irracional, que vela en lo profundo de nuestro inconsciente. La habilidad de los regímenes totalitarios ha consistido en crearles un *totem* intangible: la defensa de su dinero; y en mostrarles como un fenómeno aberrante, a modo de temible *tabú*, el miedo al comunismo, que podía arrebatárles sus comodidades y su supremacía. En defensa de un poder, cuya crisis engendró la otra guerra y que atomizará o destruirá la actual, han realizado los mayores sacrificios. Han cedido, para evitar el abordaje, toda la carga de principios y de dogmas que pudieran hacerlas respetables. A pesar de esta generosidad, el naufragio es inevitable. Puestas a deificar la fuerza, se han sumado a sus manifestaciones más brutales. Simpatizaron con Mussolini, pero luego les pareció Hitler más audaz y más cruel. En el ara de este grotesco dios germánico sacrificaron sus más caros ideales. A su servicio pusieron todas sus riquezas. Sin el Centro alemán, Hitler no estaría en el poder. Sin las clases conservadoras italianas y su aliada la iglesia católica Mussolini se hubiera sepultado en la ignominia a raíz del asesinato de Matteoti. Los dictadores les han pagado esa sumisión con la moneda de la infamia.

Los judíos eran en Alemania una clase conservadora, que en su mayoría acogió con júbilo al nazismo. Errantes

hoy por la superficie de la tierra, soportan la persecución de Hitler como una maldición bíblica. Los católicos alemanes ayudaron al triunfo del nazismo. Hoy son asfixiados con ensañamiento por la iglesia nacional alemana, que quiere el primado espiritual del nuevo orden, con el MEIN KAMPF como biblia y como símbolo la espada que hiere y mata. Aspiran, además, a sustituir el crucifijo por la svástica. Hasta el dios de los creyentes se ha convertido, para la propaganda alemana, en un ayudante del Estado totalitario, como nota Norman Angell. Lo curioso de estas operaciones persecutorias es que, bajo la apariencia de una discusión ideológica, encubren un despojo económico. La campaña contra los judíos sirvió para apoderarse de sus bienes. La que se preparaba contra la iglesia al estallar la guerra en 1939 tenía el mismo designio. Si Inglaterra y Francia no hubieran proclamado su solidaridad con Polonia, el nuevo éxito diplomático de Hitler hubiera aprovechado la exaltación del pueblo alemán para despojar de sus bienes a la iglesia católica. Si Hitler triunfara, la agresión a las diversas confesiones religiosas existentes en Alemania y en Europa sería inmediata. Sus bienes todos pasarían al Reich y Dios y el Führer quedarían fundidos para siempre en una materia deleznable, juguete irrespetuoso de todas las corrupciones.

Una moral que se dice originaria de la filosofía de Nietzsche ha anulado al tipo decadente, integrado por el judío y el cristiano resentido. Ha batido con energía a ese otro tipo mediocre o gregario representado por el burgués, y a través del triunfo del tipo aristocrático, impulsado por la voluntad de dominio, ha puesto el capital a su servicio, anulando sus iniciativas y abatiendo su poderío. Nada más exacto para significar el contenido de esta crisis que el título de un conocido libro de Rauschnig LA REVOLUCIÓN DEL NIHILISMO. Se ha logrado sumergir en la nada la religión y el capital.

La ofensiva ha alcanzado a otro de los ideales conservadores: el de la unidad familiar. Las relaciones paterno-filiales se han disuelto. Los hijos pertenecen al régimen. Son los custodios de las ideas de sus padres. Tienen el deber de revelar a la autoridad sus flaquezas o indecisiones políticas. Constituyen una garantía prendaria de la adhe-

sión de sus padres al poder. La Alemania nazi ha creado una institución monstruosa: la denuncia de los padres por los hijos, que no tiene equivalente en los momentos más viles de la historia del crimen. Conoció el viejo derecho penal la práctica de la *talla*, consistente en librar por precio a la justicia a los peores delincuentes. En muchas ocasiones el odio popular contra el criminal se transfería a sus delatores. Contra la *talla* se alzó, trémula de indignación, la voz gloriosa de Beccaria. La nueva institución mejora la delación por precio. Se aplica no a los criminales sino a los propios padres, cuando se hacen culpables de herejía en relación con el dogma político oficial.

Hay por todas partes una ausencia de piedad y una absoluta ceguera moral. Con razón ha dicho Malinowski que el totalitarismo ofrece muchas salidas fáciles para la animalidad del hombre, pero no ofrece ninguna para el hombre como hombre. ¡Es al hombre al que hay que salvar!

EL FIN DEL ARMISTICIO

La historia externa de los sucesos que ponen fin al armisticio es conocida de todos. Desfilan por ella una serie de nombres, cuyo poder de evocación no necesita el comentario. Manchukuo, Abisinia, la ocupación de Renania, España, China, Austria, Checoslovaquia, Albania, Polonia. Cada ocupación, cada anexión, cada guerra civil, cada defección de las obligaciones internacionales, marca una nueva etapa del drama. Lo inicia el Japón, lo continúa Italia, lo desenlaza Alemania, cuya intervención en Polonia conduce a la guerra. Todos los desmayos de las democracias pueden sintetizarse en una frase que pronuncia en la Sociedad de Naciones el delegado italiano, Aloisi, a propósito del primer acto de bandolerismo japonés: "*Hay que ser realista y aceptar las cosas como son*". Ante todos estos hechos cobra una exactitud impresionante el comentario de Ortega Gasset: "*Europa se ha quedado sin moral*".

Alemania lo dirige todo y detrás de la cortina de humo de los sucesos internacionales prosigue aceleradamente su gran rearme, sin las grotescas exhibiciones de Italia. A

la vez fuerza sus resortes para la guerra interior, dentro de cada una de las patrias. Esta aguda propaganda psicológica hace madurar sus frutos. Conocedora Alemania, como ningún otro país, del valor de cohesión que posee el ideal patriótico, piensa seguramente en la trascendencia que puede revestir su disgregación. Actuar sobre países divididos con la fuerza de la unanimidad es una garantía del éxito. Con este designio comienza a traducir a los idiomas extranjeros la doctrina nacional-socialista. Este es el eje de su propaganda, pero no la totalidad de la misma. Los medios de que se ha valido Hitler para debilitar o aniquilar las fuerzas de unión de los pueblos son muy variados.

Si, como ha observado Ortega y Gasset, la historia es una lucha entre los paralíticos y los epilépticos, la obra de Hitler ha consistido en mover taumatúrgicamente a los paralíticos y en hacer de la epilepsia un elemento crimi-nógeno. Los pueblos tranquilos han sido agitados. Los pueblos inquietos han sido lanzados desde la discordia hasta la lucha cruenta. Mientras, la parálisis de la democracia ha contemplado con la natural sorpresa estas convulsiones, pensando que lo mejor era apartarse de ellas.

Se acuerdan las sanciones contra Italia cuando ataca Abisinia, pero el gobierno francés se alarma ante la frase del embajador italiano en París: "*la sanción del petróleo es la guerra*", y Laval va a Roma, pacta con Mussolini y traiciona a Inglaterra. Laval ocupa en el escalafón de los *quislings* el primer puesto por derecho propio. Subraya Henri Torres que Laval hablaba siempre de Francia empleando el posesivo: *mon pays*. Laval ha cometido un crimen imperdonable contra el espíritu humano: sacrificar a su Francia la Francia eterna.

Se desencadena en España una guerra internacional. Días después de producirse la rebelión de los militares con mando, que habían prometido por su honor fidelidad a la República, llegan al país ayudas alemanas e italianas previamente concertadas. En vista de ello, Mr. Chamberlain propone a Francia que se cree un comité de no intervención para que nadie *intervenga* en la guerra española a favor de la República y que sigan actuando los que ya *han intervenido* en favor de Franco. Junto al generalí-

simo en jefe del imperio nacional-sindicalista surge también un blondo *quisling*.

Una epidemia de neutralidad gana a Europa. Se conserva la apariencia de algunos pactos; pero en su intimidad cada Estado se siente neutral, pensando que de este modo, con el egoísmo sagrado, con el aislacionismo y con otras medidas de prudencia, formas al fin y al cabo de parálisis, puede evitar su propia catástrofe.

Entonces se produce una floración de *quislings* que han de aparecer más tarde en el escenario de la historia. Alemania se aprovecha, siempre, de este extraño mundo que antepone a su instinto de conservación un miedo vergonzoso. Refuerza sus propagandas desintegradoras y coloca al hombre contra su patria. Movidos por la diplomacia nazi, integrada en su mayor parte por periodistas, espías, terroristas y agentes de la Gestapo, dirigidos sin escrúpulo alguno por Himmler y por Bohle, en cada país brota un hombre con el designio estricto de traicionarlo. Mientras su patria es neutral, el hombre de Hitler se aprovecha de esa neutralidad para librarla al enemigo. Austria es anexionada por Alemania por obra de un católico austriaco, Seyss Inquart, que llega a ser ministro del Interior con el desgraciado canciller Schuschnigg y al que ayuda en su tarea nada menos que el ministro de Relaciones Exteriores, Guido Schmidt. Los sudetes facilitan la anexión de Checoslovaquia dirigidos por Henlein, modesto profesor de cultura física de Asch. El *quisling* yugoeslavo es el propio primer ministro Stoyadinovich, el hombre más rico de Yugoslavia, que ha amasado su fortuna a costa del dinero público. El ministro de Relaciones Exteriores de Polonia, Joseph Beck, forma también parte de esta fauna siniestra. Dinamarca no resiste, porque la mina un modesto médico rural, Fritz Clausen. En Holanda, un ingeniero de Utrech, que pasa al nazismo desde el radicalismo político más desenfrenado, si es que ello constituye un tránsito, es el que abate la moral del país, facilitando la invasión. En Hungría actúa un mayor del ejército, Szalasy. En Bélgica, un débil mental, Degrelle, que debe a un matrimonio de fortuna su amplitud de movimientos en la política. En Rumania los *quislings* son legión, desde Codreanu, el eterno estudiante, hasta

Crilescu, sacerdote y profesor de la Universidad. El auténtico Quisling, que da su nombre a esta casta de traidores, es Vidkum Quisling, mayor noruego, que como su colega holandés ha dado un salto brusco desde el izquierdismo hasta el totalitarismo. Todos son hombres mediocres, salidos de la oscuridad, que han vuelto a la sombra una vez consumada su repugnante hazaña. *El traidor no es menester*. . . El anónimo en que se han hundido es ya un anticipo del que les reserva la historia. Serán enterrados en secreto, como en Francia las víctimas de la guillotina.

Es un fenómeno curioso el del origen de estos *quislings*, salidos todos ellos de la clase media; abogados, ingenieros, médicos, militares, hombres de profesión liberal. La revolución psicológica operada por Alemania fuera de sus fronteras se ha aprovechado de este descontento de la mesocracia, mientras ponía a su servicio al capitalismo, apoderándose de una buena parte de sus bienes en concepto de prima del seguro de su tranquilidad y de su supremacía, y agitaba a las masas proletarias, haciendo de ellas el elemento de convulsión apto para engendrar el clima favorable en que debían fructificar los designios derrotistas. También en este punto ha hecho Alemania otra revolución del nihilismo.

Los nazis son, según la feliz apreciación de Rauschning, *los hijos del caos*. En cada uno de los países conquistados han abatido cuantas ilusiones se cifraban en sus conquistas y han esparcido cosechas de odio que darán en su día frutos espantosos. La Alemania de Hitler ha demostrado que sabe hacer la guerra y que no sabe hacer la paz. El Führer ha dicho que la paz no es más que el armisticio entre dos guerras, y lo ha repetido hasta la saciedad. La mentalidad de guerra que ha impuesto al pueblo alemán como una verdadera psicosis, es por fortuna incurable y lo conducirá a ser destruído implacablemente.

Afirma Rossier que en la otra guerra se olvidó Alemania de los valores morales. En ésta le ha ocurrido lo mismo con los valores humanos. Tomás Mann, comentando las características psicológicas del nazismo, ha dicho que coloca al hombre *en las variaciones perpetuas del yo*. Por ignorar el yo, por cultivar al hombre-masa, hom-

bre-arma eficaz para el combate e ineficaz para la construcción, puede brindarnos la grata sorpresa de desaparecer para siempre de la faz de la tierra.

La guerra no ha sido sólo el producto de causas psicológicas; tiene su política —la de los armamentos— y su economía —la autarquía—. Ambas direcciones responden igualmente a un ideal de deshumanización, que al arruinar los recursos naturales destruye las fuerzas de la vida y aniquila al hombre.

EL EXTRAÑO INTERMEDIO

Un observador curioso del lenguaje empleado por las dos tendencias en lucha, durante el largo corte de armas que separa las dos guerras, ha podido escuchar términos distintos, que son la expresión de dos mentalidades. Alemania e Italia hablaban de dominio, de imperio, de espacio vital, de países proletarios, de puestos conquistados al sol, conceptos que, en síntesis, traducían una voluntad de poder. Las democracias, con excepción de una que defendió su dignidad con las armas en la mano, definían su neutralidad, predicaban el apaciguamiento, reconocían a cada país el derecho a darse libremente el régimen que le viniera en gana, proclamaban la licitud de todas las ideas, consideraban como problemas interiores verdaderos delitos contra el derecho de gentes, se inhibían de todas las crueldades, y en nombre de una política realista permitían consumarse todos los atropellos. Partidarias de una transacción que evitara a sus pueblos la terrible catástrofe de una guerra, escuchaban con deleite las voces egoístas que, entre los encantos de una vida fácil, avalorada por la molicie de todos los refinamientos y estremecida por el horror de perderlos, preguntaban angustiadas: ¿es que vamos a batirnos por Danzig? . . . Manchuria, como todos los pueblos, tenía derecho a su independencia; Abisinia debía agradecer el honor de que la civilizaran los italianos; la guerra civil española era una lucha interior, impulsada por Moscú; China y el Japón estaban muy lejos; Austria constituía una parte de Alemania; Checoslovaquia era una nación artificial, creada por la paz de Versalles. No valía

la pena de batirse por ninguna de ellas. Importaban más las comodidades que pudieran ponerse en riesgo en una operación de esta índole. Por fin, la pregunta insidiosa de Marcel Déat tuvo una respuesta afirmativa, que sorprendió a todos. ¡El mundo entero se está batiendo por Danzig!

Pero todavía persiste, por inercia, la mentalidad apaciguadora. Una parte beligerante invade, oprime, domina y dicta. La otra recomienda. En medio de la catástrofe, en que han de perecer tantas cosas, se piensa en guardar las formas, frente a un enemigo que ha derogado incluso las feroces leyes de la selva.

Los hombres libres, beligerantes en la lucha universal, tenemos, como es obligado, tomadas nuestras posiciones. Queremos creer que nuestra ilusión no estará predestinada a sumirse en la nada y que el porvenir no nos reservará una vida que no quisiéramos vivir. Por duro que sea este porvenir, podrá liberarnos de alguna de las miserias del presente. Preferimos ser débiles a ser viles. Nuestro drama halla un eco patético y preciso en las bellas palabras de la protagonista de la obra de Eugenio O'Neill *EL EXTRAÑO INTERMEDIO*: "*No hay vida más que en el pasado y en el porvenir. . . el presente sólo es un intermedio. . . un extraño intermedio. En él llamamos en nuestra ayuda al pasado y al porvenir para convencernos de que estamos vivos. . .*"

AFLORAMIENTO DEL ALBA

Por Pierre MABILLE

Ofrecemos a la consideración del lector estas páginas, último capítulo del libro Egrégores ou la Vie des civilisations acabado de imprimir en París el 6 de septiembre de 1938. Fueron, pues, no sólo escritas sino publicadas con anterioridad, nótese bien, a la capitulación de Munich donde se decidió la contienda española y el destino de Occidente. Su lectura provocará reacciones encontradas. No es posible desconocer, sin embargo, que contemplando desde su punto de vista el panorama histórico, el autor ha logrado formular un cuerpo orgánico de previsiones, algunas de ellas cumplidas ya con cierta exactitud.

El libro está dedicado a los luchadores españoles en los siguientes términos: Dedicó estas páginas a los combatientes de la España revolucionaria, aplastados bajo el peso de un mundo de muerte. Primeros vividores de la Magna Leyenda en que se forjará la nueva conciencia de los hombres.

SUELE afirmarse que el progreso científico se opone a la profecía. Denuncio, por mi parte, la falsedad de tal aserción. No hay ciencia sino cuando es posible prever el desarrollo de los fenómenos. No hay ciencia sino cuando se cree en un determinismo lo bastante riguroso para que la concatenación de los hechos no pueda ser alterada en cualquier momento por una intervención excepcional debida a la fantasía divina o al libre arbitrio humano. Encararse con el porvenir no es abandonar el arma de las certidumbres sino, al contrario, explotarla lo más posible. Puede objetarse que no todas las coordenadas y todos los factores de la ecuación social nos son todavía conocidos y que, se impone, por tanto, una prudente reserva en cuanto a la emisión de pronósticos. Falta saber si los detalles que aun se ignoran son de índole como para cambiar la orientación general de las cosas o si sólo han de servir para

rellenar ciertos cuadros generales perfectamente determinados. En otros términos, es posible asignar límites de duración, formas de conjunto, rumbo general a un proceso aun cuando no puedan preverse todos sus aspectos particulares. La experiencia de la biología me demuestra que tal posibilidad existe. Estoy persuadido, por lo que me toca, que es factible enunciar desde ahora ciertas profecías referentes al término de la civilización cristiana y al nacimiento de la civilización ulterior, sin que esto quiera decir que me sienta capaz de trazar todos los contornos de la colectividad que habrá de formarse en días venideros. La previsión, fácil en lo abstracto, mediante el cálculo y el razonamiento, no es asistida por la imaginación. Esta, contra lo que suele pensarse, se encuentra siempre rezagada; trabaja, en efecto, con arreglo al contenido sensorial acumulado en nosotros; tropieza con enormes dificultades para concebir formas nuevas.

A ello se debe que no pueda profetizarse sino sobre algo iniciado cuyas líneas generales existen ya, aunque pasen desapercibidas para el vulgo. Se considera vidente a la persona que adquiere conciencia de la realidad; ¡tan inveterada costumbre tienen los hombres de vivir en el pasado!

En el espíritu de quien pretende prejuzgar los acontecimientos deben tenerse presentes dos mecanismos. Se refiere el primero a la existencia de esos *egrégores*¹ sometidos como cualquier otro ser vivo, a las necesidades del nacimiento, del crecimiento y de la muerte. Pienso haber descrito lo bastante la evolución de la humanidad en su historia occidental desde hace veinticinco siglos para que el lector haya podido adquirir conocimiento del doble juego de la evolución, a la vez continua en su conjunto y discontinua en cuanto a la creación de formas. A este respecto me parece que el instante actual debe ser referido a los grandes trastornos que precedieron a la creación del sistema cristiano. Es error contemporáneo menospreciar el valor de nuestra época. Se imaginan unos que se trata de accidentes momentáneos paliables con remedios de ocasión. Otros, y este es por lo general el caso de los revolu-

¹ Llamo *egrégores*, palabra empleada antaño por los hermetistas, al grupo humano dotado de una personalidad distinta a la de los individuos que la forman.

cionarios marxistas, creen que el acceso del proletariado al poder se realizará mediante una serie de movimientos comparables a los que contribuyeron a la creación de los estados burgueses. Pienso que los fracasos padecidos provienen de tales errores de óptica y que el éxito del nacional-socialismo se debe a la ambición desmedida de que ha dado pruebas. Cualquier impulso colectivo que pretendiera limitarse hoy a soluciones particulares nacionalistas, económicas, sociales, y que transigiera, por otra parte, con la ideología cristiana, católica o secularizada, sería rápidamente destruido.

La segunda regla necesaria para formular una previsión concierne a los mecanismos de la dialéctica. Al observar los acontecimientos tanto en la escala individual como en la social, se percibe que toda acción se halla seguida por una reacción, que todo movimiento en un sentido suscita un movimiento contrario. Si se dirige a un cuerpo material, la sucesión de la pregunta y de la respuesta es instantánea; las leyes físicas lo evidencian. Cuanto más se asciende en la complejidad de los seres vivos, más se difiere la contestación. Hasta tengo para mí que el pensamiento no es sino una acumulación de reacciones inhibidas. Nuestro ser se compone de la suma de todas las acciones del medio que se han transformado en nosotros, siendo retenidas en nuestra carne. Somos el depósito de todas las energías que no se gastaron inmediatamente. En un momento dado, la respuesta deja de aplazarse, se hace acto. A nadie sorprende que el hombre, sometido a un choque violento, presente una herida, una fractura, perturbaciones diversas. Quien haya estudiado los mecanismos biológicos sabe que la aparición de las enfermedades llamadas espontáneas se halla provocada así mismo por causas más o menos remotas. El vulgo que no construye su juicio de manera racional y sobre bases suficientemente amplias, ve en ello un fenómeno fortuito. Desconoce el juego normal de acciones y de reacciones. La existencia colectiva no se sustrae a este mecanismo: se observa, por ejemplo, que allí donde la iglesia católica acumuló, como en México, latrocinios, ejecuciones sangrientas, es a su vez objeto de una represión activa. La revolución española, con su carácter violentamente anticlerical, aparece como reacción natural opuesta a los ma-

los tratos que la Inquisición y los clérigos infligieron a su pueblo. Leyendo la historia de la Inquisición era elemental prever el sobresalto ulterior de la venganza.

Sucede en general, dentro de este ritmo alternante, que no resulta castigado aquel que cometió la ofensa sino que la reacción recae más bien sobre sus lejanos sucesores. Los niños sufren las consecuencias de las enfermedades y de los abusos de sus padres. Es evidente que la Iglesia perseguida hoy en México, no es la que perpetró los crímenes de antaño. Ni Luis XVI ni el Zar Nicolás II, personajes anodinos, fueron temibles tiranos que merecieran la muerte; expiaron los delitos de sus antecesores; herederos de los privilegios, lo eran también de las quiebras del oficio. Siempre han tenido conciencia los hombres de esta especie de justicia inmanente a que se debe que cada movimiento vaya seguido por un movimiento inverso, pero les choca el retraso de tales reacciones lo mismo si tienen sentido de premio que si lo tienen de castigo. Los sistemas religiosos han tratado de explicar, de justificar esta realidad.

La doctrina de la reencarnación fué dictada por el mismo deseo. Es preciso que el individuo retorne personalmente para recoger el resultado de sus obras. El concepto griego parece más cerca de la observación pura y simple. Se halla menos vinculado a una voluntad ética. Los personajes edipianos sufren las lejanas repercusiones de las faltas cometidas por sus ascendientes; el ingenio helénico sólo espera la salvación de subterfugios que presentan a menudo el aspecto de combinaciones bastante turbias. En Asia se creía posible descargarse de todos los errores confiando su peso a un animal ofrecido al sacrificio o a un hombre excluido de la comunidad. Esta idea sumamente antigua explica toda una serie de ritos primitivos en los que un personaje hace de chivo expiatorio, convirtiéndose a la vez por su abnegación, consentida o no, en objeto maldito o sagrado. En virtud de esta creencia, los sacerdotes fueron segregados a menudo de la colectividad constituyendo una categoría social aislada. Cristo defínese como el hombre capaz de tomar sobre sí todas las faltas anteriores a su venida. La gran esperanza que representa radica en la fe de los pueblos que creyeron que el juego de reacciones y retruques iba a ser interrumpido por intervención divina.

Se supone que el niño se lava por el bautismo de todas las manchas que hubiera podido transmitirle la herencia. Por los sacramentos y por los ejercicios rituales (comunión) el adepto que se ha confesado, que se ha arrepentido con sinceridad, créese vuelto al estado de inocencia prístina; espera volver a empezar desde el principio. En suma, el cristianismo se afianza en la fe de un milagro permanente: la remisión de los pecados, es decir, la supresión de la alternancia natural entre la acción y la reacción. No se trata aquí de discutir el valor metafísico de tal aserto sino de observar si se verifica o no.

La respuesta es categórica: ni en la carne, ni en el espíritu, se libra el niño de su carga hereditaria; en ningún momento de su vida puede interrumpir el ser la trama de su existencia: debe soportar todas las reacciones de los actos que anteriormente cometió. Por consiguiente, no pudiendo contar con la intervención divina, esperada siempre en vano, no habiéndose aún observado milagro alguno capaz de hacernos pensar que el circuito de los resultados y de las consecuencias puede interrumpirse, es legítimo inferir lo que ha de suceder de aquello que ya aconteció.

Esta ley de justicia inmanente refuerza en la práctica las conclusiones filosóficas que nos incitaban antes a considerar los distintos grupos humanos como entidades autónomas. ¿Cómo, después de un intervalo de años o de siglos, podrían recaer sobre los sacerdotes los efectos de la mala gestión de sus predecesores si sólo existieran individuos particulares y si la Iglesia, de que son miembros, no fuera una entidad duradera? La existencia de los *egrégores* aparece así comprobada en el campo experimental.

Manejando el principio de acción y de reacción que es, en medio de todo, un aspecto de la dialéctica, la previsión de los sucesos empieza a ser posible desde que se conoce el primer término de la ecuación. El período actual corresponde precisamente a un vasto ajuste de cuentas, en cuyo curso se expían los errores y crímenes antiguos. Observemos de paso que la comprobación hecha aquí conduce a una actitud humana que pudiera servir para establecer una moral práctica. La certeza de que nada puede dejar de ser ulteriormente objeto de una respuesta, de una rebeledía, debe incitar al hombre a tomar elementales precau-

ciones. Si es cierto que de nada sirve ahogar las quejas de los vencidos, amordazar las protestas de dolor, usar de tretas lo mismo con los individuos que con las colectividades, el hombre consciente tratará de evitar aquellos actos susceptibles de acarrear con el tiempo una nueva serie de catástrofes. No se trata para él de perdón, lo que entorpecería el curso natural de la justicia; por el contrario, no conviene que la reacción legítima pueda, por su índole, engendrar un nuevo circuito de desorden; debe, pues, traducirse a un plano superior de la conciencia. El cambio de civilización corresponde al momento en que la lucha entre el pro y el contra, entre la tesis y la antítesis, cede el campo a la construcción de una síntesis. Esta pone término a la alternancia, cristalizando una nueva afirmación.

He insistido de sobra, para tener que volver sobre ello, acerca de la muerte ineluctable de todo el sistema cristiano. No basta, sin embargo, asistir como espectadores a su descomposición. Se requieren nuestros esfuerzos. La supervivencia irracional de estructuras vacías de su necesidad profunda exige una tarea de desescombro, —de basurero, dicen los cantos revolucionarios. La certidumbre de su éxito cercano no debe interrumpirla. Me atrevo a afirmar que nada subsistirá mañana de cuanto hoy se esconde bajo el signo de la cruz o de cuanto prospera bajo su influencia. Los siglos venideros no conservarán sino los testimonios de aquellos que a costa de dificultades y sacrificios manifestaren la intransigencia necesaria. Recogiendo el mito de Sodoma y Gomorra, digo que poco importa el número de los que permanecen vivos en medio de conformismos y podredumbres; el foso que ha de separar la carne gangrenada de los elementos sanos no está ya lejos de formarse; sólo se salvarán del olvido, quedando en la memoria de los hombres, los que no hayan aceptado ninguna suerte de componendas. Las sutiles tácticas políticas no podrán conducir sino a repetidos descalabros.

El abandono del barco en perdicción no quiere decir que deba renunciarse al salvamento de los tesoros que contiene. Ha llegado la hora de trasladar la suma de experiencias psicológicas y todas las premisas del ritual, desde el edificio que se derrumba hasta la casa de que tan sólo se hallan esbozados todavía los cimientos. Por haberse desen-

tendido de tan precioso legado humano, por haberlo renegado pretextando el mal uso que de él hasta aquí se había hecho, los partidos revolucionarios han sido reiteradamente vencidos. La continuidad de la evolución efectiva exige que no olvidemos, en provecho de reivindicaciones materiales inmediatas, el largo viaje realizado por el cristianismo dentro de la psicología de individuos y multitudes. Ya es tiempo de recoger el tesoro que entraña el sistema cristiano quien lo tomó a su vez de los organismos anteriores.

Doy a este aserto una significación muy completa. Digo particularmente que ha llegado la hora de llevar a la práctica un buen número de las aspiraciones contenidas en el mensaje de Jesús. Se ha escrito a menudo que el evangelio era *avant la lettre* un manifiesto comunista. Conviene desconfiar de fórmulas engañosas. Lo cierto es que la civilización que se está gestando, la cual conservará muchas de las afirmaciones actuales del comunismo, sobrepasará en amplitud la esfera de influencia y de actividad cristiana. Opuesta aparentemente en todos los puntos al cristianismo, será sin embargo su verdadera continuadora. Necesidad es de las familias: el hijo no prosigue el esfuerzo paterno sino después de haberlo renegado, de haber chocado rudamente contra él. Así puede llegar más lejos.

La bancarrota de la organización mundial intentada por la Sociedad de las Naciones bajo la égida de los países anglosajones y protestantes, muestra que la hegemonía de un cristianismo laico no cuenta con más posibilidades de éxito que la resurrección de un catolicismo universal. Ginebra, capital de la Reforma, fracasa a continuación de la Roma pontificia. El imperio inglés había puesto en ella su esperanza de perdurar por procedimientos más firmes que el apego cada día más frágil a un monarca. La ruina de Ginebra condena a dicho imperio a un desmoronamiento inevitable. Este país está llamado a conocer dentro de poco los ataques de Europa entera coaligada contra él. La amable y tradicional engañifa política llegará a expiración, dentro de sus fronteras, con el triunfo de las masas populares. El oculto poder capitalista habrá de trasladarse a los Estados Unidos. En ellos se está instalando ya, detrás de fórmulas sociales más flexibles, una aristocracia finan-

ciera apta para la duración. El tiempo de los conquistadores ha terminado allí en provecho de una suerte de estabilidad del reino del dinero.

La Masonería no ha podido engendrar, como no lo pudo la Reforma, una comunidad occidental coherente en sustitución del edificio cristiano. Su oficio de guardiana no habrá sido, sin embargo, inútil. La construcción futura tomará de aquí y de allí sus materiales, que es en el fondo lo esencial.

*

He indicado anteriormente los mecanismos que dieron nacimiento a las naciones de Europa y las ideologías que encierran. Estos movimientos adoptan hoy un carácter fascista. Pero conviene establecer entre ellos una distinción si no se quiere ser víctima de las palabras.

El fascismo italiano representa un monumento de arqueología social en que se mezclan los recuerdos del imperio romano con la caricatura de los conceptos socialistas. Está este sistema llamado a desaparecer en enconadas convulsiones internas y bajo la presión de su aliado germánico que intentará reconstruir el imperio de Carlos Quinto. El sentido del Hitlerismo es muy diferente. Quisiera uno que los políticos, tan cortos de vista, pudieran percibir toda la importancia del fenómeno. Sin duda la necesidad que experimenta un país vencido de rehacer su orgullo, de recobrar su rango en el concierto de naciones, explica el éxito de la empresa; sin duda, el deseo de la burguesía, de los terratenientes, de los industriales, de mantener sus privilegios de clase ha favorecido el triunfo de tan avasallador cesarismo. Obran en dichos movimientos los resultados de esfuerzos anteriores: se ha reanudado la política seguida desde el tiempo de los caballeros teutones hasta Bismarck. Se ha reanudado la gran ambición de restablecer el santo imperio romano-germánico, es decir, de retroceder a las épocas anteriores a 1555. Tal afán de expansión tenía que conducir a Roma, luego a Madrid, no dejando de ser inquietante para los Países Bajos. Fuera esto pura arqueología ya que se trataría de resucitar una forma social después de vaciarla de su contenido va-

ledero: el cristianismo. El aspecto novedoso del nacional-socialismo radica en lo que ha tomado del marxismo y en especial del comunismo ruso.

En el campo ruso, ninguna ideología general fuera de un llamamiento cada vez más vago dirigido a la revolución proletaria; en el campo alemán una mística nebulosa de la raza mezclada al culto de la tierra, del universo. En ambos, el esfuerzo primordial se orienta hacia la organización colectiva de un Estado fuertemente jerarquizado pero sin clases.

Todo concurre a mejorar la producción, racionalizar los trueques interiores o internacionales, suprimir el desconcerto.

Tanto en uno como en otro campo se está creando una verdadera religión del movimiento que no deja de ser impresionante. Declaro por mi parte que, no obstante las persecuciones, hubiera sido muy difícil formarse una idea del verdadero valor de la revolución alemana de no haber mediado su intervención en la contienda española; la mayoría de las actividades absurdas del régimen hubieran podido explicarse por la gran pobreza del país y por los lentos y solapados ataques de las naciones circunvecinas.

La guerra de España constituye el acontecimiento sensacional que servirá de test para apreciar los diversos componentes de la realidad colectiva de hoy y de mañana. Es este un fenómeno misterioso. La importancia que le atribuyo podrá parecer excesiva a los espíritus superficiales que ignoran la virtud mágica que adquieren ciertos territorios en determinados momentos. No se crea que mi emoción procede del salvajismo y de la duración de la guerra civil. Porque si sólo se tratara de hacer cálculos basados en el número de víctimas, la guerra de 1914 ocuparía el primer puesto; si hubiera que referirse al carácter inmundado de la pugna exterminadora de mujeres y de niños, es evidente que aventuras como las de Etiopía o China son más repulsivas aún. El valor incomparable del combate español proviene de que los acontecimientos se formulan en él con nitidez casi simbólica. La lucha de un pueblo desprovisto hasta entonces de todos los conocimientos y de todas las técnicas modernas, contra todas las internacionales de opresión, contra todas las potencias europeas y mundiales

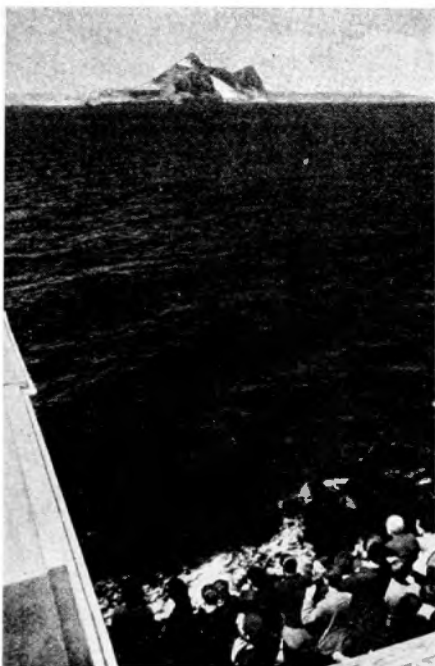
(cristianismo, capitalismo, pseudodemocracias liberales), reviste una apariencia homérica en que late el nacimiento de un mito. Característica es la llegada espontánea de combatientes de todos los países del orbe; no de los especuladores—ambiciosos los habrá habido ciertamente—, sino de todos los desesperados, de cuantos sufren; estos desdichados habían reconocido en ese drama su propio drama, su última esperanza en la tierra de un vivir a la postre humano. ¿Habré de decir que consiguió la adhesión inmediata de todas las sensibilidades exentas de podredumbre? No era mayor el número de probabilidades que existían para que la humanidad recogiese las hazañas de un puñado de exaltados reunidos antaño en torno de un agitador judío. Y sin embargo, son muchos los siglos de esperanza que han gravitado sobre tales personajes y no sobre el virtuoso Marco Aurelio. Confrontados todos los cómputos, los cálculos más distintos, los impulsos sensibles, profundos y controlados, me atrevo a afirmar que hemos asistido a la creación de un mito inmenso. La España Revolucionaria no es la expresión integral del Bien—el futuro atenuará sus defectos—pero contiene el Bien. El ímpetu portentoso que arrebató a la humanidad hacia la conciencia de su destino ha tomado allí forma de ejemplo. Cuanto podía originar dudas sobre el esfuerzo alemán desaparece de pronto. En el combate de la vida contra la muerte, el pseudo profeta de la alegría, sin peligro, ha abarrotado de carne sus densas.

La parodia de su empresa de renovación resulta así patente. Está maldito como el emperador romano que no supo comprender. Se proseguirán sus tentativas de organización a fin de aplastar al Nazismo.

Si España hubiera triunfado, toda Europa hubiera podido salvarse. Pero el curso natural de las civilizaciones no ha sido perturbado, una vez más, por milagro alguno; cúmplese el destino, los viejos mueren, el esfuerzo balbuciente del futuro debe encontrar por sí mismo la fuerza nueva de su devenir. Transcurridos trescientos sesenta años, los vencedores de América véanse impelidos a pedir asilo a los pueblos que sufrieron sus más rudos asaltos. Los vencidos van a llevar a ciudades de nombres idénticos a los de su patria el peso inmenso de su dolor y la fuerza contagiosa de su



RENÉ BOYVIN
D'ANGERS.
Rapto de Europa.
Agassuetic.



ADIOS A EUROPA

Vista del Peñón de Gibraltar desde el SINATA,
primer barco del éxodo republicano español.
(*Mayo de 1939*).

rebeldía. México, donde aun emergen en un cielo inflamado los antiguos templos del sol, donde las razas se han mezclado ventajosamente para el indígena redimido, se dispone a aceptar fraternalmente la tarea de llevar a feliz término la obra renovadora. Este país que ha extirpado de su laboriosa superficie la mala roña: nobleza y clero que un mal viento le había traído, es digno de ser investido de la misión suprema. Puesto que el curso de los siglos ha dado al Atlántico el valor que antaño tuvo el Mediterráneo, se está constituyendo allí una agrupación humana susceptible de soportar la carga de una civilización. Entre los Estados Unidos, filial del imperialismo anglosajón, y México, se renovararán las luchas y los canjes que dieron razón de ser a nuestro occidente cristiano.

El éxodo hacia el nuevo continente es ya significativo. Las obras de arte adquiridas a peso de oro, emigran hacia los museos de Estados Unidos, donde constituyen un barniz de cultura: cuadros, estatuas, castillos expendidos a pedazos y reconstruïdos para gloria de los nuevos barones financieros. Toda esta afluencia de cerebralidad comprada se conjuga con una notable potencia técnica destinada a mejorar la condición humana de un hombre ausente. Del lado mexicano, la pobreza conviértese en riqueza por la acogida dispensada a los desterrados del mundo.

Durante varios años y por razonamientos cuyo absurdo me parecía probable, había yo permanecido escéptico en lo que toca al glorioso destino prometido a México. Europa parecía tan poderosa aún, tan capaz de salvarse. . . . La guerra de España vino a evidenciar lo contrario. Desde entonces se han multiplicado las pruebas. Un hecho particular como la llegada de Trotsky, excluido del mundo entero, tomó un carácter bastante simbólico.

Se equivocaría uno al imaginar que esta evolución va a producirse de manera continua y que la destrucción de Europa en provecho de una resurrección simétrica presentará el aspecto de una simple hoguera como las que se encienden en nuestros campos para calcinar los residuos. Hay que prever nuevas vicisitudes ofensivas de la vida; corresponderá a Francia, cuando toda esperanza esté perdida, después de que se haya afirmado la omnipotencia de los fascismos, esbozar durante algún tiempo una rebelión

triumfante preparando así la conciencia del futuro. El triunfo tendrá que ser efímero por razón de las fuerzas conjugadas de Africa y de Asia a que las divisiones internas de Europa habrán dado impulso. No puede considerarse como simple coincidencia el hecho de que el Islam haya sido llevado por el mundo católico al punto más avanzado de sus progresos anteriores. Puede preverse una reforma que enmiende los fallos del mahometismo en lo que se refiere a la vida colectiva de sus adeptos. Late en estos hombres una concentración de vida. Bastará que se establezca un acuerdo entre su misticismo dinámico y las modernas necesidades de la técnica para que surja como por encanto un inmenso imperio. Su expresión será, frente a las formas hieráticas de que hasta el presente se ha servido, lo que el gótico fué con respecto a Bizancio.

No hay que atribuir a simple coincidencia que la primera falla grave manifestada en el poderío inglés así como en la organización ginebrina tuviera por origen el conflicto sino-japonés. Se observará que si la acción coercitiva de las democracias europeas no pudo empeñarse hasta el fin debióse a los temores inspirados por sus posesiones en Extremo Oriente. Sin este contrapeso no hubiera podido prosperar el desorden favoreciendo el desarrollo de los gérmenes mortíferos. Crece ya amenazadora una sombra que paraliza a Europa. La suerte de Rusia se halla comprometida por la necesidad en que se encuentra de concentrar, lejos de la vigilancia de los jefes, en los confines de China, la mejor parte de su ejército. Envuelve para ella tal obligación un peligro interno en auge y un debilitamiento en el orden exterior. La derrota española no ha dejado de hallarse en conexión con estos fenómenos de oriente. En cuanto, por un esfuerzo de última hora, trate de hacerse aquí en Europa una reorganización, el desarrollo del peligro asiático vendrá a acabar con ella.

Estos grandes movimientos que se preparan en la superficie del globo demuestran que no puede preverse el nacimiento de una sola civilización extensible a la humanidad entera. Al contrario, se asistirá a cierto número de cristalizaciones casi sincrónicas. Esta obra se refiere especialmente al estudio del fenómeno occidental.



Sin pretender determinar el contenido exacto de la civilización que habrá de suceder al cristianismo, es factible desde ahora indicar su orientación general. Se encuentra ya el fenómeno de sobra avanzado para que dejen de percibirse las conclusiones que habrán de sacarse. Prevalecerá un principio que puede ser llamado monismo con el vistoso vocabulario de la filosofía. Quiere esto decir que los hombres habrán reducido por fin y para largo tiempo las antinomias que les mantienen desmembrados. Al final de un inmenso camino discursivo habrán encontrado su sitio en el universo. Por la reunión, lo mismo en el terreno científico que en la actividad sensible, de la necesidad natural y de la necesidad interna, quedará suprimido el dualismo básico. Ciego está quien no percibe cómo todas las ramas de la investigación conducen actualmente a esta segura certidumbre. A semejanza de los filósofos griegos de la época precristiana, habremos previsto con la inteligencia; tocará a nuestros sucesores vivir esta unidad de la materia y del espíritu, del mundo y del hombre que no pasa para nosotros de ser un concepto. Puede hablarse, en este pasaje, de la encarnación necesaria: al transformarse la idea en sensación vivida. La encarnación tendrá un carácter colectivo. El actual totalitarismo, que para sí quisiera semejante conclusión, no pasa de ser su esbozo y su parodia externa. Corresponde más o menos a lo que fuera la epopeya de Augusto, término de un mundo acabado, respecto a la de Cristo, inauguración de un ciclo. Salta a la vista que el estudio del determinismo social, lejos de arrastrarnos a un complaciente fatalismo sugiere al contrario la necesidad de una lucha muy ruda, muy dolorosa para que pueda cumplirse el destino humano de la Rebelión humana permanente.

LA CONFERENCIA DE RIO DE JANEIRO

BOCETO PRELIMINAR

LA CONFERENCIA de Río, la batalla de Río, marca por múltiples razones una época en la historia del Panamericanismo.

Es la primera Conferencia que se efectúa encontrándose un Estado miembro de la Unión Panamericana en guerra con una potencia no americana; se adoptan, en consecuencia, por primera vez, medidas de carácter bélico de inmediata aplicación y se pone a prueba ante un hecho positivo la eficacia de los principios de unión y solidaridad continental *lei motive* del espíritu americano desde que nuestras Repúblicas surgieron a la vida independiente.

Después del Congreso de Panamá que acordó para la defensa continental la formación de una doble flota, al mando el escuadrón del Atlántico de una comisión compuesta de tres miembros, la retórica de los oficiantes del Panamericanismo se había confinado a enredar sus tropicales guías en las columnas que sostienen el templo de la paz y quemado su incienso al Dios de la Justicia; místico recogimiento que no volvieron ya a perturbar las preocupaciones de orden bélico.

La Quinta Conferencia Panamericana que debió haberse celebrado el año de 1914, fué aplazada por la guerra europea hasta el año de 1923 y en ella ignorando la gran y reciente catástrofe se volvió a reanudar el himno a la paz y a la justicia como si nada hubiera acaecido.

En realidad fué un mexicano, González Roa, quien propuso una resolución que fué aprobada condenando la guerra de agresión como un crimen de lesa humanidad, persuadido tal vez de que el Tratado de Versalles no era propiamente sino un armisticio que mantendría una situación precaria y que el combate tendría que reanudarse con más furia una vez cicatrizadas las heridas, reparadas las fuerzas y perfeccionados los sistemas de destrucción y muerte.

En la Octava Conferencia de Lima se resolvió crear un instrumento: la consulta para atacar en los casos de emergencia los problemas relacionados con la seguridad del Continente, evitando así las dilaciones del funcionamiento de la complicada maquinaria de las Conferencias Panamericanas.

Se imaginan muy profundas y graves las preocupaciones de los Estados Unidos en el orden internacional, para decidirlos a apartarse por primera vez de su actitud secular de aislamiento y admitir y aún solicitar la colaboración del resto del Continente, celebrando convenios de cooperación militar.

Cuán diferentes fueron sin duda las instrucciones de que era portador Summer Welles al emprender el vuelo hacia Río de Janeiro, de las aprobadas por el Senado Americano el año de 1825 y comunicadas a los ciudadanos Sargeant y Anderson, cuando en un bergantín que recortaba su graciosa silueta sobre el azul Caribe, se dirigían lentamente al Congreso de Panamá, debiendo obedecer la consigna categórica de no intervenir durante la memorable Junta en los asuntos de carácter político o militar que llegaran a ser abordados.

En la cima de la Conferencia de Río de Janeiro aparece la moción de México, Colombia y Venezuela, proponiendo la ruptura de relaciones diplomáticas con los países del Eje por parte de aquellos que no lo habían hecho aún. La medida requería la adhesión de Brasil, Argentina, Chile, Perú, Bolivia y Paraguay y provocó una lucha que duró toda la Conferencia. Las noticias de Río sobre este palpitante asunto disputaban a las de la guerra misma los grandes encabezados de los periódicos. Toda clase de medios fueron empleados por la mayoría para quebrantar la resistencia y conquistar el apoyo de los más recalcitrantes Argentina y Chile, logrando a la postre solamente un compromiso *ad referendum* que los dejaba en libertad de romper sus relaciones con los países del Eje. Brasil, al fin fiel a su tradicional política de amistad hacia los Estados Unidos en la sesión de clausura anunció la ruptura y Chile con motivo del cambio de Gobierno prometió hacerlo, quedando sola e inmovible la República Argentina. La actitud de la Argentina tiene numerosos antecedentes que remontan hasta el Congreso de Panamá, pues la idea de Bolívar de formar una Confederación Continental no sólo no tiene eco sino que es recibida en la Argentina con verdadera hostilidad.

El espíritu que animó a la Conferencia fué no sólo el de buscar los medios más expeditos para la defensa del Continente, sino para coadyuvar al triunfo de la causa que los Estados Unidos defienden. Una serie de medidas de carácter político fueron recomendadas con el fin de contrarrestar y suprimir la labor de ayuda ostensible o clandestina, esta última principalmente (espionaje, sabotaje, etc.), en favor de los países en guerra contra Estados Unidos, estableciendo procedimientos de coordinación para buscar una eficaz vigilancia por parte de los Gobiernos de América cerca de tales actividades.

La labor menos aparente aunque de resultados más trascendentales, fué la desarrollada por la Comisión de Asuntos Económicos presidida por el Secretario de Relaciones de México. Esta Comisión se enfrentó por medio de una serie de recomendaciones con los problemas de incremento de la producción y absorción de los excedentes, con el esencial del que depende la paz orgánica del Continente de mantener altos salarios en América protegiendo a nuestros trabajadores contra la competencia de los bajos salarios coloniales. La movilización de materias primas y productos industriales para su distribución equitativa y conveniente entre las naciones del Continente, y asentar sobre bases sólidas la economía de las repúblicas americanas.

Aprovechando las lecciones de la experiencia, se sugieren todo género de medidas para aligerar las transacciones comerciales estranguladas en la actualidad por un conjunto casi caótico de reglas, registros, restricciones, etc.

Como un complemento necesario, la Conferencia se refirió a facilidades de crédito y comunicaciones, así como para evitar el desplazamiento de los productos naturales por sustitutos sintéticos y por último, como una medida de guerra efectiva, a la interrupción de todo intercambio comercial y financiero con los países del Eje.

En el orden militar, por obvias razones, se aprobó solamente una reunión de técnicos militares y navales en Washington para estudiar y decidir sobre las medidas de defensa común en el Continente.

De manera incidental se trató en la Conferencia sobre el estudio de los problemas jurídicos creados por la guerra y el desarrollo y coordinación del Derecho Internacional cuya aplicación —por no decir que todos sus principios han sido violados— se encuentra en este momento en suspenso.

Los puntos tratados en la Conferencia de Río, según la relación anterior, merecen por su posible repercusión un análisis profundo. En realidad no se hizo sino señalar el camino a seguir. Su éxito dependerá esencialmente de la forma en que se dé oportuno y rápido cumplimiento a las diferentes recomendaciones aprobadas. Una serie de convenios y arreglos deberán concertarse tanto en el orden militar como en el económico y político; obra principalmente de técnicos que dentro de un conocimiento real de las condiciones de cada país, haga viables dichas resoluciones para que puedan obtenerse los resultados que de las mismas se esperan.

Constituyó la espina de la Conferencia la actitud de la Argentina a quien no le fué dable sacrificar sus imprecisas inclinaciones políticas a la gran causa de la solidaridad continental como lo había realizado

en Conferencias anteriores. No es posible negar que algunos países sudamericanos —y Argentina es uno de ellos— sufren influencias de atracción muy poderosas hacia determinados países europeos, por razones de orden económico y espiritual y por el volumen de su inmigración que en forma decisiva ha contribuido al progreso del país; intereses que a pesar de su magnitud no debían imperar, sin embargo, sobre el más alto propósito de unión y ayuda recíprocas entre todas las Repúblicas Americanas.

Queda, por tanto, pendiente una fraternal, noble y levantada tarea de persuasión hacia ese gran país cuya importancia material y espiritual en el concierto americano nadie puede desconocer. La partida no debe ser abandonada, tanto más cuanto que el pensamiento argentino, según se manifestó en la Octava Conferencia celebrada en Lima, fué expresado por su Secretario de Relaciones, en esta inequívoca y brillante manera:

La solidaridad americana, señores, es un hecho que nadie puede poner en duda. Todos y cada uno de nosotros estamos dispuestos a sostener y aprobar esa solidaridad frente a cualquier peligro que, venga de donde viniere, amenazara la independencia o la soberanía de cualquier Estado de esta parte del mundo. No necesitamos para ello de pactos especiales. El pacto está ya en nuestra historia. Actuaremos con un solo e idéntico impulso, borradas las fronteras y con una sola bandera para todos, la de la libertad y la justicia.

"No es solamente el pedazo de tierra el que, llegado el caso, defenderíamos en sagrada unión todos nosotros. Estamos resueltos a rechazar con el mismo tesón, ya por medio de medidas concordantes, de carácter preventivo, ya por una acción directa combinada, todo lo que implique una amenaza para el orden americano, toda intromisión de hombres o de ideas que reflejen y tiendan a implantar en nuestro suelo y en nuestros espíritus conceptos ajenos a nuestra idiosincrasia, ideales en pugna con los nuestros, regímenes atentatorios de nuestras libertades, teorías disolventes de la paz social y moral de nuestros pueblos, fanatismos o fetichismos políticos que no pueden prosperar bajo el cielo de América. Como representante de una patria que, con ser liberal y hospitalaria, no ha dejado nunca de ser argentina, tengo el derecho de hacer estas afirmaciones y las hago con más fuerza que nunca en estos tiempos en que la idea de justicia aparece como la idea litigiosa por excelencia".

Manuel J. SIERRA.

EL DESTINO DEL "HOMO SAPIENS"

“**T**OMÁNDOME a mí mismo como un espécimen del pensamiento más progresista de mi época, es evidente que, hasta la publicación del CEREBRO DEL MUNDO en la primavera de 1938, no nos dábamos cuenta cabal de la proximidad de una crisis culminante en los asuntos humanos”.¹

El espécimen no se había dado cuenta pero el miliciano sí. Este es un hecho. Otro: el espécimen —¿el *homo sapientissimus?*— ya no cree en la infectibilidad del progreso. Todo lo contrario; ante la guerra que parece inevitable (el libro fué escrito en 1939) casi se abandona a la desesperación.

Wells, en el capítulo autobiográfico *Un espécimen de su generación*, nos conduce lentamente por la pendiente donde se deslizó su pensamiento desde la inmovible seguridad finisecular de la época victoriana hasta la crispada desolación actual. Este capítulo es la auténtica confesión de un hijo del siglo, a caballo entre dos y, con el prólogo, también autobiográfico, nos enteramos más que de él de los tiempos que corren por él, como, contrariamente, los estudios y programas del resto del libro más nos enteran de él que de otra cosa.

Desde su MÁQUINA PARA EXPLORAR EL TIEMPO, pasando por ANTICIPACIONES (1900) hasta llegar, atravesando la HISTORIA DEL MUNDO, al borde mismo de este angustiado DESTINO, la ocupación, casi profesional, con el futuro se va desplazando insensiblemente de la fantasía al pensamiento y de éste a su sangre, donde se prefija y convierte en preocupación. El futuro, “descubierto” por Wells en el año 1902, cuando trata de “establecer un sistema de valores que tenga en cuenta el porvenir”, acaba absorbiendo el presente, siendo más cabal realidad que él, pues que le da sentido y lo orienta. Al iniciar el viraje coincide con Wells el payaso Marinetti que, por aquel entonces, “vino a Londres recitando con voz estentórea la más sorprendente poesía futurista”.

“Guardaba amargo resentimiento hacia los turistas ingleses y americanos y exigía a gritos y en forma violenta un país viviente y no un museo de antigüedades”. Nada, se diría, de Imperio Romano y

1 H. G. WELLS. El destino del “homo sapiens”. Ed. Sur, Buenos Aires, 1941.

de Academia de Roma. Dos conceptos, sin embargo, del futuro que, si aparecen confundidos en el fervor catecúmeno del primer descubrimiento, cuando el movimiento presentaba "*características de irrealidad*" y parecía, más que nada, una "*calaverada*", saldrán disparados, después de la guerra del 14, con una divergencia de 180 grados—paz mundial, guerra mundial— hasta chocar de frente, cerrado el circuito, en estos días mortales que vivimos. De aquella guerra salió también disparado, y con qué ímpetu, otro futurista tremebundo, que construyó la historia como profecía y la filosofía como voracidad: Spengler.

Porque en nuestros días no es tanto el concepto del hombre, como quiere Max Scheler, sino el concepto del futuro el que dicta la historia que se escribe, el que pasea nuestra mirada por el pasado para, siguiendo su dirección, dispararse desde el presente. No es, a pesar del título, el HOMO SAPIENS, inventado por los griegos, el que sirve a Wells para "*dar forma a la historia*", pero tampoco, a pesar de que "*la historia se convierte en ecología*", el HOMO FABER inventado por Max Scheler. Es, sencillamente, y afrontamos la cursilería, el hombre desesperado porque la obra de su cabeza y de sus manos se ha vuelto, como otras tantas veces pero con mayor frenesí que nunca, contra él. Como dijo el más optimista de todos los filósofos, Hegel, la historia no es tanto un campo de ruinas como de escombros. Pero esta vez, sabiéndose de memoria las lamentaciones apocalípticas de todas las otras veces, tiene conciencia lúcida de que sus temores ni están exagerados por la hinchazón miope de lo cercano ni multiplicados por el desconcierto del manoteo. No le consuela ni asegura el que, tantas veces, las crisis hayan sido siempre vencidas en favor del hombre. No le consuela a él, que empolló la idea luminosa del progreso, ni tampoco a los espécimes, como Wells, de la mentalidad progresista de la época. Porque todos hemos aprendido, desde el 14 hasta la fecha, en la Salamanca del mundo, que las espléndidas posibilidades humanas nunca fueron más precarias ni menos probables.

Ahora que, cada quien, trata de explicar la situación a su manera, orientado por sus propias perspectivas del futuro, Wells, con su utopía pedagógica, la explica por el sobrante de jóvenes sin empleo. Nunca hubo tantos jóvenes sobrantes, que salen sobrando y son buenos para todo. Lo que en el curso de la historia ha tenido un efecto tónico y estimulante, dando origen al corrimiento de pueblos y a las guerras, en los que Turgot, inventor del progreso—de la idea, digo—, veía su acicate, coloca hoy a la humanidad al borde del precipicio. Pues, debido precisamente a la técnica, nunca hubo tantos jóvenes sobrantes ni, también debido a ella, tantas oportunidades de encender-

los para los efectos más mortíferos. Así la guerra se convierte hoy en la "*tisis galopante de la especie humana*".

Durante la del 14, Wells trabajó para su país, y creyó trabajar por el mundo, en la propaganda, en los países centrales, de los fines de guerra de aquella que "*iba a acabar con todas*". . . Trabajó, también, por un proyecto de Sociedad de Naciones que fué desbancado, no con mucha ventaja, sin duda, por el de Wilson. De este desengaño y defraudación y de la experiencia directa de la ignorancia, verdaderamente enciclopédica, de los dirigentes, le vino la idea de escribir una HISTORIA DEL MUNDO que pusiera orden en las cabezas acerca de lo que —al revés te lo digo— el hombre había sido y lo que debería, en consecuencia, ser. Los descubrimientos de la ciencia, de la biología y la geología especialmente, se sabían cuando se sabían pero pocas veces se creían, es decir, entraban a formar parte viva de la persona, inhibidos por los viejos mitos creacionistas disfrazados de ideología. Con una pasión madura que recuerda la de otro gran antepasado suyo, Hobbes, concentra todas sus fuerzas en el empeño de la educación, de la ilustración de las gentes por la ciencia. Concibe un *cerebro del mundo*, una enciclopedia universal permanente, una especie de superuniversidad mundial que resolvería el problema, tal como a él, en su visión del futuro, se le presenta: inadaptación de la especie hombre a los cambios inmensos que, en pocos años, ha experimentado su medio ambiente por la acción de sus propias manos. Inadaptación, *hiatus* que amenaza con tragarse a la especie para depositar sus insignificantes restos en la inmensa noche geológica de los diplodocos. Una nueva guerra —la de ahora— si no acaba al galope con la especie, la sumirá en una barbarie inédita que Wells nos anticipa minuciosamente.

Antes de escribir este magnífico trozo de novela wellsiana, hace su autor un recuento ajustado de las disponibilidades actuales de la humanidad: el judaísmo, el imperio britano-anglicano, la Iglesia católica romana, el protestantismo, el nacismo, el comunismo, el sinthoísmo, China, India, Africa y Norteamérica. Como se ve, falta además de los polos, el trozo de planeta que habitamos—Iberoamérica—, que el gran novelista, quien siguió con ardiente simpatía la lucha del pueblo español, arrincona con dos palabras: dictadura y pronunciamiento. La gran esperanza que pudo haber sido Norteamérica se frustró con el fracaso de aquel *trust del cerebro* con que le hincharon la cabeza al pueblo norteamericano. Ese cerebro fué fabricado por las Universidades americanas, remedo de las europeas. Nada dice, pues, en contra del *cerebro del mundo* o nueva superuniversidad universal. Norteamérica, en proporción a su cuerpo, resulta tener el cerebro de un ca-

ballo. Rusia, la otra gran esperanza, tendría, en la misma proporción, el cerebro de una lagartija. Stalin, en una entrevista famosa, allá por el año 34, le había dicho que "*los bolcheviques habían sido poco inteligentes*". Resulta muy instructivo releer esta entrevista, que publicó el *Trimestre Económico*, pues apunta en ella Wells todos los motivos de su último libro. En la discusión entablada por los personajes han terciado, empezaron a terciar muy pronto, los acontecimientos. No vamos a contar entre ellos la historia del P. E. N. Club, en el que, como cofundador, ponía por entonces tantas esperanzas H. G. Wells. Podríamos contarlo como síntoma—¿no es verdad, admirado Jules Romains?—de la impotencia de la razón, no digamos del *esprit*, abandonada a sí misma. Tendremos que contar, sí, las fuerzas desatadas y los frenos agarrotados a partir de la guerra de Abisinia. Y ante la marcha galopante de los acontecimientos, estamos seguros que Wells, a pesar de su pacifismo integral, se encuentra, como en otra ocasión famosa, en su sitio, al lado de su pueblo, por el futuro y contra el futurismo. Aunque posiblemente, también, esté redactando otra *Carta del Atlántico* y con ganas de reanudar la entrevista interrumpida el 34.

Eugenio IMAZ

LA "CULTURA" COMO DESAFUERO

HA LLEGADO a México el Tomo III de la HISTORIA DE ESPAÑA que, bajo la dirección de D. Ramón Menéndez Pidal, edita Espasa Calpe en Madrid.¹

Y con él un asombroso descubrimiento que, afortunadamente, constituye una impresionante novedad en la Historia de la Cultura Española, ya que rompe con la tradición de lealtad, seriedad y propio respeto que el pensamiento científico español se había impuesto. No resulta agradable comentarlo; desvela una actitud no sólo desleal sino anticientífica—corolario imperioso de la sumisión de la inteligencia al fascismo—en la que, con desagrado vemos implicados nombres, hasta el momento respetables—Ramón Menéndez Pidal, José Ferrandis, Don Justo Pérez Urbel—que no han sabido guardar las más elementales normas del decoro intelectual, al amparar, ya que no provocar, un hecho como el que suscita esta nota.

Espasa Calpe, en el año 1935, inició la publicación de una monumental HISTORIA DE ESPAÑA que constituyera un resumen del estado de las investigaciones históricas en aquel país. Por ello se concedió la dirección de la empresa a D. Ramón Menéndez Pidal, quien requirió la colaboración de los autores más destacados por sus investigaciones en cada una de las particulares disciplinas históricas. Los capítulos sobre la *Historia de la Escritura* se encargaron a D. Agustín Millares Carlo, Catedrático de Paleografía y Latín medieval en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid y maestro de la nueva generación de paleógrafos españoles.

Entregó el señor Millares el capítulo sobre la escritura y el libro en España durante la dominación visigótica, a D. Pedro Aguado Bleye, encargado de coordinar los diferentes estudios para la composición de la obra. El trabajo fué pasado a la Editorial y fueron tiradas las pruebas del mismo. Interrumpió la guerra española la publicación del tomo y ahora, a los dos años de terminada aquélla, aunque con fecha de 1940, nos llega el Volumen III en que se incluye el trabajo del señor Millares, pero firmado por la señorita Matilde López Serrano.

¹ *Historia de España*, dirigida por D. RAMON MENENDEZ PIDAL, Tomo III, *España visigótica*, Espasa Calpe, S. A., Madrid, 1940. La fecha es falsa. Este tomo está publicado en el año 1941.

Idéntica emoción a la que debieron sentir los monjes benedictinos al descubrir los primeros palinsestos sentimos nosotros al leer el capítulo III de la HISTORIA DE ESPAÑA.² Inmediatamente apreciamos que a través de sus párrafos se traslucía otro texto al que algo pegadizo y extraño se había superpuesto. Limpiado, sin grandes dificultades por otra parte, resultó ser el capítulo I de los NUEVOS ESTUDIOS DE PALEOGRAFÍA ESPAÑOLA publicados en México por D. Agustín Millares Carlo bajo el patronato de la Casa de España en México, quien se encontró, al aparecer el tomo de referencia de la HISTORIA DE ESPAÑA, en la muy pintoresca situación de copista de sí mismo.

En España, mientras tanto, la feroz, o ferina, penuria intelectual obligó a inventar un nuevo tipo de palinsesto. No se encontró quien estuviera preparado para rehacer la monografía, no se podía prescindir de ella, ni ha resultado posible confesar que su autor era un profesor, español auténtico, que había luchado por la independencia política y cultural de su Patria. Y encargaron, a una paciente y modesta señorita, totalmente desconocida como paleógrafa, cuyo nombre asomó cautelosamente como futura tratadista de la Historia de la encuadernación española, que intentara, como los copistas medievales, una pequeña transformación del trabajo y se tomara el de firmarlo.

Para demostrarlo bastara hacer un ligero cotejo a) de su estructura, b) del aparato crítico, c) de las láminas, d) del texto.

a) *Estructura.*

Bastará copiar a doble columna el título y el sumario de las dos publicaciones.

AGUSTÍN MILLARES³

Título.—“Observaciones sobre la escritura y el libro en España durante la dominación del pueblo visigótico”.

Sumario.—Indicaciones preliminares.—La escritura ulfiliana.—Examen de la escritura latina entre los siglos V y VIII. Diversos tipos: Capital Caligráfico.—Uncial.—Semiuncial.—Cursivo minúsculo.—La escritura en Espa-

MATILDE LÓPEZ SERRANO⁴

Título.—“La escritura y el libro en España durante la dominación del pueblo visigótico”.

Sumario.—Indicaciones previas.—Escritura ulfiliana.—Examen de la escritura latina entre los siglos V y VIII. Diversos tipos: Capital Caligráfico.—Uncial.—Semiuncial.—Cursivo minúsculo.—La escritura en España du-

² Op. cit., págs. 357-358.

³ MILLARES CARLO, AGUSTIN: *Nuevos estudios de Paleografía Española*, México, 1941, pág. 3.

⁴ *Historia de España*, T. III, pág. 357.

ña durante las centurias indicadas; inscripciones y monedas.—Diplomas.—Códices y Bibliotecas.—¿Quedan libros visigodos?—Algunos ejemplares segura o probablemente hispanos: grupo uncial.—Códices del grupo semiuncial.

rante las centurias indicadas; inscripciones y monedas.—Diplomas, Códices y Bibliotecas.—¿Quedan libros visigodos?—Algunos ejemplares segura o probablemente hispanos: grupo uncial.—Códices del grupo semiuncial.

Como puede verse el único trabajo realizado por la señorita Matilde López Serrano ha consistido en sustituir la palabra preliminar por previas.

b) *Aparato crítico.*

Aquí es donde comienza, con profunda mala fe, la labor de palinsesto realizada por la señorita Matilde López Serrano. Ha intentado raspar el texto primitivo para insertar el nuevo. No ha podido pero ha procurado sembrar la confusión en el lector impreparado o distraído. No ha conservado el mismo orden en las citas que constituyen el aparato crítico de la obra y ha procurado desfigurarlas, bien incorporando al texto parte de la cita, bien pasando a éstas lo que el señor Millares daba en el cuerpo de la monografía.

He aquí el resultado del examen de las primeras, y con ello creo que bastará, ya que el trabajo de esta señorita no merece una edición crítica.

AGUSTÍN MILLARES CARLO ⁵

Cita 2.—Ataulfus a patricio Constancio pulsatus, ut relicta Narbona, Hispanias peteret per quendam Gothum apud Barcinonam... iugulatur. Chron., en Flórez, España Sagrada, IV, 1749, pág. 356, y ed. Bruxelles, 1845, pág. 65.

Cita 1.—Cfr. Ramón Menéndez Pidal. Manual de Gramática histórica española, Madrid, 1918, pág. 25.

Cita 4.—Por ejemplo... En el manuscrito escorialense & I

MATILDE LÓPEZ SERRANO ⁶

Cita 1.—Chronicon, en Flórez, España Sagrada, IV-1749, pág. 356 y en la edición de Bruxelles, 1845, pág. 65.

Cita 2.—Ramón Menéndez Pidal.—Manual de Gramática histórica española.—Madrid 1918, pág. 25.

Cita 6.—A. Morel Fatio. Bibliothèque de l'Ecole des Char-

⁵ Op. cit., págs. 3-5.

⁶ Op. cit., pág. 376.

3, del año 1047 en minúscula visigótica (Cfr. A. Morel Fatio, *Bibliothèque de l'École des Chartes*, XLIII, 1882, pág. 238), una mano de los siglos XIII-XIV escribió: *Littera ista moçarava appellatur*, y la misma u otra coetánea añadió: *uel toletana*.

tes. Vol. XCIII, 1.8882, pág. 238.

Cita 5.—Rodrigo Ximénez de Rada: *De rebus Hispaniae*, lib. VI, Cap. XXIV en *Patrum Toletanorum... Opera III*, ed. Lorenzana, Madrid, 1793, pág. 137.

Cita 7.—Rodrigo Jiménez de Rada. *De rebus Hispaniae* lib. IV, cap. XXIX en *Patrum Toletanorum... Opera III*. Edición Lorenzana, Madrid, 1793, pág. 143.

Cita 7.—*De rebus Hispaniae*, lib. VI, cap. XXIX, ed. cit., II, pág. 143.

Cita 6.—*Chronicon Mundi*, lib. IV, en Schott, *Hispania Illustrata*, IV, pág. 101.

Cita 8.—Lucas de Tuy, *Chronicon Mundi*, lib. IV, en Schott, *Hispania Illustrata*, IV, pág. 101.

Cita 9.—Cfr.: L. Delisle, *Mélanges de Paléographie et de Bibliographie*, Paris, 1880, págs. 105-107; R. Beer, *Handschriftenschatze Spaniens*, Viena, 1891, págs. 455-457; M. Ferotin, *Histoire de l'Abbaye de Silos*, Paris, 1897, págs. 262-267. Véanse los núms. 32 y 33: *Tres reglas toletanas. Et dos reglas de letra francisca*. Núm. 84: *Et XI psalterios toledanos*. Núm. 93: *Et VI psalterios de letra francisca*.

Cita 9.—L. Delisle, *Mélanges de Paléographie et de Bibliographie*, Paris, 1880, págs. 105-107. R. Beer, *Handschriftenschatze Spaniens*, Viena, 1891, págs. 445-457. M. Ferotin, *Histoire de l'Abbaye de Silos*, Paris, 1895, págs. 262-267.

¿Merece la pena seguir? Se ha realizado por la señorita López Serrano un premioso y penoso esfuerzo para intentar desvanecer el texto primitivo y crear una confusión que se disipa, con facilidad, sometiéndolo a una ligera pero atenta compulsión. Ha realizado una labor de mala fe en la que deja al descubierto su incompetencia. Por ejemplo: en la 6 en que estropea, para simular originalidad, la 4 del señor Millares se refiere al vol. XCIII de las publicaciones de

l'Ecole des Chartes, siendo así que la referencia del texto *debe* hacerse, como afirma el señor Millares, al tomo XLIII. Lo mismo le sucede en la cita 7 en que intenta resumir las 5 y 7 de Millares. Por otra parte en su afán de conseguir alguna originalidad, con notable falta de gusto, suprime, casi siempre, la parte fundamental de las referencias.

Como carece de la necesaria preparación, no ha podido utilizar las modernas aportaciones sobre los problemas suscitados en la monografía y se atiene estrictamente a las pruebas de la del señor Millares redactadas en 1935. Por ello al tratar de los diplomas no menciona para nada la monografía del profesor Rodney Patter Robinson sobre los Manuscritos 27 y 107 de la Biblioteca Municipal de Autun, ya que esta parte de su trabajo fué reelaborada por el señor Millares en México.⁷

c) *Láminas.*

La elección de láminas es trabajo personal y de la mayor importancia en todo estudio paleográfico. Del acierto en su selección depende, en gran parte, la eficacia del texto. Por ello es difícil que aparezcan las mismas láminas en dos trabajos distintos. Aquí nos encontramos con una extraña coincidencia; todas las láminas incorporadas al texto de la señorita Matilde López Serrano son idénticas a las del señor Millares, excepto una, que aparece en la versión primitiva del señor Millares y que éste decidió suprimir en su nueva versión. (Fig. 3 de Millares y 109 del Tomo III de la *HISTORIA DE ESPAÑA*).

Pero como la señorita López Serrano tenía en su poder únicamente las primeras pruebas, y carece de la competencia suficiente para revisarlas, ha conservado las erratas en las transcripciones que Millares salva en México y que hubiera salvado en España.

d) *Texto.*

Elijamos un párrafo cualquiera; por ej.: el primero, que es uno de los que con mayor impulso ha intentado confundir nuestra autora:

AGUSTÍN MILLARES

*Indicaciones preliminares.*⁸

Quando el pueblo visigodo penetró en la península por la Tarraconense, hallábase sumamente romanizado pues "había vivido en íntimo contacto con los ro-

MATILDE LÓPEZ SERRANO

*Indicaciones previas.*⁹

Penetraron los visigodos en nuestra península por la Tarraconense, y una pequeña parte en el nordeste de esta provincia, con Barcelona, fué su primer asien-

7 Op. cit., pág. 22.

8 Op. cit., pág. 3.

9 Op. cit., pág. 357.

manos, ora como aliado, ora como enemigo, en la Dacia, en la Mesia, en Italia misma y en Galia y estaba muy penetrado de la cultura romana". Ataulfo, casado con la hermana del Emperador Honorio, venía a España por orden del vicario imperial Constancio, según testimonio expreso del cronista Hidacio.

to. Ataulfo, su rey, casado con la hermana del emperador Honorio, Gala Placidia, vino a España en 414, cumpliendo órdenes del vicario imperial Constancio según lo expresa el obispo de Aquae Flaviae (Chaves) y el Cronista Idacio. Era el pueblo visigodo el más romanizado entre todos los germanos ya que "había vivido en íntimo contacto con los romanos ora como aliado, ora como enemigo, en la Dacia, en la Mesia, en Italia misma y en Galia y estaba muy penetrado de la cultura romana".

En este párrafo el trabajo de la señorita López Serrano ha consistido en alterar el orden, cambiar la palabra "preliminar" por "previa", descubriéndonos que Barcinona estaba en la Tarraconense y que Gala Placidia era la hermana del Emperador Honorio.

Otro párrafo cualquiera descubre las mismas características; por ej.:

AGUSTÍN MILLARES

Semiuncial.¹⁰

La "semiuncial" es una escritura de tipo minúsculo, a diferencia de las variedades capitales y de la uncial. Algunos la denominan minúscula primitiva. . .

Sus letras características son *a* abierta o cerrada; *g* semejante al numeral 5, cuyo trazo horizontal se prolongase hacia la izquierda, y *r* cuyo martillete descendiendo mucho y llega a veces a tocar la línea del renglón. *E* es a veces uncial; pero en la mayoría de los casos el trazo medio colocado muy alto, cierra el arco superior. . .

MATILDE LÓPEZ SERRANO

Semiuncial.¹¹

La "semiuncial" como indica su nombre es una escritura mixta, cuyo elemento esencial lo constituye la cursiva, por lo que es una escritura propiamente minúscula, a diferencia de las capitales y uncial. . .

Sus letras características son *a* abierta o cerrada; *g* de forma semejante al numeral 5, cuyo trazo superior prolongase hacia la izquierda y *r* cuyo martillete descendiendo ondulado hasta tocar la línea del renglón, por lo que puede confundirse con una *n* minúscula; la *e* es a veces uncial; pero más frecuentemente el trazo medio colocado muy alto, se une al superior, arqueado, formando un ojo.

¹⁰ Op. cit., pág. 18.

¹¹ Op. cit., pág. 360.

¿Para qué seguir?

Sin embargo, es preciso aclarar una nueva sorpresa que produce el cotejo. Al comparar la parte final del capítulo *Diplomas* se observa que los textos se separan profundamente. Produce un momentáneo asombro comprobar que dispone de cierta iniciativa paleográfica la señorita López Serrano. Sin embargo el asombro se disipa al confrontar su versión con las pruebas del trabajo entregado por el señor Millares a D. Pedro Aguado y entonces se comprueba que se limitó, como en el resto, a copiarlas, procurando deformarlas. Esta es la parte de su trabajo modificada por el señor Millares en México a la vista de las aportaciones del señor Robinson. De la compulsión con las galeradas primitivas del señor Millares resulta:

AGUSTÍN MILLARES.

Por otra parte, frente a la carencia de documentos originales de la época visigótica, la crítica paleográfica ha procurado, con objeto de formarse idea aproximada de cómo pudo ser la cursiva española. . . .

MATILDE LÓPEZ SERRANO.¹²

En vista de la carencia de documentos originales de la época visigótica y con el fin de obtener idea aproximada de cómo pudo ser la escritura cursiva de los mismos, etc., etc. . . .

Y por último, y para perfeccionar el agravio, en todo el texto no se cita ni una sola vez a Millares, a pesar de que es difícil moverse entre los estudios paleográficos españoles sin tropezar con su obra.

Lo grave es que no se trata de un caso aislado: lo mismo que con el señor Millares se ha procedido con Ramón Iglesia, a quien se ha sustraído la publicación de la *CRÓNICA DE LA CONQUISTA* de Bernal Díaz del Castillo que dejó ultimada en España y con, entre otros, Demófilo de Buen a quien el señor Caso, profesor de la Universidad de Sevilla, le ha hecho el favor de publicar, con su firma, unos estudios de Derecho Civil debidos al primero.

No se trata por lo tanto del caso aislado de un investigador poco escrupuloso sino de todo el sistema de la ciencia oficial española, que desdeña, premeditadamente, las normas elementales de decoro por servir una idea de venganza y exterminio.

José Ignacio MANTECON.

¹² Op. cit., pág. 366.

Aventura del Pensamiento

EL MAL DEL PINTO

Por *Manuel MARTINEZ BAEZ*

LA IMPRESIÓN que el espectáculo de un mundo nuevo haya producido en los descubridores y conquistadores de América no es fácil de imaginar siquiera por la mente de nuestros contemporáneos. Panoramas, animales, plantas, todo lo que sus ojos contemplaban, tenía para los recién llegados el interés de lo desconocido y aun de lo insospechado. Poco se encuentra, desgraciadamente, en los documentos originales de la conquista y del descubrimiento, acerca de esta primera impresión de los europeos, lo cual bien se explica pensando que aquellos audaces y esforzados varones debieron ocupar toda su atención con los menesteres que suscitaban la obligación de tratar con los indígenas, bien para entablar con ellos relaciones de amistad más o menos sincera, o bien para luchar contra la tenaz resistencia que los dueños de la tierra opusieron más de una vez contra aquellos que venían a ocuparla.

El hombre americano, elemento primordial en el paisaje que iban descubriendo, fué lo que fijó, sobre todo, la curiosidad y la atención de los recién llegados. Las cartas que los conquistadores españoles enviaban a su rey y señor, así como los libros que más tarde se escribieron para narrar las prodigiosas hazañas del dominio del Nuevo Mundo, aluden ciertamente con frecuencia a las cosas y a los seres de las tierras americanas, pero más a menudo y con extensión mayor hacen referencia al hombre, a los indígenas, de quienes describen aspecto físico, vestimenta, habitaciones, usos y costumbres con pormenores interesantes y pintorescos. No fué sino más tarde, cuando se hubo logrado el dominio más o menos completo del país, cuando vinieron a la Nueva España los hombres doctos que, como aquel Francisco Hernández, médico de Felipe II, se dedicaron a estudiar, con preparación científica muy estimable para la

época, los minerales, las plantas, los animales y todos los elementos de la naturaleza en las nuevas posesiones de la corona de España.

Entre las referencias que al aspecto físico del indígena mexicano se encuentran a menudo en las cartas de Hernando Cortés al rey Carlos V, hay una, muy breve, in-substancial en apariencia, que dice: "*En este país de ventura existen rarezas en el color de sus habitantes, presentando variedades en el mismo individuo*". Cuando tal cosa escribía, no pudo Cortés referirse al tono bronceado de la piel del indígena mexicano, al "*ardiente color americano*", ya que tal hecho no era una rareza sino que era constante en todos los pobladores de las tierras conquistadas. Por otra parte, tal color de la piel no era desconocido de los españoles conquistadores, muchos de los cuales eran oriundos de Extremadura, entre cuyos habitantes hay no pocos cuya tez tiene coloración más o menos parecida a la de los indígenas americanos. Además, la mención precisa *presentando variedades en el mismo individuo*, indica con claridad que algunos individuos presentaban en la piel zonas de diversos colores. Este hecho extraño que con justicia atrajo la atención de Cortés podría acaso ser interpretado como un error de apreciación por parte de éste, quien pudo tomar como verdaderos colores de la piel lo que tal vez no era sino el efecto de tatuajes o de afeites. No es creíble que Cortés hubiese cometido tal error, sin embargo, ya que con toda precisión describe el conquistador, en sus cartas de relación, algunas peculiaridades de afeites y de tatuajes en indígenas de ciertas castas, como los sacerdotes. Más bien es de creer que don Hernando, quien desembarcó en lo que hoy es Veracruz, tuvo que recorrer ancha faja de tierra tropical para llegar a la altiplanicie mexicana, primero, y, más tarde, al internarse hacia el sur, en su poco afortunada expedición a Las Hibueras, recorrió igualmente gran extensión de tierras cálidas, pudo haber encontrado en tales recorridos, acaso hasta con frecuencia, a indígenas afligidos por la enfermedad hoy conocida como *mal del pinto*, y que a ellos haya aludido cuando escribía de aquellas *rarezas de color*.

Rarezas de color son, ciertamente, el síntoma esencial de tal enfermedad, que hace de quienes la padecen unos se-

res extrañamente pintarrajeados, *pintos* con manchas de matices varios, dispuestas al parecer arbitrariamente sobre la piel. Los que sufren del *mal del pinto* tienen en las extremidades, y a veces por todo el cuerpo, zonas de contorno irregular y de color rojizo, azulado, plumizo, violáceo, pardusco o de un blanco puro que contrasta fuertemente con el tono bronceado normal. A menudo estas manchas invaden la cara y dan a quienes las portan un aspecto entre grotesco y asqueroso, calidad esta última que se acentúa por el hecho de que, en algunos casos, de la piel manchada se eliminan películas que los indígenas comparan al *tamo*, o sean las finas escamas que se desprenden del maíz cuando se desgranán las mazorcas. Esta policromía de la piel no se acompaña, es verdad, de dolor o molestia física para el paciente, ni la dolencia amenaza en modo alguno su vida, pero, en cambio, el deterioro que sufre el aspecto físico del *pinto* obliga a éste a vivir para siempre recluido en los lugares en donde haya otros con la misma lacra que él, ya que entre la gente de las poblaciones en donde no existe el padecimiento, el pobre enfermo será visto ora con franca repugnancia, ora con molesta conmiseración y siempre con recelo que estorba el trato con quienes están libres de la enfermedad.

Pocas o ningunas referencias se encuentran, en la literatura del período colonial, acerca de tan extraño padecimiento. Las actividades de los médicos que la metrópoli enviaba a la colonia se reducían casi por completo a la práctica de la profesión y muy contados fueron aquellos que se dedicaron a estudiar debidamente las enfermedades peculiares del país. La atención de los escasos investigadores en el campo de las ciencias médicas se orientaba esencialmente a la búsqueda de nuevas plantas con propiedades medicinales, guiándose por las tradiciones y los usos de los nativos. La jalapa, la zarzaparrilla y el epazote han sido algunas de las adquisiciones más notorias de la farmacia en tierras de la Nueva España. No había, por otra parte, en la época de la colonia, una situación favorable para realizar estudios médicos, ya que todo el mundo se ocupaba más bien en actividades políticas o cortesanas, dentro de las ciudades, y, fuera de éstas, en trabajos de cultivos o en explotación de las minas. Las plagas que de tiempo en

tiempo asolaban a los indígenas encontraban eco en el espíritu caritativo de algunos frailes, y sólo cuando aquellas plagas amenazaban seriamente a los pobladores europeos se conmovían las autoridades y desarrollaban alguna forma embrionaria de actividad sanitaria, precedida, en el mejor de los casos, por alguna labor, también rudimentaria, de investigación o de estudio.

A fines del siglo XVIII y en los primeros años del XIX, vieron la luz algunos escritos en los que se hablaba de la existencia del *mal del pinto* en las provincias de Michoacán y Chiapas. Se decía cómo aquella plaga había aparecido en tal región en la que antes era desconocida; se ensayaban descripciones imprecisas del padecimiento y se aventuraba toda suerte de conjeturas sobre el posible origen y sobre el modo de diseminación de la enfermedad. De tiempo en tiempo, algún médico se atrevía, haciendo gala más de sus humanidades que de su ciencia, a disertar pedantemente sobre el extraño mal, intentando explicaciones sobre el proceso de la formación de las manchas y sobre la causa de ésta, las que no por estar expuestas en el lenguaje docto de la época dejan de ser menos absurdas y menos pintorescas que las consejas y las abusiones populares sobre el mismo tema.

Si la literatura científica mexicana de los siglos pasados contiene escasas referencias de verdadero valor sobre el *mal del pinto*, en cambio, el folk-lore de algunas regiones del país abunda en datos curiosos, pintorescos y hasta fantásticos sobre el asunto. Desde el uso habitual de alimentos descompuestos hasta la ira de la divinidad como castigo a actos de bestialidad cometidos con las hembras de los caimanes, pasando por las "condiciones naturales de los terrenos", las picaduras de los insectos, el "encrasamiento de los humores", las erupciones de los volcanes, las influencias de los astros, mil y una circunstancias han sido inculpadas como la causa de la policroma enfermedad del pinto. Igual anarquía en lo referente a la transmisión del mal, por unos considerado como contagioso, transmitido por insectos para otros, propagado por las aguas de algunas corrientes, para algunos más. Ni siquiera en la descripción de la enfermedad y en la de la evolución de la misma había uniformidad, pues que mientras había quien afirmase la existencia de man-

chas hasta de siete u ocho colores diversos, para otros no habia sino dos o tres tonos de manchas, y mientras éste afirmaba que el mal comenzaba por la aparición de las manchas oscuras, aquél insistía en que las manchas blancas eran las primeras en aparecer y otro decía que el mal comenzaba con las manchas rojas.

Libre ya el país de la dominación española, no por ello mejoró desde luego la situación ambiente para los estudios científicos originales. Sin embargo, al correr del siglo XIX, más y más se fué fijando la atención de los médicos en aquella enfermedad que afectaba a millares, acaso a centenas de millares entre los habitantes de ciertas zonas cálidas y secas del país. Los esfuerzos muy meritorios de médicos como León, Iturbide, Ruiz Sandoval y otros, no lograron poner en claro la verdad, debido, en buena parte, a que no fué posible que estos hombres de estudio trabajaran metódicamente, conforme a un plan científico. Mucho se escribió acerca del aspecto clínico de la enfermedad, algo acerca de su distribución geográfica, poco acerca de su causa, pero todo ello se basaba en un número reducido de observaciones, sin estadísticas, sin el apoyo, en resumen, de todo lo que es indispensable para llegar a conclusiones realmente portadoras de la verdad.

Algo tardíamente llegó al país el influjo de los descubrimientos de Pasteur acerca del origen microbiano de ciertas enfermedades. Sin embargo, y no sin razón, ello fué el origen de que algunos médicos dejasen ya de tomar en cuenta a los *elementos* como causa del mal del pinto y se dedicaran asiduamente a buscar *el microbio* productor del *mal del pinto*. *Buscad y encontraréis*, la divisa de los investigadores animó a los estudiosos. Buscaron y encontraron, ciertamente. Alguien limitó sus alcances a encontrar unos nombres muy sabios para designar al nuevo mal, que fué SPHYSPILORIA THELODERMICA o, como si no bastase ya, DERMORYPHILIA SPILORICA. El primero en hallar un germen microbiano en los enfermos *pintos* fué el médico mexicano Ruiz Sandoval, quien encontró hongos microscópicos en la piel de los enfermos. Iris, algo más tarde, halló, o dijo haber hallado, otros hongos en las películas que se desprenden a veces de la piel manchada de los *pintos*. Otros investigadores realizaron hallazgos semejantes y así

fué robusteciéndose la idea de que el mal del pinto es debido a la acción que sobre la piel ejercerían ciertos hongos microscópicos que existen en algunas zonas del país. Cuando, al fin, toda la autoridad del eminente parasitólogo francés Blanchard, apoyó tal teoría, nadie pareció dudar ya. Sin embargo, un año después de publicados los estudios de Blanchard, un bacteriólogo, poco afortunado en esta ocasión, describió una bacteria en forma de finos granos esferoidales, un micrococo, que aisló, cultivó y creyó reconocer al estudiar microscópicamente la piel de los *pintos*, en donde, según él, existía en forma de montoncillos de granos fuertemente pigmentados, los cuales, por la descripción minuciosa y precisa que de ellos hizo quien creyó ser su descubridor, se colige que no son, seguramente, sino los granos de pigmento que, con mayor o menor abundancia, existen en toda piel normal. Algo más tarde, proseguidas las investigaciones, comenzó la confusión; otro investigador encontró de nuevo ya no uno, sino varios hongos diferentes en la piel de los *pintos* americanos, y de paso creyó reconocer algunos de tales hongos como idénticos a los que se hallaban en individuos en el norte de África.

En tal estado las cosas, un estudiante colombiano, Montoya y Flores, al preparar su tesis recepcional, en la Facultad de París, escogió como tema el estudio de los *carates*, como se llama en Colombia a los *pintos* y, partiendo de la teoría micósica, encontró en la abigarrada tez de los *pintos* colombianos rica variedad de hongos *pintores* y asignó a uno ser la causa de las pintas blancas, a otro la de las manchas azules, a otro la de las de color rojizo, y así sucesivamente. La tesis de Montoya y Flores, al fin una *thèse de Paris*, fué ampliamente conocida entre los especialistas de enfermedades tropicales y de afecciones de la piel en Francia y en toda Europa. Todos acogieron con aprobación las ideas de Montoya y Flores y, desde entonces, en cualquier tratado de medicina en que se hacía mención de los *carates* o *pintos*, se encontraba como una afirmación, al parecer incontrovertible, la de que tales enfermedades son debidas a hongos microscópicos específicos.

Tal era el estado en que se encontraba el conocimiento del *mal del pinto* al terminar el primer cuarto de nuestro

siglo. El *mal del pinto* era una curiosa enfermedad que padecían algunos indígenas en ciertas regiones tropicales de Centroamérica y de la América del Sur. Una enfermedad de los *pays chauds*, que carecía de importancia para los europeos, maestros del mundo, porque no afectaba sensiblemente sus intereses en las colonias. Además, nada había que averiguar ya acerca de tal enfermedad, puesto que la verdad acerca de ella había sido puesta en claro en los laboratorios de Europa. Los grandes tratados de Medicina y hasta los medianos manuales de las enfermedades de la piel, para ser completos, describían brevemente el aspecto clínico del *carate* o *pinto* y puntualizaban las principales variedades de los hongos pintores. Y nada más.

Algunos investigadores norteamericanos, sin embargo, después de haber visitado algunos sitios en las Antillas o en la América Central, comprobaron que los padecimientos conocidos con los nombres indígenas de *quiricua*, *cativi*, *carate*, *cute*, eran idénticos al *pinto*. Fotografiaron a algunos enfermos, recogieron observaciones clínicas, pero no ahondaron en la investigación acerca de la extraña enfermedad.

Tal era el estado en que se encontraba el conocimiento del *mal del pinto* al terminar el primer cuarto de nuestro siglo. Por aquel entonces, Salvador González Herrejón, un médico joven, descendiente de una estirpe de médicos, dedicado a la especialidad del tratamiento de las enfermedades de la piel, comenzó a interesarse en el estudio del *mal del pinto*. González Herrejón era ya conocido entre el reducido grupo de los dermatólogos mexicanos por haber elaborado un método personal para el tratamiento de las tiñas a base de aprovechar el efecto depilatorio de una sal de talio, administrada a dosis precisamente calculadas para evitar los efectos nocivos del medicamento y lograr el efecto útil. La tesis recepcional de González Herrejón, presentada a la Facultad de Medicina de México en 1919, describía minuciosamente tal método, el que, algunos años después fué conocido en el mundo científico mediante un artículo del dermatólogo mexicano Dr. Ricardo Cicero. Pronto fué adoptado en muchos países el método de González Herrejón, el que fué designado como *tratamiento mexicano* o *tratamiento de Cicero*. González Herrejón aca-

so se ha sentido satisfecho de que el método que él creó sea conocido como *método mexicano* y no le dió más que se le llamase también *método de Ciceró*, ya que lo que él buscaba era tan sólo un procedimiento sencillo, inocuo y seguro para curar la tiña, y no fama ni renombre.

González Herrejón había tenido que tratar muchos casos de *mal del pinto*; sabía de la enfermedad cuanto de ella decían sabios tratados o modestos manuales. Apreciaba debidamente la importancia social de tal enfermedad y no estaba del todo satisfecho ni con lo que en la literatura médica corría acerca de la causa del mal, ni con el desdén con que el mismo era considerado. Una documentación lo más amplia posible, acerca de la enfermedad, lejos de sacarle de dudas, le ponía a la vista afirmaciones ligeras, contradicciones, lagunas, todo un embrollo, ya no tan sólo en cuanto a la causa del padecimiento, sino también por lo que se refería a la distribución geográfica, al conocimiento preciso de los síntomas esenciales, al tratamiento del mal.

Todas estas circunstancias fueron incentivo poderoso que puso en juego la curiosidad científica de González Herrejón. Estudió, observó y meditó. Como tan a menudo sucede, comenzó por dudar. De todas las teorías que se habían emitido para tratar de explicar la causa del *mal del pinto* la única verosímil era la de Montoya y Flores, la que atribuía el origen de las pintas a la acción de hongos microscópicos que invadían la piel de los enfermos a través de una escoriación, de un rasguño; que se desarrollarían después en la piel y, según el color propio de la especie del hongo *pintor*, manifestarían su presencia por la producción de manchas. Las condiciones del ambiente en algunas regiones tropicales, especialmente el calor y la humedad, por una parte, y las peculiares del género de vida de los habitantes de aquellas regiones, tales como su frecuente exposición a escoriaciones o heridas leves en la piel, el ir descalzos, el descuido en el aseo personal, etc., serían los factores que determinaban la especial distribución del mal. En apoyo de tal teoría se habían hallado en la piel de los *pintos* hongos de variado color, los cuales habían sido estudiados por sabios europeos, habían sido clasificados y bautizados con nombres técnicos, y estaban por ahí, en colec-

ciones y en museos, como documentos comprobatorios de una verdad que nadie tenía interés en poner en duda.

Sin embargo, en el espíritu de González Herrejón germinó la duda, fértil semilla cuando acierta a caer en campo feraz. Los microscópicos hongos hallados sobre la piel de los *pintos* eran muchos y variados. *LOPHOPHYTON*, *PENICILLIUM*, *MONILIA*, *ASPERGILLUS*, *MICROSPORUM* y otros nombres más designaban a los géneros de tales hongos, y en un solo género habían sido inculpadas varias especies, algunas de ellas designadas *glaucum*, *violaceum*, *roseum*, *album*, según sus colores; alguna fué llamada *carateum*, ante la seguridad de ser la productora del *carate*; otras aludían al nombre de algún investigador considerado digno de homenaje, como *hidalgoense*. Tal abundancia y variedad tal, hacían dudar a González Herrejón, quien sabía que, por regla general, una enfermedad microbiana, cualesquiera que sean sus manifestaciones, es producida por germen de una sola especie, e, inversamente, que un solo germen produce casi siempre el mismo tipo de enfermedad. Sin embargo, acaso lo que se llamaba *mal del pinto* no fuese una sola enfermedad, sino un grupo de enfermedades, caracterizada cada una de ellas por manchas de determinado color producidas por una sola especie de hongos.

Mediante observaciones atentas y reiteradas, González Herrejón desentrañó este aspecto del problema. Desde luego, el color rojo de algunas pintas no se debía a la presencia de algún pigmento fijo en la piel, ya que bastaba oprimir levemente durante algunos segundos sobre tal mancha para que el color rojo se desvaneciese, lo cual prueba que tal coloración es causada por un mayor aflujo de sangre en los finos vasos cutáneos del sitio de la mancha. Las pintas pardas se presentaban en personas de piel naturalmente blanca y las plumizas y las azulosas se encuentran en personas de tez oscura. Las de color violáceo serían manchas azulosas con el elemento rojizo debido a fenómenos congestivos en el mismo sitio. González Herrejón pidió ayuda a su amigo y colaborador, el Dr. Manuel Pallares quien con todo esmero se dió a investigar este punto y logró al fin comprobar, mediante el empleo de reacciones precisas, que el pigmento que da el color a las manchas de

los *pintos* es siempre el mismo, cualquiera que sea el matiz de la pinta, y que tal pigmento es el que normalmente tiñe la piel y los pelos. De un golpe quedaban definitivamente resueltas dos cuestiones: una, que todos los colores se debían a un solo pigmento y, la otra, que los famosos hongos pintores no pintaban nada en el cuadro abigarrado de la piel de los enfermos. Alentadas por este hallazgo, crecían las dudas en la mente de González Herrejón; cada vez daba menor crédito a las ideas en boga acerca del papel de los hongos en la producción del *mal del pinto*.

Nuevos estudios, pacientes y laboriosos, estorbados a menudo por la escasez de recursos de investigación, fueron dando su contribución valiosa. En la piel de los *pintos* se albergan hongos microscópicos, sin duda alguna. Era un simple juego despistar su presencia, valiéndose de técnicas de laboratorio bien conocidas. Pero, —hecho interesante— en la piel de personas sanas, más de una vez se encontraron los mismos hongos que se hallaban en la de los *pintos*. En cambio, en la piel de algunos enfermos intensa y abundantemente pintados, con caras y cuerpos que parecían tatuados con extraños mapas, era imposible a veces descubrir a los hongos que lógicamente deberían encontrarse en abundancia proporcionada a la magnitud de la obra ejecutada. No: los hongos nada tenían que ver con aquellas pinturas. La piel de los *pintos* podía albergar frecuentemente a muchos hongos microscópicos, pero éstos simplemente vegetaban ahí, sin producir enfermedad ni daño alguno, eran inocentes *saprophytes* y nada más.

Esta fué la primera parte de la obra, la demolición. Lo que se admitía corrientemente como verdad, no era cierto. Este era un buen paso, sin duda, pero faltaba lo más importante: construir. El edificio de la teoría micósica del *mal del pinto*, agrietado y tambaleante por los golpes de la piqueta del investigador, fué totalmente demolido. En el terreno ahora libre había que construir de nuevo.

Había que proceder conforme a alguna orientación. Se sabía tradicionalmente, a base de mero empirismo, que los enfermos con *mal del pinto* se podían curar, al menos en muchos casos en que la enfermedad se manifestaba por manchas de color oscuro, con la administración de mercurio, ya fuera aplicado localmente o con el uso interno

de productos mercuriales. Los orígenes de tal tratamiento son oscuros. El mercurio fué durante mucho tiempo el medicamento por excelencia para curar la sífilis y también fué el empirismo el origen de las propiedades antisifilíticas del mercurio.

La observación cuidadosa de los enfermos, hecha con toda paciencia y desde todos los puntos de vista por González Herrejón, demostró que en los *pintos* había algo más que las manchas de la piel. Con frecuencia que alcanzaba casi la constancia, un examen clínico minucioso permitía descubrir algunos síntomas poco aparentes, escasamente o nada perceptibles por los pacientes, pero suficientemente significativos de alguna perturbación en el sistema nervioso que regula la vida interna del organismo. De manera semejante a como sucede en la sífilis.

Los estudios que González Herrejón hacía no se limitaban a los exámenes clínicos de los pacientes, sino que incluían investigaciones de laboratorio en la sangre, en la orina, etc. Esto condujo a otro hallazgo del más alto interés. La reacción de Wassermann, ese recurso de laboratorio de tan grande valor como medio de diagnóstico de la sífilis, resultaba positiva en la totalidad de los *pintos* en que se investigaba. De cien muestras de sangre, cien daban una reacción de Wassermann positiva. También como en la sífilis.

La construcción del nuevo edificio sobre el baldío que dejara la demolición de la teoría micósica del *pinto*, avanzaba de prisa. Ya era posible afirmar que el *mal del pinto* no es producido por hongos y, además, que tal padecimiento era una enfermedad general, cuyas manifestaciones más ostensibles, las pintas, eran solamente una parte y no el todo en el cuadro clínico.

Pronto después se demostró que los otros dos medicamentos específicos para el tratamiento de la sífilis, el bismuto y el arsénico, se revelaban también eficaces para curar el *pinto*. No cabía duda ya: el *mal del pinto* era una enfermedad general infecciosa, en cierto modo parecida a la sífilis.

Pero, ¿no sería la sífilis misma, o con más precisión, alguna modalidad especial de tal enfermedad, una variación sobre el tema de la sífilis? Formular tal hipótesis lle-

vaba más tiempo que desecharla. Las diferencias entre la sífilis y el *pinto* son tantas, que solamente en casos excepcionales se puede presentar esa confusión. Nadie, con conocimientos siquiera medianos, podría pensar seriamente en una similitud del *pinto* con la sífilis. Entonces, ¿por qué, al lado de tantas diferencias, esas impresionantes semejanzas en perturbaciones del sistema nervioso vago-simpático, en positividad de la reacción de Wassermann, en sensibilidad al tratamiento mercurial, bismútico o arsenical?

González Herrejón dió la respuesta con su nueva hipótesis: el *mal del pinto* es causado por un germen del mismo grupo que el germen de la sífilis, por una espiroqueta, por un organismo en forma de finísimo hilillo en espiral, el cual debe encontrarse en la piel de los enfermos, seguramente, y con gran verosimilitud en otros tejidos del organismo enfermo. En julio de 1927 publicó González Herrejón un artículo titulado: NUEVAS ORIENTACIONES PARA EL ESTUDIO DEL MAL DEL PINTO, el que vió la luz en la revista *Hospital General*, de México, artículo en el que exponía todos sus estudios y que terminaba con esta conclusión: "*Si, pues, admitimos que el mal del pinto es una infección general, lo que nos parece demostrado; si esta enfermedad da Wassermann positivo y cura con mercurio y con neosalvarsán, la conclusión etiológica que se impone es: una espiroquetosis, vecina de la sífilis, del pian, etc.*"

La espiroqueta del *mal del pinto* existía y González Herrejón la descubrió, con videncia de genio. No la vió con sus ojos, pero encontró pruebas de su existir. Hizo algunos intentos para llevarla bajo el objetivo del microscopio y conocerla *de visu*, pero ya sin la insistencia y el tesón de los primeros días. No necesitaba verla. La tarea había terminado para él. Volvió a su vida ordinaria, a sus enseñanzas, a su trabajo en el hospital y en su clínica particular, a tratar a sus pacientes, entre los cuales, si se encontraba un *pinto*, lo miraba con una sonrisa, lo interrogaba con afecto y lo trataba con la certeza de saber que ya no procedería por tanteos, a base de empirismo, sino con una base científica segura.

Los trabajos de González Herrejón provocaron algún revuelo. No muy grande, no. Los que se interesaban en el *mal del pinto* eran pocos. Los médicos practicantes tenían bastante con saber que había una orientación segura para el tratamiento y continuaban usando, para curar a los *pintos*, ahora con base científica, los mismos medicamentos que empleaban antes empíricamente. Algún tiempo después, sin embargo, los dirigentes del Departamento de Salubridad, impresionados con los trabajos de González Herrejón, pararon mientes en que el *mal del pinto* era algo más un curioso problema biológico, uno de cuyos aspectos acaba de ser resuelto brillantemente. Consideraron que tal cuestión comprendía también un problema sanitario, dado que la enfermedad tenía importancia social indiscutible y resolvieron emprender alguna actividad encomendada, en último término, a tratar de dominar la plaga del *pinto*, y, por de pronto, a estudiar, ya desde un punto de vista sanitario, la calidad y la magnitud de tal cuestión. Establecieron, para el efecto, una *Comisión para el Estudio del Mal del Pinto*, al frente de la cual pusieron, con justicia, a Salvador González Herrejón, quien auxiliado por reducido personal, entre el que figuraban personalidades de notorio valer, como el dermatólogo Fernando Latapí, se aplicó desde luego a realizar un estudio en grande, comprendiendo los aspectos principales del problema, desde el punto de vista de la distribución geográfica de la enfermedad, de sus caracteres clínicos, de las condiciones de su diseminación, de su tratamiento y, especialmente, de la posibilidad de su prevención.

Las afirmaciones de González Herrejón acerca de la naturaleza espiroquetósica del *mal del pinto* sirvieron de estímulo para que algunos estimables investigadores, se avocasen, a su vez, al estudio de tal tema. Dudaban de la existencia de aquel germen que nadie había logrado ver. Algunos, con sólida preparación científica, disponiendo de equipo adecuado, se dan a la tarea de buscar afanosamente el germen anunciado por González Herrejón. Indagan con empeño, hurgando con sus microscopios la piel, la linfa, los ganglios de los enfermos; todo en vano. Más audaces, intentan la transmisión experimental de la enfermedad usando como sujetos de experimentación a enfermos asi-

lados en un manicomio. No logran hallar la espiroqueta que buscan y en cambio están a punto de ir a parar a la cárcel, perseguidos, acaso con demasiado celo, por quien creyó su deber reclamar el hecho de que se hubiese experimentado *in anima nobile* sin el consentimiento de los sujetos. Dos biólogos eminentes han formulado sendas hipótesis que oponen a la de González Herrejón. Para uno, el factor causal de la enfermedad residiría en la carencia de arsénico en las aguas de bebida usadas por los habitantes en las regiones en donde el "*mal del pinto existe en abundancia*". Para el otro, la causa del padecimiento sería una autointoxicación de punto de partida intestinal producida por abundancia de parásitos animales y vegetales en el tubo digestivo.

Entre tanto, la *Comisión para el Estudio del Mal del Pinto* prosigue sus labores. Establece centros de tratamiento para los enfermos, en donde, además de beneficiar a los enfermos que acuden en busca de remedio para su mal, se obtiene el provecho más apreciable de poder observar abundantes casos y así proseguir los estudios. Se inician los trabajos para llevar a cabo un censo de los enfermos con *pinto*; se estudian imparcialmente las nuevas hipótesis formuladas y se llega a la conclusión de que no contienen la verdad; se reúne material en proporciones suficientes para que sea posible su examen conforme a una estadística rigurosa, en una palabra, se trabaja activamente sobre bases correctas, aunque, a decir verdad, se da una vez más el caso de que un trabajo extenso, realizado por un grupo de personas competentes, no logra superar lo que un solo hombre, con recursos menos que modestos, alcanza por sí solo cuando procede alentado por una idea genial.

Azares burocráticos apartan a González Herrejón de la *Comisión del Pinto*. Privada de su motor, la maquinaria se para, el trabajo languidece y pronto acaban las actividades oficiales organizadas para estudiar el *mal del pinto* y de todo ello no queda sino la publicación, en 1934, gracias al empeño sostenido del Dr. González Ureña, del primer censo del *mal del pinto*, para cuya elaboración fueron censadas dos millones de personas en aquellas regiones del país en donde la enfermedad existe en mayor o menor

abundancia. Tal estudio permitió saber que hay en México aproximadamente trescientos mil enfermos con *pinto*; dió a conocer cuáles son los Estados en donde la enfermedad existe y en cuáles es más abundante; permitió comprobar, ahora con todo rigor, que el mal se distribuye a lo largo de algunos ríos, y, muy especialmente, en los de la cuenca del Río Balsas, corriente que limita los Estados de Michoacán y de Guerrero y que desemboca en el Pacífico; dió luces sobre la repartición del mal por edades, por sexos y por otras características demográficas. En resumen: a la imprecisión de los datos presentados por observadores aislados obtenidos de reducido número de casos, permitió substituir la precisión y el rigor de un trabajo amplio, concienzudo, metódico, acaso no perfecto, pero, de todos modos, el mejor en su género que hasta ahora se haya llevado a cabo.

Transcurrieron algunos años durante los cuales el interés por el estudio del *mal del pinto* había languidecido hasta el punto de que parecía haberse extinguido. De pronto, inesperadamente, surge el hecho nuevo. En el servicio de enfermedades de la piel del Hospital de Nuestra Señora de las Mercedes, en La Habana, un dermatólogo azeado, el Dr. Sáenz, ha venido observando algunos casos de padecimiento cutáneo de difícil interpretación. Sáenz considera tales casos como de sífilis, mientras que algunos de sus colaboradores, como el Dr. Triana, impresionados por alguna indicación del dermatólogo norteamericano Howard Fox piensan que tales casos son de *pinto*. Fox había visitado varios países de la América Central y de las Antillas y había estudiado en ellos a algunos *pintos*. En México, guiado por González Herrejón, estudió minuciosamente otros muchos casos de la misma enfermedad. A su paso por La Habana había expresado sus sospechas de que los casos considerados por Sáenz como de sífilis fuesen en realidad de *pinto*. La llegada al hospital mencionado de un nuevo caso sospechoso dió al Dr. Sáenz motivo para reanudar sus estudios. Pidió a sus laboratoristas que buscasen con empeño en la piel del enfermo el treponema o espiroqueta de la sífilis, y un examen cuidadoso permitió por fin encontrar una espiroqueta, cuyos caracteres eran los mismos o muy parecidos a los de la espiroqueta sifilítica. Ante

aquel hallazgo, unos opinan que Sáenz tiene la razón; otros, sin embargo, se preguntan si el caso en cuestión será realmente de *pinto*, conforme a la indicación de Fox, y si, en tal caso, lo que tienen a la vista, en el fondo obscuro del microscopio, será más bien la espiroqueta anunciada por González Herrejón y no la de la sífilis. El anatomopatólogo del servicio del Dr. Sáenz, el Dr. Francisco León y Blanco, logra ver otra vez las espiroquetas en jugo ganglionar del enfermo y las encuentra igualmente en cortes microtómicos de la piel, convenientemente teñidos por impregnación con plata. Siguen las dudas y, para resolverlas, ayudado económicamente por Sáenz, parte León y Blanco a México, a buscar a González Herrejón y a pedirle ayuda para estudiar enfermos indiscutiblemente afectados con *pinto* y ver si en ellos encuentra también la espiroqueta antes hallada en La Habana.

León y Blanco, poniendo en práctica un procedimiento técnico sencillísimo, tan sencillo que acaso por esto mismo no habían pensado en él otros investigadores, logra demostrar la presencia de la espiroqueta prácticamente en todos los pintos que estudia en México; en *pintos* auténticos, indiscutibles, no en pacientes sospechosos de sífilis. Ya no puede haber duda. Está, por fin, a la vista, el germen del *mal del pinto*, la espiroqueta semejante a la de la sífilis cuya existencia anunció González Herrejón con genial clarividencia semejante a la de los astrónomos que anunciaron la existencia de un planeta mucho antes de que fuera posible mirarlo con el telescopio, o a la de los químicos que afirman la existencia de un elemento nuevo, no conocido ni bautizado, pero del cual señalan ya caracteres tan precisos como su peso atómico. En los laboratorios de investigación, en las Facultades de Medicina, en las sociedades científicas, el germen recién hallado evoluciona bajo el microscopio ante las miradas de todos los que quieren verlo. Ya no quedan incrédulos. Llegó la hora del triunfo, que comparten por igual los investigadores cubanos que lo vieron por primera vez y González Herrejón, que no necesitó verlo para afirmar que existía.

Prosiguen los estudios. Infatigable, León Blanco observa casos, toma notas, pasa largas horas inclinado sobre el microscopio. Usando de sí mismo como sujeto de experi-

mentación, intenta la transmisión experimental de la enfermedad y logra producirse, en los sitios en que ha inoculado serosidad abundante en espiroquetas, lesiones que no son, de pronto, idénticas a las clásicas del *mal del pinto*, pero que en cambio son del todo iguales a las observadas en algunas personas que viven entre los *pintos*. Algún tiempo después, aquellas lesiones no típicas comienzan a evolucionar y acaban por cambiarse en las características pintas. El intento de transmisión experimental de la enfermedad ha logrado éxito completo y, de paso, ha permitido conocer las lesiones primeras de la enfermedad. Se ensancha así el conocimiento clínico de la afección. Se confirman, incontrovertiblemente, las bases para el tratamiento. La luz se ha hecho, al menos sobre los puntos esenciales de la cuestión. Nadie piensa ya en las afirmaciones de Montoya y Flores y se han echado también al olvido los hallazgos de algún investigador, de hongos que, según él, serían precisamente los que en México producen el *mal del pinto*.

Quedan todavía algunos puntos oscuros en el conocimiento de las *rarezas de color* mencionadas por Hernando Cortés. Queda pendiente de explicación la manera como el mal se transmite naturalmente desde los enfermos hasta los sanos; falta encontrar la razón de la peculiar distribución geográfica del padecimiento; no están bien en claro las relaciones de parentesco o la similitud entre las diversas formas del *mal del pinto* existentes en varios lugares del trópico americano y acaso también en África. Por fortuna, todavía queda material para que trabajen los investigadores.

Las conclusiones de los trabajadores científicos mexicanos y cubanos reciben confirmación rotunda en Europa. Un investigador eminente, una autoridad por todos reconocida, el Prof. Emile Brumpt, Director del Instituto de Parasitología de la Facultad de París, espíritu abierto, uno de los no muy abundantes en Francia para quien todo extranjero no es siempre un simple *metèque*, era de los pocos que había acogido con reservas la idea de Montoya y Flores. En sus visitas a México, había hablado con González Herrejón y había alentado las investigaciones encaminadas a hallar la espiroqueta que éste había previs-

to. Con la ayuda de algunos colegas mexicanos, se procuró material de estudio de *pintos* y en él encontró y estudió minuciosamente los gérmenes recién descubiertos. Condensando el resultado de sus estudios, publicó la descripción de la nueva espiroqueta o treponema, a la que bautizó con el nombre de *TREPONEMA CARATEUM* Brumpt 1939. Poco después, León y Blanco, ignorando el muy reciente estudio de Brumpt y el bautizo por éste del treponema recién hallado, designó a éste con el nombre de *TREPONEMA HERREJONI* León y Blanco 1939, queriendo así rendir homenaje sencillo y perdurable a quien con visión genial descubrió la naturaleza espiroquetósica del *mal del pinto*. Por desgracia, los convenios internacionales sobre nomenclatura biológica son concluyentes; un animal o una planta se llamarán con el nombre que les dé quien primero publique el bautizo y la descripción y, por lo mismo, a pesar de todo tendrá que persistir el nombre impuesto a la espiroqueta de González Herrejón por el Prof. Brumpt. Así suelen suceder las cosas; así la fama, en vuelo caprichoso, suele alejarse de quien la merece en justicia. Una vez más el renombre se aleja de quien lo desdén, mereciéndolo, para cobijar, a menudo, quien lo busca sin ser digno de él. Ya no será fácil que el mundo científico recuerde que el tratamiento de las tiñas por el acetato de talio es, de todo a todo, el *método de González Herrejón*; no se podrá lograr tampoco que cada vez que se pronuncie o que se escriba el nombre del treponema del *mal del pinto* se recuerde el nombre de González Herrejón. No es justo, pero así es. De todos modos, nadie que estudie a fondo lo que es el *mal del pinto*, dejará de enterarse de la labor importantísima con rasgos auténticamente geniales, de Salvador González Herrejón, y de los trabajos altamente meritorios de los investigadores cubanos, o más concretamente, de los de Francisco León y Blanco.

ITINERARIO DE LA PSICOLOGIA

Por Eugenio IMAZ

1

EN EL AÑO 79 se inaugura en Leipzig el primer laboratorio de psicología experimental. Por esa época algunos filósofos ponen todas sus esperanzas intelectuales en los progresos de esta ciencia. El porvenir de la filosofía, según Brentano, depende de ella. De ella que, vencida su adolescencia, trata de asegurarse el porvenir emancipándose de la filosofía. Se diría que la fundación del laboratorio es un certificado de mayoría como la síntesis de la urea lo fué para la biología. Tiene la psicología su mundo propio—el *mundo interior*, el de la experiencia inmediata—y métodos científicos: la observación y el experimento. Pero la observación de un mundo que es interior se llama *introspección*, peligrosa palabra, *flatus vocis* hobbesiano que se convertirá en fantasmal caballo de batalla.

El último tercio del XIX, que culmina con la Exposición Universal de París y el gallardete metálico de la torre Eiffel, es de grandes esperanzas en la ciencia. Wundt aplica concienzudamente los métodos científicos al mundo misterioso del alma, imperturbable a los rumores de la calle filosófica, y levanta, en su GRUNDRISS, el primer monumento sistemático de la nueva ciencia. Pero su demostración, con la que trata de meter en cintura a la voraz introspección y poner en aquel mundo un orden elemental traído del otro, del mundo físico, lejos de aplacar corrobora y exalta los temores de los filósofos y hasta en las mismas filas de los científicos provoca la herejía de los introspeccionistas a ultranza.

Los filósofos le piden cuentas que no podía dar. ¿De qué nos sirve vuestra ciencia del mundo psíquico. (con sus

átomos psíquicos, con sus tiempos de reacción, con su prisma de los colores, con su esquema tripolar de los sentimientos, con sus leyes de asociación, con su apercepción y su síntesis creadora), si queremos enterarnos, por ejemplo, del alma de los hombres del Renacimiento, de la cólera de Moisés, o de la psicología de un tirano? ¿No os habíamos advertido que el hombre no es un *objeto natural* al que se pueden aplicar las conexiones causales del mundo físico, sino un *ser espiritual*, movido por fines, atraído por valores y creador de sentidos?

Al doblar el siglo las esperanzas se agitan impacientes. Mirando hacia atrás, el hombre contempla la brillante cinta del XIX poblada de los triunfos más sorprendentes sobre la naturaleza. Gracias a la ciencia experimental, ha logrado la humanidad en un siglo, en fabulosa condensación de tiempos, lo que había estado incubando soñadoramente durante milenios: el dominio sobre la naturaleza, y parece hallarse a las puertas de la fabulosa NUEVA ATLÁNTIDA anunciada por Bacon. Pero con el Tratado de Berlín se abrieron de par en par las puertas de un período en que las Potencias, enriquecidas y fortalecidas por la ciencia, se disputan implacablemente, con toda cortesía, las esferas de influencia que todavía quedan por acotar. Empieza la contienda por Africa, con unos altibajos que dejan ver al menos perspicaz la curva en crescendo de la catástrofe que se avecina. Un período en que la industria, que plantó su gallardete triunfal en la cima, escucha cada vez con menos serenidad los gritos de criada respondona de las clases menesterosas, que piden también, si no imperial imperiosamente, su puesto al sol. Hay en los hombres más sensibles la conciencia, que dos guerras convertirán en angustia concreta y general, de que la hazaña prometeica del hombre lleva consigo la maldición mítica, como si el aprendiz de brujo olvidara irremisiblemente, cada vez, la fórmula para contener las aguas. ¿No estaría el remedio en la psicología? Brentano, en 1892, escribe: "*En nuestro tiempo las cuestiones sociales van logrando como nunca el primer plano. La necesidad de su solución satisfactoria aparece más urgente que cualquier mejora de la salud pública, de la agricultura o de las comunicaciones. Pero, evidentemente, los fenómenos sociales son fenómenos psi-*

quicos y ningún otro saber puede ser invocado como fuerza de orden sino el conocimiento de las leyes psíquicas”.

Esta aporía o, mejor, agonía, porque más que de argumentos de razón está trabada de vaivenes de zozobra, es la que provocará en la marcha de la joven psicología unos zigzagueos de carácter convulsivo que no acusarían perfil tan anguloso de haber transcurrido sus primeros años en un paisaje más sereno.

2

La psicología de Wundt es trasplantada a Norteamérica por Cattell, que ha trabajado en el laboratorio de Leipzig. Sigue fiel al planteamiento wundtiano: psicología ciencia experimental de la experiencia inmediata, de los fenómenos de conciencia, de los fenómenos psíquicos, del MIND o psique, con una introspección disciplinada por la observación exterior y el experimento, y continúa los triunfos del maestro en la medición de los tiempos de reacción. Pero América es país de aclimatación más que de importación somera. Si la mentalidad alemana, propensa a lo profundo, esperaba sobre todo de la psicología un *conocimiento del hombre*, la mentalidad pragmática yanqui le pide *servicios*, por los que están clamando los negocios, en su afán de influir sobre el público y disponer de las habilidades, y los centros escolares en el de potenciar las capacidades de la nación. Pronto contarán también con un psicólogo autóctono, fruto de la tierra, William James. A caballo de todas las aportaciones europeas, insiste, como ellas, en los estados de conciencia, pero ya hace coincidir la aparición de lo mental con la acción teleológica de lo vivo, y opone una resistencia verdaderamente americana, realista, a dejar descomponer la experiencia interna en fracciones atómicas de ninguna especie.

Pero son aquellos mismos que mantienen la tradición wundtiana los que marcarán una inflexión curiosa. En 1904 Cattell, en un Congreso de Artes y Ciencias de la Exposición Universal de San Luis, declara entre otras cosas lo siguiente: *“No existe conflicto entre el análisis introspectivo y el experimento objetivo, por el contrario, deben seguir cooperando. Pero esa idea tan extendida de*

que no hay psicología fuera de la introspección está refutada por el argumento rudo de los hechos".

"Si yo no creyera que la psicología afecta a la conducta y puede ser aplicada prácticamente, consideraría mi oficio de psicólogo más cerca del jugador profesional de ajedrez o del tragasables de feria que no del ingeniero o del físico. No veo razón por qué la aplicación del conocimiento sistematizado para controlar la conducta humana no pueda conseguir en el curso de la actual centuria resultados comparables a las aplicaciones de la ciencia física al mundo material durante el siglo XIX".

Pillsbury, discípulo de Titchener, el psicólogo norteamericano que ha mantenido más pura la ortodoxia wundtiana, preservando implacablemente el mundo interno de Wundt libre de toda contaminación conductista, y apurando y alquitarando el rigor científico de la introspección, en su libro *ESSENTIALS OF PSYCHOLOGY* (1911) empieza a apartarse claramente de su maestro: *"La psicología ha sido definida como la ciencia de la conciencia o como la ciencia de la experiencia considerada subjetivamente. Cada una de estas definiciones tiene sus ventajas, pero ninguna está libre de objeciones. La psique se conoce por las actividades del hombre. La psicología podría ser definida, de manera más satisfactoria, como la ciencia de la conducta humana. El hombre puede ser tratado tan objetivamente como cualquier fenómeno físico. Puede ser considerado únicamente por referencia a lo que hace. Desde este punto de vista el fin de nuestra ciencia es entender la acción humana. El fin práctico es determinar de qué capacidad humana depende y, a la luz de este conocimiento, descubrir los medios de aumentar la eficiencia del hombre"*.

Thorndike, discípulo de Cattell y de James, es el primero que planta en masa experimentos sobre aprendizaje animal, de indudable carácter conductista, y cuando en 1911 publica sus trabajos (*ANIMAL INTELLIGENCE: EXPERIMENTAL STUDIES*), escribe estas significativas palabras: *"En su conjunto, la obra psicológica del último cuarto del siglo XIX ha subrayado el estudio de la conciencia. Había una tendencia poco sensata, por no decir beata, de hacer de la ciencia de la naturaleza humana sinónima*

de la ciencia de los hechos revelados por la introspección. . . Los estudios contenidos en este volumen produjeron en su autor un respeto creciente por la psicología como ciencia de la conducta. La psicología, por lo menos en parte, puede ser tan independiente de la introspección como la física. La conducta incluye conciencia y acción, estados psíquicos y sus conexiones”.

En todas estas declaraciones destacamos dos rasgos comunes: la intención de acentuar el carácter práctico de la psicología desviando su atención del mundo interno a la conducta exterior y el respeto declinante por la introspección.

Con Watson (1911) comienza la invasión de los bárbaros. Se acabaron todos los respetos. Lo único que explica el atraso e infecundidad de la psicología es esa dicha introspección, ese cordón umbilical que la liga todavía a la filosofía. ¿No acaba de descubrirnos ahora mismo ese fantasma del pensamiento sin imagen? Este fantasma es el que hace estallar, como una chispa, el frenesí acumulado de los que buscaban desesperadamente una psicología *objetiva*. No hay sensación sino excitación, ni voluntad sino respuesta. El pensamiento no es más que lenguaje interior, pero lenguaje efectivo, que se podría registrar. La emoción, también, un comportamiento interior registrable y la memoria ninguna cámara oscura donde dormitan los recuerdos. El reflejo condicionado, descubierto por Pavlov en 1905 pero llegado a Norteamérica con cierto retraso, fija sus ideas y le suministra el instrumento cabal para construir una psicología cien por cien objetiva, que es una bonita cadena de reflejos. Pero no hay que descuidar de señalar el ímpetu popular que cobró en seguida la arremetida de Watson. Por fin, se creía tener en la mano el secreto de la psicología como ciencia, la clave o llave para abrir la puerta de las maravillas. Además de en los negocios se pensaba que el desequilibrio del mundo moderno, que en el campo científico se enuncia como un dominio creciente sobre la naturaleza que se hace cada vez más comprometedor para el hombre por el escaso conocimiento, por no decir nulo, que tiene de sus propias fuerzas, podría ser reparado con el nuevo dominio sobre el hombre. Sólo después de la guerra conocerá la psicología

gía otra oleada popular, más encrespada y profunda, cuando Freud, el médico vienés, señale las entradas subterráneas del alma por el mundo etéreo de los sueños.

3

Por los mismos años, poco más o menos (1911), se inicia en Alemania otro movimiento, estrictamente académico, y que trata de encontrar, en medio de las disputas, el camino conciliador y seguro de la ciencia positiva, sin dejarse despistar por la palabra *objetivo* como otros lo han sido por la de *introspección*. Lo que se hacía intolerable para los filósofos no era tanto la pretensión de someter a leyes la psique humana cuanto su atomización despiadada. Reducirla a un montaje más o menos alambicado y creador de elementos sensibles, además de violentar desconsideradamente los *datos* de la experiencia, desentrañaba al hombre como a un pelele rellenándole con tripas de serrín. Pero el hombre vivo y el histórico eran hombres de carne y hueso, con entusiasmos y desesperanzas, con traiciones y fidelidades. Si se quería hacer algo del hombre había que conocerlo entrañablemente, como un ser lleno de sentido y que lo ponía en las cosas.

Parecía éste un dilema insoluble, porque se pedía, no sólo el respeto a la experiencia íntegra, sino la restauración del *finalismo*, tan definitivamente desacreditado en la ciencia, que había nacido de su muerte. En medio de esta borrasca académica, un judío fino, Wertheimer, encuentra la lucecilla salvadora en lo que hoy conocemos insípidamente con el nombre de fenómeno PHH. Dos hendiduras en una pantalla, lo bastante cercanas, que se iluminan una tras otra, producen la sensación del movimiento de una línea. Sensación tan auténtica que deja tras sí la estela imaginaria del movimiento en sentido contrario. Hacía tiempo que Ehrenfels había llamado la atención sobre las cualidades estructurales en las sensaciones, puro dato formal, como la melodía respecto a las notas, que no explicaban los datos sensibles hasta entonces connotados, pero todavía no acababa de encajar ese descubrimiento en el cuadro elemental de sensación, imagen y sentimiento. Mas no se trata de un nuevo elemento sino del carácter

formal, estructurado, de toda percepción. Se trata, nada menos, de una inversión total de los términos en que se halla planteada la cuestión. El fenómeno PHI patentiza que la existencia de dos rayas quietas da por resultado la sensación de una raya que se mueve. Lo que, interpretado estrictamente, quiere decir: 1) El total es algo más que la suma de los elementos; más y algo nuevo; 2) Los elementos, en vez de producir aditivamente el total, funcionan en virtud de éste; 3) El organismo, el aparato visual en este caso, no sólo no se deja impresionar pasivamente sino que reacciona ante la excitación activa y estructuralmente. Organiza los elementos y los hace valer en forma diferente según los casos.

Se dirá, el fenómeno PHI no es más que ilusión y, como todas las ilusiones ópticas tan conocidas por los manuales de psicología, se puede explicar por un sobreañadido interpretativo que acompaña siempre en la percepción al puro dato sensorial y que, generalmente, como fruto que es de experiencias anteriores, no nos engaña, pero en casos especiales sí. Pues bien, atacando a fondo el problema, veremos que las ilusiones, en las que suele darse en cada caso la explicación lineal del engaño a base de una interpretación falsa, aclarable por algunas pistas sensoriales equívocas sobre las que se dispara, son un caso evidente y escolar de la percepción organizadora.

Köhler, en su precioso libro *GESTALT PSYCHOLOGY* (1930), ha puesto en minuciosa evidencia el carácter gratuitamente hipotético de este concepto de *interpretación*, que convierte la mayor parte de nuestra percepción normal y corriente en una pura ilusión. Ilusión si vemos los platos en una mesa todos con igual forma circular; ilusión si no vemos diferencias de tamaño en una persona que, dentro de un amplio límite, se acerca o se aleja. Nadie con mayor claridad ha determinado el carácter disolvente y arbitrario de la introspección elementalista, familiar a los psicólogos de laboratorio. Su análisis de la explicación científica de algunos *experimenta crucis* —entre otros el famoso de Helmholtz sobre la constancia de los grises diversamente iluminados—, explicación que tiene que acudir necesariamente a la hipótesis de la *interpretación* para salvar el postulado mecánico de la correspondencia

puntual entre excitación y sensación, constituye una de las páginas maestras de la psicología contemporánea. Ahora bien, la *interpretación* que puede comprobarse en el caso de un signo como el x, por ejemplo, que es captado inmediatamente en su significación contextual gracias a un aprendizaje previo, no se puede comprobar en los casos generales de nuestra percepción y, además, se hace innecesaria por la comprobación, en sentido contrario, del carácter inmediatamente organizado de la percepción (fenómeno PHI, constelación de puntos y de estrellas, ciego operado, experimento de Hertz con el *Garrulus glandarius*, etc.)

De esta suerte, los hechos sacados a flote por la escuela de la GESTALT: 1) Denunciaban claramente el poder disolvente de la introspección científica al uso, que había ocasionado, por contragolpe, la herejía de los introspeccionistas puros; 2) Relataban que el mundo sensible, sobre cuyos datos parece montarse de alguna manera toda la vida psíquica, aparecía, no como un conglomerado indistinto de sensaciones que luego la experiencia iba organizando como el más experto pintor puntillista, sino organizado, estructurado.

Con esto procuraban, por de pronto, a la academia alemana una gran satisfacción. Al presentar la evidencia experimental de la violencia con fractura operada por la psicología científica corriente, le ofrecían la más espléndida justificación de sus incesantes protestas, pero le preparaban también una tentación. Parecía que, al elaborarse el mundo psíquico sobre una base organizada, estructurada, cabría tratar científicamente la dichosa cuestión del sentido, del fin de los actos humanos, que era por donde trataba de escapar la famosa *psicología ciencia del espíritu*.

4

Así se ve claramente cómo la solución encontrada por Wertheimer y sus preclaros colaboradores, Koffka y Köhler, respondía perfectamente a las necesidades dialécticas del ambiente alemán. Pero la escuela de la GESTALT —*Gestalt* en el doble sentido goethiano de forma y estructura—

tuvo conciencia plena de que estaba llamada a más alto destino y, como se sintió llamada, trabajó para lograrlo.

Sus primeros ensayos brillantes fueron en el campo de la percepción, que era el fuerte de la psicología científica, su reducto auténtico, de donde partían todos los triunfos y también todos los equívocos y contra el que se concentraban todos los ataques. Pero no había que olvidar la otra mitad del mundo, aquella donde las tendencias conductistas y los experimentos con animales celebraban sus primeros éxitos. Aprovechando el interregno de la guerra, Köhler lleva a cabo sus espléndidas demostraciones con monos, en la isla de Tenerife, que mira ya hacia América. También en la conducta se da la misma ley de la *forma*, vista, como en un eureka repentino, por el animal al resolver prácticamente el problema, al encontrar la salida de la situación en que ha sido colocado. Todo lo contrario de la curva mecánica de ensayo y error trazada por el americano Thorndike para explicar la inteligencia del bruto.

Por razones diferentes, los tres maestros de la nueva escuela irán desfilando por Norteamérica y acabarán por establecerse en ella. Podemos confirmar la conciencia imperial de los fundadores si seguimos su actuación en tierra americana. En Alemania habían tenido que luchar con toda clase de razones, experimentales y filosóficas, éstas para buscar la salida a los indecisos que gazapeaban dentro de una psicología ciencia del espíritu. No hubiese sido prudente hacer lo mismo en Norteamérica, pues nada habría desacreditado más la mercancía que cualquier aditamento de *Weltanschauung*. Presentan únicamente los hechos, tan escandalosos pero *tan* hechos. Los hechos nuevos en Norteamérica aprovecharán todas las oportunidades que esa tierra ofrece a los advenedizos de resuello. Pronto irán ganando consideración monográfica, luego pasarán tímidamente, sin que se comprendan todas sus consecuencias, a los manuales eclécticos. Acabarán por conquistar algunos discípulos fanáticos. Llegado el momento —¡perdón!—, psicológico, cuando ya han mordido, por decirlo así, el anzuelo, la escuela descubrirá todas sus baterías. Los *PRINCIPLES OF GESTALT PSYCHOLOGY* de Koffka se publican en 1935 y, en su primer capítulo, el autor literalmente se destapa y confiesa. El libro de Köhler, *THE PLACE OF*

VALUE IN A WORLD OF FACT, generosamente filosófico, recoge las conferencias de un curso académico en Harvard, 1934-1935. Ahora se podrán enterar los norteamericanos que el pensamiento que inspiró a Wertheimer, ya desde sus años de estudiante, fué el de conciliar *ciencia y sentido*, y que no es posible aceptar unos cuantos resultados de la GESTALT sin comprometerse a organizar toda la psicología con arreglo al esquema que llevan dentro. Un cambio de hábitos mentales que todavía hoy resulta precario y violento pero que se impone por su fecunda inventiva en experimentos.

Pero ya hemos dicho que América es tierra de aclimatación. Y la GESTALT se aclimata en Norteamérica y llega a ser, en esta confluencia, escuela universal. La GESTALT, que no había partido del dilema americano entre introspección y conducta, que había opuesto a la protesta behaviorista la afirmación ambivalente que "*ni en el estudio de la conducta ni en el de la experiencia había que llevar el análisis demasiado lejos*" acepta la solución americana y acaba por definir la psicología como "*estudio de la conexión causal de la conducta en un campo psico-físico*" (Koffka).

5

¿Y qué le ha pasado a la pobrecita introspección? Aquí venía encerrada otra sorpresa. La taza y media de los creadores, ya sean científicos o filósofos. El perpetuo *e pur si muove*. La discusión en torno a la introspección, si bien se mira, resulta un poco banal y de palabra. Es banal, entiéndase bien, la discusión exterminadora, no los excesos cometidos por una y otra banda. Tanto el conocimiento físico como el psíquico se levantan sobre la observación. Mediante la teoría pongo en conexión una observación con otra. Tan individual e intransferible es la observación de que parte el físico como la del psíquico. La percepción de un físico no es más penetrable para otro físico que la introspección de un psíquico pueda serlo para otro. Pero lo mismo el físico que el psíquico pueden establecer un *consensus* con sus respectivos colegas mediante la coincidencia comprobatoria en los resultados previstos. Centrada la psi-

ciología en la conducta, ha perdido su vigencia esa diferencia ontológica de los dos mundos: el interior y el exterior, el de la experiencia inmediata y la mediata, el de fenómenos físicos y fenómenos psíquicos; no hay más que fenómenos, apariciones, cuyo ámbito se demarca por el punto de vista del estudio, no por la materia. En el caso de la psicología el punto de vista biológico, de culminación biológica, del funcionamiento integral, superfisiológico, del ser humano que, definido como animal racional o social, no deja de ser, íntegramente, un ente biológico.

Serenada así la discusión, veamos el lugar que le corresponde a la introspección, tan traída y llevada. Ni tan grande como pretenden los introspeccionistas puros ni tan exiguo como le reservan los behavioristas. Cuaresma para aquéllos y taza y medio para éstos. Esto en virtud no ya de hechos sino de un postulado que trata de convertirse en fecunda hipótesis de trabajo: el ISOMORFISMO. Fué, sin duda, otra idea genial de Wertheimer para acallar la polémica alemana, siempre en favor de la ciencia. Puesto que los fenómenos que estudia la psicología ofrecen, desde su base, un carácter organizado y estructural ¿por qué no suponer que ese mismo carácter ofrecen también los fenómenos fisiológicos, que hasta ahora han sido estudiados de una manera analítica, convirtiendo el cerebro humano, con las vías nerviosas y los reflejos, en lo más parecido a una central telefónica? ¿Por qué, si todos son fenómenos, hemos de hacer distinciones de naturaleza entre ellos? Hoy las ciencias físicas se orientan en el sentido de establecer leyes estructurales en lugar de leyes mecánicas, leyes del campo, en lugar de los movimientos determinados entre partículas. Todavía más: si en un orden cronológico de sucesión tenemos los llamados fenómenos físicos, luego los fisiólogos y, por último, los psicológicos, ¿no podríamos encontrar en la figura o estructura dinámica de estos últimos la clave para, en cada caso, estudiar la del fenómeno fisiológico subyacente? Aquí de la taza y media.

6

Revisando estos días el breviario de psicología de William James tropecé al final del libro con un pasaje que co-

bra ahora tonos proféticos. Después de haber escrito dos grandes volúmenes de psicología general y un resumen (1892), se encara William James con los pregoneros de la "nueva psicología", la psicología de Wundt, para decirles que, después de todo, la psicología, como ciencia, se reduce a "unos cuantos hechos, mucho chismorreo sobre opiniones, unas cuantas clasificaciones y generalizaciones en el plano meramente descriptivo... pero ni una sola ley en el sentido en que la física nos las muestra, ninguna proposición de la que pueda deducirse causalmente consecuencia alguna. Esto no es una ciencia sino una esperanza de ciencia. Pero la materia de una ciencia está en nuestras manos. Algo definido ocurre cuando a un cierto estado del cerebro corresponde cierto estado de conciencia. Un vislumbre certero en ello sería EL logro científico ante el que palidecerían todos los anteriores. Pero en la actualidad la psicología se halla en la condición en que estaba la física antes de Galileo y las leyes del movimiento, o la química antes de Lavoisier y la noción de que la masa se preserva en todas las reacciones. El Galileo y el Lavoisier de la psicología serán hombres famosos cuando lleguen, como seguramente llegarán algún día, si es que los éxitos del pasado son un índice del futuro. Cuando lleguen, las necesidades del caso harán de ellos metafísicos".

Pero William James llega a precisar más; llega a poner el dedo en la llaga. Habiendo sido el primer psicólogo científico que se ha negado a reconocer átomos psíquicos y que ha mantenido la unidad de los estados de conciencia, se encuentra ante la contradicción de que lo cierto para la ciencia psíquica, la unidad infragmentable de los estados de conciencia, hay que ponerlo en relación con la discreción molecular o atómica que la ciencia física prescribe al cerebro. "Lo real psíquico parece corresponder a lo irreal físico, y viceversa; y así nuestra perplejidad es extrema".

"L'ombre en ce lieu s' amasse, et la nuit est là toute".

"Según los principios de la filosofía corpuscular o mecánica, las únicas realidades son las moléculas separadas o, a lo más, las células". Y, "la hipótesis de trabajo de la fisiología es que las leyes que rigen la acción cerebral son en el fondo leyes mecánicas". Por eso el futuro Galileo de la

psicología, el que establezca la primera ley fundamental de la psico-física, habrá de ser, como lo fué Galileo, que se pasó más años estudiando filosofía que meses ciencia, algo metafísico para arriesgarse con una nueva hipótesis de trabajo (Vid. W. James, PSYCHOLOGY, BRIEFER COURSE, págs. 6, 463 y 467).

Esta hipótesis es, sin duda, el ISOMORFISMO. Y así, ahora, parece que se aclara ese afán incontenible de los gestaltistas por venir a América. ¿No fueron estas páginas de William James las que sacudieron la curiosidad juvenil de Wertheimer y marcaron su destino, tanto, por lo menos, como aquella conciliación de *ciencia y sentido* que nos cuenta Koffka?

7

Han sido menester unos 20 años (1892-1911) para que las sugerencias de W. James germinaran en la lejanía. Los tiempos no estaban maduros. La concepción mecánica, tan rotundamente formulada por Helmholtz en 1847 (ERHALTUNG DER KRAFT), dominó al siglo. "En resumen, el problema de las ciencias físico-naturales consiste en referir todos los fenómenos de la naturaleza a invariables fuerzas de atracción y repulsión, cuyas intensidades dependen totalmente de la distancia. La posibilidad de resolver este problema constituye la condición de una inteligibilidad completa de la naturaleza". Y esta esperanza tremenda, que amaga como una pesadilla: "Y su función (la de la ciencia) habrá terminado tan pronto como se cumpla la reducción de todos los fenómenos naturales a esas simples fuerzas y se demuestre que ésta es la única reducción posible". Irremisiblemente acuden a la memoria las formulaciones fantásticas del mismo sueño por Laplace, Du Bois Reymond y Huxley.

Esta tremenda esperanza, sin embargo, es poco menos ingenua que la del vulgarizador de las maravillas de la ciencia. "El fin último de la física teórica es encontrar las últimas causas inmutables de los fenómenos de la naturaleza. No corresponde a este lugar determinar si todos los fenómenos pueden atribuirse realmente a tales causas o, en otras pala-

bras, si la naturaleza es completamente comprensible, o si existen cambios en ella que eluden la ley de una causalidad necesaria, cayendo en el campo de la espontaneidad y libertad; pero en todo caso es claro que la ciencia, cuyo propósito es comprender la naturaleza, hacerla inteligible, tiene que partir del supuesto de su inteligibilidad y sacar consecuencias de conformidad con tal supuesto, hasta que hechos irrefutables muestren las limitaciones de este método". Pero sigue siendo ingenuo, creadoramente ingenuo, al identificar la necesidad que tiene la ciencia de suponer una conexión necesaria de los fenómenos con la concepción mecánica de partículas actuadas por fuerzas de atracción y repulsión. Dice Helmholtz que *"el postulado de que los fenómenos naturales tienen que ser reducidos a últimas causas inmutables toma inmediatamente la forma"*. . . de la concepción mecánica del universo. Ingenuidad y confusión creadoras que fué avalada por los triunfos de la teoría cinemática de la materia y hasta trajo la prueba notarial de la microfotografía del movimiento browniano. Efectivamente, hechos irrefutables han mostrado las limitaciones. . . no del método determinista, aunque algunos físicos, como Eddington, se diviertan hablando de contingencia, sino de la concepción mecánica del universo.

La imponente seguridad de Helmholtz de que la ciencia se halla a punto de descifrar las últimas claves del libro del universo —que, como avisó Galileo, está escrito en caracteres matemáticos— a los físicos del siglo xx les espanta. Dice Einstein: *"Esta concepción parece torpe e ingenua a un físico del siglo XX. Le asustaría pensar que la gran aventura de la investigación pudiera quedar terminada tan pronto y le parecería poco estimable que quedara establecida para siempre una imagen infalible del universo"*.

Afortunadamente, suspiramos con el físico genial, *"durante la segunda mitad del siglo XIX se introdujeron en la física ideas nuevas, revolucionarias, que abrieron el camino a un nuevo punto de vista filosófico, distinto del anterior o mecánico. Los resultados de los trabajos de Faraday, Maxwell y Hertz condujeron al desenvolvimiento de la física*

moderna, a la creación de nuevos conceptos que constituyen una nueva imagen de la realidad”.

Faraday emite la hipótesis del campo para explicar el fenómeno de las corrientes inducidas. Maxwell formula las ecuaciones del campo electro-magnético. Hertz comprueba la existencia de ondas electro-magnéticas. La historia y los avatares de la idea de campo constituyen uno de los pasajes más apasionantes en la novela del pensamiento reciente. Pero sólo nos referiremos, mínimamente, a los extremos que interesan a nuestro propósito. Las leyes del campo son estructurales, nos dice Einstein, y no mecánicas. No hay en ellas actores materiales; no son las partículas con sus fuerzas las que determinan y explican la marcha de los acontecimientos; es una figura, una estructura especial de fuerzas, constitutivas del campo, la que determinaría el funcionamiento de las partículas, caso de que existan, y la danza del universo. Las leyes físicas, nos dice Einstein, tienen aire de melodía.

Si la nueva imagen del universo se orienta en este sentido, se comprende que la psicología pueda romper, por fin, con aquella concepción atómica y elementalista que, con el asociacionismo y la reflexología, se había convertido en nosotros en segunda naturaleza, se explica que la fisiología pueda enriquecerse con la hipótesis isomórfica, como demuestran los trabajos de Coghill sobre la maduración del sistema nervioso. Se explica la perplejidad de James en el año 1892. Se explica la valentía cautelosa de Wertheimer y sus colaboradores. Se explican muchas cosas. El fenómeno PH1, apenas dos lucecillas —*L'ombre en ce lieu s'amasse, et la nuit est là toute*— se convierte en la experiencia psicológica en una línea penetrante y relámpago que, por primera vez, todo lo ilumina. ¡Qué triunfo para esa experiencia en aquella resistencia de James a no dejarla fragmentar, y qué triunfo de la experiencia física cuando le presta oportunamente el instrumento para seguir adelante! ¡Qué triunfo de la obstinada y solidaria razón humana!

Ahora, para ver la otra cara, habría que contar cómo algunos psicólogos han sido un poco demasiado metafísicos y lo que ello ha significado para la psicología y también para la filosofía.

LA SABIDURIA DEL CUERPO

UN GRUPO de amigos y discípulos de Walter B. Cannon, fuimos invitados hace unas pocas semanas por la Editorial Séneca con el delicado propósito de ofrecernos los primeros ejemplares de la edición española del libro que el fisiólogo de la Harvard University había publicado hace ya un decenio bajo el título *THE WISDOM OF THE BODY*¹

Esta fineza nos dió oportunidad para celebrar un sencillo homenaje de admiración y cariño al Maestro Cannon. El Prof. J. J. Izquierdo tuvo la atención de leer a los reunidos el prólogo que ha compuesto con sobriedad y acierto insuperables, para orientar a los lectores de habla española sobre el significado de la obra del Maestro.

Cuando los hombres de ciencia sienten llegar aquel período de la vida durante el cual, los impulsos creadores fluyen más sosegadamente, acostumbran a dedicar un espacio de sus actividades a la generalización de sus creaciones científicas. En estas circunstancias algunos dan rienda suelta a un contenido escepticismo; otros ejercitan su afán de controversia hasta la obsesión; los menos, caen en el achaque de hacer desvaídos ensayos con pretensiones filosóficas, algo así como una recaída en aquella costumbre abominable de glosar desmedidamente la importancia de la asignatura. Sin embargo, los mejor dotados, Claudio Bernard, Ludwig, Pavlow, Bayliss, Pflüger—por citar sólo fisiólogos—dedícanse en este trance a esclarecer y depurar sus escritos con la intención de que las aportaciones de su genial inventiva puedan enriquecer de manera auténtica el caudal de los conocimientos humanos.

Cannon en la producción de toda su obra científica sigue la tradición de los mejores, y así podemos corroborarlo con su propio testimonio cuando dice: "*El volumen presente constituye otro paso de esta natural continuidad de las ideas. Océpase principalmente de la relación del sistema nervioso autónomo en la autorregulación de los procesos fisiológicos. Esta relación había sido solamente formulada a la ligera. Después caí en la cuenta de que nuestros copiosos trabajos sobre*

1. WALTER B. CANNON.—*La Sabiduría del cuerpo*. Versión española por J. M. Bellido. Prólogo por el Dr. Joaquín Izquierdo. Nota final por el Prof. Augusto Pi Suñer. México, Editorial Séneca, 1941.

la intervención del sistema nervioso autónomo en el mantenimiento de los estados constantes, no constituía un sistema coherente de clara expresión y doctrina, pero considerados ahora, los hechos descubiertos adquirieron nuevo valor".

En la obra del Maestro Boston, encontramos formulada la metodología del conocimiento científico. En primer lugar detiéndose en la observación de los hechos sencillos, después considera los fenómenos más complejos y en un estudio ulterior aquellos que podemos reproducir a voluntad en técnicas experimentales. Reunidos estos datos de observación, los clasifica y compara con procesos afines, tarea que conduce luego a una interpretación adecuada de los fenómenos observados y a la enunciación de proposiciones de carácter general. De estos postulados podrán deducirse las explicaciones o teorías que mejor se avengan con los datos objeto de estudio. Por último, la validez de las proposiciones teóricas quedará sujeta a reiterada comprobación experimental. En ese orden riguroso Cannon va elaborando sus trabajos científicos, y así, al iniciar sus investigaciones sobre un tema concreto y elemental, como el fenómeno de la deglución, lo agota y prosigue en el transcurso de diez años, el estudio más completo que se ha realizado sobre la mecánica del aparato digestivo y de los procesos fisiológicos que condicionan e integran esta función. Fruto de estos trabajos es la célebre monografía **LOS FACTORES MECÁNICOS DE LA DIGESTIÓN**, sobre cuyo contenido apenas podríamos añadir nada después de 30 años de escrito.

Entre las influencias que regulan la manifestación de las funciones digestivas, el papel desempeñado por el sistema nervioso ocupa lugar muy destacado y han sido precisamente dos estudiosos de la calidad de Cannon y Pavlov, quienes siguiendo técnicas y métodos muy semejantes llegaron a descubrir hechos científicos de grandísimo valor y nociones teóricas de trascendental importancia sobre la acción del sistema nervioso en la regulación de estas funciones.

Pavlov, inició también los estudios que le valieron renombre universal, con propósitos muy modestos. Descaba sencillamente idear una técnica más perfecta para la obtención del jugo gástrico. Una vez conseguido su propósito con la técnica del *pequeño estómago* aplicó la luz de su poderosa inteligencia al estudio de los fenómenos digestivos y a este sabio debemos experiencias decisivas y una clara anticipación de las ideas que hoy comentamos al referirnos a la **SABIDURÍA DEL CUERPO**; dice Pavlov al hablar del mecanismo de las secreciones digestivas: "*El trabajo de los órganos digestivos, es estimulado por excitantes específicos y su funcionamiento es resultante de fenómenos de adaptación de una fineza extraordinaria*".

La dirección que Cannon imprime a sus investigaciones, discurre por rutas muy afines al sabio ruso, pero aquél concreta sus estudios sobre el funcionamiento del sistema nervioso autónomo. En este capítulo de la Fisiología, Cannon es hoy el hombre más experimentado y aquí podemos situar el punto de partida de los trabajos que le han conducido a elaborar conceptos generales sobre los procesos que determinan la *Homeostatis*.

¿Qué nuevo concepto es este de la homeostasis?. Homeostasis quiere decir abreviadamente, lo mismo que "*adaptación de los mecanismos fisiológicos a la regulación armónica de las funciones orgánicas*".

Claudio Bernard lo enunció en los siguientes términos: "*Las propiedades de los líquidos y tejidos del organismo, hallanse sometidas a una oscilación continua, especie de equilibrio inestable en relación constante con la movilidad de los fenómenos vitales*". Augusto Pi Suñer cuyas valiosísimas aportaciones sobre esta cuestión no han sido difundidas como merecen, teniendo en cuenta la maravillosa claridad de su expresión y los vigorosos conceptos que sostiene, define este orden funcional como sigue: "*Las más diversas funciones se desarrollan como dirigidas por un espíritu inteligente, obedeciendo a la ley del mejor cumplimiento*".

¿Cuál es el mecanismo que regula estas adaptaciones?. La naturaleza íntima de los fenómenos vitales se manifiesta por un conjunto de transformaciones físicas, químicas, y químico-físicas, cuya intensidad y cuantía están condicionadas por la intervención de ciertos procesos fisiológicos encargados de amortiguar cualquier cambio violento y regular la composición del medio interno, dentro de límites característicos y constantes para cada especie o sistema orgánico. Como resultado de la intervención de estos mecanismos reguladores, podemos constatar en la composición del medio interno, una serie de elementos susceptibles de representación cuantitativa a los que denominamos *constantes fisiológicas*. Consideramos como tales, la glucemia, la proteinemia, la hidremia, el oxígeno hemático, la temperatura corporal, la presión circulatoria, la frecuencia cardíaca, etc.

En condiciones de reposo corporal, los sistemas reguladores actúan dentro de límites muy próximos y la estabilidad de las *constantes fisiológicas* apenas es perturbada, pero cuando un proceso excitador desplaza alguna función orgánica, de la fase de reposo a la de actividad, la cuantía de las *constantes fisiológicas* se perturba en relación con la intensidad del trabajo orgánico. Del juego de los mecanismos reguladores, resulta en primer término un efecto amortiguador sobre los cam-

bios bruscos que se producirían si los fenómenos realizáranse libremente, y luego determinan la recuperación a sus valores normales de las constantes perturbadas durante el proceso de excitación.

Podríamos convenir en términos esquemáticos, que los fenómenos fisiológicos están condicionados por dos grupos de acciones antagónicas; excitadoras e inhibitoras, acciones que se mantendrán balanceadas en el transcurso de los mismos. Pavlow acepta esta explicación cuando sostiene que *"las más altas manifestaciones de la vida se basan en el principio de acciones mutuas de excitación e inhibición. El continuo equilibrio de estos dos procesos, suministra el fundamento de la vida normal, tanto en el hombre como en los animales inferiores"*. En iguales términos manifiesta Sherrington su opinión sobre estas acciones.

Sin embargo, una vez establecida la validez de este esquema, para explicar la regulación de muchos fenómenos fisiológicos, es forzoso reconocer que los mecanismos de la homeostasis, pueden ser más complejos. Veamos a título de ejemplo, los fenómenos que acompañan al desplazamiento de una constante fisiológica cualquiera, sea en este caso la glucemia: En reposo y en ayunas, los valores de la glucosa sanguínea en el hombre, varían dentro de límites muy próximos, 90 a 100 mgs. por 100. Si en estas condiciones hacemos ingerir a un sujeto normal 50 gramos de glucosa disueltos en 200 gramos de agua, los valores glucémicos sufrirán aumentos sucesivos, alcanzando su valor máximo media hora después y volviendo a su normalidad en el transcurso de las dos horas siguientes. La curva representada por la oscilación de los valores glucémicos durante la prueba, nos dará noticia del funcionamiento de los órganos que intervienen activamente en la gluco-regulación; hígado, páncreas endocrino, suprarrenales, tejido muscular, hipofisis, sistema nervioso autónomo, etc. Si bien es cierto que estas complejas influencias gluco-reguladoras pudieran considerarse agrupadas, en dos categorías de acciones *inhibidoras* vago-hepato-pancreáticas y *excitadoras* simpático-suprarreno-hipofisarias, debemos reconocer que estos mecanismos, como muchos otros utilizados en la conservación de la homeostasis, son difíciles de explicar con arreglo a un esquema tan sencillo.

Pero volvamos al comentario de nuestro libro. Dice Cannon en la introducción: *"Los organismos compuestos de materiales caracterizados por su inconstancia e inestabilidad, han "aprendido" a mantener su estabilidad en presencia de condiciones de las que razonablemente cabe esperar puedan ser causa de profundos trastornos"*. Para Cannon el *aprendizaje* de los mecanismos automáticos de estabilización, se halla vinculado a experiencias ancestrales cuyo perfeccionamiento sigue el

mismo ritmo que las etapas ascensionales de la filogenia de los organismos animados.

Estudia luego la constitución y significado del medio interno al que denomina "*liquido matriz del cuerpo*" y los rasgos esenciales de su funcionamiento. En la conservación de la estabilidad del medio interno, convergen los más variados mecanismos vitales, ya que el mantenimiento de las constantes del liquido matriz es condición esencial para la vida del organismo entero.

A continuación examina los principales procesos encargados de mantener la homeostasis del medio interno, coagulabilidad de la sangre, fenómenos respiratorios, presión arterial y la defensa del organismo contra el choque hemorrágico y las alteraciones de la crisis sanguínea.

En otro capítulo trata de las sensaciones de sed y de hambre como medios para asegurar al organismo la provisión de alimentos. Cannon sustenta interpretaciones localistas para explicar el mecanismo de estos fenómenos. La sed sería debida en su opinión, a la sequedad de las mucosas bucal y faríngea, cuando las glándulas salivales no pueden conservar húmeda esta región. El hambre tiene como signo local "fuertes contracciones del estómago".

Los capítulos siguientes estudian la regulación del contenido de agua en la sangre, la homeostasis de la concentración salina del medio interno y la homeostasis particular de los principales componentes químicos del sistema hemático; glucosa, proteínas, grasas, calcio.

Dedica capítulos sucesivos a los cambios respiratorios, a la regulación del contenido de hidrogeniones de la sangre y al estudio de los factores que mantienen a un nivel constante la temperatura corporal.

Los mecanismos homeostáticos envejecen lo mismo que las estructuras orgánicas. En el decurso de los años la intensidad de las reacciones se amortigua y la capacidad para conservar las constantes del medio interno disminuye a medida que la vida avanza.

Analiza también las defensas naturales del cuerpo frente a toda clase de elementos que vengan a perturbar la normalidad de cualquier función orgánica; agentes físicos externos, bacterias infectantes, respuestas emocionales ante los peligros, dolor, etc.

La capacidad del organismo para adaptarse a nuevas situaciones es estudiada por Cannon, continuando las sugestivas ideas de Meltzer. Deduce que en todas las funciones orgánicas, el margen de seguridad para resolver satisfactoriamente cualquier situación de emergencia, es muy grande, bien sea por entrar en acción alternativa grupos de unidades funcionales o por un incremento eventual de la actividad de todas ellas.

Los últimos capítulos de LA SABIDURÍA DEL CUERPO, están dedicados a la exposición del papel que el sistema nervioso autónomo desempeña en aquel discernimiento, pudiéramos llamar inteligente, de las reacciones fisiológicas de adaptación homeostática. Para Cannon el sistema nervioso autónomo o vegetativo tiene a su cargo la regulación del ambiente interior y el sistema nervioso cerebro-espinal además de su acción de tutela integradora sobre todas las funciones orgánicas, tendrá las de recepción de las sensaciones exteroceptivas que ponen al organismo, en relación con el medio ambiente que nos rodea.

La intervención del sistema simpático-adrenal en la homeostasis, es objeto de un capítulo especial, cuestión a la que el fisiólogo americano dedicó durante los últimos años, investigaciones que reputamos como definitivas.

En el epílogo que pone fin a la obra, Cannon intenta con gesto humano y generoso aplicar los postulados científicos que deduce de sus investigaciones sobre la homeostasis biológica— a una mejor adecuación de las relaciones entre los hombres, sus defectuosas Instituciones y formas de vivir. Ofrece el ejemplo de la dinámica homeostática para organizar la vida social de acuerdo con un sistema más adecuado que supere los sistemas que hoy prevalecen en el llamado mundo civilizado.

¿No será una generosa utopía la de proponer a los hombres, leyes fisiológicas para su Gobierno? Mutuo respeto, coordinación inteligente, suministro adecuado; en fin, todas las condiciones de estabilidad natural logradas a través de una larga experiencia filogénica.

Leyendo a Cannon acuden a mi memoria las esforzadas tentativas de otros hombres ilustres y bien intencionados, recuerdo a Tomás Moore a Luis Vives y a Erasmo. También los humanistas predicaron valiéndose de otros argumentos mayor cordura para la conducta humana pero sus esfuerzos no tuvieron la eficacia necesaria para amortiguar la violencia de las acciones pasionales.

Para quienes desconozcan a Cannon en su aspecto moral y humano, este capítulo constituye su mejor presentación y no precisamente por el juicio que puedan formar sobre la viabilidad de sus proposiciones, sino por la intención sana y cordial que las inspira. No faltará quien pretenda encasillar el pensamiento de Cannon, como una variante del pragmatismo de James o de Vaihinger, pero cualquier que sea el juicio o la utilidad que resulten de las sugerencias del Maestro, nadie podrá lanzar sobre su obra o sobre sus intenciones, la dolorida imprecación que un espíritu selecto arroja en LO HUMANO, PROBLEMA ESENCIAL contra los fariseos de la Ciencia, del Arte y de la Filosofía.

En la álgida época que nos ha tocado vivir, las Religiones, los sistemas de Filosofía, los tópicos nacionalistas y los tópicos raciales, no logran satisfacer las aspiraciones ni calmar la ansiedad de las muchedumbres hostigadas por el sufrimiento y la injusticia. Pesa actualmente como un maleficio catastrófico la demagogia de un *caudillaje* impuesto por alucinados o farsantes que empujan inconscientes la vida de millones de hombres hacia abismos demenciales.

Trabajemos todos los que esperamos un porvenir mejor, para que una vez traspuesto este periodo decisivo, se produzca una revisión profunda e inteligente de las relaciones humanas que permita encauzar con más *sabiduría* el destino del Hombre.

Y una vez en el empeño de corregir nuestras desventuras ¿por qué no hacer el ensayo de imitar las leyes de la Fisiología?

México Enero de 1942.

Dr. José PUCHE.

ex Rector de la Universidad
de Valencia (España).



AUDRAN: Dibujo de Laocöne.



EN BUSCA DE LA CIENCIA DEL HOMBRE

UNA POLEMICA

EN SU introducción a su TRATADO SOBRE LA NATURALEZA HUMANA —“*intento de introducir el método experimental de razonar en materias morales*”— define Hume la filosofía moral, frente a la filosofía natural que abarca todas las ciencias de la naturaleza, como la ciencia del hombre, de la naturaleza humana. Se trata de una “*filosofía experimental*” cuyo objeto, el hombre, se determina con mayor rigor como *men's behavior in company*, conducta del hombre en compañía. Ha definido, sencillamente, lo que Comte bautizará más tarde con el nombre de *Sociología*.

No se podía esperar que esta acometida contra la filosofía, en el terreno más indiscutiblemente reconocido por suyo, el de los *moral subjects*, aconteciera sin resistencia, mayor aún que la provocada en su tiempo por el asalto de las ciencias de la naturaleza capitaneadas por la física. Pero ya no sería posible oponerse a la ciencia, si se quería ganar audiencia, en nombre de la filosofía, sino en el de la ciencia misma, en el de otro concepto de la ciencia. Pero para no perder los tiros había que ejercitar la vista en el *camouflage*.

Recientemente ha publicado el profesor Medina Echavarría un apretado libro: SOCIOLOGÍA: TEORÍA Y TÉCNICA,¹ donde se ofrecen las diversas concepciones de esta ciencia joven y se aportan los, todavía, contados logros de ella. Medina adopta decididamente el criterio de encuadrarla, por su propósito—revisión— y por su método—observación y experimento— en el marco general de las demás ciencias, de la ciencia según el uso corriente y actual del vocablo: el conocimiento positivo. Contra esta postura se levanta resuelto otro profesor de nota, José Gaos, quien, con voz propia y respaldado por un movimiento de consideración que tiene su principal origen en las universidades centroeuropeas, reclama para la sociología, en nombre de las exigencias mismas de su conocimiento *científico*, un tratamiento especial por la especialidad de su objeto: el hombre. Así se definiría, frente a las ciencias naturales, como una *ciencia del espíritu o cultu-*

¹ José MEDINA ECHAVARRÍA. *Sociología: Teoría y Técnica*. México: Fondo de Cultura Económica. 1941.

ral, y, relegando el estudio de las conexiones causales para aquellos dominios, se reservaría el derecho de estudiar conexiones de sentido.

Se trata de una de las polémicas intelectuales de nuestro tiempo más persistentes y más cargadas de futuro. Ambos puntos de vista se hallan expuestos y defendidos con vigor y precisión en la controversia epistolar que transcribimos. Ni Medina reniega de la filosofía ni Gaos trata de avasallar con ella a la ciencia. Como decimos, se trata de dos concepciones diferentes de qué sea ciencia. El lector juzgará.

CARTA DE J. GAOS A J. MEDINA ECHAVARRIA

QUERIDO, tu "pequeño libro" es una *mise au point* de la Sociología de una información y de una justeza y claridad cabales, admirables. Para interesar no a los solos interesados por la Sociología, sino a todos los interesados por su cultura general. Mas para interesar también como a mí, violentamente, a todos los inquietos por "la situación" y su evolución en el inmediato futuro—a todos los capaces aún de inquietud reflexiva e interés intelectual. Porque lo que es su tema central es el centro mismo de "la situación" de donde ha de partir la evolución de ésta en el inmediato futuro.

Tu libro es la expresión de una preocupación fundamental: deslindar la Sociología, como Sociología general, por un lado, de la Filosofía—social—, por otro, de las ciencias sociales especiales, que son, Filosofía y ciencias sociales especiales, las disciplinas que te parecen amenazar la sustantividad de la Sociología, general. Se comprende, es natural que pugnes por la sustantividad de la Sociología general, ya que te has definido profesionalmente como sociólogo, en general: es pugnar por la propia personalidad. Pero lo que a los demás puede interesarnos es esto: ¿qué implica, de interés para nosotros, los demás, el que tu pugna por tu personalidad—la pugna por la sustantividad de la Sociología general? La pugna entera se mueve en último término, en torno al concepto de ciencia, a una concepción de la ciencia. Todo lo restante resulta en rigor derivado, secundario, periférico. Tenía que ser. La ciencia es "aquello" como partes, o partícipes, en algún sentido, de lo cual, han de arreglárselas entre sí, con arreglo a las ideas vigentes, si no siempre, desde hace bastante hasta estos mismos días, Filosofía, Sociología, ciencias sociales—como Filosofía y ciencias en general, naturales y humanas. Lo decisivo es, pues, la pugna por la ciencia. Y, verdaderamente, la pugna por la ciencia es, será decisiva.

Se ve perfectamente lo que un bando de los cultivadores de las ciencias sociales, de los sociólogos en general, de los que sois parte los sociólogos de la Sociología general, un bando al que tu notorio buen deseo de hacer justicia a todos concede demasiado a mi parecer, permíteme decírtelo con franqueza, se ve perfectamente lo que este bando quisiera. Porque se trata en definitiva de un *querer*. Se ve perfectamente cuál es su "ideal" — "naturalista", de *poder*, de *dominación*. La ciencia es la ciencia natural. A esta ciencia deben asimilarse, si *quieren ser "ciencia"* las humanas. ¡Unidad del método científico! Las ciencias naturales crean conceptos distintos de los conceptos vulgares acerca de las cosas de la naturaleza, símbolos susceptibles de un tratamiento exacto. Por el contrario, los conceptos sociales vulgares, equívocos, vagos, persisten en las ciencias sociales. Estas deben crear conceptos distintos de los vulgares, símbolos susceptibles del mismo tratamiento que los de las ciencias naturales. ¿Por qué? Ah, porque la ciencia natural, gracias a sus conceptos, y a sus símbolos, y a su tratamiento de éstos, es eficaz, tiene éxito. El ingeniero manipula unos símbolos—y maneja la materia, domina la naturaleza. Unos cálculos—y la presión sobre un botón pone en marcha el funcionamiento de una instalación. Unas pesadas—y la dosificación de unas sustancias crea otra, nueva en la naturaleza. En cambio, las pobres ciencias sociales están en crisis, en bancarota, han fracasado, no sirven para nada, necesitan urgentemente de una reconstrucción. Se ve perfectamente, repito, lo que se entiende por ésta. Ingeniería social, es realmente el término. El sociólogo debiera manipular unos símbolos—y manejar, dominar la sociedad, a los hombres. Se quisiera *poder* manejar y *dominar* a los hombres como se maneja y domina la naturaleza. Porque no se puede, se *plañe* sobre la crisis de las ciencias sociales y se *jadea* por su reconstrucción. Unas estadísticas — y la vuelta a una llave pondría en marcha el funcionamiento de una institución. Unas correlaciones—y la dosificación de unos sentimientos crearía la felicidad conyugal. Orden social por "instalaciones". Felicidad a domicilio por "inyecciones", quizá. Vamos, hombre, buenos estaríamos. Sería lo único que nos faltaba.

Lo natural entra ya en lo humano más que suficientemente. La pueden entrar técnicas exactas. Las masas son un extremo material economía tiene un lado material por el que en la ciencia económica del hombre manejable, dominable con las técnicas de la psicología de las masas, la publicidad, la propaganda, etc. Gracias, o más bien desgracias, a esta porción natural de lo humano, la vida humana ha podido llegar a la "publicidad", a la absorción de la privada, íntima;

personal, por la pública, social y política, a las acciones y movimientos de masas, a la mecanización, a la reducción a maquina, que caracterizan la vida contemporánea y han desembocado en la actual guerra, de universal "defensa pasiva" y masas mecánicas. Mas hoy, aún, a la persona humana le quedan reductos privados e íntimos de martirizada libertad, pero libertad. ¿Qué sería si se realizase el "ideal" de las "ciencias" sociales? ¿Si un poder de dominación sobre hombres tan eficaz, de tanto éxito como el de las ciencias naturales sobre la materia, estuviese a disposición de un dictador? Al hombre no le quedaría ni siquiera la libertad del sabio estoico en el martirio. Pues en el "ideal" de las "ciencias" sociales, de esto en definitiva se trata: del "ideal" de un afán de dominación universal, ilimitada, absoluta, que consentiría en incorporarse en un dictador máquina él mismo, con tal de que los hombres fuesen reducidos a máquinas maquinamente dominables, sin más resistencias ni reservas de las que opone la naturaleza o le quedan. El "ideal" de las "ciencias" sociales es el ideal "naturalista" del positivismo. El neopositivismo, la persistencia del positivismo incluso donde el nombre no se recuerda y hasta se rechazaría, testimonian el arraigo del afán. Pero este afán se encuentra con límites puestos a su satisfacción definitiva. El fracaso de las "ciencias" sociales es la mayor de las venturas —y de las esperanzas.

Porque se trata en definitiva de una quimera. Nada me parece que lo muestra tan bien como la comparación de las ciencias sociales con las demás ciencias humanas. Por ejemplo, la ciencia del arte. Lo que las ciencias sociales afanosas del mismo éxito que las naturales quisieran, tendría su paralelo en una ciencia del arte capaz de hacer indefectiblemente artistas u obras de arte. Pero lo humano no se reduce a lo natural, no se deja maltratar íntegra, definitivamente, como natural. Se deja tratar como en la vida humana, y no puede decirse que sin eficacia. Las ciencias sociales deben curar definitivamente de la obsesión de las naturales y más bien acordarse de las demás ciencias humanas. El "ideal" "naturalista" de estas ciencias todas, ceder definitivamente al verdadero "ideal", "humanista", que les es único propio. El "conquistador" conquista irresistiblemente a las mujeres. El tímido teme casi no menos irresistiblemente a los paletos y aun a algunos que no piensan serlo. La caridad cristiana ha fundado innumerables instituciones de beneficencia efectiva. La filantropía moderna es la fuente de la investigación social con fines prácticos y éxito creciente característica de Norteamérica que tu libro enseña. Este sería el camino y no la asimilación a la ciencia natural. Lo que hay que hacer no es obstinarse en alcanzar el extremo del dominio inhumano sobre lo humano, sino potenciar el dominio humano sobre lo humano.

Promover movimientos de solidaridad humana y de beneficencia, de respeto y fomento de la persona humana, de la personalidad. Unas nuevas misiones. La ciencia económica no ha fracasado en cuanto técnica, sino por falta de una moral *vigente*. La técnica toda está fracasando sangrientamente por esta falta. La cuestión social no será resuelta, la justicia social no instituída, la reconstrucción social y de las ciencias sociales no llevada a cabo, una nueva vida vivible no vivida, un nuevo arte de vivir la vida no descubierto ni poseído, por las ciencias naturales, ni por las ciencias humanas simias de las naturales, sino por movimientos que vengan a continuar la historia de la caridad cristiana, de la filantropía moderna, que sientan, conciban, prediquen y difundan de hecho la nueva moral que es lo que hace falta, con ciencias humanas que no renieguen de este calificativo, antes sean fieles a la peculiaridad que expresa, con éxito tan efectivo como el del inteligente tímido y el apasionante conquistador en la vida corriente. Movimientos esencialmente cordiales, pero no por ello "irracionales", porque lo propiamente humano, por ser lo propio de un ser de razón, es siempre en alguna proporción racional, sólo que la razón humana no es propiamente la que la filosofía moderna descubre en la ciencia natural, la que se reduciría a ser un grado mayor de la inteligencia técnica de los chimpancés, sino aquella de que se habla con más propiedad cuando se dice: "tiene usted razón". En estos movimientos, mayoritarios y minoritarios, estarían dos lugares de inserción, iniciales o terminales, de las escuelas y cátedras de ciencias humanas. Que no deben intentar parecerse a las de ciencias naturales. Porque no se parecerán a la postre. En realidad no hay "escuelas" ni "cátedras" de ciencias naturales. Hay "centros de investigación científica" con "laboratorios", que son cosas sumamente distintas. Las ciencias humanas no pueden ser cultivadas más que por comunidades sobre una base de comunión entre personas y bajo el "magisterio" de personalidades. Y el cultivo no puede consistir sino en la potenciación, legítima y no bastarda, del saber, en el doble sentido, teórico y práctico, de saber y de saber hacer, de conocimiento y de acción eficaz, que se tiene y se pone por obra en la vida corriente. Ya la psicología científica se esfuerza por ser la potencialización de la que conocen y practican los "conocedores del corazón humano" en la vida y en el arte. Estas ciencias humanas serían el único lugar posible de la *teoría* en el sentido tradicional del término, del afán puro de ver y saber y de contar y hacer saber que tuvo su manifestación primera más bien en la *historia*. Los conceptos que ellas creen no se distinguirán de los vulgares por la vía de los conceptos de las ciencias naturales, por la vía de la abstracción crecien-

te, sino por la vía justamente opuesta de una concreción creciente, que será la de una creciente historización y humanización, adaptación al caso colectivo y hasta al personal. La concepción, por ejemplo, de una ciencia económica universal y absoluta no resulta sólo refutada por los hechos, que revelan en ella la concepción propia de un período histórico y en las concepciones económicas en general una sucesión histórica; resulta asimismo en conexión con su fracaso por falta de una moral, pues una ciencia tal, universal y absoluta, no puede menos de ser una convención abstracta o abstraída de la concreción humana, con todas sus morales posibles, o una ciencia amoral. La idea de que las cosas *humanas* puedan acabar siendo simbolizadas por una letra del alfabeto con eficacia alguna, es una idea sencillamente grotesca, digna sólo de un luliano rezagado u otro ente cómico por el estilo. Las ciencias humanas acabarán en sendas Historias construídas con una teoría de la que el inicio—pero nada más que inicio— mejor hasta ahora, a mi parecer, es la de la Sociología del saber. Historias universales con el objeto de la ciencia respectiva simplemente en primer término. La filosofía misma acabará en una análoga Historia teórico-sociológica y antropológico-metafísica de sí propia en el primer término de lo humano todo. Por acabar en esto, las ciencias humanas no serán menos eficaces, sino tanto más. Sin duda no harán posible predeterminar a plazo fijo la acción humana, pero esta imposibilidad es la garantía que se vió, de la libertad contra el afán de dominación. Su esfuerzo y su eficacia serán, pues, *sui géneris*. Animado por un afecto y una fe o esperanza, ejemplo, consejo, que operará en alguna hora. Modelo en esto incluso del sociólogo puede ser incluso el místico, que se esfuerza por comunicar sus experiencias a sus prójimos, con expresiones comprensibles a ellos, en un afán caritativo de edificación de ellos—que tantas veces les ha "tocado" efectivamente. Un lenguaje, una retórica, una poética de edificación. Y en vez de dejar el nombre de ciencia, y la dignidad que es tradicional adscribirle, a las ciencias naturales, deben reivindicársele para sí, como con más derecho a él, estas ciencias humanas. La comprensión humana de lo humano merece más el nombre de ciencia que el conocimiento de la naturaleza; la acción humana sobre lo humano, más el de saber, saber hacer algo, que la técnica de la materia. *Sophía* era, originariamente, la del que sabía hacer, pero éste era el artesano, el artista. La de unos artistas de la legislación y la política, era la de los siete sabios. Se puede seguir hablando de técnica, pero en su sentido originario de arte. De estas *technai* las supremas eran las *epistemai*; de las *epistemai* la suma, la *sophía* por excelencia. Pero hay que negarse, rotundamente, al afán de degradar toda *techné* en una *mechané*.

Mas todo ello aprendiendo la lección de nuestro tiempo definitivamente: la lección de la limitación, de la finitud de lo humano todo, porque es la del hombre mismo; que es la de la paradójica provisionalidad definitiva de todo lo humano, porque es la de la transitoriedad, la temporalidad, del mismo hombre. La verdad más probable en la circunstancia urgente, inaplazable, es verdad absoluta en circunstancia tal —es enseñanza de la tercera parte del *Discurso del Método*— y circunstancia tal, simplemente máxima, es la vida entera del hombre —es la enseñanza con que hay que completar hoy la cartesiana. Las ciencias humanas necesitan particularmente de estas enseñanzas, para su tranquilidad de conciencia y reconstrucción satisfecha de sí. ¡La verdad absoluta, por ejemplo, en poder del hombre, en poder de un dictador! La verdad absoluta requiere, para no ser el instrumento específico de lo satánico, en su poseedor la moralidad absoluta. Por ello sin duda nos ha hecho a los hombres el beneficio sumo de reservársela para sí Dios.

Vale et me ama.

GAOS.

CONTESTACION DE JOSE MEDINA ECHAVARRIA

ENTRETENERSE en escribir en estos días sobre cuestiones metodológicas puede parecer con razón una tarea marcadamente bizantina; por eso para mí la aportación inapreciable de tus comentarios ha consistido en absolverme públicamente de ese pecado, pues penetrando a través de la superficie de mi libro has señalado lúcidamente los verdaderos motivos de su redacción. No siempre pueden enfrentarse directamente los interrogantes de una situación problemática, pero para uno mismo y para quien observe con atención siguen orientando las excusiones al parecer más extraviadas. El problema de la substantividad de la Sociología como aparente preocupación de primer plano es, en efecto, derivado y secundario; puede relegarse por tanto a la penumbra como cuestión académica o disputa de profesionales. Queda en pie con importancia para todos el de la significación y alcance de la ciencia social en general, traducido, a la postre, en el más amplio y fundante del valor de la ciencia para la vida humana. Que esto y no otra cosa es lo que encierra nuestra *situación* lo has indicado acertadamente. En esencia se trata de lo siguiente: el estado, ya intolerable a que ha llegado nuestra civilización ¿es susceptible de una cura racional o hay que abandonarse sin esperanza al propio juego-

de las fuerzas ciegas? Con fe aun en la primera alternativa quise destacar el valor de las ciencias sociales, en cuanto ciencias, como uno de los elementos fundamentales de esa posibilidad. Que no rechazas la vida racional lo declaras explícitamente; pero protestas de una asimilación excesiva entre razón y ciencia siempre que ésta pretenda valer como ciencia natural o equipararse con ella. Las ciencias sociales serían en todo caso miembros del círculo más amplio de unas ciencias humanas, irreducibles a la racionalidad de las naturales. Así planteada, la cuestión reanuda una *methodenstreit* que parece superada, cosa que por lo visto no he conseguido exponer con claridad aunque tal fué mi intención. Pero que además, temo no conduzca, en definitiva, sino a reforzar las posiciones irracionalistas. La interpretación aceptable del lema de la unificación de la ciencia no permite plantear aquella disputa metodológica en los términos en que se hizo hace cincuenta años. Unificación no significa asimilación sino incorporación de todo pensamiento que quiera ser científico a un mismo esquema constructivo. En este sentido, las ciencias naturales no tienen otro valor que el de haber desprendido antes que otras lo que consideramos hoy como método científico en general. Este y la actitud subjetiva del investigador, cualesquiera que sean los datos a que se apliquen, es lo que nos permite decir si una situación problemática ha sido tratada o no de un modo científico. Las calificaciones son así simples distinciones para uso de especialistas. Esto admitido, nadie puede disputar, sin embargo el hecho de que existan diferencias de grado muy importantes en la exactitud de los resultados obtenidos. El viejo naturalismo en las ciencias sociales no consistía en otra cosa sino en pretender grados de precisión probablemente inalcanzables. Y cabalmente esto, aparte de razones generales que afectan a toda la ciencia, desvanece el peligro de que las ciencias aparezcan como la forma más intolerable de dominación sobre lo humano que sea posible imaginar. El problema de una vida automática te estremece con razón; afortunadamente es imposible por muy científico que llegue a ser nuestro conocimiento. Mas entre una vida automática y una vida caótica se encuentra la gama de las situaciones intermedias que la ciencia puede y debe proporcionar.

Se propende hoy a atribuir a nuestra conciencia histórica aquello que llamas la lección de nuestro tiempo: la limitación, la finitud, y la relatividad de lo humano todo. Empero, nada más injusto que olvidar que ello es también en buena parte producto del saber de la ciencia; pues acabado el fetichismo científico del XIX, no da la ciencia actual pie alguno para mantener pretensiones de conocimiento

absoluto. Estas quedan de otras herencias y vuelven ahora por otros caminos. La ciencia ha sido la primera en convertirse a la razón histórica; pero salva su relatividad en la prueba de la experiencia. Y mientras esta prueba exista es lo que la hace eficazmente *comunicable*. Otra forma de *razón histórica* que no sea a su vez *razón experimental* será siempre más o menos inefable y, a pesar de todas las protestas en contrario, forma en realidad de irracionalismo. El problema del historicismo consiste en que una vez dentro de él, arrastrados en la fluencia continua, ya no es posible encontrar un punto de reposo: ¿verdad del día? ¿de la hora? ¿del minuto? ¿del segundo?. La circunstancialidad tiene pues que encontrar sus soportes en las verdades *relativas* de la inteligencia experimental; la historicidad de lo humano es al mismo tiempo un proceso de continuidad.

Puesto que la ciencia implica una cierta capacidad de predicción —fórmula más atenuada y exacta que la del viejo determinismo— si las sociales alcanzan algún día ese punto de madurez, en tal momento quedará desvanecida toda posibilidad de acción espontánea en la vida humana. Es decir, habremos terminado con la libertad. He aquí un peligro que me parece inexistente. Es cierto que la ciencia es una anticipación de los resultados posibles de nuestras acciones, una anticipación de lo futuro que trae por consecuencia la reducción progresiva del círculo de nuestras expectativas. Pero por lo mismo, dentro de ese círculo queda acrecida tanto la potencialidad de lo humano como su seguridad. La limitación de lo posible no significa por eso disminución de la libertad auténtica; las mayores, infinitas, probabilidades ofrecidas a la acción del ignorante no implican que éste disfrute de una libertad superior a la del sabio constreñido a una elección más limitada; su decisión, al contrario, es tanto más libre cuanto más capaz sea de anticipar sus resultados. En ese proceso de reducción de nuestras expectativas, aunque tenga carácter provisional, las ciencias naturales llevan una gran distancia a las llamadas sociales, pero no parece que pueda sostenerse en serio que de ellas deriven mayores limitaciones a nuestra libertad que las padecidas por causas marcadamente extracientíficas: rutina, tradición, superstición, e instintos de poderío. Nada de lo que ahora atenaza nuestra libertad tiene orígenes racionales; en todo caso, alguna de las técnicas de anticipación racional que actúan hoy en detrimento de nuestra vida —la propaganda por ejemplo— toman tal carácter por ser instrumentos puestos al servicio de fuerzas irracionales. Por tanto, aun suponiendo —cosa al parecer fundadamente improbable— que la ciencia social alcance algún día la capacidad de predicción de que disponen las naturales, no por eso se convertirá el hombre en el sujeto mecánico que a todos nos repug-

na. Su mayor avance en aquella dirección no habrá de significar sino que quedará más reducido el círculo de nuestras alternativas, de las expectativas encerradas en una situación y de lo hacedero en ella; mas precisamente por eso, será más auténticamente libre el acto de decisión. Nuestras decisiones sociales tienen en su mayor parte el carácter de decisiones infantiles porque como en las decisiones del niño es cortísima su capacidad de anticipación. No creo que pueda mantenerse como ideal de la libertad del hombre civilizado la ilimitación irracional de su manifestación en el niño o en el primitivo. No nos asustemos, pues, de las pretensiones de la ciencia social, que Dios posiblemente no es con ellas con lo que nos castiga. Lo mínimo que se les puede exigir —y en parte van acercándose a ese límite— es que nos muestren *aquello con que necesariamente hay que contar* y las consecuencias, en cada caso, de las alternativas posibles dentro de esos límites. El fracaso de las ciencias sociales —la necesidad de su reconstrucción— no ha dependido de su carácter científico, sino al contrario, de su carencia de él. Diversas incitaciones las llevaron a abandonar su tarea, a engañarse quizá con falsos "*afanes puros de ver y saber*", olvidándose así de su esencial carácter instrumental y anti-piatorio.

La ciencia, en este sentido, no necesita de nuevas misiones porque ella es en sí misma misión: de racionalidad, seguridad y libertad; misión, moralmente hablando, de tolerancia y mesura. Las sociales, por tanto, no tienen su reconstrucción en dejar de serlo sino en acrecentar ese su carácter con mayor rigor.

Pero además, la ciencia es también en sí misma, ejemplo de auténtica comunión en la medida en que es tarea colectiva y cooperativa. Es *foro* abierto en donde todos pueden dejar oír su palabra por modesta que sea, y en donde lo decisivo no es la gran personalidad sino la confirmación y la prueba. Sólo hay comunidad donde existe algo comunicable, el problema está en si esa comunicación va a producirse estimulando el desarrollo de la inteligencia y la participación de todos o si va a ser de tipo místico y emocional. En el régimen de masas, que querámoslo o no, representa el estado actual de nuestra civilización no caben posturas recoletas y aisladas de minorías selectas. O esas masas se incorporan a los valores ganados por la civilización o ésta perece. Y para eso sólo son posibles dos caminos: o el del *conventículo* que tú propugnas, o el de la revolución abierta del *foro científico*. Y no deja de ser significativo que vuelva a surgir en estos momentos la idea del conventículo, cuando el foro de la ciencia se muestra ya silenciado en más de un lugar de la tierra. Pues bien, cuando el procedimiento del conventículo no es cosa de fuerza mayor —y entonces

pocas probabilidades quedan de hecho para la trascendencia colectiva del espíritu—me parece, con toda franqueza, en extremo peligroso. El faro abierto de la ciencia es medio poco propicio para la demagogia y el influjo emocional; el conventículo es por el contrario campo estimulante: pedagogos, mystagogos y demagogos son en él difícilmente diferenciables. La ciencia exige un simbolismo más o menos preciso apuntando un referente de hechos que todos con mayor o menor esfuerzo, pueden experimentar; yo no sostengo que las ciencias sociales tengan que construir—como algunos propugnan—un simbolismo idéntico al de las ciencias naturales, pero sí que sea análogo en su intención; sus conceptos deben tender a la precisión y a que nunca quede perdido en su manejo el referente concreto de experiencia a que aluden. Miremos serenamente en torno ¿dónde encontramos hoy *un lenguaje, una retórica, una poética de edificación*? ¿Con qué derecho podemos quejarnos de los efectos de tal uso si postulamos que ese es el instrumento de la nueva ciencia del hombre? ¡Cuidado! Por muy *terre à terre* y positivista que esto parezca, prefiero el magisterio de los hechos al magisterio de las personalidades vigorosas. ¿Dónde está en este caso el auténtico afán de dominación? Manten-gamos pues, mientras sea posible el foro libre de la ciencia, y resignémonos tan sólo con el conventículo como un paso ya previo a la defensa de la última libertad: "*la del sabio estoico en el martirio*".

Ahora bien, la revitalización de la actitud científica—más que de los contenidos de la ciencia en un momento determinado—como la única actitud racional e inteligente no implica el retorno a viejos pecados. Lo racional no tiene imperio absoluto en la vida humana, pero aunque de ahora en adelante tengamos que contar con las fuerzas irracionales y las fuerzas emocionales del hombre, no ahogándolas y reprimiéndolas como en el viejo racionalismo, la inteligencia tiene que mantener su derecho a ser la válvula de su regulación.

Tampoco, por tanto, puede sostener la ciencia pretensiones totalitarias. Aquellos y otros límites los reconoce de buen grado y otras actividades exigen paso. Se habla de la necesidad de una nueva fe, de nuevas creencias. Estoy de acuerdo. Y creo que la filosofía respondiendo a lo que ha sido en sus épocas clásicas tiene hoy en esto su verdadera tarea. La filosofía es visión, iluminación, reconstrucción total. Pero dudo mucho que recupere ese papel, si en lo futuro se vuelve de espaldas a lo que la ciencia representa ya definitivamente para la vida humana y la política como destino colectivo.

México, 8 de febrero de 1942.

José MEDINA ECHAVARRIA.

UNA AVENTURA EN LA "METAHISTORIA"

EL LLAMADO Mundo Moderno surge —como toda nueva época— de una crisis, de una *decepción*. El hombre que inicia este mundo es un decepcionado. Es un hombre que se ha encontrado con un mundo en el cual no encaja. Lo que le era entrañable se le ha convertido en extraño, lo claro en oscuro, la luz en tinieblas. De aquí que este hombre se haya propuesto hacer claridad donde sólo encontraba tinieblas; buscar "*ideas claras y distintas*". Claridad es orden y distinción. Ordenar y distinguir son las tareas que se propone el hombre moderno.

Ahora bien. En este afán de hacer luz se tropezaba el hombre moderno con algo que se oponía a todo orden y definición; este algo era la Historia. El desorden y la oscuridad con los cuales tropezaba tenían su origen en la Historia. La Historia era vista como *perdición*. Todos los hombres eran iguales por su origen; pero distintos por los caminos que tomaban. Ahora bien, los caminos eran distintos, porque distintos habían sido sus maestros, sus libros, sus viajes, en una palabra: su Historia. Descartes, expresión de esta época, nos dice: "*no existe tanta perfección en las obras compuestas de varias piezas y hechas por mano de diversos maestros, que en aquellas en que ha trabajado uno solo*". "... todos nosotros hemos sido niños antes de ser hombres, y que nos ha precisado largo tiempo estar gobernados por nuestros apetitos y nuestros preceptores, que a menudo eran contrarios los unos a los otros y que, ni unos ni otros, nos aconsejaban quizá siempre lo mejor, es casi imposible que nuestros juicios sean tan puros y sólidos como lo hubiesen sido si hubiésemos poseído el uso completo de nuestra razón desde el día de nuestro nacimiento, y que jamás hubiésemos sido guiados más que por ella". El mal estaba en el pasado, en lo recibido por el hombre. Si el hombre se hubiese hecho a sí mismo desde un principio, de acuerdo con su razón, el resultado sería la claridad y con ella la seguridad. No habría más que un camino, el único camino seguro, el que señalase, iluminase, la razón.

El hombre estaba perdido, falto de un apoyo sólido, a causa de la Historia. La Historia se presentaba como contradictoria, oscura, sin plan. El hombre moderno necesitaba para su seguridad que su vida fuese hecha de acuerdo con un plan, este plan se lo suministraba la

razón. La razón daba el orden, todo lo que no entrase en este plan, en este orden, debía ser eliminado. Ahora bien, lo primero que tenía que ser eliminado era la Historia. Descartes nos dice: "...por lo que toca a las opiniones, a que basta entonces habia dado mi crédito, no podía yo hacer nada mejor que emprender de una vez la labor de suprimirlas, para sustituirlas luego por otras mejores o por las mismas cuando las hubiese ajustado al nivel de la razón. Y tuve firmemente por cierto que, por este medio, conseguiría dirigir mi vida mucho mejor que si me contentase con edificar sobre cimientos viejos y me apoyase solamente en los principios que habia aprendido siendo joven..."

Sin embargo, este propósito resultaba de imposible cumplimiento. En vano se quería eliminar la Historia, ésta siempre aparecía en cuanto se trataba de apresar la esencia de lo humano, la naturaleza humana. La pretensión de hacer una Etica o una Política *mode géométrico* tropezaba continuamente con la Historia. El Derecho Natural que buscaba su apoyo en la esencia de lo humano, tenía que recurrir continuamente a las costumbres, a los hechos, del hombre en su historia. Los filósofos trataban inútilmente de captar la naturaleza humana por medio de una metafísica sin contar con la Historia.

Frente a esta pretensión surge Juan Bautista Vico.¹ Vico se alza contra la pretensión de los filósofos de alcanzar la ciencia de la naturaleza, pues esta ciencia sólo pertenece a Dios, puesto que es éste el autor de ella. Al alcance del hombre sólo puede estar lo que sea obra de éste, y obra de éste es la *Ciencia de las Naciones*. Sin embargo, a pesar de que esta Ciencia estaba a su alcance, había sido descuidada. Vico es el primero en proponer se haga una Ciencia de la Historia: la sistematización, el ordenamiento, de los hechos históricos conforme a un plan. "Y todas estas CIENCIAS—dice Vico—, todas las DISCIPLINAS y las ARTES enderezadas vinieron a perfeccionar y regular las dificultades del Hombre; pero no la hay que medite sobre CIERTOS PRINCIPIOS DE LA HUMANIDAD DE LAS NACIONES, de la que sin duda manaron todas las CIENCIAS, todas las DISCIPLINAS y las ARTES..." Esta NUEVA CIENCIA, la que medite sobre los principios de las Naciones, es la que se propone buscar el pensador italiano. Vico se aventura en un mundo hasta ese momento desconocido, para plantar en él la bandera de la razón. Esta aventura en un mundo hasta entonces desconocido, es la que va a dar origen a las grandes expediciones por el mundo de la Historia, que alcanzan su culminación en

¹ GIAMBATISTA VICO: *Ciencia Nueva*. México. El Colegio de México. 1941.

Hegel. Richard Peters, nos ofrece una hermosa imagen de esta aventura cuando dice: "*Vico es comparable, en la historia del pensamiento sobre la Historia, a aquel descubridor, que partió en busca de una ruta marítima más cómoda para la India y, sin quererlo descubrió América*".

En esta aventura examina Vico las rutas y naves para hacer la travesía. Hace un examen de dos de los instrumentos utilizados para alcanzar lo que pueden ser los principios de la Humanidad de las Naciones: la Filosofía y la Filología. Pero ambos se muestran insuficientes. La filosofía estudia la naturaleza humana, pero nada sabe de sus orígenes. La filología conoce los hechos del hombre, pero tampoco sabe nada de los orígenes de estos hechos. Vico quiere una Ciencia en la cual los hechos se ordenen conforme a una ley, conforme a una razón; quiere encontrar los principios conforme a los cuales se ordene la Historia. Estos principios no se encuentran ni en la filosofía como metafísica pura, ni en la filología como simple descripción de hechos, es decir, en la historiografía. Es menester encontrar una Ciencia que dé sentido a los hechos históricos. En busca de esta CIENCIA NUEVA parte a la manera del hombre moderno, quemando sus naves; es decir, negando todo lo hecho, todo lo dado. "*Y así nosotros al meditar los principios de esta Ciencia debemos reducirnos por consiguiente a un estado de suma ignorancia de toda erudición humana y divina, como si PARA EL CUIDADO DE BUSCA NO HUBIERAN EXISTIDO JAMÁS PARA NOSOTROS FILÓSOFOS NI FILÓLOGOS*".

El punto de partida de esta CIENCIA NUEVA se semeja al punto de partida cartesiano. Descartes una vez puesto en *entredicho* todo lo que le era dado, se queda con un Yo pensante. Vico hace algo semejante por lo que se refiere a la Historia, y con lo que se queda, es con el autor de la Historia, al igual que Descartes que se queda con el autor del pensamiento. Vico dice así: "*Porque todas aquellas dudas, añadidas y juntas, no pueden en modo alguno poner en duda esta ÚNICA VERDAD, que debe ser la PRIMERA DE UNA CIENCIA DE TAL ESTILO; pues en tan larga y espesa noche de tinieblas, sólo una luz se vislumbra y es que el MUNDO DE LAS NACIONES GENTILES FUÉ CIERTAMENTE HECHO POR LOS HOMBRES, por lo cual ante tan inmenso océano de dudas aparece sólo esta tierra pequeñita, en que se puede detener el pie*". Descartes saca de sus dudas el supuesto de todo el Idealismo; Vico saca a su vez el supuesto para toda Teoría de la Historia. El método aplicable en esta su CIENCIA NUEVA será un método semejante el iniciado por Descartes; pero aplicado a lo humano en vez de ser aplicado a la Naturaleza. Para Vico la pretensión de conocer la

Naturaleza por tal método es una soberbia, la Naturaleza no es obra humana; el método debe aplicarse a lo hecho por el hombre, a la Historia. Vico propone contra Descartes una Ciencia de la Historia en vez de una Ciencia de la Naturaleza. Una Metahistoria en vez de una Metafísica.

Así, como el físico establece una hipótesis partiendo de unos cuantos hechos, la que a su vez tendrá que ser justificada por *todos* los hechos; en la misma forma parte Vico de un grupo de hechos históricos con los cuales establece una especie de hipótesis histórica, un plan conforme al cual se mueve la Historia; plan que a su vez ha de ser justificado por *todos* los hechos históricos. La primera redacción de la CIENCIA NUEVA que es la que aquí se comenta, da mejor idea del método aplicado. Pues a diferencia de lo que parece ser la redacción definitiva—en la cual la sistematización es más completa—, en esta primera redacción se puede observar al pensador en plena actividad sistematizadora. Colocando la multitud abrumadora de hechos históricos en el lugar que les corresponde conforme al plan ideal de una Historia Universal. Así como en la Física los fenómenos se explican en la relación *causa-efecto*; en la Ciencia viquiana, la *causa* se encuentra en este plano ideal de la Historia, en lo que Vico llama FILOSOFÍA DE LA HUMANIDAD; y el *efecto* se encuentra a su vez en los hechos históricos, en *todos* los hechos, en lo que llama HISTORIA UNIVERSAL DE LAS NACIONES. En esta forma quedan combinadas las Ciencias rechazadas en principio: la filosofía y la filología. La filosofía da sentido a la filología; la metafísica a la historiografía. La filosofía deja de ser meta-física y se convierte en meta-historia.

Vico ve en la Historia una *caída*. El hombre en su afán de eternizarse se escapa de la Divinidad y cae en la injusticia. La Historia es un elevarse de lo caído hacia la Divinidad perdida, hacia la Justicia. Sin embargo, la Justicia no se pierde, como no se pierde a Dios, porque no hay hombres ni pueblos ateos; y no los puede haber porque todos tienen afán de eternizarse, de salvarse, y esta salvación sólo se alcanza en Dios. Lo que sucede es que el hombre no capta la plena justicia ni la Divinidad sino por grados. Estos grados o etapas forman la Historia. En la etapa llamada de los Dioses, Dios es sentido como el más fuerte, su justicia como fuerza. En la etapa de los Héroes, la justicia la impone el más fuerte. Y en la etapa llamada Humana, la justicia es sentida como razón. No hay más justicia que la de la razón, la fuerza y con ella los héroes pierden su sentido. En esta etapa todos los hombres quedan nivelados dando origen a la plena realización de la Humanidad. Dios es también alcanzado por grados

Históricos. El hombre parte de un Dios personal —de un Dios creador como el bíblico—; pasando de aquí a un Dios familiar, a un Dios nacional, a un Dios de las Naciones, y a un Dios Universal. Se parte de un Dios antropomorfo y se culmina en un Dios metafísico.

Es en esta forma como Vico inicia una nueva etapa en la historia de la filosofía. En esta aventura descubre una nueva tierra en la cual la filosofía no había caído, quedando a partir de este momento como uno de los temas fundamentales de la filosofía, el de la Historia.

Leopoldo ZEA

Presencia del Pasado

LA CIUDAD DE QUETZALCOATL

EXPLORACIONES ARQUEOLOGICAS EN TULA, HGO.

Por *Jorge R. ACOSTA*

Instituto Nacional de Antropología
e Historia.

A PARECE en la ventana de la historia uno de los personajes más apasionantes y sugestivos de otros tiempos. Un hombre cuya personalidad trasciende hasta nosotros envuelta en el misterio y la leyenda: QUETZALCOATL, *Ce Acatl Topiltzin*, Señor de los vientos y lucero de la tarde.

¿Hasta qué punto influyó en la vida y mentalidad de los pueblos precortesianos éste que hoy se nos antoja un visionario? No es posible precisarlo, pero su ascendiente fué sin duda grande, muy grande.

En la HISTORIA GENERAL DE LA NUEVA ESPAÑA de Fray Bernardino de Sahagún, lo encontramos situado en un escenario magnífico: Tula, donde había construido para su uso personal palacios maravillosos, hechos unos de jade puro, otros de plata, otros de esmeraldas, sin faltar, por supuesto, las casas de plumas preciosas de aves raras y las edificadas de concha sonrosada y blanca.

Como si esto fuera poco, nos encontramos con que la tierra en donde se erigían tales construcciones producía mazorcas de maíz tan grandes que para bajarlas de la caña había que subir a ésta como a un árbol; y para transportar una sola mazorca teníanla que llevar abrazada. Las pequeñas mazorcas sólo se empleaban como leña para calentar los baños; no valían para otra cosa.

Sus vasallos eran todos ellos grandes artífices: los toltecas, que para los aztecas significaban, los maestros de los artífices. Eran hábiles y diestros en tallar el jade y trabajar la pluma, en esculpir la piedra y en pintar los libros.

Disponía de correos más eficaces que los actuales, pues ligeros de piernas, iban por donde quiera, rápidamente, a muchas leguas de distancia.

Tenía un CU (pirámide) donde le adoraban "*muy alto con muchas gradas y muy angostas que no cabía un pie*"; en la parte superior del templo su estatua descansaba cubierta de finas mantas.

Era QUETZALCOATL persona religiosa, casta y sapientísima. Para bien de su alma, gustaba de atormentar la carne con dolorosas flagelaciones y penitencias entre las que podemos mencionar la saludable costumbre de bañarse a media noche, costumbre que adoptaron más tarde los sacerdotes mexicanos (los precortesianos).

En medio de tanto lujo vivía QUETZALCOATL. Pero llegó un día en que todo aquel aparato se vino abajo. Sus enemigos políticos empezaron una campaña para desprestigiarlo, a él y a su culto, y terminaron por provocar guerras internas y con otras gentes extrañas, envenenando la vida de la paradisíaca Tula. Los trastornos políticos se suceden y QUETZALCOATL, abrumado, emigra, mas no sin antes quemar todos sus palacios hechos de jade, plata, turquesa y plumas, y *enterrar sus riquezas "dentro de las sierras o barrancos de los ríos"*.

Convirtió los árboles de cacao policromo en *mezquites* (arbustos pobres) y ordenó a los pájaros preciosos que remontaran el vuelo y se alejaran. El se fué con algunos de sus discípulos y al pasar por la sierra nevada y el volcán, de frío se murieron sus pajes.

Llegó por fin a la costa del golfo, mandó hacer una balsa de culebras, y se embarcó en ella, perdiéndose para siempre.

Desde luego la leyenda de QUETZALCOATL y de Tula no puede ser más atrayente para el historiador y sobre todo para el arqueólogo que trate de identificar el lugar mismo que ocupó Tula y buscar los restos de los palacios quemados y las riquezas enterradas. Toda leyenda siempre está basada sobre algunos acontecimientos reales, y seguramente la de QUETZALCOATL no es una excepción a la regla. Por eso era muy importante llevar a cabo una investigación arqueológica en Tula, Hgo.

La Arqueología, tan recientemente incorporada a la cultura de México, ha estado en manos de gente, que por lo general se contentaba con meras especulaciones de gabinete, sin tomarse la molestia de verificar sus aserciones por medio de los trabajos en el campo. Huelga recordar, que la Arqueología, se basa fundamentalmente en esta clase de trabajos.

La romántica Arqueología de gabinete, va desapareciendo en nuestros días; sin embargo quedan todavía de ella por ahí alguno que otro rezagado exponente.

Sobre Tula, se ha escrito mucho y malo, la mayor parte basado en especulaciones históricas. Ya desde la época en que el Dr. Gamio exploraba las ruinas de San Juan Teotihuacán, se pensó, ante la magnificencia de los edificios, que la Tula de que nos hablan los historiadores y cronistas, no era otra que Teotihuacán. La confusión terminológica llegó a tal grado que en los libros de texto con que se enseña historia en las escuelas, y hasta en algunos libros de ilustres arqueólogos, aparece el nombre de *Cultura Tolteca o Teotihuacana*. No en vano se llamaba *tolteca* a todo aquello que se les antojaba.

La falta de datos ciertos y el poco interés de los estudiosos que se conformaban con los conocimientos que les venían por tradición, hizo, que el problema de la identidad de Tula subsistiera íntegro hasta hace un par de años.

Si bien es cierto, en descargo de los que sostenían una tesis errónea acerca de la identidad de Tula, que se trata, en su mayor parte de autodidactas y especialistas dentro de su especialidad; y que en su noble afán de desenterrar el pasado, se veían limitados a los conocimientos y métodos de una arqueología incipiente, que tenía mucho de aventura y de leyenda, mucho romanticismo... Mas también es cierto que en su actitud conservadora construyeron una red de prejuicios que ha entorpecido el hallazgo de la verdad.

Uno de los principales métodos en arqueología para la identificación de una cultura, es la comparación. Por medio de estudios comparativos: cerámica, arquitectura, escultura, etc. se puede llegar al conocimiento pleno de un complejo cultural.

Para resolver nuestro problema acerca de la identidad de Tula, —la histórica—, tenemos, que echar mano, en primer lugar, de los elementos conocidos hasta el presente, como son los caracteres y detalles arquitectónicos y escultóricos, que aparecen en las ruinas de Chichén Itzá en Yucatán. Ya que tanto los autores que han estudiado estas ruinas, como diversas fuentes históricas del siglo xvi, coinciden, en que se trata de elementos Toltecas llegados a Yucatán en la última etapa de Chichén.

Por eliminación se reconocen los rasgos culturales que podemos llamar Toltecas, como son determinada disposición de los tableros, según se ve en el templo de los Guerreros; el uso del *Chac-Mool*, de los *Atlantes*, de columnas de serpientes emplumadas, de representaciones de Quetzalcoatl barbado, de pilares esculpidos con figuras de guerreros. Rasgo tolteca parece ser también la magnificencia con que está concebido el trazado general de la ciudad y el de algunos edificios en particular.

Planteado así el problema, se hace preciso buscar entre las ruinas del centro de la república aquella o aquellas en que estos elementos aparezcan con carácter primordial.

Se ha discutido demasiado si esos rasgos culturales, son fundamentalmente los que distinguen a la cultura de Teotihuacán. No es este el lugar para someter de nuevo a discusión las razones que en pro de esta tesis se han aducido; en primer término porque sus antiguos defensores ya no lo son, habiéndose retractado de sus dichos.

Anticiparemos, en cambio, que todos los elementos mencionados sin faltar uno, incluso en lo que concierne a los más nimios detalles arquitectónicos, aparecen en Tula, Hgo. como rasgos fundamentales de la cultura que encontramos en pleno desarrollo y destrucción.

Es interesante notar que el complejo cultural Teotihuacano no presenta estos rasgos culturales en su generalidad y mucho menos, por lo tanto, con la regular precisión con que se destacan en Tula, Hgo. Tiene ello su razón de ser; cuando la cultura Teotihuacana terminaba el último de sus períodos vitales, la Tolteca apenas florecía.

Algunos arqueólogos y etnólogos creían poder identificar los rasgos culturales toltecas de Chichén con los de San Juan Teotihuacán. Establecieron, al efecto, una serie

de nexos entre ambas localidades, basándose sobre todo, como hemos dicho, en la magnificencia que presentaba la gran metrópoli teotihuacana y la aparente pobreza de los edificios de Tula, Hgo.

No cabe duda de que la enorme mole de la pirámide del sol, debió despertar en ellos un gran interés, en tanto que "*villorrios de tercera categoría*", como Tula, Hgo., merecieron, desde luego, su desprecio. No se les ocurrió, que por debajo de los edificios destruidos podían hacerse extraordinarios hallazgos artísticos, como los que hemos hecho, en efecto, durante esta última temporada de exploraciones.

En cuanto a la cerámica, aun encontramos mayor anarquía que en lo referente al tema que acabamos de tratar. Excepción hecha de tres o cuatro investigadores serios que han estudiado la cerámica Tolteca y que la habían rotulado con los nombres locales donde realizaron sus estudios, todos los demás tenían por cierto que cuanta cerámica se encontraba en el valle de México, en el Norte y Sur de la República Mexicana pertenecía al Complejo Tolteca.

Veamos ahora, cual ha sido la historia de nuestro problema.

En el siglo pasado, Charnay, en uno de sus múltiples viajes y dentro de lo que él llamaba Arqueología, hizo las primeras exploraciones (!) arqueológicas en las ruinas del Tesoro de Tula, Hgo., consignando al efecto sus datos, según el estilo de su época, en uno de los libros que escribió. Posteriormente uno o dos generales han ido a saquear las ruinas.

Por otra parte, en el seno de la Sociedad Mexicana de Antropología, existían dos tendencias irreconciliables: la una, tradicional y conservadora, que defendía la identidad de Tula y Teotihuacán, y la otra, revolucionaria, que sostuvo la identidad de Tula con la Tula del Estado de Hidalgo.

Si analizamos, sin apasionamiento, ambas posiciones, así como los argumentos de cada una de ellas, encontramos que los datos que asistían a los conservadores eran menos precisos y delataban menor acuciosidad investigadora que

los del otro bando. Un ilustre mexicano de gran erudición y no menor visión trató el problema con mucha más verdad y lógica que sus oponentes. A indicaciones de su experiencia se debe una de las bases sobre la que se formó la Sociedad Mexicana de Antropología: la investigación *in situ* de los problemas dudosos de nuestra Prehistoria y, como primer punto, la cuestión de Tula.

Así se hizo a mediados del año de 1940. Después de varios aplazamientos debidos principalmente a la falta de fondos, se efectuó la primera temporada de exploraciones en Tula, Hgo., a cargo del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Debo confesar que los resultados obtenidos, aunque de gran importancia, no estuvieron a la altura de lo que se esperaba. Se exploró el *Tlachtli*, edificio destinado al sagrado Juego de la Pelota. Desgraciadamente la estructura está tan destruída que apenas quedan unas cuantas piedras originales en posición. Parece que durante la época prehispánica, quizá durante la estancia de los Aztecas en el lugar, el edificio fué intencionalmente destruído y sus piedras de revestimiento llevadas a otra parte para levantar nuevas estructuras.

Felizmente se pudieron encontrar algunos datos arquitectónicos de importancia que demuestran que el *Tlachtli* es de grandes dimensiones y de una forma distinta a los ya conocidos. Parece ser un tipo de transición entre los de Oaxaca que se caracterizan por tener grandes taludes laterales y los que pertenecen a los últimos períodos de Yucatán que poseen paredes verticales en vez de taludes. Con esto podemos afirmar que hasta ahora existen tres diferentes tipos de edificios destinados al juego de la pelota. No sabemos todavía si son variaciones contemporáneas, características de ciertas regiones, o si son el resultado de una evolución representando entonces varias etapas de tiempo.

En el mismo juego de pelota se encontró un portaestandarte que representa un Tigre de exagerada musculatura con las patas delanteras extendidas; lleva puesto un collar en forma de cordón trenzado que termina sobre el pecho con un gran moño de mariposa.

El resultado más importante de esta primera temporada de exploraciones fueron las conclusiones a que dió lugar

la cerámica encontrada en los pozos estratigráficos. Puede, por fin, precisarse cuál es la cerámica perteneciente a la cultura Tolteca, materia envuelta hasta ahora en grandes errores por basarse tan sólo en investigaciones de *gabinete*. Ahora podemos afirmar categóricamente que lo que se había llamado Mazapa, Coyotlatelco, Matlatzinca y Tula, Hgo., forman el verdadero complejo cultural Tolteca y no el grupo de Teotihuacán, Papantla, y Xochicalco. Ya con esto hemos dado un gran paso adelante en la reconstrucción de nuestro pasado.

En la segunda temporada de exploraciones, efectuadas a fines del año 1941 se contó con muchos más elementos de trabajo y así se pudieron ampliar las investigaciones, trabajando en dos zonas distintas; la del Tesoro, que es la más grande e importante y la del Cielito, que queda a unos 9 kilómetros al sureste de la primera.

El Sr. Hugo Moedano, Arqueólogo del Instituto Nacional de Antropología e Historia, tuvo a su cargo la exploración en el Cielito donde encontró un extenso palacio azteca, compuesto de más de 15 cuartos de los cuales trece se encuentran en buen estado de conservación, en lo que toca a los pisos y arranques de los muros. Un estudio de los detalles arquitectónicos encontrados en este palacio nos hizo llegar a la conclusión de que aunque la estructura es azteca, con un largo periodo de habitación indígena pura, fué reformada en parte durante la época de la conquista. Dichas reformas se caracterizan principalmente por la construcción de una chimenea en uno de los cuartos, cosa que no acostumbraban los indígenas. Detalles hispánicos son también el hallazgo de piedras formando un arco y dos círculos dibujados con compás sobre el aplanado de uno de los muros. No es improbable que este palacio perteneciera a Pedro Moctezuma hijo del infortunado emperador azteca.

En la zona del Tesoro se siguió la exploración del Juego de Pelota descubierto el año anterior, encontrándose además de un portaestandarte con figura humana que todavía conserva restos de pintura, una hermosa lápida esculpida en bajorrelieve con la figura completa de un Jugador de Pelota en pleno juego. Sobre la cabeza lleva un yelmo relacionado con Xochipilli, dios de las diversio-

nes y del amor; del yelmo penden plumas de Quetzal y de Aguila. La mano izquierda está forrada con un guante, y lleva protectores sobre las rodillas. En la cintura el característico yugo y un *Maztlatl* de remates en forma de cola de golondrina, muy relacionada con el dios Xipe Totec. La factura de esta pieza escultórica es de insuperable acabado y belleza ya que el bajorrelieve a pesar de ser tan fino de dibujo y apenas socavados los planos, se caracteriza por su gran realce y distinción.

El hallazgo de esta lápida nos da una remota idea de la fastuosidad que debió tener la estructura cuando estaba en uso, tan diferente al aspecto que hoy presenta despojada de su revestimiento de piedras labradas con figuras humanas.

Los hallazgos más importantes y sensacionales fueron hechos en el montículo vulgarmente conocido bajo el nombre de la Luna, que se encuentra a 60 metros al sur del juego de pelota. Para la exploración del montículo se hicieron 4 calas, una por cada cara de la pirámide y, por consiguiente, hacia los cuatro rumbos cardinales. El resultado fué el descubrimiento de un lujoso edificio piramidal que contaba cuando menos en la última época, con cinco cuerpos en talud.

El edificio en general está destruído. Mas no por eso deja de mostrarnos los restos de su última etapa, fragmentos de un complicado sistema de tableros hechos con losas esculpidas con motivos zoomorfos: representaciones de jaguares y pumas en movimiento; aves de rapiña devorando corazones y seres simbólicos representando la cabeza de un hombre emergiendo de las fauces de una serpiente emplumada. Todos estos motivos los encontramos en los tableros esculpidos del templo de los guerreros de Chichén Itzá, excepción hecha de los felinos caminando que se encuentran en el templo Este de la plataforma del gran juego de pelota. Aquí el bajorrelieve alcanza mayores proporciones que en la lápida hallada en el Juego de Pelota; los dibujos están perfectamente calculados para evitar los espacios inútiles. Algo inexplicable en estos bajorrelieves es que después de realizar un gran trabajo escultórico los toltecas los cubrían con numerosas capas de estuco hasta que el relieve queda apenas visible.



Portaestandarte en forma de tigre encontrado en el Juego de Pelota.



Vista general de algunas de las piezas grabadas.



Sección de pilar mostrando la parte superior de un guerrero.



Base de una de las secciones de pilar.



Parte anterior de una sección del gran ídolo.



Parte posterior de la misma sección de ídolo con el Tezcatlipilli.



Lápida con la figura de un jugador de la pelota.



Una de las esculturas "atlantis".

En la plaza correspondiente al lado Norte del edificio, fueron apareciendo sucesivamente hasta nueve fragmentos de pilares esculpidos en bajorrelieve, dos fragmentos de un gran ídolo y tres *atlantes*, figuras humanas que servían para sostener un altar o un dintel.

Describiremos ahora en detalle estos monolitos:

Las dos grandes secciones que corresponden al gran ídolo pertenecen respectivamente a la parte de la cintura y pecho de la representación. La primera de ellas tiene en la parte posterior una gran hebilla que amarra el cinturón del ídolo. Dicha hebilla, cuyo nombre mexicano es *Tezcacuitlapilli* tiene como motivo ornamental fajas de serpientes emplumadas (*Xiucoatl*s) separadas por cuatro fajas radiales solares; al centro hay una cara solar esculpida en bulto que sale de los planos anteriores. Es notable la semejanza en concepción de este *Tezcacuitlapilli* con el disco de mosaico encontrado en el Castillo de Chichén Itzá.

La segunda sección ostenta la representación de un gran pectoral en forma de mariposa que está sobre una serie de collares formados por cuentas, figurando probablemente jades y perlas.

Las esculturas en forma de atlantes cuya altura máxima es de 76 cms. muestran la característica común de faltarles los pies. Las manos las tienen distendidas en diferentes direcciones pero siempre conservando la palma hacia arriba. Los atavíos y aderezos de estas figuras varían y asimismo sus rasgos fisonómicos. Dos de ellos aparecieron en perfecto estado de conservación por lo que toca a los diferentes colores que les fueron aplicados, a saber: blanco, amarillo, azul, rojo y negro, éste solamente para delinear. Estas esculturas tuvieron incrustaciones probablemente de concha en los ojos, la boca y en las uñas, únicas partes que están hundidas en la piedra y carecen de pintura.

No es posible reseñar una a una, en un corto artículo, las secciones de pilares que se encontraron. Nos limitaremos a indicar sus rasgos generales.

Puede decirse que todos los fragmentos de pilar tienen en la parte superior un pivote de empotre y en la inferior una caja.

Un pilar completo mide una altura total de 5.40 mts. y está formado por 4 secciones talladas en piedra de recin-

to. Los motivos ornamentales por una de las caras del pilar son las siguientes: Una faja terrestre (*Cipactli*) un guerrero, otra faja terrestre, un atado de armas ofensivas y por último otra faja terrestre. Estos motivos siguen la misma disposición en la cara opuesta del pilar; las restantes tienen alterado el orden de los factores. Todos los pilares carecen de capitel y sostuvieron dinteles y armazón de techumbre hechos a base de morillos y vigas de madera.

Los guerreros esculpidos en los pilares, tienen todos la misma postura, es decir, aparecen caminando y empuñando en su mano izquierda una espada de madera (*Hulche*) y dos grandes flechas; en la mano derecha empuñan un *Atlatl* o tiradera; todos ellos llevaban un tocado de plumas, así como un *Maxtlatl* (que varía en forma y estilo), su *Tezcacuilapilli* y sandalias.

Debemos mencionar, como dato interesante, la representación, en uno de los pilares, de un Quetzalcoatl barbado.

Ahora bien, todos estos motivos en los pilares encontrados en la plaza norte del montículo de la Luna tienen una íntima relación con las correspondientes de las ruinas arqueológicas de Chichén Itzá. Los mismos guerreros caminando y empuñando las armas descritas así como la representación simbólica de fajas celestes. En algunos casos hasta los nombres jeroglíficos de algunos de los guerreros son idénticos.

Los hallazgos realizados no constituyen, desde luego la totalidad de los que pueden hacerse en este lugar, ya que apenas se ha limpiado aproximadamente la mitad del escombros del lado norte del edificio. Estoy seguro que sólo son una parte de lo enterrado. ¿Qué sorpresas nos aguardan todavía? Desde luego faltan muchas secciones de pilares. De las nueve halladas solamente cuatro embonan. ¿Dónde están las otras? Una vez encontradas (en la próxima temporada de exploraciones) se las colocará una sobre otra hasta alcanzar su altura total. Son, sin duda, de una gran belleza y prueban al mismo tiempo el adelanto que en arquitectura y escultura alcanzaron sus constructores. Son superiores bajo muchos aspectos a las del Templo de las Mil Columnas en Chichén Itzá que han asombrado al mundo entero por su belleza y técnica. Los pilares

de Tula son más altos y esbeltos, hechos como ya he dicho de grandes bloques de piedra de recinto, sumamente dura, mientras los de Chichén Itzá son de secciones chicas y tallados en madera caliza. Se necesitó mayor dominio técnico y una visión escultórica más desarrollada para ejecutar los de Tula.

Del gran idolo, sólo se tienen hasta ahora dos secciones correspondientes al busto, el cual alcanza 1.72 mt. de alto. Faltan todavía la cabeza y las piernas. Estas piezas, una vez encontradas, nos completarán la figura que debe medir de cinco a seis metros de altura, cosa única en México.

Después de los últimos descubrimientos, las ruinas de Tula, Hgo., han cobrado una importancia efectiva por las grandes obras de arte que encierran. Su fama anterior estribaba tan sólo en su condición de antigua capital de los Toltecas.

Tenemos ahora que intensificar los trabajos de exploración y restauración para que poco a poco la arqueología pueda arrancar los secretos enterrados allí. Existe el proyecto de construir un museo local, dentro de la misma zona arqueológica, que guarde y exhiba dignamente los tesoros artísticos que ya se han encontrado y los que vayan apareciendo debajo de los escombros. Mas para esto se necesita ayuda.

¿HUBO FILOSOFIA ENTRE LOS ANTIGUOS MEXICANOS?

Por *Samuel RAMOS*

EL IMPULSO de conocer y explicar los fenómenos naturales es propio del hombre, desde que se encuentra en los estadios más rudimentarios de la civilización. Atemorizado el primitivo ante el caos de la naturaleza, se esfuerza con su intelecto en buscar lo semejante en medio de la variedad de cosas que le rodean, lo permanente en medio de las continuas mutaciones, lo imperecedero en la existencia mortal. La necesidad de ordenar y reducir a ciertas unidades el mundo de la representación surge en el primitivo como un imperativo vital para librarse del temor que le causa el mundo desordenado y caótico. Su instinto le hace comprender que sólo puede dominar al mundo y asegurar en él su existencia cuando logre manejar las fuerzas que lo mueven. Mediante un esfuerzo tosco e imperfecto de abstracción logra reducir la multiplicidad de las cosas a ciertas representaciones constantes, pero que no alcanzan todavía el grado conceptual, sino sólo el de intuiciones. A esta unificación del mundo en formas abstractas tiende el lenguaje, el arte y la religión. El lenguaje primitivo es sobre todo, poético, lleno de imágenes y metáforas. Por medio del arte y la religión consigue también de otra manera fijar ciertas imágenes duraderas que contrastan con la mutabilidad de lo real. El lenguaje, el arte y la religión, tienen para la mente primitiva un sentido mágico, son recursos de que se vale para conjurar a su favor las fuerzas cósmicas y tener dominio sobre las cosas que conciernen a su vida. La magia es la forma más universal y primitiva de entender los fenómenos naturales y se funda en los principios de una lógica inconsciente que, según Frazer, pueden reducirse a dos: la ley homeopática de que lo semejante produce lo semejante y la ley del contacto. En definitiva,

según observa el mismo Frazer, estos principios se fundan en la ley psicológica de asociación, la magia homeopática en la asociación por semejanza y la magia por contacto en la asociación por contigüidad. La magia no es, pues, un resultado del pensamiento conceptual, sino del pensamiento asociativo. Es una creencia que además se expresa directamente, de un modo práctico y nunca han llegado los primitivos a formularla en abstracto. Falta a éstos completamente la idea de la ciencia. La magia es una manifestación de lo que Levy-Bruhl llama la mentalidad pre-lógica de los primitivos. La concepción mágica del mundo en estado puro pertenece al tipo más primitivo de cultura.

En las culturas matriarcales que representan la iniciación del sedentarismo y la agricultura, hace su aparición el animismo, la creencia en espíritus que mueven o *animan* las cosas. Pero el espíritu está aún lejos de representarse como algo inmaterial, sino más bien no se le representa de ningún modo, porque se supone que es una potencia invisible y misteriosa. La vaga noción de lo sobrenatural empieza a surgir en el primitivo aunque para él, como dice Levy-Bruhl, lo sobrenatural es la cosa más natural del mundo. El animismo se caracteriza por el culto de los muertos y la creencia en que el hombre prolonga su existencia después de la muerte. Antes se suponía que el animismo era una creencia universal de los pueblos primitivos, pero hoy se admite que algunos de éstos no muestran huella de haberla tenido.

En los pueblos patriarcales es en donde la concepción personalista de los dioses se destaca ya con toda nitidez, al par que en la vida social empieza a definirse la individualidad. El hombre primitivo es un ser completamente solidarizado con su grupo, de manera que no sólo su vida, sino también sus representaciones tienen un carácter colectivo. Así que en estas representaciones se reflejan por modo inevitable las modalidades de su estructura social. Hay en las sociedades primitivas una estrecha unidad entre los diversos elementos de la cultura, de manera que las concepciones del mundo se reducen a ciertos tipos que corresponden a ciertas formas culturales también típicas. Esto es lo que ha hecho resaltar Graebner en su interesante libro

El Mundo del hombre primitivo. Parece que los primitivos, sobre todo los que han alcanzado una cultura más avanzada, tienen un conjunto de nociones sobrenaturales del origen del mundo, de su forma y composición, de la vida y de la muerte, del destino del hombre, que en nuestra civilización se agrupan con el nombre de metafísica. ¿Existe una metafísica en los primitivos? Más particularmente ¿existe una metafísica entre los primitivos mexicanos? Sabemos de los aztecas y los mayas que tuvieron no sólo una complicada religión, sino también una ciencia principalmente aritmética y astronómica. ¿Habría, al menos, una metafísica latente en las creencias religiosas y científicas de estos pueblos? La clase intelectual de los aztecas y los mayas era el sacerdocio, y se dice que ellos poseían un saber esotérico de un carácter mucho más refinado que el que daban al pueblo. Las concepciones religiosas y mitológicas que consignaron los frailes misioneros, representan solamente la versión popular de la religión, pero no las concepciones más abstractas y filosóficas, que tal vez poseían los sacerdotes y quizá otras personas más cultivadas de la comunidad. Domínguez Assiayn en un pequeño escrito sobre la filosofía en los antiguos mexicanos afirma que los obstáculos para el estudio de esta cuestión son "la falta de tradición escrita y el implacable hermetismo de los indígenas que sistemáticamente se rehusaron a revelar la parte esotérica de sus cultos". Esta misma impresión se desprende de un pasaje de Clavijero, sobre la sabiduría del rey de Texcoco, Netzahualcoyotl. "Pero en nada se deleitaba tanto Netzahualcoyotl como en el estudio de la Naturaleza. Adquirió muchos conocimientos astronómicos, con la frecuente observación que hacía de los astros. Apli-cóse también al conocimiento de las plantas y de los animales; y por no poder tener en su corte los que eran propios de otros climas, mandó pintar en su palacio al vivo, los que nacían en la tierra de Anáhuac. De estas pinturas habla el Dr. Hernández que las vió e hizo uso de ellas; y por cierto que son más útiles y más dignas de la mansión de un rey que las que representan la perversa mitología de los griegos. Investigaba atentamente la causa de los fenómenos naturales y esta continua observación le hizo co-

nocer la vanidad de la idolatría. Decía privadamente a sus hijos, que cuando adorasen con señales exteriores a los ídolos, para conformarse con los usos del pueblo, detestasen en su interior aquel culto despreciable, dirigido a seres inanimados; que él no reconocía otra divinidad sino el Creador del Cielo y que no prohibía en sus reinos la idolatría, como deseaba, porque no lo acusasen de contradecir la doctrina de sus mayores. Prohibió los sacrificios de víctimas humanas; pero viendo después cuán difícil es apartar a los pueblos de las antiguas ideas en materia de religión, volvió a permitirlos, prohibiendo, sin embargo, otro sacrificio que el de prisioneros de guerra. Fabricó en honor del Creador del Cielo, una alta torre de nueve pisos. El último era oscuro; su bóveda estaba pintada de azul y adornada con cornisas de oro, . . .”

En el estadio de Cultura a que llegaron Aztecas y Mayas, el pensamiento filosófico, si lo hay, muy difícilmente puede separarse de las ideas físicas y religiosas. La unidad sociológica que liga las diversas manifestaciones espirituales de un pueblo permitiría, tal vez por medio de paralelismos, inferir cuál haya sido o debió ser la filosofía, en ausencia de documentos positivos. O con unos cuantos datos reconstruir el tipo de filosofía, como Cuvier con una vértebra fósil reconstruía la figura de los monstruos paleontológicos. “La sociología del saber —dice Scheler— es quien ha de poner de manifiesto, las más de las veces, las metafísicas ocultas”. Vasconcelos apunta lo que quizá pudiera ser una ley de la sociología del saber aplicable al caso de los aztecas y los mayas. “Donde quiera que ha habido arquitectura ha existido también filosofía. En el reino de las Bellas Artes, la arquitectura corresponde al momento de los sistemas en el desarrollo del pensamiento. Y no se llega a construir con gracia y ligereza, con majestad y armonía, mientras no se conquista en lo espiritual, el orden armónico y sólido de una doctrina filosófica coherente y comprensiva”.

¿Cómo pensaba —diremos nosotros— y cómo se representaba el universo el pueblo que construyó pirámides, templos y monumentos tan admirables como los de los toltecas y los mayas?

PANORAMA DE LAS CULTURAS MEXICANAS

Las grandes migraciones de pueblos que tuvieron lugar en la América del Norte originaron una mezcla de culturas de la que resultó al final la cultura azteca, tal como la encontraron los españoles a principios del siglo XVI. Las tribus errantes que venían del norte se sedentarizaron en una gran extensión geográfica que abarca una parte de México y Centroamérica. Seguramente fué la invención de la agricultura, en especial el cultivo del maíz, lo que hizo sedentarios a esos pueblos, autores de una cultura primitiva caracterizada por la alfarería y la fabricación de toscas estatuillas de un estilo peculiar. Las creencias animistas deben haber hecho su aparición entonces, porque es una de las manifestaciones típicas de las culturas labradoras. Sobre esta cultura llamada hoy arcaica, vino a establecerse en la mesa central de México el pueblo Tolteca, quizá después de destruir o sojuzgar a los antiguos moradores, no sin antes asimilar su cultura y desarrollarla a un alto grado de refinamiento. A esta cultura corresponden las pirámides y templos de Teotihuacán que reflejan un espíritu de alta racionalidad, por el equilibrio armonioso de sus elementos y la concepción abstracta de sus formas. Sus ideas religiosas se formaron en torno a la leyenda de Quetzalcoatl, deidad civilizadora, cuyo origen, tal vez fué una gran personalidad realmente existente, pero que a través del tiempo la fantasía mitológica convirtió en un Dios. Los aztecas que dominaron más tarde al pueblo tolteca encontraron concepciones religiosas muy desarrolladas que fueron la base para formar las suyas propias. Pero como los aztecas eran una raza ambiciosa que tendía a pensarlo todo en grande, hicieron perder a la cultura el severo y proporcionado estilo de los toltecas y le dieron un desarrollo que hoy podríamos calificar de barroco y monstruoso.

El historiador Spinden ha observado una sugestiva analogía entre las grandes líneas de la evolución de las culturas superiores americanas y las antiguas de Europa. Desde tal punto de vista, los mayas aparecen como los griegos de América. Esta analogía se justifica por varias razones: el pueblo maya creó un arte monumental comparable, en su sentido de la proporción, con la arquitectura helénica.

Ningún pueblo de la antigua América dió muestras, en el estilo de su cultura, de un parecido refinamiento de espíritu. Si además del arte de la construcción tomamos en cuenta la capacidad sobresaliente de los mayas para la astronomía y el cálculo, podemos decir que, en cuanto al desarrollo intelectual, admiten también el paragón con los griegos.

El pueblo maya se componía de varios grupos étnicos que, no obstante diferencias de dialecto y de costumbres, se sentían unificados por una religión común y concepciones de la vida muy semejantes entre sí. Pero cada grupo habitaba una ciudad distinta, con su completa autonomía política, que hace recordar la organización peculiar del mundo griego en ciudades-estados, manteniendo cada una, celosamente, su independencia. Existen otros puntos de semejanza, verdaderamente curiosos, como las confederaciones políticas, que de vez en cuando se realizaban entre ciudades, unas veces con propósitos defensivos —que, en el caso de Grecia, se originaban en las agresiones del poderoso imperio de los persas—, o bien por otras conveniencias políticas, como la famosa liga de Mayapan en la que se revela una conciencia muy desarrollada de la nacionalidad.

Puede considerarse a los mayas como un pueblo relativamente pacífico. En la escultura de las ciudades del sur, que florecieron en el antiguo imperio, observa Morley una ausencia completa de motivos guerreros. En la época de la liga de Mayapan las gentes vivían en tal quietud que, según un testimonio de Landa, "no había pleito ninguno, ni usaban armas y arcos aun para la caza". Sólo ante la amenaza de los mexicanos, los mayas cambiaron de actitud. El mismo Landa afirma que éstos "aprendieron de los mexicanos el arte de las armas".

Los aztecas estamparon en su historia ciertos rasgos decisivos que reproducen, en menor escala, el cuadro de la vida política romana. Pertenecieron a una tribu errante que, a la zaga de otras del norte, después de una penosa y larga peregrinación, fué la última en establecerse en el valle de México. Su desarrollo y culminación política es de una rapidez sorprendente. Bastaron cien años para que la tribu de los aztecas, tan misérrima que era vista con

lástima por las demás, se convirtiera en un pueblo fuerte y dominador que ascendió a la grandeza imperial. Esta hazaña es suficiente para revelar la potencialidad que se ocultaba en la insignificante tribu de los aztecas. Dotados de gran sentido político y de temperamento guerrero, fundaron uno de los imperios más vastos en la época precortesiana. Su insaciable voluntad de poderío los impulsó en un movimiento incesante de expansión militar que había traspuesto ya las fronteras de la península yucateca. En Yucatán se pusieron en contacto las dos grandes culturas indígenas, y el arte de Chichén-Itzá es una fase especial del estilo maya transformado en algo nuevo bajo la influencia avasalladora del espíritu mexicano. El arte de Chichén-Itzá representa la época del helenismo en la historia maya, es decir, el momento en que se acrisolan en una síntesis nueva los elementos pertenecientes a culturas diversas.

Ya la cultura azteca no era en sí una creación primaria, sino derivada de culturas anteriores, en cuyos sedimentos había venido a superponerse. Los productos más característicos de la cultura azteca son el resultado de la asimilación que una mente ruda hace de los elementos de una cultura anterior muy refinada. Se trata de la cultura tolteca que, en la dimensión del tiempo, constituye un estrato medio, colocado entre los restos de una cultura arcaica, y la moderna de los aztecas. Las relaciones que se entablan entre la cultura tolteca y la azteca son exactamente las mismas que existieron entre los etruscos y los romanos. Se puede imaginar lo que fué del buen gusto de los etruscos en las manos toscas de aquella raza en que los hombres pensaban sobre todo en cuestiones prácticas, como políticos y conquistadores.

Estas analogías históricas cobrarían tal vez mayor justificación si se tomara en cuenta, además, la magnitud geográfica ocupada por los pueblos que han entrado en la comparación. El área cubierta por los aztecas y los mayas abarca veinte grados de longitud y diez de latitud, mientras que la ocupada por la civilización antigua europea incluyendo Creta y Asia menor, comprende apenas ocho grados de longitud y seis de latitud.

La guerra civil que concluyó con la destrucción de Mayapan, anuncia el fin de la cultura maya, que en una espléndida soledad, sólo interrumpida al final de su historia, pudo recorrer la órbita completa de su evolución. La decadencia de la cultura maya se había precipitado ruidosamente, unos ciento veinte años antes de la venida de los españoles. No así la cultura azteca que se encontraba en pleno desarrollo al comenzar el siglo XVI, y quién sabe hasta dónde hubiera llegado de no haber sido bruscamente interrumpida por la conquista. La descripción que hace Spengler del fin de la cultura azteca no puede ser más exacta: "No falleció por decaimiento, no fué estorbada ni reprimida en su desarrollo. Murió asesinada en la plenitud de su evolución, destruida como una flor que un transeúnte decapita con su vara". La gigantesca ciudad de Tenochtitlán, no fué destruida en virtud de un destino histórico. "Lo más terrible de este espectáculo —dice Spengler— es que ni siquiera fué tal destrucción una necesidad para la cultura de occidente. Realizáronla privadamente unos cuantos aventureros, sin que nadie en Alemania, Inglaterra y Francia sospechase lo que en América sucedía". "Y en el caso de esta cultura mexicana fué el azar cruelmente trivial, tan ridículo, que no sería admisible ni en la más mezquina farsa. Un par de malos cañones, un centenar de arcabuces, bastaron para dar remate a la tragedia".

Aparte de que las analogías aquí señaladas ayudan a comprender, al menos aproximadamente, el papel histórico que los aztecas y los mayas desempeñaron en la vida antigua de América, sugieren, al mismo tiempo, la existencia de una importante diversidad psicológica, suficiente para dar a cada una de las razas aludidas, una personalidad inconfundible.

LA IMAGEN DEL MUNDO ENTRE LOS AZTECAS

Es una ley de la sociología del saber que la amplitud de la representación del mundo en un pueblo determinado está condicionada por la mayor o menor magnitud de su organización política y social. Dado que los aztecas llegaron a formar un vasto imperio en cuya área geográfica

habitaban numerosos pueblos, se debe encontrar en sus imágenes cósmicas una dimensión proporcionada a la espacialidad de su existencia político-social. Los aztecas cuentan trece cielos y nueve mundos inferiores, en cuyo contenido entran como parte más importante los grandes cuerpos celestes. Estos cielos son morada de los dioses que se confunden con los astros. "Nociones de la forma y carácter del Universo, están bien definidas en la sabiduría de los aztecas. La extendida creencia que el Universo consiste en tres mundos superpuestos, el superior o mundo del cielo, el medio, de los hombres vivientes y el mundo inferior de los muertos, se encuentra en forma desarrollada. El mundo superior se divide en trece planos. Los cuatro más elevados que se llaman *Teteocan*, la morada de los dioses, son considerados como invisibles. El creador de todos Ometeuhtli, Señor de la Dualidad, vive con su esposa en el más alto cielo y bajo él en orden sucesivo están el lugar del Dios rojo del Fuego, el lugar del Dios amarillo Sol, y el lugar del Dios blanco, la Estrella de la noche. Los cielos inferiores que se llaman *Ihuicatl*, se entregan arriba a las visibles actividades celestiales. Hay un cielo para las tempestades, otro para el firmamento azul del día, el cielo oscuro de la noche, los cometas, la estrella nocturna, el sol, las estrellas, etc."¹

La astronomía de los aztecas y de los mayas, aun cuando se encuentre vinculada con ideas religiosas, constituye sin duda alguna un esfuerzo racional por conocer el universo. Se empieza por distinguir los signos del zodiaco tomando como punto de referencia el curso de la luna. Los mexicanos distinguían trece figuras a diferencia de las doce que actualmente se señalan. Además del zodiaco que envolvía al cielo y le daba vida, se procuraron establecer los cuatro puntos cardinales del universo y la dirección central de arriba a abajo. De aquí la importancia que tienen para el espíritu mexicano, los números 4 y 5. "El culto de los cuartos está íntimamente asociado con el concepto del Universo. Con los cuatro puntos cardinales se toman otro cierto número, incluyendo el zenit, el nadir y el medio. Es concebible que los números sagrados puedan derivarse de los puntos del espacio, aun cuando sería muy incierto afir-

¹ H. J. SPINDEN, *Ancient Civilizations of Mexico and Central America*, p. 206.

mar que así se han derivado. El concepto general de un universo dividido en cuartos, quintos o sextos es un poderoso factor de convenciones en mitología, religión y arte. Plegarias, cantos o actos importantes son repetidos en forma idéntica o variable para cada punto del espacio".²

Estas direcciones son empleadas para agrupar bajo cada una de ellas a todos los seres. Según el día en que nace cualquier individuo hombre, animal o planta pertenece a una de las cuatro regiones del mundo. Tres direcciones se representan por colores diferentes: el Norte negro, el Sur azul, el Este rojo; la cuarta dirección o sea el Oeste está representada por el Dios Quetzalcoatl. Tenemos pues aquí ciertos principios de ordenamiento del cosmos, cuya elección depende de motivos religiosos, pues en general, como ya hemos dicho, no se pueden separar las ideas astronómicas de las creencias de la religión. En una misma persona se reúnen el sabio y el sacerdote. El universo está poblado de fuerzas y seres sobrenaturales que en la imaginación primitiva cobran la forma de Dioses. Los fenómenos celestes y los cuerpos siderales son para los aztecas la misma cosa que los Dioses. Su representación del mundo, no obstante que en ella se esboza una forma racional, está llena de color y de vida, presentándose a la mente con revestimiento antropomórfico. Para la imaginación popular los componentes del universo, los hechos que suceden ante sus ojos, los seres inanimados y los vivientes tienen un significado "místico", son manifestaciones divinas, o las deidades mismas. El mito ocupa el lugar de las explicaciones racionales y en el pueblo azteca la abundancia de la mitología forma una selva intrincada en que el conjunto del universo aparece más bien caótico. Quizá entre los sacerdotes u otros individuos cultos de la comunidad la presencia de conocimientos racionales imprimía a su representación del universo una cierta coherencia y unidad, como lo atestigua la opinión de Netzahualcoyotl recogida por Clavijero. En la tendencia monoteísta que existía en algunos individuos excepcionales, se expresa sin duda la exigencia de unificar las concepciones religiosas, y este afán de unidad es ya quizá un indicio del espíritu filosófico.

² H. J. SPINDEN, Op. cit. p. 207.

Las concepciones astronómicas muestran su parte racional en aquellos puntos que tenían que servir como sistemas de referencia para la cronología. La astronomía está pues forzosamente ligada con la aritmética para formar el Calendario y en éste se expresa de un modo claro la concepción temporal que estos pueblos se hacían del Universo. En la concepción temporal se incluyen también los mitos que explicaban la génesis del Mundo y de los hombres, así como aquellas creencias sobre el destino de las criaturas en el futuro. Esto quiere decir que para los aztecas—así como para el pueblo maya—, el Mundo no sólo se extiende en la dimensión del espacio, sino que tiene además una historia que se desarrolla en la dimensión temporal. Los aztecas no tuvieron de la historia un concepto progresivo, sino que separaban las edades de la tierra por verdaderas catástrofes: monstruos devastadores, ciclones, lluvias de agua y fuego. Cronológicamente los mexicanos dividían el tiempo en ciclos de cincuenta y dos años, y siempre se esperaba con terror el fin de cada uno de esos ciclos, porque se suponía que podría sobrevenir el fin del mundo. Una imponente ceremonia religiosa se celebraba en estas ocasiones, para obtener el favor de los dioses y sólo renacía la tranquilidad cuando se encendía el fuego nuevo para indicar que todo peligro había pasado. Es pues una característica de la concepción cósmica de los aztecas su dilatación en el sentido espacial y temporal en la que tienden a articularse los elementos particulares en cierto orden racional para dar unidad al conjunto. “No solamente el transcurso único y propio del mundo—dice Graebner—recibe una poderosa extensión, sino, más aún, así como el número de espacios cósmicos ha aumentado hacia arriba y hacia abajo, así la imagen cronológica del universo se dilata por adición de las edades cósmicas ya transcurridas. Es uno y el mismo proceso el que se verifica en el espacio y en el tiempo de la concepción cósmica, al articularse y concretarse sus elementos más pequeños”.³

Es de suponer que tras de las formas externas del culto, en los antiguos mexicanos existía una doctrina esotérica, quizá con un contenido más puramente filosófico. Esta

³ *El Mundo del hombre primitivo*, p. 197 y sig.

es una opinión de Domínguez Assiayn, en el único estudio que existe sobre la filosofía de los aztecas y que nosotros seguiremos en nuestra exposición.⁴ Es desde luego cosa sabida que en los pueblos primitivos las doctrinas filosóficas son inseparables de la teología. Las doctrinas religiosas de los aztecas son una mezcla de magia y animismo que proviene de la fusión de diferentes tipos de cultura. En el desarrollo peculiar de aquellas ideas influye de una manera notable la organización política y social del pueblo azteca. Las concepciones monoteístas traducen, sin duda, la influencia del estado monárquico en la mentalidad indígena.

Los aztecas eran monistas, creían en la existencia de una causa única de la cual todas las demás cosas eran sus manifestaciones. Este principio monoteísta se expresa a través de un mito solar en que se asocian las ideas de fuego, calor y vida, para tomar la representación del Sol. Pero sin embargo, parece haber existido la concepción puramente ideal de este principio o Dios, como lo demuestra el hecho de que los aztecas no le ponían rostro cuando lo figuraban en la piedra. Esto se interpreta como que los aztecas concebían que este principio era invisible.

"En la alta teogonía náhuatl, Omēteuhtli no era un hombre, sino un principio astronómico, físico y espiritual. Ellos admitían la inmortalidad de la energía y de la materia, reconociendo la contemporaneidad de ambas. El calor es energía, pero para que lo sea necesita de la materia. Adoraban, pues, al Fuego, pero no el fuego del hogar o el producido por la frotación de dos leños secos, descubrimiento que conmemoraban también, sino al Fuego tal como se concebía el Calórico en la antigua física. El calor era la primera manifestación de todo lo existente. De ahí que lo llamaran Huehuetēotl, el dios más viejo, "el abuelo de todos los dioses". Mas Huehuetēotl no era limitación del infinito Omēteuhtli: le era inherente. Por más que aplicaran diversos nombres para expresar su idea, afirmaron categóricamente la existencia de una causa única, cuyo nombre más completo era Yoalliehecatlostēestēzcaltlipōca. Contenía el sol, pero no lo era, pues que el sol no es invi-

⁴ SALVADOR DOMÍNGUEZ ASSIAYN. *Filosofía de los Antiguos Mexicanos*. Rev. Contemporáneos. Núm. 42-43, 1931.

sible, ni incorpóreo, ni todopoderoso, ya que, convertido en Tzontémoc (Crepúsculo vespertino: dios que cae), va a alumbrar el reino de los muertos, vencido por Quetzalcouatl, la estrella de la tarde".⁵

En la representación de Ometeuhltli se funde la noción de otros dioses que representan el agua, el fuego y la tierra, de donde resulta, que la vida ha surgido por la combinación de esos elementos. Es de presumir que para la mente azteca no existe lo inerte, la materia inanimada, pues según ella todos los elementos de la naturaleza tienen un hábito viviente, están penetrados por la divinidad. Ometeuhltli "penetra lo mismo el corazón del hombre que las piedras".

La fusión de todos los seres y elementos del mundo, del hombre con los dioses, los animales y las plantas, adquiere unidad por el principio mágico, que se atribuye a todos por igual. El culto se inspira fundamentalmente en la idea de la magia. El sacerdote influye en el curso del mundo y de los dioses a favor de sus virtudes mágicas. La fuerza vivificante del sol puede conservarse ofreciéndole en sacrificio el corazón de la víctima. La gran ceremonia del "fuego nuevo" se funda en la magia; su finalidad era salvar la existencia del mundo al terminar el gran ciclo de cincuenta y dos años, encendiendo una hoguera para que el sol siguiera alumbrando y calentando. Las creencias astrológicas se fundan también en la atribución de fuerzas mágicas a los astros. Mediante los hechizos los dioses se aproximan unos a otros y son atraídos al mundo terrenal; así que el animismo y la magia constituyen el fondo común del Universo. De esta suerte el monoteísmo a que tiende la religión de los aztecas, conduce al mismo tiempo a una concepción panteísta del mundo o, al menos, la prepara.

En pueblos de una cultura tan desarrollada como el azteca la individualidad humana adquiere un realce que contrasta con la actitud puramente social de los pueblos salvajes. Ahora bien, la diferencia de la individualidad se enlaza con la aparición de la conciencia moral. En la cultura mexicana aparecen con toda claridad un conjunto de nor-

⁵ DOMÍNGUEZ ASSIAYN, op. cit.

mas éticas que muestran un profundo sentimiento de los valores humanos.

Profesaban los aztecas un concepto del libre albedrío aunque reconocían las limitaciones que al ejercicio de la voluntad impone el temperamento individual. Tenían plena conciencia de lo bueno y lo malo y consideraban que el hombre había nacido para el bien y era bueno y puro por naturaleza. Las buenas costumbres naturalmente son apoyadas por las creencias religiosas, y es muy posible que en ciertas épocas, aquellas costumbres se hayan relajado por diversas causas. Pero de todos modos subsiste el hecho de que entre los aztecas existió una conciencia moral plenamente formada.

En cuanto al destino humano, los aztecas profesaban la creencia en la inmortalidad; es decir que la vida continúa después de la muerte. Creían en la existencia de una vida futura donde según la edad, la conducta o la profesión el hombre moraría en diferentes lugares en los que encontraría pena o contento.

Todo lo anteriormente expuesto sobre las concepciones del pueblo azteca no es suficiente para afirmar que en éste haya existido una filosofía aun cuando tales concepciones hayan desempeñado una función espiritual equivalente. Faltó sin duda a los aztecas la conciencia del conocimiento racional, como algo distinto a las representaciones religiosas. No llegaron por lo tanto a comprender la posibilidad de un conocimiento científico, ni siquiera aún a la noción de la ciencia. Pero tal vez su evolución mental los condujo a un grado muy próximo a estas nociones como lo prueba el hecho de que al ser dominados por los españoles, los indios que se educaron en los primeros colegios, mostraban, según el testimonio de los misioneros, una capacidad sorprendente para comprender y asimilarse los pensamientos de la Filosofía europea.

LETRAS DE UTOPIA

CARTA A DON ALFONSO REYES

Por Silvio ZAVALA

LA INTERRUPCIÓN de la gaceta *Monterrey*, lamentada por todos sus amigos, me privó del medio adecuado para comunicarle algunas noticias sobre una de sus varias inquietudes de cultura. Pero la aparición de CUADERNOS AMERICANOS, tan aplaudida, hizo renacer mi esperanza de contar con un mensajero discreto de estas confidencias. Y no me engañé sino en la medida de la generosidad que esperaba; porque se ha extremado hasta tolerar la forma sencilla de la epístola, propia de la comunicación sobre utopías, según nos lo enseñaron los maestros mayores del género.

Recordará Ud. que, después de haber puesto las cosas en su punto, como sabe hacerlo, en su ensayo sobre *Utopías Americanas*,¹ se han dado a conocer otros trabajos que mantienen vivo el interés por el tema. Nuestro amigo Millares tradujo, con su habitual maestría, del latín al español, la UTOPIA de Moro, y fué publicada con un estudio preliminar de Eugenio Imaz.² En posesión de nuevos datos relativos a las andanzas utópicas de Vasco de Quiroga en Nueva España, yo entregué al Colegio de México un estudio acerca del ideario de este personaje, que ha sido publicado.³ El incansable Imaz volvió sobre las Utopías y América en el *Noticiero Bibliográfico* del Fondo de Cultura Económica,⁴ donde apuntó cosas penetrantes. En

¹ *Sur*, 40 (Buenos Aires, enero de 1938), 7-16.

² *Utopías del Renacimiento*. Fondo de Cultura Económica. México, 1941.

³ S. ZAVALA, *Ideario de Vasco de Quiroga*. El Colegio de México. México, 1941.

⁴ Tomo II, núm. 50 (Octubre de 1941).

cambio, aquella literatura hagiográfica y superficial, que se adueñó del tema la otra vez, ha colaborado ahora con su silencio.

Mientras avanzaba la bibliografía utópica, había quedado escondido en el ensayo de Ud. un atisbo prometedor. A diferencia de lo que ocurrió a quienes leímos en los últimos tiempos el relato de Hitloeco y las cartas de Moro a Pedro Egidio, no escapó a su atención aquel pasaje que, en la traducción de Millares, dice: "*otro escrúpulo me asalta, no sé si por culpa mía, tuya o de Rafael mismo. Se trata de que ni a nosotros se nos ocurrió preguntarle, ni a él decirnos en qué parte de aquel mundo nuevo está situada Utopía. Dinero daría yo porque no se hubiese omitido este detalle, ya porque me avergüenza ignorar en qué mar se halla la isla acerca de la cual he de contar tantas cosas, ya porque hay entre nosotros dos personas, especialmente una de ellas, varón piadoso y teólogo de profesión, que arde en deseos de trasladarse a Utopía, no por el placer inane y curioso de conocer cosas nuevas, sino con el designio de fomentar y aumentar nuestra religión, allí felizmente iniciada. Y para hacerlo debidamente decidí procurar de antemano que el Papa le enviase allá, nombrándole obispo de Utopía, sin que le cobbiese el escrúpulo (tratándose de un deseo nacido, no de vanidad ni motivos de lucro, sino de consideraciones de piedad), de que esta dignidad hubiera de ser solicitada por él*" (pp. 4-5).

Bastó esto a la aguda iniciativa de Ud. para que, haciendo memoria de las hazañas colonizadoras de Vasco de Quiroga en México,⁵ integrara la irónica referencia del humanista inglés con esta frase traviesa: "*Moro, en cierta epístola, habla de un hombre tan virtuoso que merecía ser nombrado obispo de Utopía. He aquí que el legítimo y verdadero obispo de Utopía andaba por tierras de América, y apenas lo hemos averiguado. Pero ¿quién ha dicho que América ha sido descubierta?*"⁶

Soy el primero en celebrar la inspiración feliz por la que invistió Ud. a don Vasco con aquel obispado utópi-

⁵ Véase a este respecto S. Zavala, *La "Utopía" de Tomás Moro en la Nueva España*. México, 1937.

⁶ "*Utopías americanas*" cit., p. 16.

co que, desde la carta de Moro a Egidio, según todas mis noticias, seguía vacante. Pero como ahí mismo habla de que "*cada día hay nuevas sorpresas*", quiero recordarle, y es el principal objeto de esta carta, que Moro habla de *dos personas* que ardían en el deseo de pasar a la isla. Testimonio digno de fe, no sólo por la gravedad del autor y su conocimiento de lo utópico, sino porque don Vasco nos ha dicho que el Espíritu Santo andaba metido en estas cosas; razón por la cual el inglés, sin haber visto el Nuevo Mundo, lo pone, pinta y describe tan verdaderamente que parece como que se le revelan todos los secretos de la tierra; y la Utopía y los relatos de Luciano llegan a manos de Quiroga en el tiempo y coyuntura providenciales para fecundar sus ambiciones justicieras. A lo que agregó que, sin el pasaje de Moro, no sería inteligible un dato que apunto en mi reciente IDEARIO DE VASCO DE QUIROGA; porque si bien lo acompaño de facsímiles y otras pruebas documentales, todos sabemos que las cosas del utopismo no se enclaustran en las bibliotecas y archivos, sino que se escapan a esas regiones sutiles donde Ud. sale a cazarlas. De mis secos documentos resultaba —tampoco hay que menospreciar sus enseñanzas— que, en un ejemplar de la UTOPIA de la edición de Frobenius de 1518, de la propiedad del obispo de México fray Juan de Zumárraga, aparecían muchas y llamativas anotaciones marginales, de letra del siglo, en las que el platonismo del Canciller y los más destacados rasgos de su república eran objeto de contemplación amorosa. No ignorábamos que la amistad enlazó a Quiroga con Zumárraga; por eso era posible que las notas fuesen del uno o del otro, o de un tercero, cosa esta última poco probable, pero que en el caso de comprobarse restaría interés al hallazgo. Ante la duda, sólo pude prometer que futuras investigaciones y comparaciones de letras podrían aclarar el secreto.

Pero sin aguardar el avance lento de las pruebas, ¿no presiente Ud., ejercitando esas antenas que causan la admiración de Carner, que las *dos personas* del pasaje de Moro pueden contribuir a arrojar luz sobre el anotador desconocido del venerable ejemplar de 1518? ¿No se adelanta a sugerirme que si Moro habló de dos varones, no es bastante lo que Ud. dijo acerca de un obispo americano de

Utopía, puesto que permanece aún en el misterio el otro personaje?

Nada impide que creamos en la profecía del inglés ni que la interpretemos a nuestro sabor—dejando a los críticos europeos la libertad de pensar en otros candidatos—, porque el mundo utópico no rechaza lo maravilloso. En él se entreteje tan sutilmente la imaginación con las realidades, que los perfiles se pierden en una bruma deliciosa. Por eso Moro se regocija—jugando con la maestría del gato frente al ratón—cuando un crítico le plantea este dilema: “*O bien la cosa se ofrece como algo verdadero y realmente existente y, en ese caso, encuentro en el libro [de la Utopía] algunos pormenores un tanto ridículos o, si es pura invención, echo de menos, en algunos puntos, el ingenio famoso y brillante de Moro*” (p. 133). Lo a le parece este reproche, y su respuesta no se hace esperar: “*En el momento que se pone a dudar si la cosa es de verdad o pura fantasía, echo de menos la firmeza de su juicio*”. En el título del tratado había dicho que era “*vere aureus, nec minus salutaris quam festivus*”.

A Quiroga—creyente tan sencillo como audaz y muy apto para andar en serio por los campos de la ironía moruna—no le sorprende que la intención de Moro haya sido alegar, fundar y probar por razones las causas porque sentía por muy fácil, útil, probable y necesaria la tal república entre gente que fuese de la cualidad de aquesta natural de este Nuevo Mundo; es decir, que menosprecie lo superfluo, goce de contentamiento y libre libertad de las vidas y de los ánimos, y de sosiego que parece como que no está sujeta a los casos de fortuna, de puro prudente y simplicísima.

Imaz continúa la interpretación opuesta a la vulgar—la que confunde lo utópico con lo puramente fantástico o inasequible—cuando define la utopía como la república de “*no hay tal lugar*”, pero “*puede haberlo*” (p. IX). Frase que comprende las posibilidades y las limitaciones del hombre político o cívico que vive en la imperfección terrena aspirando a la idea de la justicia.

Gracias a la elasticidad de las mentes utópicas—las de juicio firme, según el vocabulario de Moro, aunque a otros parezca que vagan en la tenue atmósfera de los sueños—

pudo Quiroga dar, inesperadamente, una respuesta histórica a la desazón que embargaba a Moro por no haber preguntado a Hitlodeo "*en qué parte de aquel mundo nuevo está situada Utopía*".⁷

Y si el aire milagroso del utopismo convierte en realidades los presagios felices de los fundadores y le permite a Ud. averiguar quién era el verdadero obispo de Utopía, ¿por qué no hemos de tomar a la letra la advertencia moruna de que fueron dos los europeos que anhelaban pasar a la isla—para Quiroga continente—y escoger a Zumárraga como el segundo personaje?

Agradará saber a los escépticos que las pruebas y los documentos no se oponen. En la Biblioteca Nacional de México, bajo la guarda sabia de nuestro amigo don Juan B. Iguíniz, se encuentra otra obra que perteneció a la vasta librería de fray Juan de Zumárraga. Lleva, como la de Frobenius, la misma inscripción en la portada que indica la propiedad del obispo de México. En el cuerpo del volumen se prodigan las anotaciones, aunque esta vez el objeto de ellas son las Décadas de Pedro Mártir y no la República perfecta de Moro. Hecho el cotejo, que las fotocopias ad-

⁷ Un autor brasileño moderno, Affonso Arinos de Mello Franco, ha escrito, a base de razonamientos serios: "*E nós poderemos, ainda, assegurar que a Utopia se encontrava não só na America como na America do Sul*". Y se inclina a creer que "*o modelo da ilha da Utopia tenba sido fornecido a Thomaz Morus pela descrição da de Fernando Noronha, a que Vespuccio se refere...*". Véase O INDIO BRASILEIRO E A REVOLUÇÃO FRANCESA. AS ORIGENS BRASILEIRAS DA THEORIA DA BONDADÉ NATURAL. Rio de Janciro, 1937, pág. 133.

Paréceme digna de tomarse en cuenta esta sugestión acerca de una fuente inspiradora de Moro; pero no obsta a que Quiroga haya interpretado bien que las reglas utópicas convenían a todo el Nuevo Mundo. Además, una cosa es que el indio brasileño, visto por Vespuccio, influya sobre Moro, y otra que la Utopía se aplique como sistema de gobierno entre los indios de Nueva España.

Mas guardémonos de dar lugar a que pueda pensarse que disputamos por parcelas o regiones la relación de la Utopía con América. El tema es vasto y dentro de él se vislumbran muchos caminos. Celebro el tino con que el colega brasileño ha sabido conducirse, mientras otros, en México, nos dedicábamos, desde un ángulo diverso, a la grata tarea de esclarecer la significación americana del utopismo.

Lo importante es que América, de una parte, alimenta con su novedad al pensamiento europeo; y de otra, recibe los frutos de esas mismas inquietudes que ha contribuido a sazonar.

juntas ponen al alcance del lector, se disipa toda duda. En ambos casos, la mano anotadora fué la de Zumárraga.⁸

Es posible que Moro, mal comunicado con Roma por las herejías de sus coetáneos ingleses, ignorara que sus dos incógnitos recomendados pasaron al Nuevo Mundo y fueron los grandes obispos de México y Michoacán.

Ellos sí tuvieron presente al insigne Canciller, que anticipó sus obras sin conocerlos. Debieron sentirse llamados por las palabras simbólicas de la carta a Egidio; afanosos leyeron la UTOPIA, la anotaron y comentaron; y Quiroga puso en marcha las sociedades ideales.

Noticias que hubiera celebrado Erasmo, el buen amigo de Moro, porque según los estudios de Bataillon y otros

⁸ Los cuatro primeros facsímiles corresponden a sendas portadas de libros que pertenecieron al obispo Zumárraga y que llevan, con ligeras variantes, la inscripción a tinta que indica la propiedad. No hay lugar a duda, a la vista de esas inscripciones, de que el auténtico dueño del ejemplar anotado de la UTOPIA fué el obispo de México. Después se publican cuatro facsímiles de páginas pertenecientes, alternativamente, a los ejemplares de la UTOPIA y de las DÉCADAS de Mártir, todas ellas con anotaciones de una misma mano, según puede desprenderse de la comparación. Luego se inserta una página tomada de una carta de Zumárraga que aparece en facsímil en las CARTAS DE INDIAS, Madrid, 1877, n. xxxv, cuya letra resulta ser idéntica a la de las notas antes citadas. Los editores de las CARTAS explicaron en el prólogo, p. IX: "*escogimos en el escrutinio que siguió a la lectura de los papeles originales, los de carácter ológrafo primero, y entre los meramente autógrafos, aquellos de importancia indudable*". Fuera de esta advertencia general, no hay ninguna otra que diga concretamente si la carta de Zumárraga es ológrafa. Pero así parece presumirse y, como la carta y las notas de los libros son de la misma letra, puede creerse que es la del obispo de México, o la de aquella persona que empleaba como amanuense, aunque es muy difícil suponer que la firma y las notas íntimas que le sugerían sus lecturas dejara de ponerlas de su propio puño. Existe pues una probabilidad casi cierta para atribuir la letra a Zumárraga, y se puede afirmar, sin ninguna vacilación, que él fué el autor intelectual de las notas.

Además de estas pruebas positivas, se incluye finalmente, con propósitos de demostración excluyente, el facsímil de una carta de Vasco de Quiroga, que no aseguramos sea ológrafa, pero sí va firmada de su mano. Los rasgos de la firma son mucho más finos y acaban de convencernos de que el anotador del ejemplar de la Utopía fué fray Juan de Zumárraga, y no don Vasco.

Esta conclusión deja resueltas todas las dudas que apunté en mi IDEARIO DE VASCO DE QUIROGA, pp. 51-54.

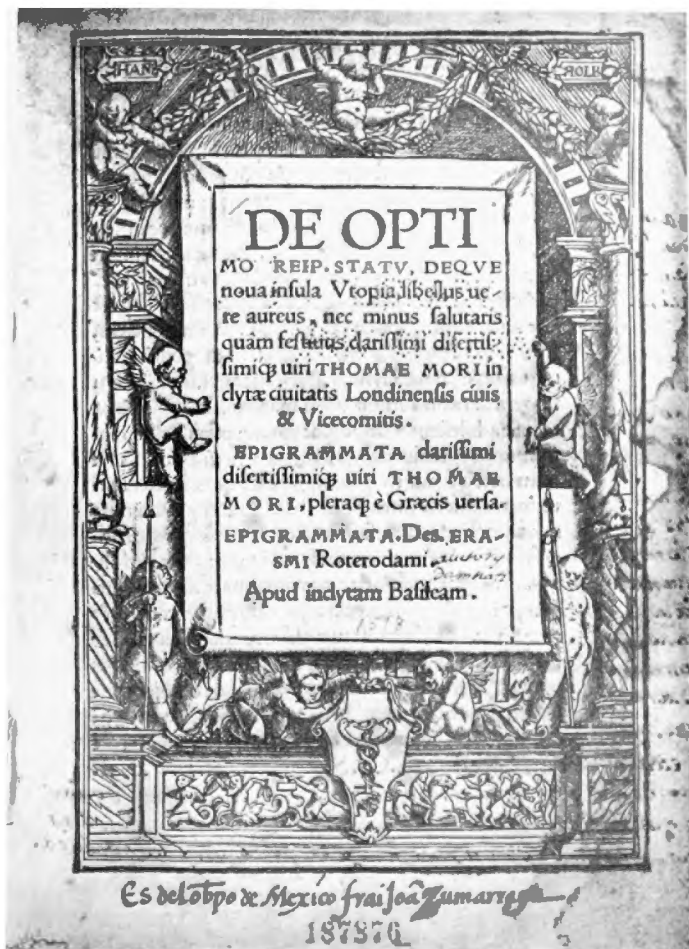
autores,⁹ Zumárraga no era ajeno a las influencias del roterodamense, y todo venía a quedar dentro de una familia de humanistas consagrada a modelar, en el pensamiento y en la vida religiosa y profana, la república mejor.

Los lazos accidentales que se han venido anudando entre las inquietudes europeas del Renacimiento y nuestra primera vida histórica en contacto con Europa, ameritan ya que abandonemos la sorpresa encantadora de los descubrimientos individuales,¹⁰ para reconocer la presencia permanente de una rama vigorosa de cultura que proyecta su sombra sobre las Indias. Ella debe ser objeto de aquella "investigación de conjunto de sorprendentes resultados", que recomendó alguna vez nuestro inolvidable Genaro Estrada.

⁹ Recordados por usted en "*Reseña sobre el erasmismo en América*". REVISTA DE HISTORIA DE AMÉRICA, 1 (marzo de 1938), 53-55.

¹⁰ Con un auténtico gesto de precursor, Bataillon da cuenta de haber hallado páginas erasmistas en las obras mandadas imprimir por Zumárraga: "*¿A quién se le ocurría, para evidenciar la savia erasmiana que corre entonces por el árbol del catolicismo peninsular, acudir a los frutos que da el vástago mejicano en tiempos de Carlos V?*". Véase "EL ENCHIRIDION y la PARACLESIS en Méjico", en la edición de Dámaso Alonso (Madrid, 1932), p. 527.

Cuando yo publiqué mi primer trabajo sobre Moro y Quiroga también se habló entre los críticos responsables de "hondas concomitancias nunca antes observadas".



1.—Portada del ejemplar de la *Utopia* de Tomás Moro, edición de Frobenius, Basilea, 1516, que perteneció al obispo de México fray Juan de Zumárraga. Se conserva en la Biblioteca Latinoamericana de la Universidad de Texas. Austin, E.U.A.



2.—Portada del ejemplar de las DÉCADAS de Pedro Mártir, edición de Miguel de Eguia, Alcalá de Henares, 1530, que perteneció al obispo de México fray Juan de Zumárraga. Se conserva en la Biblioteca Nacional de México.



3.—Portada del ejemplar de los comentarios de Juan Maior sobre el Cuarto del Maestro de las Sentencias (Pedro Lombardo), edición de Josse Badius Ascensius, [París], 1519, que perteneció al obispo de México fray Juan de Zumárraga. Se conserva en la Biblioteca Nacional de México.



4.—Portada del ejemplar de las explicaciones de Alfonso, Obispo Abulense, al Exodo, edición de Pedro Liechtenstein, Venecia, 1528, que perteneció al obispo de México fray Juan de Zumárraga. Se conserva en la Biblioteca Nacional de México.

interuallo distantes, nomine quoque suo cognitae. Has
 colunt Syphoganti, quarum unicuique triginta familiae, ut
 delictet ab utroque latere quindecim sunt adscriptae, cibum
 sibi sumpturæ. Oblonatores cuiusque aulae certa hora con-
 ueniunt in forum, ac relato suorum numero cibum pe-
 tunt. Sed prima ratio aegrotorum habetur, qui in publi-
 cis hospitibus curantur. Nam quatuor habent in ambitu
 ciuitatis hospitia paulo extra muros, tam capacia, ut to-
 tidem oppidulis æquari possint, tum ut neque aegrotorum
 numerus quilibet magnus anguste collocaretur, & per
 hoc incommodetum quo hi qui tali morbo tenerentur,
 cuius contagio solet ab alio ad alium serpere, longius ab
 aliorum cœtu semoueri possint. Hæc hospitia ita sunt
 instructa, atque omnibus rebus quæ ad salutem conse-
 rant referta, tum tam tenera ac sedula cura adhibetur,
 tam assidua medicorum peritissimorum præsentia, ut quum
 illuc nemo mittatur inuitus, nemo tamen ferè in tota ur-
 be sit, qui aduersa uoletudine laborans, non ibi decumbe-
 re quam domi suæ præferat. Quum aegrotorum oblon-
 ator cibos ex medicorum præscripto receperit, deinceps
 optima quoque inter aulas æquabiliter pro suo cuiusque
 numero distribuuntur, nisi quod principis, pontificis, &
 Traniborum respectus habetur, ac legatorum etiam, &
 exterorum omnium (si qui sunt, qui pauci ac raro sunt) sed
 his quoque cum adsunt, domicilia certa atque instructa præ-
 rantur. Ad has aulas prandij cœnæque stans horis tota
 in sypho-

} 30 familiae
 } simul capiunt
 } cibum

Cura
 aegrotorum.

Constituta
 cœmnia
 pmissuque

D. B. Tertie decadis

rum. Quid hic dices Bestissime Pateri? Quid sentissimus præfigit animo tuis sub curia
 throno ipeus hæc omnia subducit. Immisceamus nunc magnis parus quædã. Præterea
 minime puto que Ioanni Solisio acciderint, qui tentaturus Australe latè putati continentiã
 ex portu Leppe parũ sustantiã Gállos in Oceano discessit cõ tribus nauigijs quarto Iõ
 Septembris. M. D. X. V. quæc Ioanni Pontio quæ diximus electũ ad Caribos siue Cãibal
 tes antropophagos humanarũ carnum helleuones debellãdes, quæ Ioanni Aioræ, quæ
 etiam Gonfalo Badaocio Duci alteri & Francisco Bezerra alii, atq; iterũ ali dõfõ Valle
 so. Solisius Infuisse prouincã sumpfit, Caput siue frontẽ Sãcti Augustini, de qua milles,
 traicõit. Meridionale latas putati continenis captans trans æquinõctiale circulũ. Dõnamus
 namq; septimũ Antarcticũ gradũ frontem ipsam perungere. Sexcentũ leucas processit.
 Reperit Sãcti Augustini frontẽ adeo in latũ discessit ad Meridiẽ trans æquinõctium, vt
 trigelimum amplius gradũ Antarcticũ prehenderit. A tergo iã capiti draconis & Castellæ
 Pariz tacentissimã Boreã & Arcticũ inspektissimũ nauigabat, quando incidit in oba
 cenos & antropophagos Caribes, de quibus late alias. Hi tãq; insidioso vulpes signa pa
 cas videbantur innuere, sed animo laurũ aliquod cõmunitum gestabat, & vitis a lõge hospis
 tubus gũconũ more saluã deglutire cõperit. Decendit ipse miser Solisius cũ locis quot
 quot ingre di maioris nauigiũ scaphã potuerunt. Salit ex insidibus incolarũ multũ in oia
 gens. Fustibus ante focorũ oculos trucidant omnes. Scaphã raptã in istũ oculidiscoc
 rarunt. **E** pãlit nemo. Trucidatos & in frusta scotos in ipso eodẽ litore, focis e mari homedã
 spectaculũ prospicientibus parant ad futurã epulas. Cæteri atroci exemplo percussũ,
 non aũt sunt defendere, neq; de sui ducis & focorũ vitione cogitare. Credula hæc timo
 ra deserunt. Nauigiũ coccineis truncis onerant, diximus vocant ad Italũ veridicũ ad Hãpã
 nis brasiliũ ligni genus id ad lanas fucandas aptum, redire ceteri in patriã. Hęc breuiter
 misit ferenti relata sunt per litteras. Quid aliud ex crãtaliquãdã particulariõ intellige
 mus. Ioannes aut Pontius fuit & ipse a Caribibus in insula Guadalupe relinquantur insula
 rum Caribũ primariã relictis. Vitis namq; nobis ab alto mari latuerit in insulis Carib
 bes, vnde descendentes quisent inspicere. In terram transmissit lotrices fecundis & pe
 dites paucos ad subucula & linteamũ fricanda. Neq; enim insula Ferrea fortunata ad
 eam vsq; insulam spacio miserum quater mille ac bicentum terrã viderant vltimũ. Vacu
 us est eo spacio insulis Oceano, quo dulces aquas assequerentur. Insulant ex insperato Cari
 bes, fœm inas raptant pedes disturbant. Trepidãdunt pauca. Territus Pontius nõ au
 sus est impetere Caribes venenatas venus ingritas, quas homocopes hi nudi signant ceru
 simis insidibus in quocumq; locum viderint. Itare in se ita & sine lotricibus bonus Pon
 tius tergo vertit Caribibus, quos sub uestro in reto positus tacente se delectum inuitabã
 tur. Quo inde tendent, quid ve noui repererit nondũ intellexi. Solisius vitã, Pontius ho
 norẽ in sumptis prouincis auiserunt. Veniat alius qui eodem & ipse anno male rem ges
 sit. Ioannes Aiorã citius Corolubensis nobili genere ortus ruffus pro prætorẽ vni, alias dõd
 mus auri, magis cupidus q̃ rei benegerendæ amator aut laudis, nactus occasiões in regu
 los spoliavit multos & contra ius fisci aurum ab eis extorsit & crudeliter vitã in eis fãur,
 ita vt ex amicis fieri sunt hostes infelicissimi & animis desperatis iam quacunq; daf vsq;
 insidius nostros perimunt. Vbi pacato comertabantur & volentibus regibus, nunc armis
 agendũ est. Multis suti pondibus hoc modo coactis vt fertur ausugit, lumpyo sui tim vt
 vulgo dicitur nauigio, neq; ad hãc vsq; horã qua hæc scribo, quo sit appallus intelligimũ.
 Non desunt qui Petrum Ariam ipsũ gubernatorẽ Aioræ fugã assensisse arbitrentur, quæ
 sit hic Ioannes Aiorã historis regũ frater Gonfalo Aioræ vni & mendit & rei bellicæ periti
 amici gubernatoris adeo, vt se liceat inter amicorũ parã pauca ipsos numerare. Sũ vniq;
 deudũ & ego intima necessitudine, sed ignoscat vterq;. Nil mihi æque displicuit in vni
 uersis Oceani agitationibus ac illis suarictis, quæ pacos regulatorũ animos ita perturbã
 uerit. Tragicus venit Gonfalo Badaocio ac focorũ casus, quorũ prosperis intris successis
 acres subsecuti sunt. Gonfalo mēse Martio anni superioris. M. D. X. V. cũ vitis armis octo
 ginta discessit ex Dariẽne. Recta tendendũ ad Occidentẽ neq; vibi pedem fuit, donec par
 tem illam prehendit quã Gratã dei diximus alias appellatã a nostris. Hęc distat ab Dariẽ
 ne nulla passũ obiter certũ octoginta, dicitur leucas sexaginta. Oceio ibi dies aliquot egit,
 quã neq; precibus neq; precio aut minis potuit vnq; eius terq; regulum ad se trahere. Cũ
 res aũtẽ audierat, Interes dũ sic octatur, ad eum veniãt alii quinqueginta viri ex Dariẽne

De recantibus
 moribus.

De pãdu
 vni
 Solisio
 casu
 casus.

De spectaculo
 aioris.

De conducto
 Pontio pã
 casu electo.

De pãdu
 vni
 Solisio
 casu
 casus.

ad bellum. tunc enim septē ex illis cū exercitu profectis,
 eodē sufficiuntur interim, sed illi reuersi, suum quisq;
 locum recuperat, qui supersunt, hi quoad decedenti-
 bus illis ordine succedant, comites interea sunt Pontifi-
 cis. Nam unus reliquis præficitur. Eliguntur à populo,
 idēq; cæterorum ritu magistratuum, occultis, ad studia
 uitanda, suffragijs. electi à suo collegio consecrantur. Hi
 rebus diuinis præfunt, religiones curant, ac morum ue-
 luti cæsores sunt, magnocq; pudori ducitur ab his quen-
 quam tanquam uita parum probata accersi, compella-
 ri. Cæterum ut hortari atque admonere illorum est,
 ita coërcere atque in facinorosos animaduertere prin-
 cipis atque aliorum est magistratuum, nisi quod sacris
 interdiciunt, quos improbe malos compeniunt. nec ul-
 lum ferè supplicium est quod horreant magis. Nam
 & summa percèllitur infamia, & occulto religionis me-
 tu lacerantur, ne corporibus quidem diu futuris in tu-
 to. quippe ni properam pœnitentiã sacerdotibus ap-
 probent, comprehensi impietatis pœnam Senatui per-
 soluunt, puericia iuuentusq; ab illis eruditur, nec prior
 literarū cura, quã morum ac uirtutis habetur, namq;
 summam adhibent industriam, ut bonas protenus opi-
 niones, & conseruandæ ipsorum reipublice utiles, tene-
 ris adhuc, & sequacibus puerorum animis instillent,
 quæ ubi pueris penitus infederint, uiros per totam uitã
 tam comitantur, magna inque ad tuendum publicæ rel-
 statum

Unus pontifex
 qui præest sa-
 cerdotibus

Sanctus
 sacerdotum

esse quod sacer-
 dotum solus ad-
 monere

ab eis in ferre
 esse sacerdotum

reret. Sed audi aliquid non leue ridiculum à numine ligneo vel gossam pino factio, vel vti ab
 A pollinis oraculo simplex antiquitas ore aperto penitentes responda post oblationes hie fa-
 bant. Si vel spiritus forte incluso, vel à Bouitis deluti, voce prodisse ab Zeme tibi perileser
 rant, quò pro libito Bouitis interpretabatur, allatus in laude vocibus, alacres cantado pallen
 do cedant. Diem totum ludos & choreas exerceudo in aperto consumebant. Sin autem, de
 misso capite moesti, Zeme esse iratum arbitrates prodibant, & pro grau porreito sicutum id
 suscipiebant, morbos inde ac facturas formidabant alias, & si bellu ingrueret in facies tres
 mebant euentus. Cum sparsis vterq; seos crinib; ac fuppuris, largo etià lachrymaru lapsu,
 abiectis omnibus, prodeutes scimus & reru dulcium abstinentia le vsq; ad extremu lagore
 macerabant, donec Zemi recocillatos esse sentirent. Hæc Jacobus Canizares & laboru fo-
 cil. Si quis ego castum illustri me princeps punitaberis, deceptos à Bouitis dico sacerdo-
 tibus & medicis fallaci arte aliqua magira vel prestigiariora iudicare. Süt enim auguris ma-
 xime dediti à maiorib; quib; nos in inferna sese numina frequerit ostentabant, dictabantq;
 madata, vti late in primis decadi b; Sunt & in putato cõnenti cerimonis in anibus alicubi
 merito referendis impliciti. In grege flumè Dabaiba, quod vti Nilus per hostia plura in mare di-
 citur Aegyptiu defluere, ita & in Vrbæ aureæ Castellæ sinum & Nilo maior delabitur, ad
 colant incolæ suo loco sitas, Ritus ignotos mihi hæc em, per Dariens Colonos nuper de-
 los, referamus. Dabaiba, vti & flumini, simulachro nomen est, huius sacellu ab Dariene di-
 flumiecaus quadraginta circiter, ab distatib; maxime regionib; immolada certis anni tẽpo-
 ribus reguli mactia mstant, frequeribus etiã cõcurribus populi adorant locu. Corã numi
 ne suo mactia p singulari, nox cõburrunt, grati fore simulachro Hamãtem illum odorẽ ars
 bitrãtur, vti nostris cõstitit; cere lumẽ, aut thuris fumũ. Ab irato illo numine cõtra proauro
 rumu memoria flumina cunãta fonteq; inquitur defecisse. Paritẽ maiorẽ hominu illarum
 regionu pre sitã inedia intensis, qui supserunt motans omnib; locis derelictis, ad pro-
 pinqua mariæ quora descendendo, putens in littore effolis pro fontib; vios fuisse. Idcirco
 guli quisq; tãte la bis memores pre timore pso suos habet domi sacerdone, ac facella antem
 ralis circõdãta, quæ singulis verrunt & abstergunt die bus, iudicãt ne in eis minor ali
 quis, aut situs nec herba quilib; aut sordes alia insint. Quando à suo reguli simulachro parti-
 culari, soles vel pluuia, aut simile aliud, quo indiget vicinia, cogit expolere, cum suis sa-
 cerdotibus pulpitu in sacello domestico sibi cõsõndit, inde nõ discessit, donec à numine
 orato postulat im petrarint, precib; efficacibus & ientis actibus insunt, effragitant, vt
 voti cõpotes efficiãtur, ne deserãtur orant supplicis. Cui deo fundant suas preces interroga-
 ti, et qui eos loq; ac lumã & insubilia cunãta creauit, & à quo bona cunãta procedũt, re-
 spõdẽte prædicant Hispani præsentis. Eius creatoris, Dabaiba generale in illis regionib;
 nomen, genitricẽ fuisse inquitur. In mercedum regulus & comites seplo aslant orantes, popu-
 las quantuuis sese, ita piasus, mactat grauis; ientis, nihil enim cibi aut potus co-
 pore sumit. Quanto vero die, ne stomachus tãta curie angustatus grauetur, solã ex mactia
 farina liquida; pulvis forbitione ventri porrigit. Quo paulatim defectas reformant vires. Sed
 xaditu nõ ineptum est quo ad sacra vocentur modo, quibus ve instrumentis vtãtur. Auri sacra
 sũt vrgite, serunt vna die rã Hispani cõcta valada manu armatorũ ad eius Dabaiba flumi-
 nis ripos percurrẽdas. Ab regulo in quẽ incidẽtur pãligato, auri penõriũ habere nullũ
 circiter quatuordecim in variis deductõri formas, p pulchre laboras, inter quas tres tubas
 aureas, totiq; aureas repererunt cipanas, cipanaru vna penõriũ erat põderis siccõrõriũ,
 minores alie. Interrogat ad quid mntulerit tubaru & cipanaru opera vteretur, ad fello; de-
 rum & fadorũ leticia excitandã tubaru cõcentibus vti solere respõditte ferunt, campanaru
 ve strepitu ad populũ ad sacra vocandũ. Cipanaru lingue; more nostro sabrefacte videbã-
 tur, sed cadide adeo lucide, q; vt primo aspectu, nisi longitudo obstitisset, ex vntionibus aut
 vntionũ cõchilib; factas fuisse putassent nostris, ex piscã offibus formatas intellexerit. Sua
 ni autem ac dulci sonitu mulceri audientũ aures, licet aut tinnitus hebes esse solet. Labra
 cipanaru agitate lingue libant, vti videmus in nostris. Aurea mille tercentũ more nostro
 rum, tintinabula lapide resonantia, braccula; q; auree quibus includunt nobiles virilia, su-
 niculo post tergum ligatæ gossam pino, inerat pãdæ. Sacerdotibus eorũ expedit ab om-
 ni libo canere, si quis à casto cõsilio polurus repererunt, vel ob vrbis lapidib; interiret, vel
 cõvenerit, deo illi fatõr; placere pudicitia arbitrãtur. Quo tempore seiuat & orationib; inã-
 dif, ita fricatq; facie cũ aliis pãti semp ambulat, manib; atq; oculis in cõclũ erectis vtiat,

Tristes et
fancior sa-
dite Zeme

fallaci
Bouitas.

vnti
cõvenerit
Erebre
rã fã
vcolat.
Et dõ
icantia.

can-
re
re
ad An-
popu-

Seorion
is abfano
tis gram.
vnti
vnti

8.—Fol. CII, con anotaciones, del ejemplar de las Décadas de Mártir que perteneció a Zumárraga.

yo entiendo el provincial por frayes, asu m^{te} y general y al papa y es
esta la necesidad q ay dello, q vemos q no ay xianidad donde ellos
no pisar. El S. Virrey da diezmos duados, yo nens castillanos
y mas les figa das y ellos no jfiero q dicese mas, para flores y matolesta
y cada año dare mas como lo obligado. y si se haze lo q ay digo de don
yo aceptar la pensión de dar cada año trescientos ducados por los años
y los frayes al visorrey. y así viendo cada año q no se ay el pasaje
se hincorrala ena dello, y nose q mejor poblado, y seia a figura de
enya y su m^{te} y los de su ofiço aborrazian imposuridades de frayes.
yo seia desfragada su real const^a. El Virrey dice q hastrido mas de un
vez sobeido y en no venia frayes desmayá los q acen ofiço q ala verdad
traujan muchos, y es en su mano transfer por, sea d. m. en ofiço
q vengan muchos / y digo mas q desde q me doçinos venian a
yo emi miera yo biuere, y nose q mejor corregimjeto, lino ena
tal pensión q rra yo somo. Sobre mi miera biuere / mje d. m. s. y
digo algo, y quando nose hiziere nada dello q digo, q sea no le meçio
y sea q no desino mahis, y sirva agora ala casa dela moneda romana
cargo del pasaje de los frayes, y nose razon por q nose haga, fi no el
no estar estos. S. del consojo aca. El p. guarda de Mexico dice q
compro puse q sino la dan frayes no no oluer aca, E yo digo q se hazen,
q sean por sea ya, por no poder sufrir el trabajo. y asi se nos mueren muchos
de pure trabajo, asi se nos murio fi mje de valencia de pura yma y hay
gancia de frayes y el año pasado y fi antonjo de ciudad de q agora
provincial da en año aca ofiço eno. y este domingo q yo le lleue a p^{re}dicar
volijo tal q de pura flaxa se cabe de su estado, y puede como, y eno
do. m. q solas las q se fiesion de los indios y aprenden su lengua, con adu-
apia y como tortugas y agua desmayá en el su y cuerpos, y si los de
aca se nos mueren, y dalla no vienen, yo y todos desmayaremos. Los
dijos daca q somos sino ciegos q nos guyan estos, y fuisiando nos ellos
q sera de nos sino q nos guyan otros negros y ya todos a la boyra del ofiço.
por un solo dias se ayre, y ad y lega de nos dar la gra y q lo struamos
nos no sendo la m^{te} y casa de d. m. y de y guarde con creçtencia
del estado y de lo de mas q do. m. de sea E yo le deice con la S. domin Juan
E pus hyas. de Mexico, visorrey de sti thomas apostol indiano. de 1537.

de d. m. Continuo reader y cargo fuyda aduq p^{re}mid oído.

Juan de
Mexico

UTOPIAS DEL RENACIMIENTO Y RENACIMIENTO DE LA UTOPIA

CON el título de UTOPIAS DEL RENACIMIENTO, el Fondo de Cultura Económica, de México, ha sacado a luz, en un volumen, perteneciente a su Sección de Ciencia Política, la UTOPIA, de Tomás Moro, LA CIUDAD DEL SOL, de Tomaso Campanella y LA NUEVA ATLÁNTIDA, de Francisco Bacón. De las dos primeras obras, ésta es la primera edición española en versión directa del latín, lograda con mucho pulimento y prestancia, respectivamente, por el eminente humanista don Agustín Millares Carlo y por don Agustín Mateos. La versión de la tercera obra, publicada originalmente en inglés, iba a ser también la primera directa en español, de no haber sido porque algunas demoras en la impresión hicieron que circulara primero en el mercado la versión, directa, del profesor don Juan Adolfo Vázquez, publicada por la Editorial Losada, S. A., de Buenos Aires. Esta coincidencia, sin embargo, no amengua el mérito de la tersa traducción lograda por Margarita V. de Robles.

Precede a las UTOPIAS un penetrante estudio preliminar de Eugenio Imaz, intitulado *Topía y Utopía*. Marca en él los puntos sobresalientes de las tres obras y establece entre ellas un adecuado parangón. Nos hace notar así el carácter benigno, humanitario y humanista de la UTOPIA de Moro, el ensayo de normación deliberadamente científica hecho por Campanella en su CIUDAD DEL SOL y la índole cortesana y tecnocrática del inconcluso paradigma de Bacón. Respecto a la obra de Moro, nos trae a cuento la influencia ejercida por ella en establecimientos coloniales de América, tales como los de don Vasco de Quiroga, según lo ha puntualizado eruditamente Silvio Zavala. Por lo que la *Utopía* —dice Imaz— resulta algo *terrenable*, de intención práctica e inspirada en las condiciones de vida de América.

Pero Imaz no se limita a una explicación y comentario general de las Utopías del libro. Imaz emprende una defensa de la utopía. Le sustrae las implicaciones peyorativas que el lenguaje vulgar, reforzado con las pretensiones del *socialismo científico*, ha impuesto al término, y sitúa el utopismo dentro de su debido marco histórico,

señalándolo como un movimiento fundado en los mejores datos filosóficos y científicos de la época. "Fue la ciencia de su tiempo la que dió origen a la UTOPIA", comienza diciéndonos Imaz, y concluye: "Y así se establece para nosotros la utopía, que había estado peregrinando desalada por los espacios, en el terreno más firme del tiempo, en la actualidad, porque ya no es un ideal al que habrá de acomodarse la realidad, sino un movimiento real que suprime las condiciones actuales al moverse teniéndolas en cuenta".

*

Actualidad de las utopías. Es la primera cuestión que se propone al lector un poco avisado. ¿Para qué reeditar, en esta época tan ufana de su ciencia, los sueños idealistas de unos especuladores filosóficos de hace tres siglos? ¿No es esto más para curiosidad de los eruditos que para iluminación de una cultura traspasada por problemas tan actuales como urgentes? ¿Vamos acaso a buscar el remedio de nuestros males en la imagen fantástica de una isla de UTOPIA, o una CIUDAD DEL SOL, o una NUEVA ATLÁNTIDA?

Para comprender la actualidad de las utopías es necesario atender a las indicaciones de Imaz y restaurarles su sentido real, así como establecer su validez en la esfera de la sociología. Es lástima, repetimos, que en esta labor tropecemos con la predisposición creada por el uso vulgar del vocablo, que le hace denotar una como ensoñación estúpidamente optimista. Y aun consiente en ello la propia Academia al darnos la siguiente definición: *Plan, proyecto, doctrina o sistema balagüicio, pero irrealizable*. Mas no sería la primera vez que tuviésemos que arremeter contra un uso vulgar, para devolverle a un vocablo sus títulos nobiliarios.

¿Qué son y por qué aparecen las utopías? Los autores de las grandes utopías no han sido meros soñadores sentimentales, sino hombres que han representado lo más alto de la cultura filosófica y científica de su tiempo. Desde Platón hasta H. G. Wells, los utopistas no han sido visionarios ignorantes. Han querido incorporar a la sociología las mejores luces filosóficas, políticas y científicas de su época. Al proyectar un tipo de sociedad ideal, no han querido distraer la imaginación, sino exponer los principios que, a la luz de los mejores conocimientos accesibles a su edad, les parecen fundamentales y más prácticos para lograr una convivencia humana feliz y próspera. Al descubrir los males sociales de su siglo, no han podido menos que pensar profundamente en cuál habrían de ser los remedios.

Ningún gran pensador puede sustraerse a esta preocupación ni dejar de pensar en un tipo de sociedad mejor que el existente. Las utopías tienen toda la seriedad y el valor de las grandes construcciones sociológicas.

Toda la cuestión está en la forma de la exposición. Una vez que se ha reflexionado sobre las deficiencias de la sociedad actual y se ha dado o creído dar con los remedios esenciales de ellas, éstos pueden exponerse de varias maneras. Se puede emprender la confección de un voluminoso, árido y grave texto de exposición metódica, abstracta y erudita. O se puede apelar a la forma amena y más influyente de la narración, por ejemplo, de un viaje a un país imaginario en que se hallan en práctica las soluciones que se proponen: ésta es la utopía. Pero la ficción no está sino en la forma de la exposición, no necesariamente en la substancia. Esta puede ser tan *científica* en un caso como en el otro. LA NUEVA ATLÁNTIDA no es sino el cuadro de una sociedad en que la ciencia es la clave de la felicidad universal. Es, pues, una *utopía científica*. La escribió justamente el hombre que, al rebelarse contra la escolástica en su *Novum Organum*, echó los cimientos de la investigación científica moderna.

Pero a la vez que las utopías reflejan el estado de la ciencia de sus tiempos—y por este flanco podrían resultar anacrónicas—encarnan principios filosóficos que pueden ser de validez universal. Y en esto reside su actualidad. Ciertamente hay que desgajar detalles y minucias para llegar al tronco del principio esencial, que sirve de base a las instituciones utópicas. Y entonces hallamos que estos principios son los que de nuevo están sometidos a enconadas discusiones en nuestros días. Santo Tomás Moro condena la propiedad privada, pero mantiene la santidad del matrimonio y de la familia; en materia religiosa, establece la más amplia tolerancia. Campanella desarrolla interesantes teorías que hoy se llaman eugenesia y lleva aún más lejos el comunismo de la UTOPIA. Bacon entrega la suerte de la sociedad a los hombres de ciencia. Entre unos y otros proponen formas de administración y gobierno al través de las cuales pueden percibirse ya la idea aristocrática, ya la democrática representativa, ya la monárquica constitucional, etc. Y abundan también ideas sobre el cuidado de los enfermos, los ancianos y los inválidos; sobre organización judicial; sobre educación, etc. Todos éstos son puntos que están aún sometidos a discusión y en que la voz de hombres de otras épocas resulta de extraordinario interés, si bien no habrá de tomársela como oráculo infalible.



Tiene razón Imaz al protestar contra la rigurosa contraposición que se ha hecho de lo *utópico* y lo *científico*. Un socialismo rigurosamente científico sería aquel que se forjara bajo la dirección exclusiva de la ciencia. Para allá iba en su NUEVA ATLÁNTIDA el científico Bacón. Su *Casa de Salomón* es una congregación de sabios que dirimen todas las cuestiones y deciden el curso y destino de la sociedad. Bacón creía que ese era el camino de la felicidad humana. Como no concluyó su obra, no podemos saber hasta dónde estaba dispuesto a ir en esa dirección. Quizá el humanismo renacentista que alentaba en él habría suavizado de alguna manera el rigor científico del cuadro que nos dejó apenas esbozado. Pero ¿realmente se podrá, por las vías exclusivamente científicas, lograr la felicidad del género humano?

Sin proponerse escribir otra NUEVA ATLÁNTIDA, pero en realidad tomando en sus manos el hilo cuyo cabo suelto dejó Bacón, otro gran filósofo y hombre de ciencia, de nuestros días, ha completado el cuadro. Sir Bertrand Rúsell, en su *Panorama Científico*, pinta el estado, verdaderamente horripilante, de una civilización científica. El aumento de la ciencia, según él, es uno de los ingredientes de una civilización feliz, pero no basta por sí mismo; necesita ir acompañado de un aumento de sabiduría, entendiéndose ésta como "*una concepción justa de los fines de la vida*". "*Esto es algo —se apresura a recalcar Rúsell— que la ciencia por sí misma no proporciona*". Abandonar el mundo a la ciencia, con olvido de los valores que no surgen de la ciencia y a los cuales ésta debe servir, equivale, nos asegura Rúsell, a entregarlo a la destrucción. Sería pavoroso el destino de un mundo en que la técnica científica mandase sin freno alguno. "*La sociedad científica, en su forma pura —que es la que hemos tratado de representar—, es incompatible con la persecución de la verdad, con el amor, con el arte, con el deleite espontáneo, con todos los ideales que los hombres han protegido hasta ahora*". "*La sociedad científica del futuro, tal como la hemos imaginado, es de índole tal, que en ella el impulso-poder ha dominado por completo al impulso-amor, y éste es el origen psicológico de las crueldades que corre peligro de fomentar*".

La guerra actual nos está haciendo ver y sentir los horrores que puede causar, cuando está en plan de destrucción, la técnica científica. De esta nueva tragedia, el género humano tiene que salir más que nunca desengañado de su pueril confianza en la ciencia pura, o no habrá para él esperanzas de salvación. La técnica espiritual de la

nueva postguerra será un creciente y angustioso retorno a asirse de aquellos grandes principios morales y espirituales a los que tendrá que subordinarse la técnica científica, para construir en vez de destruir, para labrar la felicidad en vez de la miseria de los hombres, para llevar, no al infierno de la civilización descrita por Rúsell, sino al estado de felicidad anhelado por los utopistas.

Esta búsqueda ardiente de principios superiores de los cuales deba hacerse servidora la técnica, este anhelo de progresar en una conformación social regida por normas que hagan más posible la felicidad de la especie humana, es precisamente lo que hace inminente el renacimiento de las utopías, en el sentido legítimo y redimido de la palabra. En realidad, la cadena de construcciones utópicas no ha sido interrumpida desde los días remotos de Platón. *La Ciudad de Dios*, de San Agustín, llena con su majestad varios siglos y constituye la inspiración de la vida y obra de la Iglesia durante un prolongado lapso. Luego, tras las que se reúnen en el volumen que comentamos, la *Oceana* de Hárington ejerce profunda influencia en las instituciones políticas americanas. Y así otras, como la *Christianópolis* de Andreae, la *Fábula de las Abejas*, de Mandeville, y el *Telémaco*, de Fenelón, en el siglo XVII; más tarde, *El Año 2440*, de Mercier y el *Relato de los Césares*, de Burgh, en el XVIII; y el *Viaje a Icaria*, de Cabet, el *Erewhon*, de Bútlér y la *Raza Futura*, de Búlwer-Lytton, en el XIX, hasta los fascinantes relatos de H. G. Wells, en nuestro tiempo.

Así las utopías mantienen la mirada del hombre en un mundo mejor y lo mueven a mejorar el mundo en que vive. ¡Ay del día en que los hombres dejen de soñar en una sociedad mejor! Cuando el profeta quiere describir el resurgimiento de Israel, comienza diciendo: "Y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; y vuestros mancebos verán visiones, y vuestros viejos soñarán sueños". Sueños y visiones, utopías, pero que no sean simples fantasmas de la imaginación echada a volar sin coto, sino *fruto del espíritu*, producto de un vigoroso movimiento interior que se nutre del amor a la verdad, y del anhelo de justicia, y que se apoya en el conocimiento, en la sabiduría y en la voluntad.

No es necesario detenerse en los detalles, ni aceptarlos íntegramente, para justipreciar la validez de las utopías. Ciertamente, los programas minuciosos se ajustan demasiado a un restringido momento histórico, para poder servir de guía absoluto en otras épocas y tiempos. La universalidad debe buscarse en los principios, valederos para todo tiempo y lugar. Por eso Jesucristo, que se propuso transformar de raíz la vida humana, no nos dejó trazada una utopía. Sembró

principios vitales, gérmenes de secular fecundidad, que traspusieran el marco reducido de las instituciones de una nación y de una época. Pero queda a cada generación forjarse su propia utopía, su idea de cómo debe ser, basada en esos principios eternos, la configuración actual de la sociedad, y lanzarse con denuedo a trabajar por su realización.

Así lo están viendo ahora hombres como Jacques Maritain que, en su *Humanismo Integral*, nos ha ofrecido su concepción de la ciudad cristiana para nuestros tiempos, que él llama *la nueva cristiandad*. Grupos vigorosos de jóvenes, como los de *Esprit* y *L'Ordre Nouveau*, en Francia, laboraban en la misma dirección hasta antes de la guerra. Berdiaeff, el gran pensador ruso, trabajaba en el mismo sentido rodeado del grupo *Novi Grad* (la ciudad nueva). Son los albores del renacimiento de la utopía.

Y no nos inquiete lo *irrealizable* de nuestra visión. Una cosa puede ser irrealizable, si se entiende una realización completa, plena y absoluta. Pero puede ser perfectamente realizable, cuando se va progresando en su aplicación, cuando se van dando pasos reales y seguros en dirección al ideal. Esto es lo que Reinhold Niebuhr ha expresado paradójicamente llamándole *la posible imposibilidad*. Quizá nunca se logre la felicidad perfecta del hombre sobre la tierra, pero eso no debe vedarnos el trabajar por una mayor felicidad. Quizá nunca podrá imperar la perfecta justicia en el mundo, pero no por eso vamos a dejar de luchar por la mayor supresión posible de las injusticias. Quizá jamás entraremos en posesión absoluta de la verdad, mas menguado ánimo sería el que, por tal razón, se conformase con la mentira. Todos los progresos de la ciencia, todos los beneficios que el género humano ha recibido, proceden de la fe, la perseverancia y el entusiasmo de hombres y mujeres que tuvieron visiones y soñaron sueños de un mundo mejor. Los grandes hombres de ciencia han sido, en su médula, grandes utopistas.

En nuestra concepción de la nueva sociedad—la utopía del siglo XX— resulta de alto valor comparativo recordar lo que concibieron, con el mismo propósito, los grandes utopistas de los tiempos pasados. Por debajo de los detalles y las formas concretas, podemos hallar corrientes de ideas en que podemos abreviar provechosamente. La reedición, pues, de las **UTOPIAS DEL RENACIMIENTO**, es de valor y actualidad sumos. Contribuye poderosamente al renacimiento de las utopías.

Pedro GRINGOIRE.

HISTORIA VIEJA Y ACTUAL

AMÉRICA de los misterios: dura, opulenta, edén o infierno verde, blanda y ríspida, oculto asilo de la edad de oro, selva temerosa, quetzal y tigre, serpiente de alada fascinación, venero de leyendas, imán de ambiciones.

Castilla. España. La imperial. España de Isabel la grande, la católica, y de Carlos V. La de los claros varones y de los comuneros. La de caballerías a lo divino y a lo humano. España testaruda, tesonera, indomeñable. Señora de sacrificios y alucinaciones.

Alemania, de donde viene el Emperador. Alemanes, que lo rodean, lo compran, lo ligan; y mediante títulos de crédito adquieren títulos de nobleza, empleos y acciones en el negocio de los descubrimientos y conquistas, fieles al apetito de espacio vital, empeñados en suplantarlo a las mesnadas miserables que a fuerza de audacia están ganando el mundo.

América, España y los apetitos alemanes rinden las tres líneas cuya ingeniosa combinación—vertical, horizontal, oblicua—nos entrega el animado cuadro de *LOS ALEMANES EN LA CONQUISTA DE AMÉRICA*,¹ que acaba de realizar el escritor colombiano Germán Arciniegas, quien con ello robustece su prestigio continental.

Es evidente la intención de hacer historia, diagnóstico y pronóstico modernos con elementos antiguos; calcar palpitaciones actuales en la escenografía y con el elenco del siglo XVI; mas con tan fino modo, por tan agudas alusiones, con tal agilidad, que la parábola no rompe su trayectoria con caídas a plomo, ni siquiera con desviación alguna momentánea, que acercándose a las circunstancias reales, anularían la fuerza del *ejemplo* y atarían el libro en los tremedales del panfleto de propaganda o en la hueca sima del énfasis oratorio inflamado con sucesos recientes, faltos de perspectiva. No necesita el autor ensuciar sus páginas con los nombres de los caudillos y caudillejos que agobian el presente del mundo, con recuerdos inmediatos que avergüenzan a la humanidad en la hora de ahora, o con adjetivos enderezados a calificar y planir las miserias que son el pan de nuestros días. La sola fuerza del paralelismo consigue indirecta y eficazmente suscitar las an-

1. GERMAN ARCINIEGAS. --*Los alemanes en la conquista de América*. Editorial Losada, S. A. Buenos Aires.

gustias que padecemos y, sobre todo, la esperanza firmísima en el destino de nuestra estirpe. Tal es el mérito primario—político y poético—, del nuevo libro de Arciniegas. El desarrollo metafórico que, por una parte, oculta uno de los términos de la alegoría y, por otro lado, carga de nítidas significaciones lo parabólico, desata raudal de fuerzas en apoyo de la intención apostólica que se mueve tras la historia de los empeños alemanes, en el siglo XVI, por inmiscuirse en el gobierno de España y en la conquista de América.

Un delicioso capítulo en que se reconstruyen los rasgos cautivadores de Isabel la Católica, "*voluntad viril*" a quien Fernando del Pulgar, quizás sin darse cuenta de ello, incluye en su galería de LOS CLAROS VARONES DE CASTILLA, inaugura el libro de Arciniegas; carga el acento aquí en la cláusula testamentaria de la Reina, que manda no dar empleos a extranjeros, pues ha comprendido que su afán de unir su sangre con la casa de Austria, ha abierto la puerta para que los Habsburgos se mezclen en los negocios del reino. A la muerte de Doña Isabel, comienza la penetración: "*Antes que la embajada de la nobleza, ha llegado a ciertos lugares de España la de los comerciantes, los impresores, los banqueros, los capitalistas alemanes que allanan el camino. . . Este sistema de penetrar previamente los países que van a conquistarse, con embajadas de sencillos mercaderes de aspecto despreocupado e inofensivo, se conoce en España de tiempo atrás.*"² Y el capítulo termina con el advenimiento de Carlos I al trono de la Reina Católica, con los apuros económicos para obtener la corona del Imperio y con el préstamo que los banqueros alemanes hacen al Rey, mediante lo cual "*se les abrirán las puertas para penetrar financieramente en España, para ir a la conquista de América, para desalojar a empujones a los castellanos en la corte, en los negocios, en las conquistas.*"³ La reacción popular—nobles y plebeyos—, va sucediéndose en posteriores páginas, llenas de viveza, para luego trasladarse al áspero escenario del Nuevo Mundo, donde vienen a competir los enviados de los grandes prestamistas que han ayudado a Carlos en la compra del Sacro Imperio.

Son dos las principales casas extranjeras que intervinieron en el negocio y tratan de hacerse pagar con buenas tajadas ultramarinas: la de los Fugger y la de los Welser. El pueblo trocará el primer vocablo por la voz *fúcar*, muy usada en los clásicos mismos, como sinónimo de *rico*. (¿No por ventura, entre nosotros hemos oído que se trastrueca ingenuamente la palabra *fuehrer* por otras como *fuchi*?) Los banque-

2. Pág. 20.

3. Pág. 29.

ros no se contentarán con sacar de España el mayor volumen de riquezas; organizarán incursiones a Indias, dotados con privilegios de irritante desigualdad frente a las que obtienen los castellanos. A punto están aquellos de obtener mediante capitulación—hija de la ignorancia, la prisa y el poco aprecio que aún merecen las tierras de ultramar—, el dominio absoluto de la América del Sur. Primero pasivamente, luego en la competencia del arroyo frente a la naturaleza desconocida, más tarde por voces autorizadas en los órganos del gobierno y la opinión, España se sobrepone a los mimados competidores, a quienes, por otra parte, ni la fortuna les ha sonreído en América, ni ésta les agradece fundación alguna, sino rastros de crueldad, exterminio y saqueo, pálidos ante las peores hazañas de los peores aventureros hispanos, tanto que al destituir a Nicolás Federmann de la gobernación de Venezuela, "estuvieron aquellos señores (del Consejo de Indias), según se dijo, por no consentir que alemán alguno por su persona gobernase en estas partes".⁴

Los retratos de los conquistadores alemanes: Ehinger, Federmann, Schmidl, Hohermuth—al fondo del recio paisaje americano y en frentes, ojos y manos la rudeza de sus trabajos infecundos—, resultan magníficos por la maestría de Arciniegas, que sabe diluir los textos documentales en una forma de relato vigoroso y ameno, sin declinación en página alguna. Así resulta un libro macizo, fincado en abundosa erudición bien deglutida por la fina sensibilidad artística, que recrea y anima los documentos arcaicos, prestándoles encanto de novedad y atracción legendaria, novelesca.

LOS ALEMANES EN LA CONQUISTA DE AMÉRICA ofrecen un sensible punto de diferencia: la mal disimulada ojeriza contra Carlos V. Afirmaciones como ésta: "Si en la mano de nuestro glorioso emperador Carlos V hubiera estado decidir de la suerte de América, América no sería española", afirmación con que principia el capítulo final del volumen, es inaceptable; como lo es la insistencia de presentar al Habsburgo con el mismo desvío extranjerizante de sus primeros años, sin precisar distinciones de épocas. El Carlos que viene a España por primera vez y a quien preocupan más los negocios de Europa que los de la Península y del naciente mundo indiano, es bien diverso al Carlos que dicta las Leyes Nuevas y aun más del que, renunciando a la corona, elige a Yuste para morir. A medida que Carlos va conociendo la grandeza de América e intuyendo el porvenir de este Continente, cambia su política indianista y acorta, para finalmente suspender las facilidades a los alemanes interesados en la riqueza del Nuevo Mundo; cla-

4. Pág. 194.

ro que concurren otras circunstancias para esta determinación; pero el progresivo sentido hispano fué la causa poderosa del cambio de los manejos imperiales.

Lo que pudo haber sido, no tiene sentido alguno histórico.

El ejemplo del fracaso alemán en la conquista de América, lo tiene. Por eso cuando tras el ameno análisis minucioso, Arciniegas escribe: "*Y mientras los españoles van agrupándose, creciendo y multiplicándose al calor de la tierra americana, los conquistadores de ojos azules y barba bermeja, los factores de los banqueros a quienes basta las manos se les tornan rubias de amasar oro, se van. Habían perdido la dirección. Vuelven al Viejo Mundo, o se van al boyo en donde se confunden todos los mortales*";⁵ nos asaltan con fuerza y sin premeditación aquellas palabras que Antonio Machado supone en el donairoso decir de Juan Mairena: "*Los alemanes son los grandes maestros de la guerra. Sobre la guerra, ellos lo saben todo. Todo, menos ganarla.*"⁶

Historia antigua y moderna, porque es historiador del *pathos* y el *ethos* incommovibles de la Hispanidad auténtica—peninsular y americana—, el libro de Germán Arciniegas llega en hora oportuna con mensajes de fortaleza.

Agustín YAÑEZ.

5. Pág. 268.

6. ANTONIO MACHADO.—*Obras Completas*. Editorial Séneca. Pág. 833.

LA ETICA DEL INDUSTRIALISMO NACIENTE

ADAM SMITH, es seguramente, el representante ideológico más genuino de la época del nacimiento del capitalismo industrial en Inglaterra, precursor de aquel movimiento tan fecundo en invenciones y descubrimientos conocido comunmente con el nombre de revolución industrial, que habría de conmover hasta su raíz la composición y organización de la sociedad humana.

No es obra del azar que este fenómeno tuviera lugar en Inglaterra, sino que se debió fundamentalmente a que ahí existían suficientemente desarrolladas las condiciones materiales para que se llevara a cabo.

La nueva clase de dirigentes industriales, los comerciantes-manufactureros, anhelaban una filosofía y una teoría económica que justificara sus aspiraciones y sus exigencias.

Los filósofos ingleses de la época, entre ellos el mismo Adam Smith, les dieron una y otra cosa. Se presentó la coincidencia feliz de que el Economista fuera al mismo tiempo filósofo.

La Riqueza de las Naciones, sirvió de evangelio a la nueva corriente de actividad febril que estaba a punto de desbordarse, sin pensar con ello que se considere a esta obra absolutamente original en todo su contenido. Hay que reconocer desde luego la influencia indiscutible de los mercantilistas ingleses y de la escuela fisiocrática francesa.

En la *TEORÍA DE LOS SENTIMIENTOS MORALES*¹ por primera vez vertida al español, encontramos la base filosófica de las principales líneas directrices del pensamiento económico de Adam Smith. Puede entresacarse de su texto la substancia que informa la ética de una burguesía naciente, en un momento de la historia en que aun no conquista el poder ni la fuerza económica y que se encuentra subyugada y envilecida por los privilegios de la clase dominante.

A menudo se dice, que en esta primera etapa de su desarrollo, esta clase social adquiere perfiles revolucionarios, por su espíritu de incon-

¹ ADAM SMITH. *Teoría de los Sentimientos Morales*.—México, El Colegio de México.—1941.

formidad y de lucha y su anhelo insatisfecho de transformación. Sus ideólogos empapados de optimismo presentan la vida de los hombres y de los pueblos regida por la existencia de un orden social, el orden natural de que hablaban aquellos iluminados que se llamaron fisiócratas. La mano divina guiaba en todo y por todo las relaciones existentes entre los hombres, había pues la necesidad de un ambiente de libertad, sin jerarquías ni ordenamientos que impidieran el libre juego de las leyes naturales. Todas las calamidades de que se condolían las sociedades humanas no eran más que la obra torpe e insistente del Estado queriendo intervenir en la regulación de sus actividades.

Había pues que edificar un sistema económico en el que la libre concurrencia de los productores y consumidores garantizase el máximo de felicidad y de bienestar para cada uno individualmente considerado. Tal sistema se antoja inmutable y perfecto. Para ello había que contar con una moral adecuada, con un término medio de moralidad para evitar los excesos que pusieran en peligro la armónica existencia de la colectividad. Una virtud sin pasión, una compasión sin riesgos.

Ese es, nada menos, el conjunto de temas que se desenvuelven en el interesante libro *TEORÍA DE LOS SENTIMIENTOS MORALES*. Su valor fundamental a nuestro modo de ver, no es la discusión de las ideas que se ponen en juego en dicho libro, sino la importancia histórica que revisten. Muestran al lector la expresión viviente de los valores morales consignados como ideal para una época determinada, y por añadidura de una época de enorme importancia.

Al precisar Smith los motivos que condicionan la actividad del hombre, nos dice que las fuerzas que lo impulsan son varias: el amor propio, la simpatía, el deseo de ser libre, el sentido de propiedad, el hábito del trabajo, y la tendencia de trocar, permutar y cambiar una cosa por otra. Dentro de la rutina de la vida cotidiana, estos diferentes móviles se equilibran unos con otros, el amor propio con la simpatía por ejemplo, el deseo de ser libre con el sentido de la propiedad; pero de todos ellos se desprende el principio de que el hombre tiende por naturaleza a perseguir siempre en todos sus actos normales su interés personal y que al obtenerlo, ayudaría con creces al bienestar común. Perfecta identidad entre el interés individual y el interés social, de ahí que la mejor política a seguir era la de dejar a las gentes que persigieran infatigablemente su propio bienestar.

No deja de ser curiosa la teoría de Smith acerca de lo que pudiéramos llamar la conciencia moral de los individuos, la difícil función de distinguir lo bueno y lo malo que la encuentra el autor en el campo

de las nociones afectivas. Indica que la simpatía como una experiencia inmediata y directa "*un inmediato sentido y emoción*", es la que permite distinguir lo bueno y lo malo. Pero lo que él entiende por simpatía, no es lo que el lenguaje llano nos deja entrever, sino que resulta una noción más compleja, un tanto confusa, que a veces significa comunión con los afectos de otra persona, colocarse en lugar de otro y compartir su placer o su dolor. En otras ocasiones este proceso implica una experiencia de mayor alcance cuando se refiere Smith a que la simpatía envuelve una comparación entre la situación de una persona y la idea general que nosotros tenemos acerca de lo que es bueno o no, de tal manera que el sentido moral resulta profundamente intelectualizado.

Nos parece correcta en este sentido, la apreciación que hace Eduardo Nicol en la excelente introducción de esta obra cuando asienta que "Adam Smith no ha visto que la simpatía puede ser independiente no sólo como él dice de la compenetración afectiva, sino también del juicio de valor. No ha visto que la simpatía por alguien no consiste precisamente en compartir el sentimiento que vive este alguien, sino en otro sentimiento o experiencia más compleja, de raíz y cualidad distintas. No ha descubierto en fin, en la simpatía, una dimensión más radical: que no simpatizamos con los sentimientos de las demás personas, sino con las personas mismas".

La lectura de esta breve obra de Smith, nos lleva a meditar acerca de la relatividad de los juicios morales. No podemos dejar de hacer cierta referencia a la relación de los principios éticos expuestos por Smith y la época en que a él le tocó vivir, en que estaba floreciente una organización social nueva y hasta entonces desconocida en el mundo, y la presencia de nuestra época en que asistimos a la descomposición de este vastísimo y agrietado edificio del capitalismo, que ha dejado atrás sepultados ante el asombro de su gloria, los tímidos y distinguidos valores morales que le sirvieron para alentar su juventud, y que ahora en el ocaso, trata en vano de resucitar. Cada generación nueva tira por la borda los valores antiguos, pero no hay la suficiente energía humana para hacer de carne viviente, los nuevos valores de una nueva sociedad.

Gustavo MARTINEZ CABAÑAS.

HURGANDO EN ARCHIVOS

LA NUEVA ESPAÑA fué durante trescientos años la avanzada de la cultura española en el Continente Americano; la dilecta hija del imperio de Carlos V y Felipe II, la Colonia que llenara las arcas de Austrias y Borbones; la que heredara el glorioso nombre del pueblo que la conquistó.

En las dilatadas tierras de la Nueva España se iniciaron, con altura, los primeros trabajos misioneros; la asimilación a la cultura europea de una raza que se halló en las tierras descubiertas; la explotación de los campos y las minas, y, consecuentemente, se inició un continuo intercambio de productos, floreciendo un comercio que la ponía en estrecha relación con España.

Desde el segundo cuarto del siglo XVI comienza a crearse un pueblo mestizo y surgen nuevas formas de vida, con características esenciales que responden al convivir de conquistadores y conquistados.

La encomienda indiana es el primer paso para cubrir la necesidad apremiante de mano de obra para los trabajos por desarrollar en estas tierras; surge después la conveniencia política de premiar a los soldados a los que se señalan tierras y tributos, pasando este último gravamen de manos de señores mexicanos a los del Rey y conquistadores.

La minería toma un auge inusitado desde que se sabe la existencia de oro y más todavía cuando se inician las grandes expediciones para la búsqueda de ricos filones. Bartolomé de Medina, implanta en el Real de Minas de Pachuca, nuevos métodos de beneficio de metales y se inicia el comercio del azogue, procedente de Almadén en España, de Alemania y después con el extraído de los ricos yacimientos de Huancavelica en Perú.

Por Real Cédula de 5 de febrero de 1524 se ordena el cobro del quinto real en todos los metales que se extraen de las minas y viene a ser este el mayor de los ingresos de la Colonia. Las minas y sus riquezas, el comercio y la falta de signos de cambio obligan al gobierno español a fundar casa de moneda en la ciudad de México y posteriormente en otras que van surgiendo.

El comercio español hace florecer los puertos de desembarque de Veracruz y Campeche y con esto se establece el cobro de impuestos y derechos que gravitan sobre las mercaderías, aumentando su precio.

Van imponiéndose al correr de los años, percepciones tales como las de almirantazgo, almojarifazgo, avería, armada, anclaje, lastre, comisos, y aun en Veracruz se cobran los derechos de muralla para la construcción y reparación de ésta y el medio real de hospital para el sostenimiento del que allí existía.

Las urgencias de la corona, el constituir algunos productos jugosa fuente de ingreso, y el deseo de control, justifican que la Corona retenga en sus manos el comercio de la sal y del azogue, el del tabaco y los naipes y aun el de la nieve, creando estancos cuyos productos se remitían a España.

El Estado, en el creciente aumento de sus necesidades, busca nuevas formas de arbitrarse fondos y en 1632 establece la media annata que, teóricamente y en sus principios, es la retención de la mitad del primer sueldo anual devengado mediante cualquier cargo oficial o militar. Impuestos personales semejantes vienen a ser las mesadas eclesiásticas, las lanzas, los montepíos y la contribución de eclesiásticos.

Por sus exacciones no es de menos interés el ramo eclesiástico. Tenemos así la Bula de la Santa Cruzada, con fines de intensificar y propagar la fe católica; el subsidio eclesiástico, los diezmos, las rentas de vacantes y otras tantas percepciones de poca monta.

Cuando la expulsión de los jesuitas en 1767 de todos los dominios españoles, la Real Hacienda de Nueva España, se encargó de sus bienes creándose para este efecto la Dirección de Temporalidades. Sus papeles nos informan de la Conquista espiritual que realiza la Compañía en las Californias y otras lejanas tierras.

Las Islas Filipinas, ahora por la guerra sacudidas hasta sus entrañas; durante la época de la dominación española, vivieron en estrecho contacto con la Nueva España por ser ésta el paso necesario para sus relaciones con la metrópoli y porque suplía las más de las veces los gastos de su administración. La vecindad de Filipinas con China, Japón y Las Molucas, países de grandes ventajas comerciales, hizo ver la posibilidad de introducción en los dominios americanos de porcelanas y artículos orientales que llegaban a Acapulco en la Nao de China. La vida económica de Filipinas debe estudiarse en los archivos mexicanos.

La documentación de primera mano relativa a los ramos administrativos por la Real Hacienda de la Nueva España, y otros más en que tuvo intervención, se conserva a la fecha, en el Archivo General de la Nación, considerado como el más valioso del Continente Americano.

Poco o ningún caso se les había dado a estos viejos papeles pero desde 1939 la Secretaría de Hacienda ha comenzado a seleccionar el

material, a clasificarlo y archivarlo y finalmente a dar a la luz pública la GUÍA DEL ARCHIVO HISTÓRICO DE HACIENDA,¹ donde los estudiosos de nuestra economía pueden encontrar material suficiente para investigaciones que transformen por completo los conceptos que hasta ahora aparecen en las historias.

La Guía está dividida en los diversos ramos que se llevaban en la época de la Colonia, pero como el material es muy abundante, y no es posible conocerlo desde un principio, en su integridad, se publica en hojas sueltas —intercambiables, por ramos y en orden cronológico— a medida que van encontrándose nuevos documentos.

Este movimiento tendiente a la valorización de nuestros fondos documentales, coincide con el realizado en Argentina, Perú, Venezuela —recuérdese la obra meritoria de Vicente Dávila—, y en otros países. Algún día, después de la depuración, podrán tener orientaciones insospechadas los historiógrafos americanos.

José Miguel QUINTANA

¹ SRIA. DE HACIENDA Y CREDITO PUBLICO.—*Guía del Archivo Histórico de Hacienda. Siglos XVI a XIX*.—México, 1940.

Dimensión Imaginaria

EL CORAZON MAGALLANICO

Por Pablo NERUDA

Despierto de pronto en la noche, pensando en el Extremo Sur.

DE DÓNDE soy, me pregunto a veces, de dónde diablos vengo, qué día es hoy, qué pasa, ronco, en medio del sueño, del árbol, de la noche, quién es, pregunto, y sigo y salgo y solo, y una ola se levanta como un párpado, un día nace de ella, un relámpago con hocico de tigre.

Viene el día y me dice "Oyes el agua lenta, el agua, el agua sobre la Patagonia?"
Y yo contesto: Sí, señor, escucho.

Viene el día y me dice: "Una oveja salvaje lejos, en la región, lame el color helado de una piedra. No escuchas el balido, no reconoces el vendaval azul en cuyas manos la luna es una copa, no ves la tropa, el dedo rencoroso del viento tocar la ola y la vida con su vacío anillo?"

Recuerdo la soledad del Estrecho.

La larga noche, el pino vienen a donde voy.
Y se trastorna el ácido sordo, la fatiga,
la tapa del tonel, cuanto tengo en la vida.
Una gota de nieve llora y llora en mi puerta

mostrando su vestido claro y desvencijado
de pequeño cometa que me busca y solloza.
Nadie mira la ráfaga, la extensión, el aullido
del aire en las praderas.

Me acerco y digo, vamos. Toco el Sur, desemboco
en la arena, veo la planta seca y negra, toda raíz y
roca,

las islas arañadas por el agua y el cielo,
el Río del Hambre, el Corazón de Ceniza,
el Patio del Mar Lúgubre, y donde silba
la solitaria serpiente, donde cava
el último zorro herido y esconde su tesoro sangriento
encuentro la tempestad y su voz de ruptura,
su voz de viejo libro, su boca de cien labios
algo me dice, algo que el aire devora cada día.

*Los descubridores
aparecen y
de ellos no queda
nada.*

Recuerda el agua cuanto le sucedió al navío.
La dura tierra extraña guarda sus calaveras
que suenan en el pánico austral como cornetas
y ojos de hombre y de buey dan al día su hueco,
su anillo, su sonido de implacable estelaje.
El viejo cielo busca la vela,
nadie
ya sobrevive: el buque destruido
vive con la ceniza del marinero amargo,
y de los puestos de oro, de las casas de cuero
del trigo pestilente, y de
la llama fría de las navegaciones,
(cuánto golpe en la noche (roca y bajel) al fondo)
sólo queda el dominio quemado y sin cadáveres,
la incesante intemperie apenas rota
por un negro fragmento
de fuego fallecido.

Sólo se impone la desolación. Esfera que destroza lentamente la noche, el agua, el hielo,

extensión combatida por el tiempo y el término,
con su marca violeta, con el final azul
del arcoiris salvaje
se sumergen los pies de mi patria en tu sombra
y aúlla y agoniza la rosa triturada.

Recuerdo al viejo descubridor. Por el canal navega nuevamente
el cereal helado, la barba del combate,
el Otoño glacial, el transitorio herido.
Con él, con el antiguo, con el muerto,
con el destituído por el agua rabiosa
con él, en su tormenta, con su frente.

Aun lo sigue el albatros y la sogá de cuero
comida, con los ojos fuera de la mirada,
y el ratón devorado ciegamente mirando
entre los palos rotos el esplendor iracundo,
mientras en el vacío la sortija y el hueso
caen, resbalan sobre la vaca marina.

Magallanes. Cuál es el dios que pasa? Mirad su barba llena de gusanos

y sus calzones en que la espesa atmósfera
se pega y muerde como un perro náufrago:
ya tiene peso de ancla maldita su estatura,
y silba el piélago y el aquilón acude
hasta sus pies mojados.

Caracol de la oscura
sombra del tiempo,
espuela
carcomida, viejo señor del luto litoral, aguilero

sin estirpe, manchado manantial, el estiércol
del Estrecho te manda,
y no tiene de cruz tu pecho sino un grito
del mar, un grito blanco, de luz marina,
y de tenaza, de tumbo en tumbo, de agujijón demolido.

Llega al Pacífico.

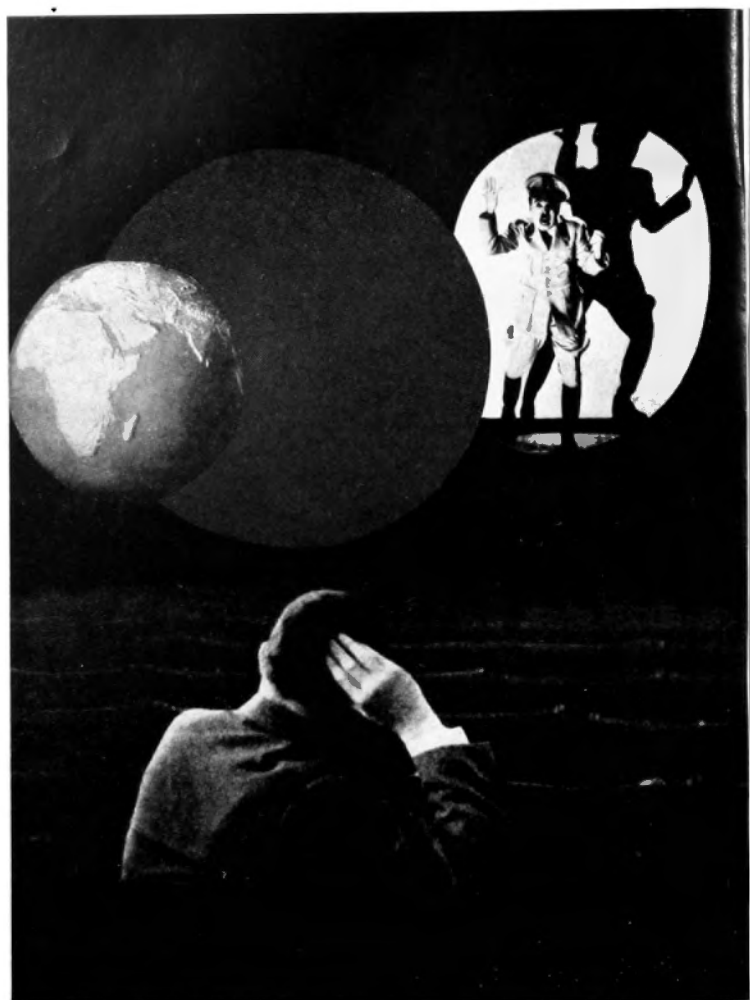
Porque el siniestro día del mar termina un día,
y la mano nocturna corta uno a uno sus dedos
hasta no ser, hasta que el hombre nace:
y el Capitán descubre dentro de sí el acero,
y la América sube su burbuja
y la costa levanta su pálido arrecife
sucio de aurora, turbio de nacimiento
hasta que de la nave sale un grito y se ahoga
y otro grito y el alba que nace de la espuma.

Todos han muerto.

Hermanos de agua y piojo, de planeta carnívoro,
visteis al fin el árbol del mástil agachado
por la tormenta? Visteis la piedra machacada
bajo la loca nieve brusca de la ráfaga?
Al fin tenéis ya vuestro paraíso perdido,
al fin tenéis vuestra guarnición maldiciente,
al fin vuestros fantasmas atravesados de aire
besan sobre la arena la huella de la foca.
Al fin a vuestros dedos sin sortija
llega el pequeño sol del páramo, el día muerto
temblando, en su hospital de olas y piedras.



Más allá del Cabo de Hornos.



El personaje de espaldas es ADOLFO HITLER.

EL GRAN TEATRO DEL MUNDO

Por *Rodolfo USIGLI*

SÉ QUE el problema del mundo actual ha sido estudiado desde múltiples ángulos. Su oscuridad, su angustia y su esperanza de luz se filtran a través de centenares de libros y millares de artículos en torno a la democracia, al racismo, la economía, la historia, la libertad nacional, la religión, el pan-americanismo, el arte bélica, el espionaje, la ciencia, todo. Es decir, todo lo que compone el movimiento biológico y social del mundo como es. Todo menos la poesía y el drama, aunque existan poemas y piezas de teatro sobre cuya arquitectura cae la sombra de la destrucción y la guerra. Pero, en realidad, el problema no ha sido examinado desde el punto de vista de sus relaciones con estas dos artes —poesía y drama— que representan el supremo conocimiento del hombre y el supremo conocimiento del mundo. Sería prematuro anticipar el producto poético y dramático de la guerra actual. Sabemos ya que en ella los payasos se han vuelto trágicos y la farsa tragedia; pero no sabemos todavía cómo se escribirá la epopeya ni podríamos decir cuál de los dos partidos cantará al fin, aunque es probable que llegue a combinarlos. Lo interesante, sin embargo, no es esto. Lo interesante es estudiar la situación desde el ángulo del poeta y desde el microscopio del dramaturgo. Y esta guerra es una mala pieza de teatro todavía, sin unidad de lugar, sin unidad de acción, semejante más bien a una película en su desorbitada estructura. Pero toda guerra, en el fondo, no es más que un borrador del que a la larga pueden sacarse en limpio tres actos: la declaración, la batalla y la victoria = exposición, nudo y desenlace.

Como en los misterios medievales mejor que como en la tragedia griega, los personajes son materializaciones simbólicas de vicios, de virtudes, de ideales. Sin embargo, aun

hoy podría dudarse de la autenticidad de Hitler como símbolo de los ideales alemanes. Hitler es el prestimano que, en un truco maestro, anexó la vieja Austria Imperial a la futura Magna Alemania para que nadie pudiera decirle que no es alemán. Es quizás el símbolo de las ambiciones políticas —no nacionales— de ese viejo cáncer de Europa que, a través de una larga historia de fracasos, ha querido reinar sobre el mundo —desde Carlomagno y Federico Barbarroja hasta Guillermo de Hohenzollern. Es decir, es un personaje no resuelto, no formado aún, que todavía no alcanza su destino y que puede resultar un juguete de los dioses. El personaje antagónico, en cambio, tiene su destino resuelto y cuajada su forma. Es y no podrá ser más de lo que es, ni cambiará como no sea para quedar destruido, para dejar de ser. Es un personaje nato de tragedia, con ejecutoria trágica; pero su destino final no será la roca de Prometeo y sólo podrá ser el cementerio en el mar, único a su medida.

El primero ha sido personaje en muchas formas del teatro: en la opereta y en la farsa, en el drama romántico de rechinidos de dientes y pasiones tumultuosas e histéricas; en el melodrama escalofriante de la Gestapo y en la comedia burlesca del Ministerio de Propaganda. Ahora quiere evolucionar y ser, al cabo, el héroe de la tragedia. Aunque no lo quisiera, sería igual: ha agotado los papeles, será un personaje de tragedia por escalafón. Se parece un poco a Hamlet porque quiere vengar a un fantasma y asesinar a un Claudio —Tratado-de-Versalles mientras éste reza. No es un Mesías, porque los Mesías nunca surgen en el desierto, sino que brillan como un relámpago y caen como un rayo sobre el esplendor de los imperios. Todo su valor dramático reside en su locura. Sin ella, sería cualquier cosa, quizás un mal pintor. Y, según los descubrimientos de la psicopatología, es su locura misma la que le da un deslumbramiento de orden y un apego inflexible, extranatural, a un plan determinado. Quizás su plan, que lo ha salvado hasta hoy, llegue a perderlo; quizás entre los elementos que lo llevan de una conquista a otra esté el que determine su derrota. Quizás muera de un excesivo querer vivir. En su locura de realización puede estar la semilla

de la disolución y del mutis definitivo. Pero no hay que anticipar los finales sin haber considerado todos los elementos anexos al drama.

ACTO PRIMERO

Detrás del conflicto hay un motivo, casi, como en los personajes de Ibsen, una lacra heredada. En el motivo se mezclan razones sentimentales a gérmenes de morbo. Alemania ha querido siempre ser señora del continente europeo y de sus imperios. Ha luchado contra todos y consigo misma hasta integrarse, a mediados del siglo XIX, en una dudosa unidad. Ha perdido en todas sus tentativas de dominio, excepto la de 1870, victoria pírrica pagada penosamente en 1918. Hitler salvará a Alemania. El dará a Alemania no ya un mundo por descubrir y por formar apenas, sino un mundo hecho, un mundo por destruir que ciertamente ni Alemania ni él habrían creado. No es la Alemania, música del mundo; no es la Alemania, filosofía del mundo —que existía poderosamente con anterioridad a la unidad política: es la idea que él se ha hecho de Alemania, la Alemania que él ha inventado pero que, como él, no existe todavía. El la hará existir. Convertirá a Francia, Inglaterra, Rusia, a toda Europa, en el vientre de donde nacerá la nueva Alemania —un vientre fecundado con terror y con sangre. Su aliado, su amigo, cuyas ideas, por lo demás, ha copiado amplificando su magnitud y acelerando su ritmo, es también su bufón. Lo usa para recibir en él la befa, la caricatura, el insulto, la saliva del mundo entero. Sometida Europa, acabará con Italia por el puñal, por el veneno o por la bomba, como los tiranos románticos acababan con sus confidentes y asesinos a sueldo. Es joven, además. Su antagonista, el Héctor de esta tragedia, vivió hace siglos lo que él vive desordenadamente ahora. (En la historia de Inglaterra están todos los elementos de la historia del mundo). Pero Ribbentrop no es Ulises, sino un agitador. Hitler lo usa como un pájaro negro, como un nuncio de la guerra. Para realizar una guerra, ante todo, hay que hacer creer a los ejércitos que se les dará

la victoria, que pelean por una causa justa y que son invencibles. A esta gigantesca campaña de publicidad dedicó Hitler casi diez y ocho años, desde antes del *putsch* de Munich. Algunos hombres han querido sembrar la división, otros se han abstenido. Los escépticos y los desertores son asesinados. Cuando se siente listo, ataca por los costados y actúa varias veces en la obra dentro de la obra, simulando que desea evitar la guerra. Quiere justificarse, darse una coartada. Queda un punto oscuro en su espíritu: ¿Cuál es el enemigo que el fantasma le ha señalado en sus apariciones nocturnas? ¿Cuál es el hombre a quien debe matar en justa venganza, el país que debe abatir? No puede ser Francia —Francia socializante, comunizante, judaizante, como la denunció él en sus repetidas proclamas. No puede ser, porque si bien Francia ha reinado por más de cuatro siglos sobre el espíritu y el intelecto del mundo, es un país más pequeño, con menor número de habitantes, con un imperio colonial más reducido. No puede ser Francia *porque no se le parece lo bastante*. Nuestro mayor enemigo es el que más se nos asemeja. Entonces, es Inglaterra, cuya raza tiene todas las características de selección que él señala en las razas superiores; cuyo idioma tiene, por debajo de la tierra de los siglos, tantas raíces entrelazadas con el suyo; cuyo dominio de los mares es el que él quisiera poseer. Tiene que ser Inglaterra, porque ya *es*, porque la curva de su destino está cerrada. Y entonces, cuando lo sabe a ciencia cierta, cuando sabe que es al Rey y no a Polonio a quien debe matar —mata a Polonio, ataca y somete a Francia. Complejo personaje, que se parece también un poco a Edipo por cuanto le han predicho que matará a su padre y no lo cree —porque le han predicho que Alemania morirá a sus manos, y él no cree en la esfinge porque la esfinge no lo ha devorado. Es él quien la devora, por el contrario: de ahora en adelante él será la esfinge. Los oráculos no son definitivos, sino contingentes: de ahora en adelante él será el oráculo. Los dioses podrían fallarle. Lo más sencillo es desterrarlos y publicar sus destrucción: de ahora en adelante, él será todos los dioses, para no perder. Entonces ataca a Inglaterra. Y éste es el primer acto de la tragedia.

ACTO SEGUNDO

En el segundo acto nubes de conquista le llenan los ojos. Visita la tumba de Napoleón; pasa cada noche, como en un hotel de sueño, en un país conquistado. Sigue cumpliendo, paso a paso, su programa, con una lucidez y una exactitud tan evidente que sólo son propias del maniático. En sus manos la guerra se trasforma en un arte novedoso —desde el ataque por los nervios hasta el pavoroso ataque por los cielos que hace patente a sus propios ojos su situación divina. Lleva una contabilidad de pesadilla: millones de muertos, millones de prisioneros. Las naciones caen, una a una, a veces sólo para evitar la destrucción. Y en cada nación conquistada hay hombres que representan a los dioses y a los oráculos, que afirman lo contrario que él, y mientras él se ciñe el coturno de la tragedia los hace matar por una policía de melodrama. Vuelven a la vida los teatros mismos de la epopeya griega. Se recrea en este espectáculo sin precedentes que él ha creado; se sale de los márgenes del libro y, de pronto, hipertrofiado hasta el extremo, se substituye al autor de la tragedia: de ahora en adelante él será, también, el autor. Si pensara un momento, si oyera las lamentaciones del coro, si se detuviera ante una madre que llora a su niño mutilado por las bombas, si mirara las flores muertas, si se apartara un día de su programa. . . Pero no puede. Poco a poco, la obra que él cree haber creado se sale a su vez de madre y se substituye a él. ¿Será su obra misma la que venga a los dioses, a los oráculos, a la esfinge, al autor de la tragedia? Un miedo informe va apoderándose gradualmente de él, empujándolo hacia adelante siempre. Es el miedo que impide detenerse, volver la cara hacia atrás—el miedo que impide respirar. Su corazón late desesperadamente. No es ya su corazón: es el corazón del mundo el que late en su pecho a golpes aterradores. Pero esto no lo saben sus soldados. Hay que ocultarlo a todos, hasta al aire; hay que sostener esta marcha ascendente y triunfal que, de pronto, empieza a parecerse a una huida. Entonces, con erudición de archivero de teatro, desempolva y revisa la epopeya napoleónica, la enmienda en algunos rasgos, la incorpora a su plan y marcha contra su otro gran enemigo, con el que

estaba en tregua. ¿Por qué es su enemigo, mejor que Francia, que cultivaba las mismas ideas que Rusia? Porque el sistema ruso de gobierno es, una vez más, el que más se asemeja al suyo en la forma. Como un epiléptico, se entrega de pronto a romper todos los espejos, porque no puede haber más que uno como él en el mundo. Corrige la historia. El no caerá como Napoleón. Los elementos mismos no podrán detenerlo. Es el señor del aire y del fuego, el amo de las estaciones y los climas —es toda la mitología nórdica. La tierra y el agua también serán totalmente suyas. Y entonces . . . Pero, para probarlo, tiene que vencer a Rusia. Tiene que cambiar, no sólo el presente y el futuro, sino también el pasado, destruirlo. Es el señor del tiempo. Sus generales, sus técnicos, sus amigos —si aún los tiene en ese enrarecido clima en que se mueve su pensamiento— todos desaconsejan esta marcha. Pero este transformista que es brevemente cada uno de los personajes de la tragedia y de la epopeya, sigue adelante. No puede oír las advertencias ni las lamentaciones del coro, ni los gemidos de los niños, ni los llantos de las madres. Todas las trompetas de Wagner resuenan en sus oídos a toda hora, como por una combinación mecánica insuspendible, orquestadas en una instrumentación de motores de avión y de cañones. Dice: ¡Adelante! y un momento, en un anticuado aparte, se pone la máscara de César y grita hacia la sala: “¡La suerte está echada!”

Y cuando él y su séquito abandonan la platea para marcar el final del segundo acto, hacen su aparición los coros de viejos y de infantes, de madres y doncellas, de corresponsales y reporteros, de locutores de radio, de ciudadanos divididos en silbidos y en aplausos. (Pero él no ha partido a la campaña después de su última frase: ha corrido a la utilería para buscar los útiles del tercer acto, y al foro para preparar los decorados. Ahora es también el tramoyista).

ACTO TERCERO

Si estos elementos son exactos —y creo que lo son— el tercer acto está automáticamente trazado. Pero las soluciones no son nunca únicas y, a menudo, no son enteras.

Un dramaturgo, vestido de frío blanco como un cirujano, ajeno como él a las reacciones nerviosas, preciso en el uso del bisturí y con el pulso de sus sentimientos en marcha normal, tiene el deber de detenerse a pensar. En el teatro sólo pueden prevalecer la claridad y el orden que son su esencia. Es de malos autores introducir nuevos personajes en el último acto, a no ser de un modo lógico que se justifique por sí mismo. Shakespeare lo hace en algunas de sus tragedias históricas, y lo hace porque es necesario: para dejar el paso a la secuela, a la segunda parte de la trilogía; pero casi todos los críticos se lo reprochan. Como sea, en el acto final de esta tragedia tiene que aparecer un nuevo personaje que representa la juventud del mundo moderno y la herencia de una fe antigua. Es un país de América que tiene en su cortejo a todas las naciones semi-coloniales de este continente. De él se ha dicho que es a América lo que Alemania a Europa: un poder ambicioso de absorción y de dominio económico. Para él, de todos modos, parecen abrirse ahora los portales de la tragedia: su destino va a incorporarse al destino del mundo. Es Fortinbrás. ¿Va a resolver él el conflicto y a desenlazarlo? Está esperando en el umbral. ¿Va a salvar su juventud a un mundo viejo y descompuesto? No. La verdadera solución para un dramaturgo escrupuloso está en el espíritu mismo de su personaje central. Los puntos que debe decidir ahora son: a) ¿Quién merece la victoria?; b) ¿Cuáles serán las consecuencias de esa victoria? El laurel de la tragedia se alcanza sólo con la muerte. No hay que olvidar que Héctor tiene ya su ejecutoria hecha, su círculo cerrado, que ya tiene su sitio en la tragedia. En buena dramaturgia, en cambio, este otro personaje cambiante, transformista que va de la opereta a Wagner y de la farsa a la tragedia, debe realizar su destino, debe volverse lo que ha querido ser: un personaje trágico, un héroe. Pero sólo podrá serlo si muere. Y si muere, tienen que cumplirse los oráculos antes: Alemania tiene que morir con él. Se extirpará ese cáncer de Europa. Es la vida de una nación contra la vida de un continente; la supervivencia del viejo mundo, y quizás del nuevo, contra la supervivencia de una ambición de poder. No que vayan a terminar las guerras sobre la tierra; pero sí una de sus inexcusables formas. No se trata, tampoco,

del destino de la comparsa y los figurantes, de la liberación individual de Austria, de Polonia, de Checoslovaquia, de Bélgica, de Noruega, de Holanda, de Suecia, de Ucrania. Se trata del destino del personaje múltiple de esta pieza, y el deber del dramaturgo es resolverlo conforme a las reglas. Si él triunfa, Europa muere; pero él pierde, a la vez, todo título a la tragedia, toda categoría de personaje trágico. Si muere como Napoleón, entonces Alemania quedará viva, como lo quedó Francia, y el conflicto volverá a su estado latente, sin desenlazarse, para volver a surgir. "La cosa es el drama". *Hay que desenlazar el drama*. Hay que recordar que nuestro personaje tiene un plan y que *debe*, que no puede dejar de cumplirlo. Punto a punto ha ido realizándolo. No escucha ya a los coros—no vuelve la cabeza—no se detiene. Faltan unos cuantos puntos para terminar. Ha tenido la victoria, tiene la fuerza, tiene el rayo, tiene la locura. Si vuelve a la razón, está perdido para la tragedia y para Alemania. En todo rigor, la profecía debe cumplirse. El debe asesinar a Alemania, vaciarse los ojos y morir. De otro modo los dioses quedarían burlados, y esto es contrario a las reglas de la tragedia. Pero él se ha substituído a los dioses, a los oráculos, a la esfinge, al apuntador, al tramoyista, al utilero. ¿Va a romper los moldes de la tragedia? ¿A modificar la eternidad canónica del teatro? Al salir de la tragedia a otro clima, perdería para siempre su ocasión de ser un personaje trágico. Sólo la muerte puede redimirlo del odio del mundo—pero no puede morir sin acabar antes con Alemania. Es él quien va a desenlazar el conflicto de tantos siglos: ése es su destino. Las trompetas de Wagner no lo dejan oír; las nubes de victoria no lo dejan ver. Su triunfo final, que contrariaría las leyes de la tragedia, sería contrario, también, a las leyes de la naturaleza: sería un país devorando al mundo. Sería un hombre sin muerte. Y después del triunfo, si se lo damos ¿qué podría hacer? Se saldría del círculo, de toda medida, rodaría por sí mismo en la nada. Presenciaría la destrucción de todo lo que ha soñado hacer, y esto sería interesante como material dramático, pero dilataría la obra más allá de las proporciones del teatro. Alemania llegaría a no poder contenerlo ya, porque toda dictadura tiene su fin. Y como Alemania sería el mundo,

¿adónde iría? Una vez más, sadríamos de la tragedia para entrar en el drama cristiano y romántico. Y, en otro orden, sería la vuelta a la creación del mundo, pleonasma que no cabe en la ciencia, ni en el espíritu, ni en los sentidos del hombre.

Imaginemos a este personaje, vencedor y solo, paseando la vista por un cementerio adecuado solamente para el Juicio Final, detenido al fin, oyendo al fin. Ninguna razón humana podría resistir esto —sólo la locura, y él *ya no puede* volverse loco. El suicidio sería la renegación, la apostasía inútil, y lo sacaría también del marco trágico. O imaginémoslo regulando mercados e industrias, cebando a los banqueros alemanes sobre las ruinas de un continente; dedicado quizás, en el ocaso, a los placeres de la mesa para dar pasto a su actividad; repitiendo —todavía— los chillones lugares comunes que electrizaban a las multitudes nacionalsocialistas, ante servidores que se codearían comentando con miradas furtivas su chochez. O destruyendo, uno por uno, a los servidores, caído ya para siempre en el terror de morir. Este prestidigitador sin precedente, escamoteador de órdenes, de ideas, de países, ¿llegaría hasta escamotearse a sí mismo la gloria? Sería grotesco. Si le damos el triunfo lo convertiremos en un monstruo contra naturaleza, y en un monstruo ridículo. Si ha de ser hombre y héroe de tragedia, su destino está en la derrota, en el cumplimiento de los oráculos, en el asesinato de su padre, en el incesto con su madre. En buena dramaturgia los dioses deben hacer su aparición y Hitler debe matar a Alemania. En buena dramaturgia, Hitler debe morir.

La gran filosofía y la gran música de Alemania vivirán siempre, sin crepúsculo, en el espíritu de la humanidad.

ENTRE PALENQUINOS

Por *Andrés IDUARTE*.

UN GRUPO de estudiantes de mi provincia había formado en la ciudad una *Asociación*. Ingresé a ella. Fundamos un periódico. Todos nos creíamos liberales. Mis compañeros eran sinceros, puros y palenquinos, es decir, violentos. En la violencia, en la palenquinidad, tampoco yo me quedaba corto. Fuí quien se encargó de escribir un artículo justificando un atentado contra el cacique, en el que cité desde el Padre Mariana hasta Vargas Vila, desde lo más viejo y bueno hasta lo más nuevo y vulgar. Por opositoristas, por amantes de la libertad y por violentos —la función natural del palenquino era andar a tiros —éramos terroristas; pero no lo sabíamos. Nos entusiasmban los personajes de Garin y Andreiev, especialmente Sachka Yegulev, pero ignorábamos que casi todos ellos pertenecían espiritualmente al movimiento de los *narodniki*. Un palenquino, sin la más leve brizna de cristianismo en el espíritu, con acicates tropicales en la sangre, tenía que entender muy bien el anarquismo de Netchaiev. Lo presentía, lo llevaba en sí. En la dirección del periódico y en la presidencia de la asociación nos sucedíamos las trece personas que la formábamos, especialmente los que teníamos la pluma o la lengua sueltas. Pasábamos algunas noches en una escondida imprenta de Santa Julia, corrigiendo pruebas y ayudando a los dos cajistas que por una retribución miserable imprimían nuestro periódico. Aquel ambiente de clandestinidad y aventura nos seducía. La organización, con todo y ser minúscula y estar mal orientada, tuvo la virtud de enseñarnos disciplina y responsabilidad. Desgraciadamente, convivíamos con verdaderos matones —estábamos asomados al despeñadero de la furia palenquina— y teníamos, por ley mecánica, la simpatía de todos los pro-

pietarios esclavistas de Palenque despojados por Dimas, bárbaros de la misma silueta moral que su enemigo, y quienes en el poder hubieran cometido semejantes crímenes y se hubieran cubierto con la misma demagogia.

Nuestro contacto con la violencia fué tan estrecho que casi colaboramos en ella. La idea de batirnos nos bailaba a todos en la cabeza. No había entre nosotros nadie que creyera en la inutilidad política del asesinato ni en la mancha moral del homicidio. Lo importante para nosotros era que se matara frente a frente y arriesgando la propia vida. Incluso al traidor, al menguado, al asesino había que matarlo advirtiéndole previamente y cambiando plomo con plomo. No llegábamos a la categoría de duelistas décimonónicos; pero no por ser cultos, sino por ser más brutos. Nos parecía que medir distancias, comprar pistolas y tener al médico listo eran síntomas de cobardía. El duelo debía efectuarse en la calle y las palmadas debían ser sustituidas por una estentórea mentada de madre. La hinchazón y la aberración de la masculinidad nos hacían seres completamente animales, hombres primitivos, elementales, de la edad de piedra. Vestíamos de casimir, comprábamos trajes de tela inglesa en los grandes almacenes, o nos los hacía a la medida el sastre Aguila o el sastre Cueto con telas de la casa Clifford, usábamos camisas de *Fal*, nos poníamos cuellos duros o semiblandos *Arrow*, llevábamos zapatos *Walk-over* y *Florsheim* y sombreros *Stetson*, o prendas menos finas, según la renta o el sueldo de que cada uno disponía; pero siempre europeas. No se crea que vestíamos de vaqueros, aunque, sin duda, era ese el traje que correspondía a nuestra espantosa psicología. El traje de un charro del Bajío nos hubiera desentonado porque, sin duda, era más culto —no más leído, que es otra cosa— que nosotros. El traje del *cow-boy* de las películas texanas era el más acorde con nuestro espíritu. La brutalidad del Oeste, a pesar de nuestra silueta de *niños bien*, era nuestra temperatura. Las mismas prendas occidentales y refinadas que usábamos eran deformadas por nuestras manos. No en balde se lleva un torbellino por dentro. Arriscábamos el sombrero, nos lo metíamos hasta las cejas y rompíamos los chalecos y los sacos con el roce de la escuadra o el revólver que atormentaban nuestra cadera o nuestro vientre. El

uso del sombrero, restringido en casi todo el mundo, incluso en los climas fríos, para simplificar la vestimenta masculina y para dejar fuera la frente —el marco noble de la cara del hombre— no había podido disminuir en la capital, a pesar de la maravillosa y eterna temperatura otoñal de nuestro valle. Una de las razones de la sinrazón es que los yanquis, reputados enérgicamente nuestros enemigos, iniciaban entonces el sinsombrerismo, y que los que habían aceptado la moda en nuestro medio eran los señoritos. Pero la principal y efectiva era que el sombrero hacía falta para rubricar la fiera de la mirada y la expresión antediluviana que era necesaria en la tribuna política, para asustar al enemigo; en el tranvía, para imponer respeto hacia la dama que nos acompañaba; en la calle, para que los transeúntes acobardados nos abriesen paso. El movimiento de llevarse la mano al sombrero, para darle un tirón por delante, o las dos, para alzar las alas y encajarlo luego hasta los ojos, era siempre precursor de los dramas pasionales y de los tiroteos políticos. El sombrero tiene y ha tenido en la guerra, siempre, una importancia especial. Es bandera, es insignia, es grado. Los *gangsters* norteamericanos no se lo quitan nunca, ni para comer. Serían Sanzones afeitados si se lo quitaran. Yo mismo usaba un sombrero de alas anchas, entre bohemio montparnassiano y *cow-boy* de Arizona. Ciertamente, mi espíritu andaba haciendo un increíble equilibrio entre Romain Rolland y Tom Mix. Porque, aunque parezca mentira, nosotros leíamos y pensábamos. Nos costaba mucho trabajo conciliar nuestras lecturas y la realidad. Por eso, en filosofía, la fuerza de Nietzsche nos maravillaba. No seguimos a Netchaiev, ni a Pablo Brousse, porque no los conocimos. ¡Ay de nosotros si hubiéramos tenido alguna relación con los terroristas italianos o catalanes!... Lo que sí nos caía en las manos era la novela rusa de tipo anarquista y los panfletarios de América, por ejemplo Vargas Vila. Pero Vargas Vila estaba demasiado desprestigiado. Además, no había matado a nadie. Otro suramericano radicado en España, prosista bueno y —según sus enemigos y algunos de sus amigos— hombre brutal, con un pasado de sangre que creíamos modelo de la hombría tropical que adorábamos, nos entusiasmaba. Aborrecía a un tirano, como nosotros

a Dimas el rojo. No alcanzamos a oír los cantos del fascismo naciente. Por ser gentes de cuna burguesa y ajenas a la lucha obrera, el fascismo nos hubiera seducido mucho más que cualquiera otra tesis social violenta. Nuestra clase social y nuestra barbarie nos hubieran conducido, sin saberlo, a la fabricación —de buena fe— de guardias hitlerianas. Un provinciano de abolengo mandón, de rango burgués y de semicultura universitaria injertada en un fuerte fondo de brutalidad, podía llegar a ser el jefe de un fascismo criollo.

A pesar de todo, entre nosotros había un poeta, lector de Cristo, estudioso del castellano antiguo y de la literatura clásica; un estudiante de medicina, de inteligencia aguda y escéptica, poco belicoso; un maestro de escuela primaria, bueno como el pan; dos padres de familia; algún epicúreo... Pero ni el hogar, ni el trato con los niños, ni la cultura impedían que bajo la cáscara siguiera presente el remoto abuelo corsario.

Un día que comía yo en mi casa sonó el teléfono. Me llamaba uno de mis compañeros:

—En la Avenida Bolívar han matado a tres de los de Dimas y él está gravemente herido. ¿Tú no estás metido en eso?

—No, no sabía nada. ¿Y tú?

Las dos preguntas indicaban que nos estimábamos mucho: recíprocamente nos creíamos capaces de agujerearnos a tiros con cualquiera.

No terminé de comer. Corrí a la calle. En la calle recogí noticias poco satisfactorias.

—Murieron Lencho Ruiz, Santos López y Manuelito Zamarripa; pero Dimas está ileso. ¡El hijuelagran...! Llevaba un chaletto de acero y las balas nomás lo golpearon. De los nuestros Teófilo sacó un balazo, pero sin importancia. Tobías, Jerjes, Mariano, Moncho, Quico y Toribio, tan campantes.

Nosotros nos emocionamos con el atentado. Nos recordaba los de un libro de Tasin. Conocimos en seguida todos los detalles. El promotor fué Teófilo. Supo que, por órdenes del rojo Dimas, le habían dado una paliza a su padre. El rojo Dimas se había apoderado de sus tierras y lo

había hecho huir a la capital. Mantenía sobre su cabeza, para impedirle el retorno, un antiguo proceso por una muerte. Los palenquinos—en general, por supuesto— sólo se acordaban de la ley cuando la ley podía servir como arma para perjudicar al enemigo, nunca por la ley misma, con la que el rojo Dimas tenía también cuentas pendientes. Los palenquinos no creían en la justicia oficial y así lo declaraban públicamente; pero sabían usar la justicia oficial—o más bien la injusticia organizada—contra el enemigo. Si se le tenía al alcance, se le liquidaba sin recurrir a la ley, expeditivamente, a pesar de todo lo que se la había mencionado antes. Lo que no impedía que se amenazaran mutuamente con moverse un oscuro proceso. Era simplemente un arma y el adobo del odio. La preocupación por el derecho o la moral, no existía: por eso no importaba saber si el enemigo había matado en defensa propia, o en estado de necesidad, o en duelo. No interesaban las atenuantes ni las eximentes. La barbarie de los piratas ancestrales estaba viva, pero envilecida por un instrumental de civilización que el palenquino usaba indebidamente. Así es como el rojo Dimas manejaba el código contra sus enemigos.

El odio entre Teófilo y Dimas era viejo, pero la ofensa al padre anciano colmó el vaso:

—No hay quien se raje, —acordaron los cuatro, aceitando sus pistolas.

Teófilo era el tipo del costeño blanco: alto, bello, de pelo ensortijado, una sonrisa perenne y la palabra gruesa en los labios, el cuerpo atlético y espigado vestido a la inglesa. Era hijo de una familia rica, admirado de las mujeres, temido por muchos hombres y odiado por los que se creían tan valerosos como él.

—Con este tipo tendré yo un choque cualquier día—, me había dicho mi tío Pomposo, que vivía imaginativamente en perpetuo desafío con los hombres arrojados que no le habían reconocido públicamente su capitania.

Tobías era un hombrecito pequeño, suave, bromista, parlanchín como un cubano, con una dulzura engañosa, sólo traicionada por el fugaz y metálico brillo de sus ojos verdes. Tenía una historia de valor personal bien ga-

nada en varias sublevaciones militares y en las reyertas de las aldeas y los ranchos en que transcurrió su infancia.

Teófilo y Tobías eran fiel trasunto de la energía vendedora en la selva: abolengo propietario, raza blanca, entronque con familias mandonas de la provincia, parentesco con personas influyentes en la política nacional, enemigos temibles y amigos insuperables. Para ellos no había sino su clan, o los enemigos de su clan. Para los de su clan, todo el bien; para los enemigos, todo el mal. Vivían el mundo precristiano de la ciudad Estado. A nosotros su psicología de hombres fieros y *parejos* nos maravillaba.

Jerjes era un tipo más curioso. Era mestizo, con mezcla de indio y, probablemente, también de negro. Era cobrizo, de ojos centelleantes, de pelo crespo, de torax indígena —cuadrado y corto—, de inteligencia clarísima. Había tenido contacto con la cultura. En la misma capital había hecho estudios superiores y allí cobró afición por la lectura de los clásicos. Conocía bien la tragedia griega y le gustaban especialmente Dante y Goethe y en el escondite a que recurrió después del atentado se dedicó a su lectura cuidadosa. Era de carácter sombrío. Su espíritu vivía atormentado.

—Eso fué una brutalidad—, me dijo una vez, cuando la noche, la luna brillante y la sombra de la catedral daban derecho a la confidencia.

Se encendía, sin embargo, en ráfagas arrolladoras. Pero no fueron ellas las que lo llevaron al atentado, sino su amistad fraternal con Teófilo y Tobías. Quizá también un barrunto de ideología política. Su emoción por la justicia social, cuando de ella hablaba, era tal que lo llevaba hasta las lágrimas.

A Mariano yo no lo conocía. Moncho y Quico fueron figuras secundarias, que nada más asistieron como reservas. A tres de los autores les oímos la narración del atentado: a Teófilo con sus frases gruesas y su furia tropical; a Tobías con su palabra resbaladiza y burlona; a Jerjes con datos precisos, apuntes emotivos, consideraciones morales y angustias de conciencia; Mariano, Moncho y Quico agregaron sus detalles. Pero la narración la completaron los espectadores. Por que hubo muchos. No me refiero a los paseantes sorprendidos, víctimas de un susto mayúsculo,

sino a los compañeros enterados de la hora y el sitio del atentado, que asistieron a él con afán de taurómacos apasionados y de técnicos de categoría que querían ver "*cómo se portaban los muchachos*".

El manco Toribio nos contaba:

"A las doce me dijo Teófilo:

—Anoche supe que al viejo le han dado una paliza en Chimalapa. Ahora sí vamos a matar a Dimas. No hay quien se raje. A la una pasará por la Avenida Bolívar. El solo no sale nunca a la calle; pero al mediodía se atreve a meterse entre la gente del paseo, rodeado, es claro, de Santitos y sus veinte matones. El cree que así no nos atreveremos a tirarle

—Es claro, no nos cree tan brutos—, dijo Jerjes.

—Pues lo seremos. Por menos brutos estamos perdiendo.

—¿No sería mejor tomar una habitación del *Hotel San Agustín* y dispararle con mi rifle de precisión? Para evitar víctimas inocentes, —insinuó Jerjes otra vez.

—No seas criminal. Van a decir que tuvimos miedo. La cosa está en que nos paremos en la puerta del teatro, le rayemos la madre y nos veamos las caras, a ver quién es más hombre.

—Como quieras, entonces . . .

Yo me puse enfrente —siguió el manco Toribio— para avisarles y para ver si los muchachos no enseñaban el cobre.

A la una y cuarto vi venir al rojo Dimas. Venía entre Lencho y Santitos, por la misma acera del Teatro Bolívar. Zamarripa —jun muchachito tan bueno! . . . —venía detrasito, con cinco o seis de los meros gallones. ¡Pobre chamacó! ¡Ni modo de avisarle! . . . No me quedó más remedio que quitarme el sombrero para advertir a los muchachos, que esperaban la señal.

Vi que Teófilo dió sus últimas disposiciones.

Dimas se los quedó viendo desde lejos y escupió por el colmillo. Se secreteó con Santitos. Santitos llamó a Zamarripa y le dijo algo al oído.

—¡Punta de hijos de la tiznada! . . . —, les gritó Teófilo.

—¡Jijuelagran... el Dimas con su cara de cochino— le dijo a Dimas, casi en la oreja, el guasón de Tobías.

Todos se reían, pero no pasó nada. Cuando vi alejarse a los de Dimas, dije: ¡Ya se me aguó la fiesta!

Teófilo me llamó:

—Los anaguaos no se arrancaron. A ti te consta, manquito... Pero ahora que regresen se arrancan, o los arranco. Esto que pasó nos va a servir. Ellos vienen más seguros de que no puede pasar nada, y nosotros, nomás de verlos, ya echamos lumbre. Vamos a organizarnos mejor. Tú, Jerjes, te pones en el marco de la puerta, pa que te puedas echar a la calle antes que comiencen los frijolazos, y agarrarlos de ese lado. Mariano que se ponga en medio, para que a l'ora de l'ora se pueda meter frente a las infanterías; y que se encargue de Lencho, al que le tiene ganas por lo de Pueblo Viejo... Tobías a mi derecha, y yo aquí, para que seamos los primeros que saltemos. Nosotros dos nos encargaremos de Dimas y de los que vengan más cerca de él y nos estorben...

—Y que no se diga, muchachos —agregó Tobías— que a nuestras pistolas debimos limarles la mira.

Yo me fui enfrente, a la bojería, ya más tranquilo: la cosa se ponía buena.

Ya casi era tarde para hacerles la seña. Ahí estaba la carota de nalga del rojo Dimas. A su lado, Santitos y Lencho. Detrasito, Zamarripa, pegado a la pared. ¡Pero solito!... Los otros se habían quedado muy lejos, porque el tráfico de la esquina de la Jije Life los cortó del grupo, o porque se les frunció... Mejor. Así eran cuatro contra cuatro, de hombre a hombre.

Los muchachos tuvieron tiempo de mirarme y de reírse de mi cara, porque me gritaron:

—No te arrugues, manquito...

Y entonces fué lo mero bueno. Dimas se zarandeaba muy altanero. Iba a pasar rozandito.

—Ora es cuando, muchachito— le dijo Teófilo sin alzar la voz y con el cuete ya en la mano...

Tobías fué el primero que le cayó encima al rojo... Le soltó un cargador de su pistola. Teófilo sólo le pudo tirar tres o cuatro balazos porque Zamarripa, que estaba

a la derecha de Dimas y de quien Teófilo no quería hacer caso, sacó su pistola y le hizo fuego. Teófilo volvió a él la pistola y le gritó:

—No te metas, chamaco, que la cosa no va contigo...

Pero como el chamaco seguía disparando y Teófilo se sintió herido, tuvo que pegarle y lo tumbó. Y todavía desde el suelo el chamaco siguió tirando, a pesar de las cuatro balas que tenía dentro. Era un buen chamaco, muy machito y muy noble. Y defendía a Dimas porque Dimas había sido bueno con él y con sus hermanitos. Era parejo.

Dimas cayó al suelo, o se tiró, y a gatas salió corriendo y se metió en una librería que está al lado del teatro. Iba regando sangre. Yo mismo vi cómo se le empapaba de sangre la camisa. ¡Ya le pegaron!..., grité. Pero escapó como una lagartija y se metió debajo del mostrador.

Pero esto es más largo de contar que de hacer...

Jerjes estaba del lado derecho de la puerta. Tenía la pistola en la mano, debajo del saco. Como vió que Lencho Ruiz y Santitos sacaban la suya, se bajó de la acera diciéndoles cosas feas. Claro, así se distrajeron y no le dispararon a Tobias y a Teófilo. Jerjes le tiró a Santitos así, sin alzar tan siquiera la mano, moviendo nomás el dedo, y así le abotonó un cargador en el pecho. Como se le aflojaron las corvas a Santitos, los tiros le fueron quedando en la panza como botones. Yo vi su cadáver en la Cruz Roja. Parecía que se los habían dibujado: todos a la misma distancia y redonditos. Y a Lencho le tiró Mariano, a quien se la tenía jurada; y también le tiró Jerjes, que se quedó sin quehacer porque terminó con Santitos demasiado pronto. Muy bien los muchachos, parecían reguiletes de balas.

Cuando acabaron con el asunto, Jerjes quería seguir a Dimas, para verlo muerto. Pero Teófilo, que es demasiado confiado, no quiso y le dijo:

—Ya está más muerto que vivo...

Los muchachos se metieron al teatro y salieron por las puertas que dan a las otras calles. Teófilo tenía un rozón en la pura pulpa del brazo y del pecho. Se fué a casa de una familia que lo había invitado a comer y allí le amarraron un pañuelo y le pusieron un esparadrapo. Jerjes se fué a su casa a jugar con sus hijitos y a comer con su mu-

jer, que se ponía nerviosa cuando él llegaba tarde. Tobías y Mariano, Moncho y Quico se fueron a tomar tequila y a contarles la cosa a los muchachos estudiantes. Yo me metí en el rebumbio a ver recoger los heridos y a contar los muertos. De repente vi salir a Dimas de la librería, apretándose la quijada con su pañuelo, pero riéndose y tan tranquilo como siempre. Se subió en un coche y, al verme, me pintó un violín. Zamarripa muerto ¡y Dimas no!... *La mala yerba*...

Así es como el manquito Toribio y nosotros creíamos que podía edificarse un nuevo orden social...

LOS GIGANTES

COMEDIA POÉTICA EN UN ACTO

p o r

JOSE MORENO VILLA

PERSONAJES:

RITA, lugareña, de unos veinte años.

CARLOS, chofer, de unos veintiséis años.

UN MATRIMONIO EXTRANJERO.

UN CURA.

UNA GITANA.

TRES NIÑOS, de seis o siete años.

DOÑA CÁNDIDA, vieja encorvada.

UNA COJITA.

UNA CIEGA.

UN SOLDADO.

CRISTÓBAL, el INDIANO.

La escena, un ventorrillo andaluz en una salida de pueblo. Puerta a la derecha en el fondo. Mostrador para despachar vinos, a la izquierda. Mesitas con sus correspondientes banquillos.

RITA, sentada en uno de ellos, se entretiene con tres o cuatro niños.

RITA.—Era una fiesta grande, muy grande, con procesión, la custodia, las espigas, los soldados y el alcalde. Venían los gigantes vestidos de moros y de señoronas llenas de volantes.

UN NIÑO.—¿Por dónde?

RITA.—(*Distraída:*) No sé. . . Por delante de la Iglesia. . .
Por delante de la escuela.

OTRO NIÑO.—(*Rápido:*) Entonces. . . por la esquina de
la calle de Roahuevos, donde yo vivo.

RITA.—(*Distraída:*) Sí. . . por la calle de Roahuevos. Uno,
se levantaba la barrigota con las manos.

LOS NIÑOS.—(*Riendo:*) Já, já, já.

RITA.—Otro se colgaba grandes calabazas de las puntas de
los bigotes.

LOS NIÑOS.—Já, já, já. Embustera, Rita, tonta. . .

RITA.—No miento, es que no entendéis. Os figuráis que
los gigantes tienen estos pelillos y estas manecitas
que vosotros. Pero los gigantes. . .

UN NIÑO.—¿Cuándo has visto tú los gigantes?

RITA.—(*Repite distraída:*) ¿Cuándo has visto tú los gi-
gantes?. . . Pues, los he visto una vez de día, y otra
de noche. Llegaban con la mano hasta la luna. La
mano de los gigantes tapa la luna, luneta. Un solo
dedo de un gigante es capaz de ocultar el sol. Cuan-
do vi las manos de los gigantes tuve envidia de sus
hijos, porque ellos tendrán todo lo que pidan.

UN NIÑO.—¿Tendrán todos los nidos?

OTRO NIÑO.—A que no tendrán todos los peces.

OTRO.—Yo sé que son muñecones de cartón.

TODOS LOS NIÑOS.—(*Jaleando:*) La Rita, la tonta, que
nos quiere engañar.

(*Entra DOÑA CÁNDIDA, toda de
negro, con manto largo.*)

DOÑA CÁNDIDA.—Jesús, Jesús, dejad a la Rita. ¿Qué pa-
sa? Alborotadores, diablillos. Decidme lo que pasa.

RITA.—Nada, señora. Que estos niños no quieren creer
en los gigantes.

UNA NIÑA.—¿Hay gigantes, Doña Cándida?

DOÑA CÁNDIDA.—Pues claro está.

UN NIÑO.—¿Dónde? Vamos a verlos.

DOÑA CÁNDIDA.—Esperaos. Un poquito de calma. Los gi-
gantes no se ven a todas horas. Están descansando,

en sus grandes salones. Como pesan mucho, se fatigan. Los gigantes tienen que tirar de unas piernas que pesan diez arrobas cada una. Cada gigante pesa como dos carretas de remolacha.

UN NIÑO.—Pero se les podrá ver dormidos. Podríamos asomarnos por cualquiera parte.

DOÑA CÁNDIDA.—No, no, imposible. Están guardados bajo siete llaves. No, no. A los gigantes hay que verlos en la calle, en días de gran fiesta. Cuando todo el mundo está contento. Si los vierais en sus casas, moriríais de miedo.

UN NIÑO.—Yo no tengo miedo.

OTRO.—Si son de palo y de tela.

RITA.—Y tú, ¿de qué eres? (*Acercándose a uno y examinándolo:*) De tela, de huesos, de pellejo y de carne.

UN NIÑO.—Pero, ellos no son de carne.

RITA.—¿Y qué?

UN NIÑO.—Que, como no son de carne, no pegan, no hacen daño.

RITA.—(*Divagando:*) No hacen daño. . . No hacen daño. . . Dime, ¿no hacen daño las piedras? ¿Y las varas? ¿Y los bastones?

UN NIÑO.—Pero, como son muñecos, no tiran, ni dan.

DOÑA CÁNDIDA.—Tú sí que eres un muñeco.

UN NIÑO.—¿Hacemos la prueba? ¿Te tiro un pellizco?

(Le da un tirón del manto y la figura de DOÑA CÁNDIDA se alarga y hace gigantesca. Los niños se separan horrorizados. DOÑA CÁNDIDA se aleja y sale por la puerta del fondo).

RITA.—¿Veis? Me alegro. . . Para que os burléis de las cosas serias. Para que no creáis en los gigantes.

UNA NIÑA.—(*Medrosamente, acercándose a RITA y sentándose en sus rodillas:*) Oye, Ritita. . . ¿Tú también te puedes hacer grande? Tú, no, ¿verdad? Tú eres guapa, guapita. No me gustan nada las cosas

grandes. No quiero ver gigantes. ¿Tú crees que Doña Cándida es de carne?

RITA.—¿Cómo lo he de dudar? ¿No le has besado muchas veces las manos?

NIÑA.—Pero, ya no se las vuelvo a besar.

RITA.—¿Por qué? Doña Cándida es muy buena.

NIÑA.—No, guapita. No puede ser buena. Es bruja.

RITA.—¿Bruja? . . . ¿Quién da pan a los pobres? . . . ¿Quién le dió dinero a tu padre para comprar el caballo y el carro cuando tuvo el choque y por poco se muere? . . . ¿Quién paga a la maestra del pueblo? . . . ¿Quién viste los altares con paños bordados y preciosas mallas? . . . No, hija; Doña Cándida es la persona más buena que conocemos. Por eso es grande.

NIÑA.—No quiero verla más. A mí me gustan las cosas chiquitas; bueno, como tú.

(Entran la madre de la niña y una COJITA).

LA MADRE.—*(Gritando al entrar:)* Rosariito ¿Qué haces aquí, endemoniada?

NIÑA.—Estoy con Rita, mamá y he visto un gigante.

LA MADRE.—Anda pa casa. Estamos frescos, con los gigantes. Anda, ven conmigo en seguida. *(La prende y sale con ella).*

(Entra un SOLDADO chaparrito a quien sigue una CIEGA).

SOLDADO.—Rita. . . Un vaso de vino. Más pronto que la luz; que me espera el cabo. *(Secándose el sudor:)* Josú, qué caló.

(RITA le sirve rápidamente. Se acerca la CIEGA).

CIEGA.—¿No hay una limosnita para la ciegucecita?

SOLDADO.—*(Señalando a los niños:)* ¿Estás poniendo escuela, Rita?

RITA.—¿Escuela! . . . *(Sentándose otra vez con los niños:)* ¿Veis a ese soldado? Preguntadle. Yo sé que conoce a los gigantes.

NIÑO.—(*Acercándose al soldado:*) ¿Es verdad?

SOLDADO.—¿El qué?

NIÑO.—¿Conoces tú a los gigantes?

SOLDADO.—¿Eso es lo que te enseña la Rita? Pues, sí, hombre, los conozco. Mañana van a salir; y yo con ellos. Aguárdate a mañana. (*Se pone en pie*). Abur, Rita. . . Y no mareas a los chicos. (*Sale*).

CIEGA.—Una limosnita, por la caría de Dios. . . Un cachito de pan. . .

(*Entran un MATRIMONIO EXTRANJERO y un CURA*).

CURA.—En este ventorrillo o merendero hay que hacer alto. Aquí se para todo el que sale de paseo y todo el que llega al pueblo. (*En voz baja:*) La joven es una infeliz, casi boba.

LA EXTRANJERA.—Curioso nombre el del ventorrillo.

CURA.—Sí. "LOS GIGANTES". Así llamaban a los abuelos de Rita. Eran unos gallegotes rubios, ahorrativos y tenaces. Esta Rita sufre las sugerencias del título. No habla más que de los gigantes. Oye, Rita. (*RITA se acerca, saliendo de su abstracción*). Tráenos unas cervezas con tapas.

LA EXTRANJERA.—¿Tapas?

CURA.—¿Le sorprende el nombre? No me extraña. Los andaluces llamamos así al platillo que, con un trocito de queso, o unas aceitunas, o unas anchoas, cubrimos las cañas de manzanilla. "Cañas" son vasitos casi cilíndricos, para servir el vino.

EL EXTRANJERO.—¿Y, cómo tienen a esta joven al frente del negocio?

EL CURA.—Si yo les contara detalles de nuestra manera de ser. Hay un hombre en este pueblo que se dedica a vender pedernales, piedras para encender la yesca, manera primitiva para prender el cigarrillo. Un día, me acerco a su puesto, que era un simple cajón con los pedernales encima, y le pregunto: ¿cuánto vale éste? Nada, señor cura. Pero ¿cómo nada? Usted vive de lo que vende; algo valdrá el arran-

carlos de la tierra. Cá, no señor, no valen ná. Más chispas da un adoquín. Así es nuestra gente. A usted le extraña que dejen al frente de este negocio a una chifladita. Pero, si viera usted, lo lleva bien. Entiende a su clientela. Su bobería se reduce a eso... A pensar constantemente en los gigantes. Pero reacciona bien a casi todo lo que se le dice. (RITA *sirve*).

EL EXTRANJERO.—Oiga usted, Rita. ¿Quiere explicarme el nombre de su merendero?

(*Entra una GITANA tocando las castañuelas. Los cbicos están sentados a la derecha, apelotonados. La COJA y la CIEGA, al lado contrario*).

GITANA.—José, qué *mitin* y de qué buena caliá. Aquí, el Padre Santo (*señalando al CURA*) va a dejá que se la diga a esta pareja de reyes que le acompaña.

EL CURA.—Espérate, aguarda, que estamos hablando con Rita. ¡Para tus castañuelas! Sigue, Rita.

RITA.—Mis abuelos eran unos hombres rubios que hablaban una lengua muy blanda. Mis abuelos eran altos, como torres. Por sus espaldas corrían y jugaban sus hijos, mi madre y sus hermanos. Mis abuelos no se pelearon con nadie; pero se hacían respetar de todos. Eran muy grandes y muy fuertes. Por esto les llamaban "los gigantes". Y, a la taberna, que pusieron, que luego se convirtió en ventorrillo, lo mismo.

(*La GITANA repiquetea sus castañuelas*).

EI. CURA.—¡Calla!, te digo.

GITANA.—Ay, Señor Cura, padrecito mío, que se me figuraba concluía la historia de los gigantes.

RITA.—(*Con melancólica ironía:*) Concluía la historia de los gigantes... Se termina el día y se termina la noche; se acaban las flores, el dinero, la vida de nuestros padres; pero no se acaba la historia de los

gigantes. Hablo con ellos por las noches, y, de día tengo que hablar de ellos. La gente me llama RITA LA BOBA, porque ve que no pienso en otro tema. Pero ¿qué quieren ustedes que haga? Son todos ustedes, todos los visitantes, los que me obligan a pensar en los gigantes y a soñar con ellos. Y del sueño me salen nuevas cosas para contar al día siguiente.

EL CURA.—Pero, vamos a ver, Rita, ¿has conocido a tus abuelos?

RITA.—No.

EL CURA.—Entonces. . . mal puedes imaginarlos.

RITA.—Esa los ha conocido. (*Señalando a la COJA*)

COJITA.—Rita dice verdad. La cojita los conoció. Eran grandes y generosos. Todas las mañanas veníamos aquí la cojita, el manco, la ciega, la jorobada, los infelices que vivimos del corazón bueno del prójimo. Y nos daban panes enteros, no mendrugos, y tocino sabroso.

EL CURA.—Bien, pero yo sospecho, Rita, que tus abuelos no son ya los verdaderos o auténticos. Tú has hecho, con lo que te contó esta y la de más allá, y con lo soñado por ti, una casta de criaturas que nadie ve por ningún lado.

RITA.—Nadie ve. . . pero todos quieren verla. Todos tienen la sospecha de que existe. Pasa con esto como con Dios.

EL CURA.—No digas disparates, que puedes caer en herejía.

RITA.—Yo no digo que los gigantes sean como Dios, Señor Cura.

EL EXTRANJERO.—Los gigantes fueron hijos de un Dios pagano, Júpiter.

EL CURA.—La verdad es que (*dirigiéndose al MATRIMONIO*) todos los pueblos han creído en los gigantes. Tenemos nuestro Goliat en la Biblia. (*Dirigiéndose a todos:*) Vamos a ver: que diga cada cual si cree en los gigantes y cómo se los figura.

Todos.—Yo me figuro. . . Yo creo. . . Los gigantes son. . .

EL CURA.—¡Alto! Por partes. Que empiece esta (*señalando a la GITANA*).

GITANA.—(*Canturreando:*)

Gigante de mi vida
 Puente y alcoba,
 Escalera del cielo,
 Mira tu novia.
 Gigante mío,
 Yo sé que es un gigante
 Quien me ha perdido.

EL CURA.—Estas gitanas siempre tienen coplas para todo, y siempre se salen por la tangente. Vamos a ver si la ciega dice algo más seguro.

LA CIEGA.—¿Qué quiere usted que le diga, Señor Cura? Los ciegos tenemos que creer en toítas las cosas, porque no vemos ninguna. Yo creo que hay gigantes como creo que hay aeroplanos y libros, pero no sé cómo son. Dicen que son muy grandes, unos por su tamaño y otros por lo que encierran, pero... ¿cómo es lo grande? Yo sé si es grande o chico el mendrugo, la moneda, la cama y el vaso de vino; pero no sé si es grande el campo. ¡Ay, Dios mío! Esta sí que es grande cosa, la vida de la ciega.

EL CURA.—Eres discreta, hermanita. Tienes razón. Veamos qué piensa la hermana cojita.

LA COJA.—Pos mire osté, Señor Cura, sí que creo. Los he visto mu de cerca.

LOS EXTRANJEROS Y EL CURA.—A ver, a ver. ¿Cómo? ¿Cuándo?

LA COJA.—Pos, una vez, habiendo entrao en la viña del tío Panocho a por un racimo de uvas. Yo llevaba mucho miéo, porque aquello era robo. Entonces... bueno... yo me quedé sin las uvas. Vi un hombre que llenaba toíto el cielo con sus brazos y sus piernas. Estaba contra la luz; era como un fantasma.

Otra vez, fué en el camino, a media noche, con una luna que se burlaba entrando y saliendo de las nubes. Yo me acosté a dormir bajo un árbol. No

quiero acordarme, Señor Cura. La carota que me besó... , las manotas que me sujetaron. . .

EL CURA.—Bueno, basta hermana cojita. No sigas. Tú los has visto. Atroces gigantes, malvados.

UNA NIÑA.—Señor Cura, Señor Cura. . .

EL CURA.—¿Qué quieres, salada?

NIÑA.—Pues yo quería decir, que los gigantes no son siempre malos. Yo he leído la historia de uno que no hacía más que buenas cosas; transportaba princesas leguas y leguas para que llegaran en punto a sus palacios; abría puertas de gordos barrotes y muchos candados que tenían presa a una niña.

EL CURA.—Perfecto, perfecto, hija mía. Pero tus gigantes son de cuentos. Y por lo visto, hay varias clases de gigantes. (*Dirigiéndose a RITA:*) Bueno, Rita, a me tienes casi en tu cofradía; a ver si en otra charla me explicas algunas dudas que me quedan. (*A sus compañeros:*) Seguiremos nuestro camino. . . ¿Cuánto es esto, Rita? (*RITA se acerca y cobra*).

(Se oye un gran vocerío por la calle; y se ve pasar a un hombre vestido de negro, que es vitoreado y se va deteniendo de vez en cuando para explicar algo que no se oye).

EL CURA.—Es un político que hace su campaña electoral. Vamos.

(Salen todos, menos RITA, que después de mirar a la calle, vuelve a su sitio y queda pensativa. A los pocos momentos entra un joven, un chofer, CARLOS).

CARLOS.—(*Desde la puerta:*) Rita, Rita, ¿qué haces?

RITA.—(*Sorprendida y contenta:*) ¡Carlos! ¿Cuándo has venido?

CARLOS.—Ahora mismo, en cuanto pude. A ver a mi bobita, a mi chifladita, a la más tontaina y más dulce y más guapa y más buena. . .

RITA.—¡Calla! No empieces. ¿Con quién has venido?

CARLOS.—Con ese señor que vitorean por la calle. Le voy llevando de pueblo en pueblo. Vaya un hombre, Rita. Muchas veces, oyéndole pienso en ti. La gente dice: "Es muy grande". Y yo digo: "Es un gigante". Ese sí que lo es, Rita. Lo ves y parece como los demás hombres; ni más bajo ni más alto. Pero qué cosas piensa y qué cosas dice. Lo mismo da que seamos ochenta que ochenta mil los oyentes; nos domina, nos lleva con el pensamiento y nos sacude los nervios. Tan pronto queremos pegar y destruir a los malos gobiernos, como abrazar y levantar en alto a las personas como él, que viven para luchar por nosotros.

Bobilla, boba mía, tú tienes que venirte a la ciudad para oír y vivir todas estas cosas. Tú no eres para quedar entre lugareños. Aquí no eres más que *la boba*, la que sueña, la que no habla de otras cosas que del pan y las cebolletas.

RITA.—Y así soy; la boba. . . Cuando despierto, al amanecer, me siento en el filo de la cama y, sin darme cuenta, ni pensar en que he de vestirme, voy rodando la vista por el cielo que se abre, por los pliegues de mi camisa, por las ropas que dejé lacias en la silla, por los rincones del cuarto donde trabajan sus telas finas las arañas y por un sin fin de boberías más. Yo no sirvo para la casa, me distraigo. A veces me dan las ocho y las nueve sin vestirme. No pienso en nada, ni en ti. Si apareces en mi memoria, es para pasar en seguida, como todo lo demás. No puedo explicar este trajín perpetuo de mi cabeza; este rosario de cosas sueltas; esta procesión de figuras, sitios, palabras y ruidos que desaparecen y jamás se repiten en la misma forma. Vivo en un sueño largo, tan largo como los días, quieran o no los que me rodean. Ellos me tienen por boba, y me regañan y se burlan; pero yo no sufro; hay una felicidad en el fondo de mi silencio que no puede compararse a nada de la vida, ni al trabajo, ni al viaje, ni al dormir, ni al comer.

CARLOS.—¿Ni al querer?

RITA.—(*Mirando a CARLOS como quien no comprende:*)
¿qué?

CARLOS.—(*Ciñéndola con recato:*) ¿Sabes lo que te digo?
Mírame bien, de lleno. Hay otra felicidad, y es, la
de ver todo eso que tú ves pero en los ojos cercanos
de otra persona. Y hay la felicidad de sentirse pre-
sa y preso por un cuerpo nunca visto y que resulta
como hermano del nuestro y mucho más, como tro-
zo del alma misma. Y, hay esto. . . (*La besa*).

RITA.—(*Espectada:*) ¿Qué haces? (*Se desliza de sus bra-
zos*). ¿Qué haces?

CARLOS.—Calla, no grites. . . A la felicidad le gusta el si-
lencio. Y, a ésta, que es la mayor de todas, la más
grande, la más gigante. . .

RITA.—(*En tono reconcentrado, como es frecuente en
ella:*) Ni esta felicidad que tú dices es gigante, ni
ese hombre a quien sigues lo es. En este asunto mío
eres como los niños; no comprendes. Lo mejor se-
rá que sigas tu camino. Yo no necesito ir a la ciu-
dad para conocer falsos gigantes como ése. Los
míos son de una pasta mucho mejor.

CARLOS.—Pero. . . ¿qué te pasa, mi vida?

RITA.—Que con tu comparación me has revelado lo dis-
tinto que eres de mí. Sigue tu camino y déjame con
mis bobadas y mis cosas de pueblo.

CARLOS.—Entonces. . . (*levantándose*). ¿Qué, no vienes?
(*Orgullosa y malhumorada:*) Te arrepentirás. (*Va
saliendo, y en la puerta, dice:*) A la vuelta veremos.

RITA.—(*Sin moverse ni volver la cara al que sale:*) ¡Hom-
bre! . . . ¡Menos que niño! Los hombres ya no ven
lo que son capaces de ver los niños.

(*Va oscureciendo. RITA se levanta
y se va al mostrador en un movi-
miento automático. Comprende
que no tiene nada que recoger ni
limpiar y regresa a su sitio de an-
tes, Entran DOÑA CÁNDIDA, la
COJITA y la CIEGA*).

DOÑA CÁNDIDA.—¿Sola, Rita?

RITA.—Sí, Doña Cándida.

(Las recién llegadas toman asiento en el suelo, menos DOÑA CÁNDIDA que se busca una silla para conservar su dignidad).

LA COJA.—Hemos visto salir a Carlos. Lleva mal talante.

RITA.—Sí.

DOÑA CÁNDIDA.—¿Se ha peleado contigo?

RITA.—Pelear. . . ¿Sé yo pelear? Yo no sé cómo se pelea. Lo único que sé es mantenerme en mi sitio, en lo mío. Quien me quiera arrancar de aquí para llevarme a la ciudad—a la ciudad más bonita del mundo—se equivoca. Mi destino está aquí.

DOÑA CÁNDIDA.—Nuestro destino, querida Rita, no está en este mundo. Yo no voy a ponerme del lado de Carlos. Tú sabes que nunca me gustó. Pero. . . hay otras gentes, otros hombres que podrían congeniar mejor contigo y llevarte por la vida, aquí o fuera de aquí. El mundo es muy ancho y está lleno de sorpresas. Cualquiera día viene un. . . ¿cómo diría yo? . . . Puesto que tu pensamiento no se aparta de los gigantes, un Cristobalón, tan grande como ese San Cristóbal que llena toda una pared en la iglesia. Un Cristobalón con su niño a cuestras y una palmera por bastón. Una palmera cortada allá en las Indias, en las Américas.

LA CIEGA.—Sí, eso. Yo no he visto nunca a San Cristóbal, pero me dicen que llevó al Niño a través del mar, de orilla a orilla. Y que siendo tan grande y tan fuerte casi no podía con él. Y que lo depositó en un mundo muy ancho y todo nuevo. ¡Qué pena, Señor, no ver tantas cosas como hay! Felices vosotras que veis el mar, las palmeras. . .

LA COJA.—Y que podemos ver el Nuevo Mundo, cuando venga por Rita ese hombre, ese gigante que atraviesa el mar sin que el agua le pase de las rodillas.

RITA.—Reíos de mí.

DOÑA CÁNDIDA.—Por mi parte no hay broma ninguna, Rita. Yo lo que te repito es esto: no me gusta Carlos para ti; esto en primer lugar; y, luego, que los designios del destino son insospechados. Yo creo en las personas que sueñan o que tienen alma para salirse de los menesteres diarios. Creo que son almas escogidas. Y tú eres una de ellas.

(*Aparece en la puerta un hombre, el INDIANO.*)

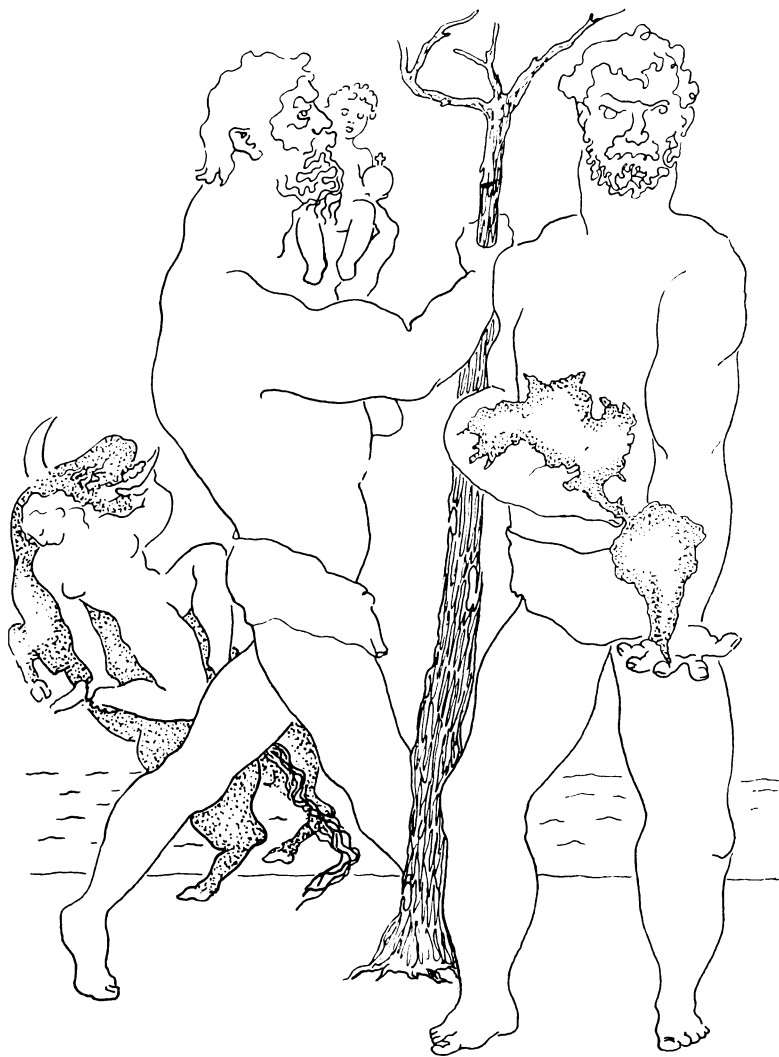
EL INDIANO.—Esta es la venta de "LOS GIGANTES", según leo. ¿Quién es Rita? Pero... no me lo digáis. Rita es... (*mirando a las cuatro mujeres*) ésa. Sí. La reconozco. Vamos a platicar. (*Toma una silla y se sienta*). Yo soy lejano pariente tuyo, Rita. Nací en un pueblecito de Galicia. Me llamo Pazo; Cristóbal Pazo.

LAS MUJERES.—¿Cristóbal?

EL INDIANO.—Sí. Cristóbal. Y me gusta mi nombre porque lo llevó Colón, el hombre que puso Europa en las Indias, el que atravesó por vez primera las aguas y dejó una orilla por otra. Vosotras no sabréis que en la antigüedad, para hacer otro tanto, Júpiter tuvo que convertirse en toro. Júpiter es un ascendiente mío y de Colón. Porque has de saber, Rita, que yo vengo por ti. Yo pertenezco a la estirpe de "Los GIGANTES", fundadores de esta venta. Mi abuelo y el tuyo fueron primos hermanos. El mío no tuvo más que un hijo, y éste, a mí. Yo salí soñador. Me espoleaba mi nombre. Y me eché a la mar con los pies descalzos y un bordón de peregrino. Aquél bordón lo dejé allá; lo sustituí por una palmera, para asemejarme a San Cristóbal. ¿Qué te parece, Rita? San Cristóbal perteneció a la familia por su tamaño y su fuerza. (*Le toma una mano a RITA*).

RITA.—Pero... vienes sin niño.

CRISTÓBAL.—No lo creas... No lo creas. Por ahora está en tu fantasía. Pronto lo verás sobre mis hombros.



MORENO VILLA: *Dibujo.*



F. Moreno Villa
38

MORENO VILLA:
Dibujo
acuarelado.
(1938)

POETICA DE LA LLAMA

RIMAN LOS SUEÑOS y los mitos con los pasos del hombre sobre la tierra. Y más allá y más arriba de la tierra. Nos lleva una música encendida que hay que aprender a escuchar para moverse sin miedo en las tinieblas y dar a la vida el ritmo luminoso del poema.

Mis versos tal vez no sean, por ahora, más que una fecha y un incidente que yo recojo atento para que no se extravíen en la brisa primera de la aurora poética que viene. No son poemas todavía, es verdad. A veces no son más que biografía. Pero la poesía se apoya en la biografía. Es biografía hasta que se hace Destino y entra a formar parte de la *Gran Canción del Destino del Hombre*. Un escrito sin rima y sin retórica aparente, se convierte de pronto en poema cuando empezamos a advertir que sus palabras siguen encendidas y que riman con luces lejanas y pretéritas que no se han apagado y con otras que comienzan a encenderse en los horizontes tenebrosos.

De esta experiencia han de salir los principios de la nueva poesía del futuro que tal vez podamos llamar algún día la poesía prometeica de la llama. La llama es la rima. El verso anterior al mío es una antorcha que traía en la mano el poeta delantero que me buscaba; y el verso que me sigue es una luz que está encendiendo otro en las sombras espesas de la noche, viendo mis señales.

Un día la poesía será un ejército de llamas que dé la vuelta al mundo; Prometeo será legión, y muchedumbre los que trabajan con el pecho abierto y la palabra encendida. Encendida... y aprendiendo su lección de las estrellas. La retórica del poeta está escrita en el cielo.

Los sueños, los mitos y los pasos del hombre sobre la tierra se llaman y se buscan en la sangre y en el cielo hasta encontrarse en una correspondencia poética como el tintineo luminoso y musical de los versos ilustres que se besaron y fundieron para siempre en un poema universal.

Lo que fué ayer un toro, ya no es más que una constelación. De aquí nací yo. Aquí estuvo mi origen. Y aquí está ahora mi destino. Escrito ya con símbolos eternos en la sangre del mundo y en la cartografía de los cielos.

No lloro por mi patria perdida. Todo se traslada y se levanta. La metáfora se mueve y asciende por una escala de luz. El gallo voló sobre el sol y del estiércol se alzarán una bandada de poemas.

Hay ondas sombrías en la mente del hombre que rompen en las playas azules de una estrella y revientan como un relámpago divino sobre los surcos de la frente;

Y gritos opacos y blasfemos que vuelven a la boca en un eco jubiloso de luz.

Hay voces de tragedias antiguas que me siguen para que yo las defina con mi sangre, porque sólo con la sangre podemos hablar de los que vertieron la suya por nosotros, antes de que nosotros diésemos la nuestra por los que han de venir.

Abro la puerta roja del pecho para dar de beber a las estrellas, y la sangre mía que se llevan, es la savia por donde voy ascendiendo al elevado reino de la luz,

Nuestra sangre son los ríos
que van a dar en el cielo
que es la luz. . .

Vuelvo a decir: Yo no canto la destrucción. Apoyo mi lira sobre la cresta más alta de los símbolos.

Si digo: Mi llanto es como el mar es porque el mar, como el llanto, es la fuerza generadora del mundo.

Y si digo: Mi canto florece en la convergencia de los mitos, puedo añadir:

Aquí estoy, miradme, clavado en esta roca con un buitre en el pecho.

Y ese ruido que oís no es mi lamento, son las Océánidas que me lamen los pies y humedecen mis párpados.

Sobre las aguas amargas se inclinan para saludarme las estrellas; bajo su luz el mar trabaja, muerde la roca, lima las cadenas. . .

Y cuando Prometeo se levante "nuevos timoneles conducirán la quilla del Parnaso".

México, enero 1942.

LEÓN-FELIPE.

CONMEMORACION DE CESAR VALLEJO

(† 15 DE ABRIL DE 1938)

VIBRADA EN LA VOZ de César Vallejo un substrato específico que la distingue de las europeas; cosa que en la poesía hispanoamericana sucede por primera vez. No toca su diferencia a lo accesorio, al tema o al timbre, sino a la naturaleza y función mismas del instrumento humano. Su aparato imaginante es otro, como es otro, más elevado, el voltaje emotivo que lo enciende. Pudiera decirse que, incapaz de discurrir por sendas conocidas, su verbo anda siempre abruptamente a hombre traviesa.

Recordar a Vallejo en estos días equivale a proponerlo como ejemplo. En términos generales, la poesía conoce en América, so capa de universalidad—pseudo universalidad, puesto que el mundo a que corresponde carece de figura de universo—, una grave saturación de occidentalismo, vaciándose en moldes quizá poco visibles pero evidentes. No se ha tomado todavía de Europa lo que era allí germen de superación, afán de nuevo mundo, sino ciertos modos y maneras fielmente contrastados, ciertas plataformas estabilizadas al margen del moderno proceso de ruptura. Quiere esto decir que el comercio de las musas se realiza a la sombra comfortable del instinto de conservación con todas sus inherencias: ya que éste no puede constituir nunca un pleno determinante poético siendo como es parte del verdadero complejo creador más vasto y compensado. Reina, pues, sobre el panorama—basta abrir una antología, y lo mismo puede decirse de la poesía española—algo así como el ideal cada vez más generalizado de un dieciochevo mesocrático, lince en el empleo de férulas, raseros y cortapisas. Se ha aprendido a artificializar el irracionalismo, a convencionalizar el misterio. Mas dictar normas previas a la intuición, señalarle cauces y cometidos, equivale a negarla negando a la par la poesía. Así resulta que lo que actualmente prepondera en América—y en el mundo—no es la Poesía propiamente dicha sino su atavio, la literatura.

César Vallejo encarna la reacción contra esta penuria esencial. Recordarle es recordar que su americanidad irreductible, incapaz de someterse a designios extraños, vivía en una nueva vertiente humana



César Vallejo muerto, por PICASSO. *Dibujo sobre stencil. Inédito.*

más ambiciosa y férvida. Sus limitaciones, tan patentes, sus insuficiencias permitíanle, por hallarse centradas casi siempre en lo accesorio, aspirar, volcándose en lo esencial, a una neomúndica plenitud humana. Las actitudes minúsculas nunca fueron suyas. Las verdaderamente suyas no desmerecían de esta naturaleza pródiga e incontrolable de trópico, pampa y cordillera, peculiar del nuevo continente. Mientras los más ataviábanse con prolijidad, culta o folklóricamente, todo el afán de Vallejo parecía dirigirse a desgarrar las vestiduras literarias con la esperanza de vislumbrar entre los jirones esa Desnudez sólo comparable a la aurora. La Poesía, elemento esencial de generación, se caracteriza siempre, aun en el plano del *conocer*, por codiciar los supremos contactos.

Allí donde latía cierta alta tensión humana se encontraba Vallejo en su elemento. Su libro sobre la guerra de España ofrece así, sin disputa, la versión más directa, desesperada y viva, de lo que fué para el hombre medio aquella alucinante y sacra tragedia. No se debe al azar sino a coherencia suma. La guerra española, exaltación de los principios humanos tendientes a la superación de un ciclo, interesaba en primer término a América como negocio que era de Nuevo Mundo. (Cuanto más tiempo pase se verá esto mejor). Por eso le interesaba a él. En este aspecto Vallejo fué un voluntario general de los frentes españoles. Echó alma y vida a la balanza.¹ Se desgarró interiormente dando lugar —poeta— a que le imbibiera la intuición. Y arrastrado por los imperativos de esa intuición, sirviéndole de objeto, rindió Vallejo su espíritu en el umbral de la poesía significativa aquel abrilño viernesanto de 1938. De este modo descubrió el sentido de su existencia dentro de la Existencia o revelación histórica, ajustándose al destino del *yo* que es morir en la Significancia, playa espiritual del Nuevo Mundo. ("*En suma, no poseo para expresar mi vida sino mi muerte*"). Más aún, dió testimonio de la virtualidad redentora pal-

¹ He aquí una carta suya: "París, 28 octubre 1936. "Querido Juan. Perdóname el silencio, después de recibir tu carta del sur de Francia. ¡Nos tienes tan absorbidos en España que toda el alma no nos basta!

"Tu carta telegráfica no nos cuenta tus proyectos, tu estado de espíritu, tus puntos de vista, en fin, sobre el drama en que nos debatimos tú, yo y todo el mundo. Aquí trabajamos mucho y no todo lo que quisiéramos a causa de nuestra condición de extranjeros. Y nada de esto nos satisface y querríamos volar al mismo frente de batalla. Nunca medí tanto mi pequeñez humana, como ahora. Nunca me di más cuenta de lo poco que puede un hombre individualmente. Esto me aplasta...

"Escríbeme más largo. ¡Ya ves cómo se alarga la agonía de los nuestros! Pero la causa del pueblo es sagrada y triunfará, hoy, mañana o pasado mañana. ¡Viva España! ¡Viva el Frente Popular!

"Carifiosos recuerdos de Georgette para Gulte, tú y los niños y, para tí, Juan hermano y compañero, todos mis abrazos de hombre.

César".

pitante en los sucesos españoles. Hasta tal punto que la causa española se nos aparece como parte esencial de su destino, la razón misma de su permanencia en Europa. ¿No estuvo madurándose para ella durante muchos años? Sólo así, revelando el sentido de profundidad, podía proporcionarnos el instrumento poético adecuado para la creación de un más allá humano, sin que olvidara perfeccionarlo con una consigna para las nuevas generaciones en la que lo individual y subjetivo (*"Dejad que los niños se accrquen a Mí"*) toma forma colectiva y objetiva (*"Si la madre España cae —digo, es un decir— salid, niños del mundo; id a buscarla"*).

La retina del hombre no está ya acostumbrada a contemplar los fenómenos vitales como objetos poéticos, percibiendo el sentido que de su posición relativa se desprende. La pequeña reciente tradición ha ocultado la gran Tradición al modo como la colina cercana oculta la montaña. La conciencia individual cree sin trabas en los rayos cósmicos, en las ondas hertzianas, en los cromosomos, espirilos, quantas y electrones, en todo lo que supone una existencia concreta y particular como la suya. Este campo de materialismos invisibles podría decirse que acapara hoy las tendencias místicas exploradoras de lo recóndito, dándose así el caso de que escaseen gravemente los impulsos que habrían de enfrentarse con otras categorías espirituales menos concretas e individualizadoras. Ya no se pide la satisfacción de ciertas exigencias de orden superior sino a lo superticente, a los residuos esclerosados de las religiones, cuando no a la cartomancia y a la astrología, por irracionales, tan en boga. Así como los egipcios olvidaron la lectura de sus propios jeroglíficos, el mundo moderno ha llegado hasta olvidar que puede desprenderse un sentido intelectual de la confrontación entre sí de los glifos históricos, de su naturaleza y coordinación, al modo como se desprende un sentido de la sucesión orgánica de las palabras. Es decir, experimenta las mayores dificultades para comprender aquello que, por ser razón de conjunto, no se halla en ningún elemento particular sino en la coordinación de todos. Y ha olvidado que los hechos, como las Escrituras —como los sueños— ocultan detrás de las inmediatas apariencias un sentido topológico propio del entendimiento poético. La poesía, confinada al plano literario, sufre consecuentemente de tal atrofia que, por asociación de niveles, indúcenos a pensar en aquel siglo galante y anodino, justificador de la Revolución, en que de los polvos de las pelucas surgió el secreto de la fabricación de la porcelana poblándose los salones de elegantes figurillas de bizcocho —primor y encaje— y los jardines —bustos y arbustos— de cultísimos parterres regidos por una baraja de horizontes enanos.

Afirmaciones como las recién estampadas acerca de Vallejo parecen hoy caprichosas e irreales: hijas de una voluntad literaria o política; siendo así que lo literario—y lo estrechamente político—es lo otro. Se ha perdido la noción de que durante la mayor parte de los siglos útiles se tuvo un concepto de la realidad humana muy distinto a este con que la generalización viciosa de la relación de causa a efecto—que hoy derroca la física—ha condicionado nuestro modo de percibir. No es sencillo llegar al convencimiento de que el estado de espíritu que pudiéramos definir como de tesis histórica, sólo dejó el paso a su contrario o antítesis para que éste resolviera prácticamente el modo de poder integrarse después en una fórmula más compleja de síntesis, propia del más allá o Nuevo Mundo y, por tanto, de América que con él se identifica. Porque así como no puede darse el pensamiento ni la acción sino mediante un cuerpo individual, la cultura universal que anhelamos no puede manifestarse sin un territorio adecuado, relacionado con los demás territorios, encarnando entre todos la figura de universo. Obvio parece que el aludido estado de antítesis sea este que ha confinado la poesía al plano literario de lo insignificante.

La vida y la obra de César Vallejo, fué una rebelión continua contra este último estado de cosas. Su aparición señala dentro de la lírica americana el primer chispazo de una nueva Presencia, correspondiente, en cierto modo, a los sobresaltos del Romanticismo. Hasta en su misma persona encarna Vallejo manifiestamente ese aspecto esencial de superación del plano religioso por la Poesía, propio de América, a que yo mismo aludí en el número anterior de estos CUADERNOS. *Vallejo era nieto de dos sacerdotes españoles y de dos indígenas peruanas*. Su obra está por eso plagada de elementos religiosos entendidos de nueva manera. (Así, antes de morir en su día de viernesanto, pudo comprender los sucesos españoles y proferir: "*España, aparta de mí este cáliz*"). Coincidían en él, deshaciendo su antinomia, la carne y el espíritu. Y el punto de arranque religioso prístabale la elevación necesaria para poder aspirar a ese más allá en la altura que no puede sustituirse ni con cerrazones de ojos a lomos de Clavileño, tan estandarizadas, ni con espejismos de superficie. A esto es probable que correspondiera su incapacidad de escribir versos fuera de un estado lírico de suprema tensión. Callaba en los otros días de concatenada mediocridad, rindiendo culto a la dignidad poética del silencio. Ejemplo que no debiera caer en el vacío. Duró su mutismo significativamente los muchos años de su estancia en Europa cuyo ambiente, si modelo y estímulo para aquellas individualidades inte-

gradas en el sistema superficial de relación entre Europa y América, era contrario a su temperamento más diferenciado. Hasta que llegado a última extremidad, a la hora en que el cisne contesta a su propia interrogación dándose el vientre de la madre Leda, de la fortísima tensión producida en él por la guerra de España brotó aquel chorro de pedernales luminosos siempre genuina, irreductiblemente americano. Una vez más se consumó el acto supremo de la generación poética: la carne se hizo verbo.

Ninguna voz como la suya se presta, en estos días críticos para el nuevo continente, a servir de punto de mira si se ha de enunciar la revolución del concepto poético. Su posición caracteriza la pugna contra todo aquello que pueda interponerse entre la sensibilidad en estado ardiente, de efusión, y su objeto natural: la Presencia viva. Su recuerdo constituye una bandera de auténtica y poderosa individuación dentro de una sociedad organizada de tal modo que, rotos los diques represores, liberado el hombre, puedan producirse los fenómenos específicamente humanos, la conquista del plano poético: divino. ¿Y acaso no responde tal bandera a nuestra más urgente necesidad? Mientras la poesía continúe relegada al fuero de lo insignificante, no podrá ponerse en marcha de un modo positivo ni el hombre ni el destino de América. Existen muchas razones para pensar que es ésta condición *sine qua non*. Porque la conciencia americana no se caracterizará, si no me engaño, por la supremacía de un elevado estado filosófico, parte siempre de un todo, sino por el esplendor de un estado poético, superador del filosófico, que preste sentido de unidad a cada una de las partes del todo confiriendo a la vida humana aquellos supremos valores de que, por carecer de conciencia, se ve privada aún. Hacia esos deseables lugares se orienta la figura de Vallejo, diferenciándose en esto radicalmente de cuantos, vueltos hacia el pasado, constituyen las afiligranadas ramificaciones de un fin. Quien lo acerque de verdad a su oído sentirá latir en él un principio.

Juan LARREA

POESIA AMERICANA

DE LAS BELLAS ARTES es sin duda la poesía en la que los americanos—lo mismo los de habla española y portuguesa que los sajones—alcanzaron más pronto un mayor dominio y, con el tiempo, una excelencia que da a sus producciones una fisonomía particular. En casi toda la América Hispana la poesía aparece ya en el siglo XVI y, en las colonias inglesas, en el XVII; desde entonces se ha venido cultivando, siempre con entusiasmo y a veces con genio, a través de la época colonial, durante las luchas de Independencia y las inquietudes políticas del siglo XIX hasta los últimos años de paz y progreso. A fines del siglo XVII, muerto Calderón de la Barca, no hay mejor poeta en lengua española que la mexicana Sor Juana Inés de la Cruz; en la primera mitad del siglo XIX la poesía de lengua inglesa se enriquece con la música de Edgar Allan Poe, y en las postrimerías de la segunda mitad del mismo siglo el nicaragüense Rubén Darío renueva la lírica para todos los pueblos hispánicos. No hay en el Continente un arte más practicado ni ninguno cuyo promedio de calidad sea más alto y revele mejor las capacidades y el espíritu del Nuevo Mundo. La poesía como un fenómeno americano, como una forma de expresión continental es lo que se ha propuesto Ernesto Morales en la antología que acaba de publicar.*

Son tan grandes las dificultades que presenta una obra tan ambiciosa que debemos perdonar al compilador el no haber podido resolverlas todas. ¿Dónde comienza la poesía americana? He aquí el primer problema. El criterio que opta por la época de la Independencia—seguido por Ernesto Morales—tiene una justificación evidente: en esa época los acontecimientos políticos imponen a la poesía temas que permiten subrayar los perfiles nacionales de los pueblos americanos. Pero la poesía de los años de la Independencia—tan influida por Quintana, Gallegos y Meléndez Valdés—es esencialmente española. La fisonomía de la lírica americana, especialmente la de los pueblos hispanoamericanos, hubiera sido más completa si se hubieran recogido brevemente los momentos más felices de la producción colonial. La *poesía americana* se puede concebir de dos modos distintos, según se

* *Antología de poetas americanos*, congregados por ERNESTO MORALES. Santiago Rueda, editor. Buenos Aires 1941. 1 vol. 0.17 x 0.24. 838 págs.

subordine uno de los términos al otro. Si nos inclinamos hacia la poesía, daremos al concepto *americano* una elasticidad que, sin contradecir el propósito de formar una antología continental, le permita obedecer a nuestra inclinación. Si seguimos el camino contrario, entonces será la poesía la que deba conformarse al cuadro que de *lo americano* nos hayamos trazado. Este segundo criterio que, naturalmente, tiene que tomar en cuenta consideraciones extra-estéticas, es el que priva en este florilegio.

En una antología continental americana ¿cómo presentar las poesías de lengua inglesa (Estados Unidos), francesa (Haití) y portuguesa (Brasil)? El compilador no ha vacilado en utilizar en todos los casos versiones castellanas. No hubiera sido objetable, sin embargo, transcribir en sus idiomas originales las contribuciones del Brasil y de Haití. De este país por ser el francés lengua tan conocida y, sobre todo, porque la representación poética haitiana es muy breve y casi simbólica; del Brasil porque el portugués es fácilmente comprensible para los lectores españoles y porque no es conveniente olvidar el estrecho parentesco que une a ambas lenguas. Cada vez son más frecuentes en el Brasil las publicaciones literarias—entre otras el excelente quincenal de São Paulo: *Plan-alto*—que acogen en sus páginas trabajos literarios en lengua española. La coexistencia de esas dos lenguas—que vemos en los antiguos cancioneros—hubiera tenido en este caso, además, un simpático sentido de confraternidad.

Los poesías norteamericanas sí era necesario traducirlas al español. El compilador utilizó, con una que otra excepción, las versiones existentes, que se deben, en general, a Miguel A. Caro, Rafael Pombo, Olegario V. Andrade, Bartolomé Mitre, Juan Valera, Balbino Dávalos y Carlos Obligado. Esto le impuso ciertas limitaciones: el cuadro que presenta de la poesía norteamericana de gran parte del siglo XIX es bastante completo, pero apenas es representativo para el último tercio de ese siglo y la época posterior. De James Russell Lowell y Walt Whitman, nacidos ambos en 1819, salta a Amy Lowell, que nace en 1874, y deja sin representación a las generaciones intermedias. Otra cuestión importante: ¿por qué no se incluyó al Canadá? Desde el punto de vista político es una nación independiente a la que, cada vez más, se quiere incorporar al movimiento panamericano; y, en cuanto a lo literario, su producción no es despreciable y tiene ciertos matices originales. Entre sus poetas muertos hay, por lo menos, dos de acento canadiense y dignos de figurar en una antología continental: Archibald Lampman (1861-1899) y William Henry Drummond (1854-1907).

Ernesto Morales ha dividido su selección en cuatro secciones: *Clásicos*, *Nativistas*, *Románticos* y *Modernos*. En la primera sección van Olmedo, Bello y Heredia, el argentino Cruz Varela, el colombiano Vargas Tejada y el uruguayo Acuña de Figueroa. Puede pasar dicha sección como representativa de las formas poéticas de entonces, aunque hubieran podido encontrarse ejemplos mejores de poesía patriótica y epigramática que los versos de Cruz Varela y de Acuña de Figueroa. El cubano Heredia pertenece más bien al romanticismo, a cuya propagación en América dedicó tantos esfuerzos.

La segunda sección, de poetas *Nativistas*, constituye la novedad principal de la antología; incluye a poetas populares o cultos que han tocado temas folklóricos o de color nacional. Su núcleo principal está formado por los poetas gauchescos (argentinos y uruguayos). Completan la sección el costarricense Aquiles Echeverría (1866-1909), el cubano Ramón Vélez Herrera (1808-1890) y el dominicano Arturo Pellerano Castro (1865-1916). La inclusión de estos tres últimos —poetas cultos que suelen cantar temas populares— abre una ancha puerta por la que podrían entrar otros de los clasificados en las demás secciones: Baste citar los siguientes: Carlos Guido Spano (*Nenia*), Rafael Obligado (*Santos Vega*), Gregorio Gutiérrez González (*Memoria sobre el cultivo del maíz...*), Epifanio Mejía (*La muerte del novillo* y *El canto del antioqueño*), Plácido (*La flor de la caña*), Altamirano (*Los naranjos*), José Joaquín Pérez (*Areito de las vírgenes de Marién*), Victoriano E. Montes (*La tejedora de ñanduti*), Juan Zorrilla de San Martín (*Tabaré*)...

La sección de los *Románticos* cubre una gran parte del siglo XIX, desde el norteamericano Bryant, que nace en 1794, hasta el guatemalteco Félix Calderón Avila, que nace casi un siglo después, en 1891. Como románticos se han clasificado a todos los poetas de la América que caen entre los neoclásicos de principios del XIX y los modernistas del último cuarto del mismo siglo; entre los norteamericanos se excluye a Whitman (1819-1892), a quien se ha llevado a la sección de los modernos. La designación de *románticos* tiene aquí un sentido más bien cronológico, por lo que debieron de haberse excluido a todos aquellos que pueden ser considerados en la sección de *Modernos*. María Eugenia Vaz Ferreira (1880-1924) y Félix Calderón Avila (1891-1924) son, cronológicamente, poetas modernos; pero si están en la sección de los *Románticos* por la orientación de su poesía, no deberían estar solos sino acompañados de otros que figuran en la sección de *Modernos*. Y es que en una antología de tanta amplitud como ésta resulta imposible mantener una clasificación de escuelas literarias

que sea válida para todos. Y, no teniendo esta cualidad, deja ya de ser útil.

La sección de *Modernos* principia con los primeros modernistas, nacidos alrededor de 1850, y termina con algunos poetas todavía vivos, tres únicas excepciones: Guillermo Valencia, Enrique González Martínez y María Enriqueta. Dentro de cada sección los poetas van clasificados por su nacionalidad, y las naciones por orden alfabético, —la Argentina en el primer lugar. En ocasiones este orden resulta desconcertante. En la sección de los *Modernos* hay que leer casi la mitad de ella para llegar a encontrar a los que la inauguran en la realidad: Rubén Darío, Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón. . .

La dificultad principal de una obra tan amplia y comprensiva como la *Antología de poetas americanos* radica, primero, en la selección de los poetas representativos y, después, en la selección de las mejores poesías de cada uno de ellos. En esta materia el gusto y la información del autor no han sido siempre uniformes. El caso de México puede servir de ejemplo. Sin discutir la sección de *Clásicos* —en la que la oda de Andrés Quintana Roo, el *Diez y seis de Septiembre*, hubiera sido más representativa que el *25 de Mayo de 1838* de Cruz Varela—, hay que observar que en la de *Románticos* falta Manuel M. Flores, poeta de mayor importancia que Juan de Dios Peza y Justo Sierra y aún que Ignacio M. Altamirano. En la sección de *Modernos*, Francisco A. de Icaza podía haber dejado su lugar a Joaquín Arcadio Pagaza, cuyo papel en la renovación de la poesía mexicana fué mucho mayor de lo que se cree. Por otra parte, Genaro Estrada, poeta sin inspiración original, no tiene suficiente estatura para representar a México en una antología continental. Respecto a las selecciones de cada poeta, el compilador tiene el derecho de imponer su gusto, siempre que no olvide las mejores realizaciones de un poeta, como ha sucedido en el caso de Gutiérrez Nájera, cuyo poema *Non omnis moriar* ha sido injustamente excluido.

Este florilegio sirve de todas maneras para recordar la poesía de los pueblos de América, que es, afortunadamente, superior a lo que puede imaginar el lector de la Antología de Ernesto Morales.

Antonio CASTRO LEAL

LITERATURA Y FANTASIA

LOS RECOPIADORES de esta ANTOLOGÍA DE LA LITERATURA FANTÁSTICA,¹ tomo primero de una nueva *Colección Laberinto* en que los editores hacen propósito de ofrecer al público de habla hispánica lo perdurable y lo viviente de las diversas disciplinas de la literatura mundial, cierran la puerta, desde sus declaraciones del prólogo, a una porción de por qué: desde luego a los que asaltan a todo buen lector que recorra el índice y eche de menos piezas favoritas, a cambio de otras, tampoco ignoradas, que allí se registran. Aceptan el reparo de que se les puedan señalar omisiones, achacables a varios motivos, entre los cuales no tiene vuelta de hoja el de su gusto o preferencia; y aseguran que aún les sobra material para una segunda antología de la literatura fantástica.

¿Para una nada más? Aquí sí que se nos quedan cortos. Lo fantástico no es artículo que ande escaso en el mundo de las letras. Aun en la más empedernida novela realista se tropieza con páginas insignes capaces de ser catalogadas entre lo más delirante de la fantasía. No es necesario quedarse en Balzac, al fin y al cabo coetáneo del romanticismo, del que tanto se le pegó, y casi profesional de la fantasía. En el mismo Zola encontraríamos, aunque no fuese más que cierta *sinfonía de los quesos* no desmerecedora del calificativo más encomiástico, por lo que a fantasía toca. No toda la fantasía se gasta en claros de luna, en países exóticos, ni en comunicaciones ultraterrenas.

Atendiendo a los trozos recogidos por Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares en este volumen, vemos que se inclinan al último sector de los tres indicados, sin desdeñar los restantes, indicados o no. Muertos, aparecidos, fantasmas: he aquí lo más abundante en el tomo. Fantasmas, a veces tan rápidos y sugestivos como los que, compitiendo con la realidad fantasmática, se muestran un instante y desaparecen como evocados para llenar sólo el birlí de una página en que remata una extensa narración. Y estos fragmentos, en la primera inspección rápida del libro, antes de una lectura detenida, son los que nos infunden algún desasosiego e inquietud.

Es probable que ya contaran con ello los recopiladores, haciendo así atmósfera; porque no está mal, ni mucho menos, en obra de esta

1. Editorial Sudamericana. Buenos Aires.

índole, cierta emoción previa, en que las evocaciones suscitadas por los narradores logren apropiado cultivo. Mas la índole de esa inquietud puede ser muy diversa, según el presunto lector. A un alma sencilla le proporcionarán tal vez los atractivos del espanto, mayores cuanto más honda sea la impresión recibida. Al que lo examine con ojos críticos, no empañados, se supone, por otras telarañas que por los redomados prejuicios y las inevitables perversiones de la frecuentación literaria, le infundirán más que temor, desconfianza, si topa con un pasaje no identificable de pronto, o con un nombre más o menos desconocido, al pie de unas líneas entresacadas tal vez con ojos de lince, pero, ante su instintivo desconcierto, quizá inventadas, como pueden serlo los nombres mismos y aun las biografías con que se corroboran.

Si el que se halla en esta lamentable disposición conoce, además, la muy probada pericia de alguno de los antólogos —de Jorge Luis Borges, por ejemplo— para mistificaciones fabricadas con toda la seriedad del caso, el coeficiente de desconfianza crecerá; pero, a la vez, la persuasión de que no serán gastadas en vano las horas que dedique a la lectura de los fragmentos autorizados por su nombre desde la portada del libro. Le será necesario dar con los trozos más conocidos, piezas dramáticas de O'Neill y Lord Dunsany, narraciones de las *Mil y una noches*, de Kipling, de Maupassant o de Poe, para recobrar algún equilibrio, deleitándose de nuevo en pasajes que ya en otros momentos le deleitaron.

He citado los nombres transcritos para que se vea cómo Borges y sus compañeros de tarea saben elegir entre los maestros, aun blasfemando de independencia con respecto a los que llaman *clásicos del género*. Y, como ya proclamaron su gusto como única norma en cuanto a elección de textos, no podremos echarles en cara ciertas pretericiones como la de Julio Verne —nada menos— tan digno, siquiera en el recuerdo un tanto vago de las lecturas de infancia o adolescencia, de ocupar puesto entre los primeros exploradores de lo maravilloso científico —después de Poe que lo supo ver como poeta, y antes de Wells, que lo benefició, si no como filósofo, por lo menos con su tanto de sociólogo.

Mas ya dijimos que la fantasía predilecta de los autores se complace, sobre todo, entre muertos y fantasmas. Así, no está fuera de lugar una breve cita de ocho sabidísimos versos del *Tenorio*, aunque, en el mismo renglón, pudieran preferirse ciertos pasajes del *Estudiante de Salamanca*... ¡y otra vez el echar de menos vuelve a salirnos al paso, aun en contra de nuestra voluntad, propicia a contentarse con lo que estas páginas le dan, sin suspirar por lo que se queda a un lado, quizá entre los materiales sobrerros!

Entre lo que nos dan, llama nuestra atención preferentemente lo argentino, dotado en buena parte del atractivo de la novedad, tanto en unos ejemplos por la materia como en otros por el nombre mismo de los autores, elegidos, ya entre lo más sobresaliente y notorio, como el de Leopoldo Lugones, con el espléndido relato de *Los caballos de Abdera*; el de Arturo Cancela, uno de los más ágiles narradores del día, de quien se nos apronta uno de los menos fantásticos trozos del volumen (*El destino es chambón*, escrito en colaboración con Pilar de Lusarreta) —de los menos fantásticos, pero de los más amenos y atractivos en su lectura— o los de Macedonio Fernández, de tan curiosa personalidad, y el propio Jorge Luis Borges, ya, entre los desconocidos o poco menos—del todo para el que esto escribe—, como Santiago Davobe o Manuel Peyrou, que, según se nos indica, todavía no han reunido en volumen sus producciones dispersas: uno y otro, muy capaces de interesar, si se juzga por las muestras aducidas, como los más duchos en el género. Así también *Las islas nuevas*, de la chilena María Luisa Bombal.

Intenta señalar el prólogo, firmado por Bioy Casares, uno de los jóvenes argentinos de más rica promesa, la posibilidad de señalar leyes o descubrir características generales. Pero ¿quién pone puertas al campo ni reglas a la fantasía? ¿Ni que fuese un género literario de los que admiten, si no leyes, puesto que la sanción no es posible, si determinadas condiciones vitales, fáciles de comprobar por el buen gustador! Los grupos que el prologuista distingue, en cuanto a los argumentos (de aparecidos, de viajes por el tiempo, de complicaciones oníricas, de obsesiones del infinito o de divagaciones metafísicas, etc.), no pasan de tentativas empíricas de clasificación; y es de agradecer que no se hayan establecido en el cuerpo de la antología divisiones con arreglo a semejante criterio, mezclando, como al azar, las diversas aportaciones, que llevan al lector en continuo salto, ya que no en continuo sobresalto, de una impresión a otra de distinta índole. Con lo cual, si no responde el libro al concepto del vocablo antología, tal como se concibe modernamente, no ajeno a cierta intención pedagógica, se sirve muy bien al concepto de la palabra fantasía —y váyase lo uno por lo otro.

¿Cuándo aparece la literatura fantástica? Según Bioy, *como género más o menos definido* —(vamos a quedarnos, por de pronto, en el menos)— *en el siglo XIX y en el idioma inglés*. Por fortuna, menciona a continuación, como *precursores*, libros que van desde el siglo XIV —el infante Don Juan Manuel, de cuyo *Conde Lucanor* se extrae, acomodándola al habla común de estos tiempos, la leyenda de Don Illán el Mago—, hasta el XIX mismo, hasta ayer, como quien dice. Y aun podía haberlos encontrado más lejos, con sólo recorrer, en su mismo libro, las citas de autores orientales, o ese episodio del *Satiricón*, al

que se hubiera fácilmente podido añadir, entre lo clásico . . . Pero otra vez vamos a dar de bruces echando de menos cosas, cuando habíamos prometido satisfacernos con lo que se nos daba.

Y lo que se nos da es bastante para reconocer en el libro una cualidad suprema: la amenidad. Una amenidad no sólo desprovista de todo pliegue de pedantería, sino adornada esa cualidad con ciertos asomos de fumistería (si se admite el galicismo, ya que algunos más encontraremos, buscándolos bien, por entre las páginas de este volumen, sin asustarnos, por supuesto, como podrían asustarnos los fantasmas que en muchas de ellas se evocan) o, si no de fumistería, por lo menos de buen humor. Temo que esto eche un poco a perder la seriedad de nuestra crítica, si podemos llamarla así. El misterio está a dos pasos del humorismo. Y cuando el sujeto en quien la fantasía ha de ejercer su positivo influjo no se *sitúa*; cuando aparece como escéptico refinado, sin pedirle nada más que unos instantes de diversión; cuando del elemento *sorpresa*, sólo eficaz del todo la primera vez, pasa a saborear el condimento *ingenio*, admirable en todos los instantes, aún le quedan a la página escrita prendas suficientes para justificar su elección y ser leída con agrado. Tal es el atractivo mejor de esta ANTOLOGÍA DE LA LITERATURA FANTÁSTICA.

Enrique DIEZ-CANEDO.

UNA NOVELA FANTASTICA DE HISPANOAMERICA

HACE CINCO AÑOS que André Maurois trató de explicar a F. Le-
fébre (*Les Nouvelles Littéraires*, París, 13 de noviembre, tras
la publicación de su novela *La Machine à Lire les Pensées*) la técnica
del relato fantástico, con las siguientes palabras: "Consiste—dice Mau-
rois—en reunir en torno de una hipótesis irreal el suficiente número
de detalles verdaderos capaces de crear la credibilidad. El mejor mé-
todo es comenzar por un relato sencillo al cual todavía no se ha mez-
clado ningún elemento maravilloso, introduciendo solamente lo extra-
ordinario por dosis crecientes, paulatinamente incorporadas al tema. De
esta suerte el espíritu llega a soportar, y aun a gustar, dosis de men-
tira estética que inyectadas copiosamente hubieran matado la credibi-
lidad desde la primera línea". Ahora bien, a pesar de la posible exac-
titud de esta fórmula mágica, dudo que renunciemos a seguir entre-
gándonos al hechizo de los relatos fantásticos, a la delicia de los bellos
engaños. Ya en mi poder esta fórmula y mis particulares hallazgos,
he vuelto a leer LA INVENCIÓN DE MOREL, ese libro turbador del jo-
ven escritor argentino Adolfo Bioy Casares (Editorial Losada. Buenos
Aires, 1940). No podía quedar satisfecho de que existiera así, perfec-
to y misterioso, tal meteoro de la literatura hispanoamericana—tan
monótona, tan avara de fenómenos—y he tratado de explicármelo des-
montando sus minuciosas piezas. Quizá, después de algunas esquema-
tizaciones y de reducirlo a la fórmula que antes he transcrito, pueda
explicar ya cómo funciona su magia, cómo están dispuestas las porcio-
nes del relato y en vista de qué procedimientos se logra alucinar al
lector; cómo, en fin, se abre con la primera línea la semilla de una
lúcida fantasía que madura ininterrumpidamente y cobra su elucidación
y su término en la última página. Con todo, aunque se logre descif-
rar los ingredientes químicos y la naturaleza de sus ligas, los lentos
pasos de su elaboración, la magia, una vez capturada, no se escapa ya.
Pertenece, la de Bioy Casares, a la misma estirpe profética de los vie-
jos relatos de Verne. Los antiguos sueños humanos que testimonio
el cuentista romántico se renuevan ahora a la altura de nuestro tiempo.
La captación y la reproducción íntegra del cuerpo humano, con todos
sus atributos, es el sueño que ahora teje el joven argentino. Pero ha

sabido disponer con tal exactitud y talento los pasos preliminares, que éstos —el puro camino— alcanzan un clima de continuados prodigios que no parecen tener otra explicación que la locura o la alegoría. Sin embargo, nada sería más injusto para el lector que discutir y desarmar ante él el argumento, y privarlo de esa gratuita y envidiable entrega suya al misterio, que hemos perdido los lectores atrofiados que urgimos la radiografía de todos los bellos cuerpos. El admirable libro de Bioy Casares es verdaderamente un bello cuerpo, una pequeña estrella de la misma constelación de las creaciones de Stevenson y de Dunsany. La urgencia de llamar al lector a sus líneas nos hace respetar el interior y el resorte de su misterio, pero nos lanza, al mismo tiempo, a otra aventura: tratar de explicarnos la razón de su aparición, tan inusitada, en las letras hispanoamericanas.

La literatura fantástica, de clara procedencia oriental, ha tenido en nuestro tiempo un considerable incremento. Las piezas agrupadas en la imprescindible ANTOLOGÍA DE LA LITERATURA FANTÁSTICA (recopilada recientemente por Borges, Silvina Ocampo y el mismo Bioy, para la Editorial Sudamericana de Buenos Aires) nos dan una buena idea de las direcciones y creaciones más representativas de este movimiento. Cuando algunos nombres capitales de nuestro tiempo —Proust, Joyce— han arrastrado a muchas opiniones a afirmar que las transcripciones psicológicas constituyen la gran creación contemporánea, ya que somos incapaces de tejer tramas interesantes —mejor, tramas que nos puedan interesar—, Jorge Luis Borges disiente de tal aserto y afirma que *"si alguna primacía tiene este siglo sobre los anteriores, esa primacía es la de las tramas"*. Alega con los nombres de Chesterton, de Kafka y de Wells, bien capaces de hacer meditar en su posible razón. Sin embargo, me parece más exacto afirmar que ambas direcciones coexisten como las dos grandes tendencias novelísticas de nuestro tiempo: la psicológica y la fantástica, si no extremamos la cuestión hasta la coyuntura de reducir a ambas a un común contenido. Por otra parte, la literatura fantástica ha sido más bien un fruto continuamente maduro, perteneciente a una gran tradición universal de profundas raíces humanas. Frente a la lectura reflexiva, intelectual, útil, se ha alzado siempre esta otra lectura delicia, la lectura por antonomasia. Por demás tratar de explicarse su aparición o su predominio: el hombre la requiere siempre, la ha requerido siempre.

Las letras hispanoamericanas, por otra parte, han acusado tradicionalmente una incapacidad o un desgano imaginativo. Preferimos el trozo de vida o la acumulación de sucedidos, las prédicas sociales y críticas. Quizá estemos todavía demasiado ocupados en conocernos y

describirnos para que podamos librar la fantasía, soñar nuestro propio paraíso. La lucha del hombre americano con ese primer enemigo suyo, la naturaleza, no ha concluido todavía. Con todo, es posible encontrar algunas excepciones que suscriben sospechosamente, casi en su totalidad, los argentinos (Lugones, Borges, Bioy Casares, Bombal, Fernández y el mexicano Alfonso Reyes—*El Plano Oblicuo*). A pesar de tales meteoros nuestras literaturas no acusan ninguna decisión de seguir, por ahora, ese camino, y han preferido entendedérselas con su terrible realidad, el mundo americano, antes que el mundo de la fantasía. Pero aquí mismo se sitúa el mayor problema de las literaturas hispanoamericanas. Exagerando un poco, es posible afirmar que las creaciones de nuestras letras se pueden dividir en dos grupos: obras de claro sentido e intención social, de clara conciencia de la realidad y urgencias de nuestro mundo, pero de una torpe y desaliñada factura, y obras sin preocupación por la realidad hispanoamericana realizadas con lucidez y capacidad. No encuentro hasta ahora ningún nombre que rescatar de este desequilibrio, pero tengo como testigos ejemplares a tantas obras de la literatura norteamericana contemporánea, que han sabido unir la sabiduría y el virtuosismo con la conciencia. Los nombres de Dos Passos, Faulkner, Caldwell y Steinbeck, bastan para establecer la exactitud de tal afirmación y para señalarlos un camino que puede y debiera ser el nuestro. Nada hay más tedioso que una requisitoria social que trasluzca impudicamente su proselitismo y nada es también menos efectivo. Una novela tan desnuda, y tan sabiamente conducida, como la reciente de Steinbeck *LAS UVAS DEL RENCOR*, gana muchas más conciencias que un discurso político trasplantado a un relato como suelen hacerlo nuestros escritores *con conciencia política*.

La novela de Bioy Casares que nos ocupa puede entrar sin duda a la categoría de esas obras esporádicas, alimentadas por un virtuoso y huérfanas de todo sentido social, ajenas a lo hispanoamericano. La prefiero, con todo, porque sabe conseguir lo que desea, y lo consigue con gracia que disimula un paciente esfuerzo sabio. Ojalá ilustre su ejemplo a nuestros ingenuos ingenios. *LA INVENCION DE MOREL* prescinde de su temporal exigencia pero se incrusta dentro de otra exigencia más ampliamente humana y universal: el sueño.

José Luis MARTINEZ

SUMARIO

Pág. III

Distribuye:

**FONDO DE CULTURA
ECONOMICA**

Pánuco 63.

México, D. F.



SUSCRIPCION ANUAL

(6 números)

MEXICO..... 12 pesos
EXTRANJERO..... 3 dólares

Precio del ejemplar:

México 2.50 pesos
Extranjero 0.60 dóls.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Alfonso Reyes* América y los CUADERNOS AMERICANOS.
Mariano Ruiz-Funes Dos guerras y un armisticio.
Pierre Mabille Afloramiento del alba.

*Notas por Manuel J. Sierra, Eugenio Imaz
y José Ignacio Mantecón.*

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- Manuel Martínez Báez* El mal del pinto.
Eugenio Imaz Itinerario de la psicología.

*Notas por José Puche, José Gaos, José Medina
Echavarría y Leopoldo Zea.*

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Jorge R. Acosta* La ciudad de Quetzalcoatl.
Samuel Ramos ¿Hubo filosofía entre los antiguos mexicanos?
Silvio Zavala Letras de Utopía.

*Notas por Pedro Gringoire, Agustín Yáñez, Gustavo
Martínez Cabañas y José Miguel Quintana.*

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- Pablo Neruda* El corazón magallánico.
Rodolfo Usigli El gran teatro del mundo.
Andrés Iduarte Entre palenquinos.
José Moreno Villa Los Gigantes.

*Notas por León-Felipe, Juan Larrea, Antonio Castro Leal,
Enrique Díez-Canedo y José Luis Martínez.*